

UN MEXICANO EN VIETNAM

FRANCISCO JAVIER MUNGUÍA M.



«*Un Mexicano en Vietnam*» fue publicado por primera vez en México en noviembre de 1986, y presentado en la sede de la Asociación de Escritores de México, el padrino del lanzamiento fue el consagrado escritor, historiador y novelista Eugenio Aguirre. En el primer año de publicación se hicieron dos reimpresiones en México y dos en Colombia, para un total de 59,000 copias en español. En Sudamérica se comercializó como «*Un Latinoamericano en Vietnam*». Ha sido catalogado como el primer libro escrito en español sobre el tema de la guerra de Vietnam. Se publicaron varios artículos en revistas y diarios de México y Los Ángeles, California, y tuvo gran impacto entre la población latina de la frontera con Estados Unidos, y al sur de California. Su distribución se llevó a cabo a través de las librerías de Tijuana, B.C.

No existe un número preciso de los mexicanos que fueron a Vietnam, ya que la mayoría eran nacidos en Estados Unidos de descendencia latina. La historia describe a cualquier individuo mexicano o de descendencia latinoamericana que haya servido en las fuerzas armadas de EE.UU. El libro ha sido popular entre los jóvenes que no habían nacido cuando sucedieron estos hechos, y ha sido utilizado en algunas escuelas secundarias y universidades para estudios sociológicos. El libro es una novela, y no se puede utilizar para fines históricos, ya que el autor personificó en *José (Joe) Rivera* las experiencias de varios soldados hispanos, pero todas las historias son verdaderas, experimentadas directamente por el autor, o inspiradas por sucesos que presenció, con información de primera mano.



Francisco Javier Munguia Martin del Campo

Un Mexicano en Vietnam

ePub r1.0

Watcher 05-03-2018

Título original: *Un Mexicano en Vietnam*

Francisco Javier Munguia Martin del Campo, 1986

Editor digital: Watcher

ePub base r1.2



Dedico esta segunda edición a mi amada esposa
Ofelia y a mis queridos hijos Claudia, Vanessa y Xavier.

Especialmente a Vanessa y a Xavier, que me
alentaron y me proporcionaron su invaluable ayuda
revisando y supervisando la publicación de esta edición.

Francisco Javier Munguía M.

INTRODUCCIÓN

Esta novela relata la historia de un combatiente en la guerra de Vietnam. Un hombre de los varios millones que se vieron involucrados contra su voluntad en una guerra extraña y controversial; extraña porque fue literalmente transportado a un mundo exótico, a pelear una guerra ajena, contra un pueblo desconocido, por razones confusas e inconvincentes. Controversial porque volvió sin gloria. Injustamente se le adjudicó una vergüenza que no pertenecía a él solo, sino a un presidente, a varios ministros, a miles de fabricantes de material bélico, a cientos de miles de militares y millones de ciudadanos. El rechazo que sufrió a su regreso a casa este excombatiente de la guerra de Vietnam, le hizo pasar por una larga y penosa readaptación a la sociedad. Afortunadamente logró recoger los pedazos de su vida, reintegrándose a la misma sociedad que lo rechazó. Otros no serían tan afortunados: fueron destrozados por una falsa culpabilidad y por la cruel ingratitud de un pueblo que no supo encarar su responsabilidad. Muchas veces sus verdugos más enconados fueron sus propios familiares y amigos.

Además, es la historia de un mexicano que cuestiona su lealtad hacia un gobierno anfitrión que le reclama un sacrificio de tal magnitud, por el honor y el derecho de residir en los Estados Unidos. Su historia ejemplifica el sentir de los combatientes hispanoamericanos y de otras tantas minorías que participaron en esta lucha; minorías ya bien establecidas, como la italiana, portorriqueña, hawaiana, polaca, irlandesa, etc., que estaban más integradas al nacionalismo norteamericano, pero todas ellas conforman las características multinacionales de una ideología prepotente e imperialista, que ha tenido su mayor esplendor y poder en lo que va del siglo XX. El liderazgo militar de Estados Unidos fue aceptado en el mundo a partir de dos guerras mundiales; por ello la importancia de la guerra de Vietnam para su historia militar, ya que comprometió buena parte de sus fuerzas armadas y salió derrotado.

Han pasado 45 años desde que sucedieron los hechos que aquí se narran, y 37 desde que se terminó esta lucha. La guerra de Vietnam ha sido cuestionada

por dos generaciones de jóvenes que aún no habían nacido o eran muy pequeños cuando se estaba desarrollando este capítulo negro de la historia de los Estados Unidos. Algunos se sienten con un complejo de culpabilidad, comparable sólo al de la juventud alemana después de la Segunda Guerra Mundial.

A este excombatiente se acercan a preguntarle: ¿Por qué fuiste a Vietnam?, ¿Qué se siente matar a soldados y civiles acorralados?, ¿Eran comunes los genocidios al estilo My Lai?, ¿Por qué no estás desquiciado como la mayoría de los combatientes de Vietnam?, ¿Cuál fue tu precio?, ¿Te sentiste cerca o lejos de Dios? Y algunas preguntas más agresivas como ¿Qué se siente ser asesino?, ¿Tuviste la facultad de negarte?, ¿De cuántas acciones te sientes culpable? Y la lista de preguntas continúa larga... Las respuestas no son sencillas, no sólo porque es difícil describir una acción o un sentimiento, sino porque estas respuestas suenan incomprensibles o cínicas. ¿Cómo describir la angustia que se siente al salir milagrosamente librado de una muerte casi segura? ¿O la soledad en el lodo, la lluvia, el hambre, el miedo, todo junto en una noche de guardia? ¿Se siente felicidad al recibir una herida mortal porque se vislumbra el término de un infierno? Los minutos se hacen días y los días años, en la intensidad de una vida llena de las emociones más fuertes e impresionantes... Un laberinto del que se busca salir con desesperación y del que sólo algunos escapan, como el personaje del que nos ocupamos.

Este relato será llamado historia por muchos, novela o ficción por otros. Todos ellos tendrán razón: el mismo participante perdió hace mucho tiempo la facultad de distinguir la realidad de la ficción. ¿Cuántas cosas vio y cuántas se imaginó? Hubo ocasiones en las que el nerviosismo le hizo ver legiones atacando las posiciones defensivas, y sólo se trataba de un sorprendido mono corriendo asustado en la oscuridad de la selva. ¿Cuántas veces le disparó a fantasmas? Nunca lo sabrá con certeza.

El mismo autor cuenta que hace algunos años, cuando comenzaba a salir de sus traumas, y sintió que podía encarar objetivamente los hechos, trató de relatar sus experiencias. Sin embargo, encontró que había aún muchos temas demasiado sensibles, con los que no podía maniobrar. Sus relatos eran tibios; les faltaba sangre, crueldad, sexo, violencia animal, dogmas destrozados, etc., es decir, el realismo de una guerra. En este libro intenta dar respuesta a tantas preguntas y tantas incógnitas que han permanecido en la mente de la gente durante los últimos 45 años. Respuestas a las que el mismo relator tuvo que

encontrarles la lógica y comprensión.

El Autor - Cuernavaca, Morelos, México – 1986

PRÓLOGO A LA SEGUNDA EDICIÓN

El 5 de abril de 1988, veinte años después de mi salida de Vietnam, tuve la oportunidad de visitar la pared de mármol negro dedicada a todos los muertos en la guerra de Vietnam. El monumento se encuentra frente a la inmensa estatua de Lincoln, en Washington D. C. Me conmoví intensamente cuando vi todos esos nombres grabados en el brillante mármol negro. Al pie de la pared, a todo lo largo, había ofrendas de los visitantes, sobre todo flores, medallas, escritos, etc. Además de los veteranos buscando los nombres de sus amigos, estaban hombres y mujeres de todas las edades; viejos que buscaban a sus hijos y nietos, niños y jóvenes que buscaban el nombre de sus padres, hermanos, novios, amigos. Ante 58,220 nombres, de nuevo me hice la misma pregunta que me había hecho cuando salí de Vietnam: ¿Por qué ellos sí y yo no? La única respuesta que se me ocurre es que ningún mortal conocemos los designios privados de cada ser humano. Entonces me propuse, si llegaba a reeditar mi libro, hacer una dedicatoria especial para aquellos compañeros que murieron en mi época, y que conocí personalmente. Aquí están aquellos pocos nombres que reconocí, y que además tengo la seguridad de que son los mismos que traté durante el año de adiestramiento, o en las batallas de Vietnam. Puede haber muchos otros, hay nombres comunes que se repiten y es difícil estar seguro de algunos de ellos. También olvidé el nombre de otros que no eran muy cercanos a mí, y por ello era difícil volver a recordarlos después de tantos años. Los nombres que a continuación están enlistados representan en este reconocimiento a todos aquéllos con quienes combatí y que no pude recordar o identificar:

NOMBRE FECHA DE SU MUERTE

- Bair, Donald Ray 6 febrero 1967
- Clark, Francis E. 2 mayo 1967
- Duncan, John D. 2 septiembre 1967
- Green, Roy C. 23 febrero 1967

- Hadley, William Y. 4 diciembre 1967
- Loisel, Patrick Michael 21 mayo 1967
- Martin, Leonard Ray 30 abril 1967
- Phillips, Walter Mack 6 septiembre 1967
- Robert, Charles G. 22 noviembre 1967
- Sanchez, Jesse 20 noviembre 1967
- Scoggins, John P. 27 febrero 1967
- Smith, James R. 16 septiembre 1967
- Thomas, Jerry T. 25 junio 1967
- Vinal, Richard A. 15 abril 1967
- Zubar, Wladimir W. 2 mayo 1967

Tengo recuerdos especiales de cada uno de ellos. En particular de uno que me acompañó en algunas de las aventuras más memorables que tuve, durante mi adiestramiento en Fort Riley, Kansas, y que yo no sabía que había muerto: Walter Phillips, canadiense, casado, siempre sonriente y bromista, hombre de gran corazón, residente de Los Ángeles, y a quien busqué a mi regreso y no pude encontrar. Querido Walter, y todos los demás: ¡Descansen en paz!

Quiero hacer un reconocimiento muy especial a mi hermano José de Jesús Munguía, también veterano, quien salió herido gravemente, y ha tenido que cargar sus dolores y problemas físicos toda la vida. Llegó a Vietnam como miembro de la 3ª Brigada, 60 Infantería, 9ª División, el 7 de enero de 1970 y, 102 días después, el 19 de abril, le explotó una granada entre las piernas que lo tuvo al borde de la muerte. Afortunadamente un helicóptero lo llevó rápidamente a un barco hospital, anclado en el Mar del Sur de China, frente a la costa de Vietnam, en donde le hicieron las primeras cirugías para salvarle la vida y las piernas. Posteriormente estuvo en hospitales de Japón y San Francisco para su recuperación. Después de muchos meses de tratamiento logró volver a caminar y hacer una vida normal, conservando su sanidad y bonhomía, pero ha tenido que vivir con fuerte dolores desde entonces. Recibe mi respeto y mi reconocimiento por siempre.

El Autor, Cuernavaca, mayo de 2012

1. FORT BLISS, TEXAS

La noche en la que Joe Rivera arribó a la ciudad de El Paso, Texas, era una gélida noche invernal del mes de enero de 1966. Llegaba a la base militar de Fort Bliss en compañía de otros 60 angelinos que, como él, habían sido reclutados esa misma mañana en Los Ángeles, en el Centro de Reclutamiento Número 82 del Sistema de Servicio Selectivo Militar de los Estados Unidos de América.

Habían pasado el día completo sometién dose a innumerables exámenes físicos y mentales; los habían citado a las 6:30 de la mañana en ayunas. Ese día primero, como todos los días, frente al edificio de reclutamiento se extendía una larga fila de jóvenes de todos los estratos sociales. Algunos con indumentarias tan estafalarias como raros debían ser sus orígenes. Estaba en boga el pelo largo, las chamarras de piel negra con botonadura y perfiles plateados, los jeans de mezclilla, barbas y bigotes abundantes: parecía un grupo temible. Joe Rivera no destacaba. Su vestimenta era por demás común: zapatos negros lustrados, pantalón gris de casimir y camisa blanca de poliéster, de manga corta. Además llevaba una chamarra ligera y sencilla, de tela tipo gabardina. Traía el pelo corto y no llevaba barba ni bigote. Era moreno, de 1.75 metros de estatura, ojos café oscuro y pómulos pronunciados. Tenía una estampa atractiva y común, sin ser vulgar.

A los pocos minutos de haber llegado, un sargento con uniforme militar y sombrero de guardabosques comenzó a llamar por sus nombres a los ahí reunidos, quienes se formaron en cuatro filas frente a cuatro rayas de diferente color que estaban pintadas en el piso.

Siguiendo la fila que les había tocado desde la mañana, los cuatro grupos se movían con rapidez, entrelazándose en los pasillos todo el día, mientras, uno detrás del otro, se sometían a diversos exámenes físicos y psicológicos. A medida que alguno no pasaba un examen considerado básico para el reclutamiento, se le procesaba hacia el exterior y se le entregaba una cartilla

militar con una calificación que denotaba su impedimento. Al cabo de ocho horas de continuos exámenes y sin probar alimento, las víctimas se sucedieron con mayor frecuencia. Ya en una de las últimas pruebas, les pedían que formaran un círculo mirando hacia el exterior y rodeando a un par de médicos. Luego les ordenaban que se bajaran los pantalones y calzones y se agacharan, seguidamente a cada uno le introdujeron el dedo y un instrumento en el ano, para explorar por hernias o hemorroides. En esa prueba, al sentir la introducción, se tuvo al último desmayado.

A las cuatro de la tarde, sólo quedaban 61 de los 250 jóvenes originalmente citados esa mañana. Se les alimentó en un comedor adjunto al centro de reclutamiento; después se les subió a un autobús que los llevó directamente al aeropuerto de Los Ángeles. Ahí abordaron un vuelo directo de Continental Airlines que, en sólo dos horas, los llevó al aeropuerto de El Paso, Texas. Era la primera vez que Joe volaba en avión, y aprendió que el aparato era un jet Boeing 707, con cuatro motores. En el aeropuerto de El Paso les esperaban dos autobuses militares sin calefacción que, en medio de un frío congelante, los transportaron a unas barracas, dentro de la base militar de Fort Bliss. Joe Rivera iba confuso, cansado, aterido y somnoliento. Era de noche, y lo único que recordó de su llegada a la base, era un monumento con cohetes que se encontraba a la entrada, sobre el pasto, frente a un antiguo edificio, antes de que los depositaran en los dormitorios para una muy merecida noche de descanso. Afortunadamente para Joe, había suficientes cobertores para quitarse el frío que lo tenía entumecido.

En el año de 1966, Fort Bliss era una de las bases militares más grandes, dedicada a la defensa del espacio aéreo de los Estados Unidos. Además, era el centro mundial de adiestramiento para todos los especialistas de los países que tenían cohetes Nike y Hawk en sus arsenales. Desde Turquía y Alemania, hasta Japón y Corea, Fort Bliss era bien conocido en los ejércitos de países miembros del llamado «Mundo Libre», aliados todos ellos de los Estados Unidos.

Cada minuto del día y de la noche, potentes radares enviaban rayos desde esta base, que formaban una barrera protectora sobre el espacio aéreo de los Estados Unidos y países circunvecinos. Estaban listos para enviar automáticamente señales que activarían el sistema de lanzamiento de potentes proyectiles que alcanzarían cualquier avión o cohete enemigo que pudiera poner en peligro la integridad de la nación.

Fort Bliss no fue siempre tan importante. Ciento treinta años antes, era

sólo un desierto poblado por unos cuantos habitantes y formaba parte de la República Mexicana; se le conocía por El Paso del Norte, de ahí el nombre que se le daría posteriormente. El pequeño asentamiento de El Paso del Norte se encontraba a orillas del Río Bravo, que los estadounidenses conocen como Río Grande. Durante nueve años, de 1836 a 1845, El Paso formó parte del Estado Independiente de Texas, que había declarado su independencia de México, bajo la instigación y protección de la Unión Americana.

En 1845, el General Houston lanzó sus tropas contra el General Santa Anna y obtuvo la victoria que obligaría a México a ceder gran parte de su territorio: los estados que ahora son Texas, Arizona, Nuevo México, Nevada, California y Oregón.

Siendo El Paso del Norte un lugar muy estratégico, junto a la nueva frontera mexicana, en 1848 se envió al ejército a establecer un fuerte militar. Así, el mes de noviembre de 1848 marcó el nacimiento del fuerte que después sería Fort Bliss. Al año siguiente se organizó el primer asentamiento colonizador norteamericano y se construyeron las primeras instalaciones militares con el nombre de Puerto de El Paso. Su nombre actual lo tomó en 1854, en honor del Coronel William Wallace Smith Bliss, yerno del Presidente Zachary Taylor; un año antes, el Coronel Bliss había muerto de fiebre amarilla en ese lugar.

La historia de Fort Bliss es colorida y está muy ligada a las leyendas del Viejo Oeste y a la Revolución Mexicana. Desde aquí salió el General Pershing a invadir suelo mexicano, en la llamada Expedición Punitiva en el año 1916. La razón fue el ataque sorpresivo que el general revolucionario mexicano Pancho Villa hizo a la ciudad de Columbus, en venganza por la traición de un judío-estadounidense, que le vendiera balas defectuosas que le habían significado la derrota de Celaya. Además, Villa quiso efectuar su ataque en la fecha en que se cumplían 80 años de la declaración de la independencia de Texas. Dicha expedición punitiva fue infructuosa y Pershing regresó a El Paso, sin haber atrapado a Villa.

Veintiséis años después, en 1942, desde Fort Bliss salió la Primera División de Caballería Blindada hacia el Pacífico Sur, para tomar parte activa en la Segunda Guerra Mundial.

A este histórico lugar llegó Joe Rivera la noche del 18 de enero de 1966. Hacía un frío que calaba los huesos y Joe no llevaba ropa apropiada; hasta entonces recordó el papel con instrucciones que le habían enviado, junto con

la notificación para presentarse al Centro de Reclutamiento. Lo sacó del bolsillo de su ligera chamarra y lo releyó, deteniéndose en el párrafo 3, que decía textualmente:

«3. Viaje ligero. Como el viaje que efectuará a la estación de adiestramiento será de un día para otro, no cargue artículos innecesarios. A continuación se enumeran los artículos que puede llevar y necesitar:

a. Un saco o chamarra. El clima es frío por lo que debe estar preparado».

¡Rayos!— pensó Joe para sí mismo — tan seguro estaba que me rechazarían, que no puse suficiente atención a este mal habido papel. Siguió leyendo:

b. Artículos de tocador. No se requiere gran cantidad, ya que éstos pueden ser adquiridos en la tienda de la base.

c. Para aquellos que usan lentes, un par extra es deseable, si se tiene.

d. Si se tiene un par de zapatos negros sencillos, úselos: los encontrará prácticos en sus ratos libres.

e. Un cambio de ropa interior y calcetines.

f. No necesitará usted dinero, excepto para comprar cualquier artículo personal que requiera, como papel, sobres, estampillas, cigarrillos, dulces etc. La admisión a los cines del ejército cuesta 24 centavos.

Joe siguió leyendo otras instrucciones relativas a certificados, seguro social, espacio para guardar propiedades personales, reglas de ingreso, etc. Terminó de leer y se quedó pensativo. El estupor inicial dio paso al coraje y luego sintió una furia irrefrenable por lo que le estaba sucediendo. Esa furia le duraría varios meses hasta que fuera amansado con el lavado de cerebro que el ejército le tenía preparado.

2. ORÍGENES

Joe era mexicano de nacimiento, sin embargo en los Estados Unidos lo catalogaban como «residente extranjero». Su historia era hartamente común: nació y vivió su niñez y adolescencia en un pueblo pequeño de los Altos de Jalisco, su padre tuvo que emigrar a los Estados Unidos cuando Joe tenía 6 años, buscando mejorar las condiciones económicas de la familia, trabajando como obrero y enviando a su esposa sus ganancias de manera irregular.

Venir al «Norte» a ganar dinero para sobrevivir era una tradición familiar en el pueblo en donde Joe había nacido. Su abuelo materno, antes de que su padre emigrara, ya viajaba al norte desde los años treinta y su abuelo había muerto en uno de sus viajes de emigración a los Estados Unidos. Las esposas y madres estaban acostumbradas a sentirse viudas gran parte del año, hasta que el marido visitaba a la familia luego de algunos años, dejándole a la esposa la semilla para que otro hijo naciera en su ausencia. No todos los emigrados podían o querían llevarse a la esposa e hijos al lugar en donde residían y trabajaban en los Estados Unidos.

José salió de su pueblo a los ocho años de edad, para seguir su primaria en Tepatlán y la escuela secundaria en Guadalajara; vivía con familiares mientras estudiaba y regresaba a su pueblo cuando podía en algunos fines de semana y días festivos. La etapa de estudios fuera de casa fue positiva, se le abrió el mundo y pudo recibir una educación superior a los niños que se quedaban en el pueblo y terminaban siendo labradores, carniceros o albañiles. Sin embargo, su radio de acción era de cien kilómetros, la distancia de su pueblo a Guadalajara, y nunca salió del estado de Jalisco.

Cuando José cumplió quince años, su papá le envió dinero para que comprara un boleto de camión a Tijuana. Para Joe ese primer viaje largo fue una aventura, nunca había salido más lejos de la capital del estado y al viajar durante dos días, se le hacía que ya andaba recorriendo el mundo. En la terminal de autobuses de Tijuana lo estaba esperando su papá. A José le había

dado mucho gusto volverlo a ver. Sin embargo, lo notaba extraño; no se comportaba como cuando los iba a visitar al pueblo, parecía eufórico y actuaba con aparente seguridad en sí mismo. Además, su manera de hablar era diferente: entremezclaba palabras en inglés y utilizaba un tono que no le conocía. Vestía muy llamativamente con camisa y pantalones de poliéster, completando su atuendo con botas y sombrero texano, también notaba que coqueteaba con las mujeres, algo que nunca había hecho en su pueblo y en sus actitudes buscaba su aprobación. Repetía constantemente «¿Cómo ves, Pepito?, así son las cosas en el norte».

En un café de hondureños, en la Avenida Revolución de Tijuana, fue donde José supo que su padre no le tenía un pasaporte para entrar a los Estados Unidos. Su decepción había sido muy grande, pero su papá le decía que era muy difícil obtener una visa y que por lo pronto, tenía arreglada la manera de pasarlo «al otro lado».

Durante todo el día vagaron por la ciudad de Tijuana. Su papá le compró una chamarra y sombrero. José no podía creer la cantidad de gente que transitaba por las calles: había muchos «güeros» y «negros» que debían ser los «gabachos». Por la noche Tijuana cambió su fisonomía; de ser un pueblo sucio y aburrido a la luz del sol, se llenó de negocios atractivos, llenos de luces de todos colores, en donde vendían «*souvenirs*», tacos, y otras fritangas para comer. Los centros nocturnos, cantinas, restaurantes y tugurios se sucedían uno tras otro, los nombres en las marquesinas hacían soñar con aventura y diversión: «La Cueva de Alá», «La Zorra Azul», «El Paraíso», «La Güera Rodríguez», «Los Siete Machos», etc. José estaba fascinado; todo era nuevo para él. Además, por su edad, todo lo nuevo le atraía; veía mujeres alegres, vestidas llamativamente y mostrando sus encantos a través de grandes escotes y aberturas en las faldas. En un principio le daba pena mirarlas con descaro, pero su padre lo notó y lo animó a que viera todo, inclusive explicándole cosas que él nunca se hubiera atrevido a preguntar.

En uno de esos centros nocturnos, en medio de un ruido ensordecedor, y de mujeres que bailaban impúdicamente, José conoció al «pollero», el hombre que lo llevaría «al otro lado». Después de concertar todos los detalles y recibir instrucciones para las citas del día siguiente, se retiraron. Su papá lo llevó a dormir a un modesto hotel que estaba a un costado de la central camionera.

José no podía conciliar el sueño. Eran demasiadas emociones al mismo tiempo, su padre le había pagado al «pollero» cien dólares por una «mica» y un número del Seguro Social falsos, cien dólares por pasarlo al otro lado y

había prometido otros cien al recibir a su hijo en San Fernando, un pueblo cerca de Los Ángeles. Al día siguiente, fueron a un domicilio a recoger la mica verde y el Seguro Social. Le habían dicho que usaban nombres y documentos de gente muerta, a quienes sus familiares nunca habían dado de baja. Los documentos eran legítimos y, si lo detenían, debía afirmar con mucha seguridad que él era Agustín Ibáñez, como decía en los documentos, que tenía los veinte años que ahí se indicaban, aunque en realidad acabara de cumplir los quince.

Su padre lo dejó solo el segundo día de su llegada, diciéndole que tenía que volver a San Fernando para presentarse a su trabajo; amarrados con una liga, le dio un papel con la dirección y teléfono del lugar a donde debía llegar y sesenta dólares para sus gastos hasta que se reunieran de nuevo. Se lo recomendó a la administradora del hotel y le dijo a José que todas las noches fuera a ver al «pollero» al mismo bar en donde lo habían enganchado, para que le dijera cuándo lo iban a pasar. José tenía miedo y se sentía muy solitario, nunca se había imaginado que las circunstancias iban a desarrollarse de esa manera; él creía que entraría como «legal» a los Estados Unidos. Sin embargo, terminó por decirse lo mismo que le repetía su padre: «así son las cosas en el norte».

Los seis angustiosos días que pasó José solo en Tijuana, esperando una ocasión propicia para pasar, fueron determinantes para adquirir su primera madurez y la dureza de carácter que ahora tenía. Dispuso de mucho tiempo para analizar la protección que hasta entonces había tenido de su familia y las realidades a las que ahora debía enfrentarse. En varias ocasiones sintió un nudo en la garganta por su tristeza, y en una ocasión no pudo evitar que el llanto le saliera tupido para poder respirar, ya que se ahogaba con su angustia.

Además, en uno de esos días había tenido su primera experiencia sexual con una de las chicas del bar a donde iba cada noche el pollero. Había sucedido de una manera rápida, confusa e insatisfactoria, en un camastro de un cuartucho que estaba atrás del bar. Le había costado diez dólares y se había sentido muy culpable. Ahora, lo único que recordaba de la experiencia era el olor del cuerpo de esa mujer: un olor dulzón y fuerte, mezcla de perfume y sudor. Decididamente no había sido agradable, pero él tampoco sabía que debía ser agradable. Lo hizo sentir hombre y fue otro paso hacia el cambio que debía sufrir para afrontar la nueva vida que le esperaba.

Al cabo de una semana de su llegada a Tijuana, cruzó la frontera a los Estados Unidos. En su última noche en Tijuana, el «pollero» le había dicho

que lo esperaba junto al puente del Río Tijuana, en donde a las 3 de la mañana se reunió con él y otros cuatro individuos, de quienes ni la cara recordó después. Caminaron más de dos horas, evitando entrar a poblados, atravesar carreteras o calles transitadas. Aproximadamente a las 5:30 de la mañana, cuando apenas comenzaba a clarear, los recogió un auto de modelo reciente, que parecía un Ford. A José lo hicieron acomodarse boca arriba, bajo el asiento trasero, en donde habían hecho un hueco cortando los resortes del sostén. Si alguien se hubiera sentado allí, él hubiera tenido que resistir el peso, los otros dos iban en la cajuela. El resto del viaje se había desarrollado sin incidentes: José había resistido con estoicismo la incomodidad y sofocación de su escondite, sabiendo que ésa era la única manera que su papá había encontrado para pasarlo. Se había dormido un rato durante el trayecto, no sabía si por cansancio o debido a la inhalación de los gases del escape que ahí se encerraban. Llegaron a San Fernando después de tres horas y media de camino y cuando salió del auto no se podía mover. Tenía náuseas y dolor de cabeza, pero ahí estaba su padre, y eso le hizo recuperarse pronto, sobre todo después de la sabrosa comida que tenían preparada en ocasión de su llegada.

Su padre vivía «abonado» en un cuarto separado de la casa principal, donde vivía la familia de Roque Gutiérrez, también del terruño. Estaba en la parte trasera y normalmente servía para guardar herramientas. No había ahí mucho lugar, por lo que destinaron un sofá-cama dentro de la casa, para que José durmiera durante la noche. En el día, dicho sofá formaba parte de la destartalada sala, en el hogar de la familia de Roque Gutiérrez.

José, o mejor dicho Agustín Ibáñez, como se le conoció durante sus dos primeros años en los Estados Unidos, se acostumbró a que le llamaran con el nombre ficticio hasta en privado, para evitar una indiscreción frente a oficiales de migración, en el caso de que le pidieran sus documentos. Las dos primeras semanas fueron de adaptación, para conocer los alrededores, presentarlo a los conocidos de su pueblo que le habían precedido en su emigración al norte. Muy pronto se dio cuenta de que no era el paraíso que le habían descrito, ni el que mostraban las películas gringas, por lo menos no para los mexicanos en el medio en el que se desenvolvían en el pueblo de San Fernando. La pobreza era evidente en todas partes: casas desvencijadas, muebles deteriorados, aparatos eléctricos de segunda mano y autos en su mayoría viejos. El área donde se suponía debía estar el jardín, «la yarda» como ellos le llamaban, era por lo general un piso de tierra, apisonada por el uso, llena de desechos de madera, muebles inútiles y muchas veces autos descompuestos o inservibles; también vio que los estadounidenses vivían

mejor que ellos, aún no comprendía los prejuicios de raza y posición social.

A las tres semanas de su llegada, su padre, por medio de unos primos, le había conseguido un trabajo en una compañía que vendía azulejo, pulía y colocaba mármol, y además fabricaba mármol sintético para tinas y tarjas, en baños y bares. A José lo destinaron a la fabricación de mármol sintético y naturalmente, por ser nuevo y joven, le asignaron la labor más difícil: su trabajo consistía en limpiar las orillas que salían burdas del molde, con una lijadora eléctrica bastante pesada, para luego pulir las mismas esquinas utilizando estopa muy fina y ácido cristalizado. La posición que debía adoptar para este trabajo era inclinada. El polvo y la labor casi continua, durante nueve y hasta diez horas, tumbaron a José en la cama, dolorido y con fiebre, a sólo tres días de haber iniciado. Hasta entonces nunca había hecho labores manuales, se había dedicado a estudiar, y si en ocasiones había trabajado, lo hizo en labores menos pesadas.

Pronto se acostumbró al trabajo rudo, de la misma manera que se acostumbraría más tarde a cosas peores. Comenzó a ganar dinero y, aunque su padre le quitaba la mitad para ayuda de la familia, le quedaba lo suficiente para comprar ropa, ir al cine y, al poco tiempo, comprarse un auto viejo, con tanta edad como la que él tenía de vida.

Tendría muchas aventuras y experiencias en los dos primeros años que pasó en San Fernando, pero su ilegalidad era la preocupación más importante; nada le parecía estable. Ahora vivía más cómodamente, en un departamento alquilado, sólo para él y su padre. Por las noches asistía a una preparatoria nocturna para adultos y tuvo novias mexicanas, chicanas, gringas y de algunas otras nacionalidades. Sin embargo, su inquietud lo llevó a entrevistarse con un abogado especialista en inmigración. El abogado era chicano, gordo y homosexual y se mostró más que complacido en ayudarlo, incluso le dijo que casi no le cobraría; era evidente que sentía atracción física por José y eso lo hacía más cooperativo. Sin embargo, en poco tiempo, José le dejó en claro que aceptaba su amistad y que tendría su agradecimiento y respeto, pero nunca podría aceptar sus pretensiones homosexuales. El abogado comprendió que no podría seducir a José, y generosamente le brindó todo su apoyo para resolver el problema. Primero le hizo presentarse al consulado de Tijuana para solicitar una visa de estudiante; como José era menor de edad y su padre residente legal, no le fue difícil obtenerla. Luego se inscribió en una preparatoria diurna cuatro horas por la mañana, y por la tarde realizaba un turno completo de trabajo en la misma fábrica de mármol sintético. Las cosas

parecían acomodarse para José, sin embargo, pronto sufrió un descalabro: en una redada que hicieron los agentes de inmigración, encontraron que su nombre y seguro social no coincidían con la visa de estudiante que portaba. Además, la visa especificaba que tenía prohibido trabajar. Fue arrestado, esposado, y en una camioneta verde fue llevado a un centro de detención en un suburbio de Los Ángeles. Parecía que todo el mundo, que con tanto trabajo había construido, de pronto se le venía abajo. Le atacó una depresión que le impidió participar en las pláticas y planes que los otros detenidos hacían para reingresar a los Estados Unidos. Por suerte su caso fue tratado diferente de los demás, por varias razones: hablaba inglés, era propietario de un auto, tenía visa legal de estudiante, aun cuando había violado su reglamentación, y su padre era residente legal y vivía con él. El padre de José fue notificado de su detención, y ambos comparecieron ante un juez antes de ser deportado.

Durante la entrevista en el juzgado, José mostró veracidad en sus declaraciones y una educación poco común, por lo que el juez decidió ayudarle a obtener su visa de residente legal. Les explicó con detalle lo que debían hacer a partir de la deportación de José, además le dio una carta con su fallo y una recomendación para el cónsul de los Estados Unidos en Tijuana. Esta carta sería definitiva para que en un solo mes de estancia en Tijuana, finalmente pudiera adquirir su visa de residencia legal. Había conseguido la visa tres meses antes de cumplir los dieciocho años, por lo que le hicieron firmar un papel en el que se comprometía a presentarse voluntariamente a un centro de reclutamiento para el ejército, en los seis meses siguientes de haber cumplido dieciocho años de edad.

José estaba feliz por haber adquirido su mica verde de residencia legal y su padre estaba muy orgulloso de él. En poco tiempo, y con la ayuda del abogado homosexual, hicieron trámites para que inmigraran a su madre y hermanos. El padre de José no ganaba lo suficiente para responder económicamente por toda la familia, pero con dos visas de residencia, y dos sueldos permanentes, ya fue posible. En seis meses toda la familia se había reunido de nuevo. José había insistido en que buscaran un departamento en Burbank, zona de gringos, su idea era lavar poco a poco el estigma de vivir como mexicano en un barrio de mexicanos. Su sueño era integrarse e integrar a su familia a la vida estadounidense. Quién sabe, algún día el «sueño americano» podría convertirse en realidad. Por la misma razón, su nombre pasó a ser Joe en vez de José.

A los dieciocho años y seis meses, se registró en el servicio militar

selectivo, cumpliendo así con el compromiso que había firmado cuando le concedieron la visa de residencia permanente. A los diecinueve y medio, lo llamaron para la primera ronda de exámenes médicos y psicológicos, y al cumplir veinte años, fue llamado por segunda ocasión, para su inducción definitiva en el ejército de los Estados Unidos de América.

3. INDUCCIÓN

La inducción al ejército de los Estados Unidos es un proceso largo y tedioso. Su finalidad es administrar las vacunas necesarias para evitar enfermedades contagiosas, uniformar a los candidatos y enseñarles las reglas de limpieza y disciplina necesarias para vivir en grupos tan numerosos. La mañana siguiente a su llegada a Fort Bliss, Joe fue pelado a «rapa» y confinado a barracas de madera comunes, con treinta compañeros. Lo asignaron a la Compañía B, Tercer Batallón, Tercera Brigada del USATC^[1]. El comandante de la base era el Capitán Robert S. Stafford, coronel de artillería; el subcomandante era el Coronel H. W. Heffelfinger, Joe fue informado de ellos pero nunca los conoció personalmente. El comandante de su brigada era el Coronel F. E. Davison y el comandante de su batallón era el Teniente Coronel John C. Shrive. Los oficiales con los que tuvo más contacto durante su entrenamiento básico fueron el Teniente Primero William G. Sturges, comandante de su compañía y el Teniente Segundo Donald C. Morrell Jr. Había muchos sargentos que intervenían en diferentes momentos de su entrenamiento. Poco a poco los fue conociendo y odiando a la mayoría de ellos, los nombres no significaban nada para Joe, hasta que sucedía algo que los distinguiera.

La inducción se llevó a cabo en sólo dos días y básicamente la finalidad era igualarlos a todos: pelarlos, uniformarlos, hacerles pruebas escritas, ponerles vacunas, examinarles la vista y oídos, luego asignarles la barraca y el pelotón del que formarían parte en el tiempo que durara el entrenamiento. Los dos meses de adiestramiento básico eran iguales para todos los soldados del ejército, sólo al final serían reasignados a sus especialidades como infantería, artillería, tanques, paracaidismo, aviación, y en otros servicios de soporte como cocinero, bodeguero, enfermero, etc.

4. ENTRENAMIENTO BÁSICO

Durante los dos primeros meses que Joe pasó en el ejército, le adiestraron en aquellos conocimientos básicos para hacer de él un soldado dispuesto a matar, si así se lo ordenaban sus superiores. Estos entrenamientos estaban dirigidos a desarrollar su fuerza física y disminuir la mental. Le hicieron aprender a convivir en grupo; a obedecer sin razonar y a familiarizarse con las armas, sobre todo con el fusil. Para Joe Rivera fue la etapa más difícil de su permanencia en el ejército, incluyendo su temporada en Vietnam. En este periodo físicamente lo agotaron hasta hacerle perder sus defensas mentales. Por las mañanas al despertarlos, les gritaban varias veces, hasta tenerlos a todos fuera de sus camas: «¿Cuál es el espíritu de la bayoneta?». y ellos debían contestar a viva voz: «¡Matar! ¡Matar!». La despersonalización o destrucción de la individualidad, marcó la base del lavado de cerebro a que lo someterían. Nunca después sintió la esclavitud, la ignominia, la ridiculización y el agotamiento físico, como en esta primera etapa.

Los entrenamientos comenzaron haciéndoles correr la milla cada mañana, hacían ejercicios de flexibilidad y fuerza con lagartijas, barras, saltos de obstáculos, largas caminatas en terrenos difíciles y escalando cerros. Marchar, aparentemente tan sencillo, era una pesadilla. Lo hacían por horas, hasta que las alineaciones eran perfectas y se obedecían las órdenes de cambio, sin equivocaciones. Les enseñaron defensa personal con golpes defensivos y ofensivos, algunos letales; varas de pugilismo, combate cuerpo a cuerpo, durante todo el día hasta terminar agotados. Les daban breves tiempos para descansar y para desayunar, comer y cenar, todo de prisa, sin tiempo para saborear la comida, sólo deglutirla. Cada ejercicio se repetía una y otra vez, hasta que lo efectuaban de manera automática.

Luego vinieron largas sesiones teóricas, antes de entrar al conocimiento y uso de las armas individuales más simples, como el rifle, la bayoneta, granadas de fragmentación, gases lacrimógenos y el uso de máscaras anti-gas. Joe disfrutaba los ejercicios de tiro al blanco. Les daban un rifle Colt M14,

que pesaba 5.2 kg, con cargadores de 20 balas de 7.62 mm y les enseñaban a acomodar el rifle de manera que le pegaran a un blanco a 450 metros de distancia. No era nada fácil y tenían técnicas especiales. Para aquellos que habían usado rifle o escopeta antes, fue muy difícil adaptarse a las técnicas del ejército. Joe nunca había tomado un rifle en su vida, por lo que absorbió las enseñanzas con buenos resultados. El acre olor de la pólvora era sumamente atractivo para Joe por ser desconocido para él hasta entonces, recordaba que lo mismo había pensado cuando siendo niño olió por primera vez el humo de la gasolina quemada, cuando pasaban los autobuses rojos de Los Altos por el pueblo. La lucha con bayoneta y el lanzamiento de granadas de fragmentación presentaban mayor dificultad y peligro; tuvieron algunos accidentes, aunque ninguno mortal.

La disciplina era continua y no se admitían errores, si no estaba bien tendida la cama, o los uniformes no estaban impecables en los armarios, los castigos iban desde 100 lagartijas, correr la milla, lavar baños o bien «KP» (*Kitchen Police*): pelar papas, lavar ollas, platos o servir alimentos en la cocina. Diariamente tenían jornadas agotadoras.

Entre los soldados había varias nacionalidades, y casi todos en su grupo venían del área de Los Ángeles y pueblos cercanos. Una vez que los estandarizaron, brotó la verdadera personalidad de cada quien, sin los afeites de la ropa y accesorios para distinguirse o llamar la atención. Había italianos como Aquila, Giammanco y Corrichello; hispanos como Joe, Navarro, Ávila; ingleses, irlandeses y nórdicos como McWithey, Kennedy o Connell, un asiático Auman y un judío-estadounidense, Schwartz, que llegó a ser uno de los mejores amigos de Joe, y también muchos negros. Poco a poco fueron formándose grupos de amistad y apoyo que fueron positivos cuando se cuidaban las espaldas en entrenamiento o en días libres, y otras veces negativos cuando después de una borrachera comenzaban los golpes y pleitos tipo pandilla; muchos de ellos fueron pandilleros antes de entrar al ejército.

Después de la primera semana de adiestramiento, el domingo les dieron día franco. Muchos se quedaron a descansar, tirados en sus camastros, reponiéndose de golpes, ampollas y músculos doloridos. Los demás pudieron ir a misa, emborracharse en el bar de la base, o ir al cine, todo era muy barato o gratis, pero los primeros dos domingos no les permitieron salir de la base.

Algo que Joe había echado de menos, sin notarlo, era la música. Por primera vez en más de una semana escuchó los éxitos del momento: Los Beatles, con «A Hard Day's Night», «Do You Want to Know a Secret» y «I

Want to Hold Your Hand» se escuchaban en todas partes; The Beach Boys con «I Get Around»; The Animals con «House of The Rising Sun»; The Supremes con «Baby Love» y «Where Did Our Love Go»; Millie Small con «My Boy Lollipop»; The Rolling Stones con «Time Is On My Side»; Roy Orbison con «Oh Pretty Woman» y canciones más tranquilas pero igualmente populares como «Anyone Who Had A Heart» de Donne Warwick, «People» de Barbra Streisand, «Everybody Loves Somebody» de Dean Martin, «You Don't Own Me» de Leslie Gore y «Hello, Dolly!». de Louis Armstrong. En fin, se podían escuchar innumerables éxitos de los años '63 y '64, que sería difícil recordar y enumerar.

Cuando Joe salió de Guadalajara escuchaba rock en español, mariachis, cantantes de ranchero y baladas, también música clásica, a la que se había aficionado escuchando una estación cultural, en el radio Philco que tenía en su cuarto mientras estudiaba. En rock y balada destacaban Enrique Guzmán, Angélica María, César Costa y el mejor de todos, Alberto Vázquez. Todos ellos cantaban los éxitos de los Estados Unidos, pero traducidos al español, como si originalmente hubieran nacido en México; eso lo supo Joe cuando llegó a EE.UU. y los escuchó en su versión original en inglés. Había otros que causaron sensación: Bill Halley y sus Cometas, los Hermanos Carrión, Mona Bell, Estela Núñez, Virginia López. El bolero también era muy popular, destacaban Marco Antonio Muñoz y los tríos más famosos: Los Panchos, Los Tres Caballeros, Los Tres Diamantes, Los Tres Ases y Los Dandys. En la música ranchera los mariachis eran reyes, distinguiéndose El Mariachi Vargas de Tecatitlán y las voces más famosas: Pedro Infante, Jorge Negrete, ya fallecidos, y Lola Beltrán. Detrás venían pisando fuerte Javier Solís y Vicente Fernández como los valores más importantes de la música ranchera.

Joe pensaba todo esto cuando disfrutaba de su tarde de sábado en el bar de la base. El domingo lo dedicó a descansar del agotamiento que le había causado su primera semana de ejercicio durísimo, el más duro que recordaba. También tuvo tiempo de leer y escribir a la familia.

Una vez que aprendieron la información elemental, y habiendo conseguido cierta condición física, comenzaron los cursos de infiltración, dormir en campaña al aire libre, marchas forzadas y cruce de áreas llenas de obstáculos; algunos de estos ejercicios los practicaron en White Sands, Nuevo México, un desierto inhóspito, lejos de toda civilización. En su primer vivaque les enseñaron a armar las tiendas de campaña y acamparon en una sección del desierto particularmente difícil. Hubo varios hechos que Joe

recordaría siempre. El primero fue el intenso frío al hacer las guardias nocturnas: llevaron una sola bolsa de dormir por pareja, para que uno de ellos estuviera a la intemperie, mientras el otro dormía. Era febrero y el aire congelaba, dolía respirar y no había manera de calentarse. En la misma noche vivió las dos horas más largas y más cortas de su vida: largas cuando estaba de guardia afuera y cortas cuando se metía en la caliente bolsa de dormir; un instante después lo despertaban para su siguiente turno. El otro hecho que recordaba era que hay más alacranes en el desierto de White Sands que en el resto del mundo. Cuando salía de la bolsa de dormir los tenían que quitar de arriba de la bolsa y del techo de la tienda de campaña. Antes de calzarse las botas tenían que vaciar los cinco o seis alacranes que se habían escondido ahí. Eran alacranes de un color blanco amarillento, casi transparentes. Tuvieron muchas picaduras en el batallón, las trataban con una inyección de suero, pero no hubo ningún caso grave o de muerte.

Los entrenamientos de la vista diurna y nocturna eran fascinantes. En el día los ponían frente a un campo de maleza, les daban hojas cuadriculadas y les decían que frente a ellos había cinco soldados, dos tanques, un cañón y otros enseres militares, tenían que encontrarlos y marcarlos en el papel. En un principio no podían ver nada, pero con ejercicios regulares aprendieron a ver e identificar personas y objetos. Los ejercicios nocturnos se llevaban a cabo en un teatro oscuro, les pedían lo mismo, tenían que identificar figuras en la pantalla en total oscuridad. Les enseñaron que no se puede ver directo, que la visión nocturna está en la parte baja del ojo, por lo que tenían que dirigir la vista hacia arriba y así podían distinguir las cosas, y en el momento que volvían a fijar la vista, las figuras desaparecían.

Las sesiones de gas lacrimógeno eran molestas y en ocasiones peligrosas; había en el campo una caseta con una fuerte concentración de gas. Les hacían ponerse la máscara, entrar, quitarse la máscara y decir en voz alta su nombre y número de serie y luego volver a ponerse la máscara y salir. Si lo hacían bien y rápido salían a lavarse la cara y ojos con agua porque les atacaba, pero si alguien se equivocaba y tenía que repetir la frase, podía ser muy grave, algunos se desmayaron y les tuvieron que administrar oxígeno y enviarlos a la enfermería.

El tercer domingo les permitieron salir de la base, de las nueve de la mañana a las cinco de la tarde; pasaban a la oficina a recibir el pase y les daban muchas recomendaciones. En la libertad, cada uno busca sus aficiones; algunos van por la comida, ya sea chatarra o un buen bistec en un restaurante

de lujo; otros buscan una iglesia, un museo o algún deporte; los más, buscaban bares y chicas, con una desesperación rayando en obsesión. Joe buscó la comida, después la bebida y al final las chicas; de alguna manera ese orden no le funcionaba, porque cuando llegaba a las chicas ya estaba muy borracho y raramente tenía éxito. En El Paso había un USO, que son centros de entretenimiento sano para los soldados que hay en todas las ciudades del mundo en donde haya una base estadounidense: dentro había billares, biblioteca, revistas, películas, refrescos, café y donas. Todo era gratis, por lo que ahí caían cuando se les terminaba el dinero, antes de regresar a la base.

En las últimas semanas comenzaron las pruebas de destreza física y escrita para seleccionar el trabajo que tendrían después del entrenamiento básico y se comenzó también a ensayar las marchas y programa para la graduación. En los dos últimos fines de semana les dieron sábado y domingo libres, y el permiso para ver familiares de visita o bien cruzar la frontera y buscar diversión en Ciudad Juárez. Joe aprovechó para ver cómo lo recibían en su país y se quedó gratamente satisfecho; lo trataron como a un rey. Cruzó la frontera en tranvía, junto con un amigo apellidado Loisel. Se encontró en la calle Mariscal, llena de luces, música y olores fuertes. Escuchaba mariachi, a la par que los éxitos de EE.UU.; ahí escuchó por primera vez «The Diamond Ring» de Gary Lewis and The Playboys; «King of The Road» de Roger Miller y «Anyway You Want it» de los Dave Clark Five. En Juárez había toda una industria dedicada a atender al soldado gringo, sobre todo en lo sexual. Había chicas que no podían salir del bar o burdel en el que trabajaban, pero otras tenían la libertad de acompañar a los soldados a restaurantes, bares y hoteles. Joe conoció a una juarense llamada Lupita, con quien pasó la mayor parte de su tiempo libre los dos últimos fines de semana. La trataba como su novia y se juraron amor eterno; ella prometió que le escribiría siempre y él que volvería para casarse con ella. Todo era ilusorio pero le divertía a Joe y le hacía pasar un buen momento.

Cuando en marzo de 1966 fue puesto en otro avión para volar a California, y ahí recibir un adiestramiento más individual, Joe Rivera ya era otro hombre, el cambio sólo había tomado dos meses. Había sido desnudado de sus cualidades morales individuales y estaba listo para recibir la semilla de otros valores, necesarios para obedecer o para mover masas de hombres, al sonido de una voz.

La segunda etapa fue para Joe una reafirmación de los principios plantados en su adiestramiento básico, pero en menor escala. Ahora había que

darle tiempo para conocer más a fondo sus defensas en el nuevo entorno. Ya había aprendido a aceptar que su finalidad era matar; ahora debía aprender cómo hacerlo. Al recibir sus órdenes de traslado, supo que su MOS^[2] asignada sería Infantería.

5. AIT – ADIESTRAMIENTO INDIVIDUAL AVANZADO

Entre las amables colinas de California, en un hermoso paisaje junto al mar, se asienta la base de Fort Ord, sede de la Cuarta División de Infantería, en donde Joe Rivera tomó su Adiestramiento Individual Avanzado (AIT significa *Advanced Individual Training*). Joe iría de una a otra colina disparando un rifle o una ametralladora, lanzando granadas o escurriéndose bajo alambradas. Otras veces, pasaría a través de áreas cubiertas por gases lacrimógenos o se batiría cuerpo a cuerpo; podía explotar árboles o fortificaciones utilizando el explosivo sólido C4. Al final de otros dos meses de adiestramiento, en junio de 1966, Joe había aprendido a usar con efectividad todos los medios o herramientas individuales para enfrentarse a un enemigo en cualquier circunstancia.

Joe Rivera no sólo sabía ya que su finalidad era matar, sino que ahora sabía cómo hacerlo. Los entrenamientos eran tan pesados como en Fort Bliss, pero Joe tenía condición física suficiente para aguantarlos sin problema; ahora sólo terminaba cansado, no agotado como antes. Todo su entorno mejoró, los uniformes eran mejores y a la medida, la temperatura estaba muy agradable, la comida era mejor y les daban más tiempo para alimentarse y saborear los platillos. Muchos soldados se quejaban de la calidad de la comida, pero no Joe, a él le parecía sabrosa, suficiente y balanceada. Los fines de semana eran libres, y con cuarenta y ocho horas, podían inclusive viajar a Salinas, San Francisco o Los Ángeles. Los dos primeros fines de semana los pasó en Salinas, visitando familiares que no conocía o había visto años antes en su pueblo. Disfrutó la experiencia e hizo amistades que le durarían muchos años. En una de sus visitas se le quedó muy grabada la noticia de que había muerto Javier Solís, el mejor cantante mexicano del momento desde la muerte de Pedro Infante; murió relativamente joven, de cirrosis, igual que Jorge Negrete.

Sólo en una ocasión fue a Los Ángeles a visitar a su familia, cuando se le presentó la oportunidad de acompañar a un amigo que tenía auto. Les fue mal en el camino, a las dos horas de recorrido chocaron con un venado que atravesó la carretera; se dañó el radiador y el auto se quedó en el taller de un pueblo cercano. Joe continuó su viaje en autobús. Esa visita le hizo constatar los cambios que había sufrido sin darse cuenta en sólo tres meses de estancia en el ejército. Tenía ideas diferentes, nuevas para su familia, y ya no despotricaba contra el sistema como lo hacía antes; el lavado de cerebro estaba funcionando. En la siguiente fase de su adiestramiento aprendería la coordinación entre escuadras, pelotones, batallones, brigadas y divisiones para matar más efectivamente en grupo, de una manera ordenada y sistemática.

A los quince días de llegar a Fort Ord, se declaró una epidemia de encefalitis. Cuando se conocieron los primeros casos, el ejército hizo reuniones especiales para informarles las precauciones que debían tomar para evitarla, y lo que debían hacer cuando fueran atacados. El primer síntoma era un dolor agudo en la nuca al levantar la cabeza hacia atrás, pero el dar esta información les resultó contraproducente porque los soldados se la pasaban levantando la cabeza contra el cuello, y lo hicieron con tanta frecuencia, que ellos mismos propiciaron el dolor en la nuca. Las filas en la enfermería eran muy extensas, y tuvieron que suspender los ejercicios hasta que la mayoría volviese a la normalidad.

Los dos meses de AIT pasaron rápidamente, y la última semana fue de reuniones informales para explicarles lo que les esperaba en su siguiente destino. La mayoría de los que estaban tomando los cursos con Joe tenían el MOS de infantería, y casi todos terminarían en Fort Riley, Kansas, para formar parte de la 9ª División de Infantería.

6. ADIESTRAMIENTO EN GRUPO

Para su tercera etapa de adiestramiento, Joe Rivera fue transportado a Fort Riley, Kansas, en otro avión B707 de Continental Airlines, a la base en donde la 9ª División de Infantería estaba siendo preparada para ser enviada a Vietnam. Joe fue asignado a la Compañía «D», 2º Batallón, Brigada 60, de la 9ª División de Infantería. En los meses siguientes Joe aprendió a seguir y a ser seguido; a montar en tanques, helicópteros y aviones militares. También aprendió táctica, estrategia, a reconocer al enemigo, a razonar un poco dentro de las reglas militares y, finalmente, en esta etapa vino la reafirmación de los valores que le habían inculcado en los últimos meses. Antes de entrar al ejército, había tenido grabado a fuego en su mente el quinto mandamiento de la Iglesia Católica: «No matarás»; ahora sabía que sí podía matar en circunstancias especiales. Podía matar a otro ser humano si se lo pedía la patria, o su general... su capitán... su sargento... o en defensa propia, si se veía en peligro.

Ya no era un secreto para nadie que estaban todos destinados a ir a la guerra de Vietnam; la 9ª División se estaba formando para transportarse completa y la fecha había sido fijada para diciembre. Durante sus entrenamientos, por primera vez Joe estuvo expuesto a un «set» que replicaba, lo más cercanamente posible, a una aldea de Vietnam. No había selvas en Kansas pero el calor y la humedad eran agobiantes y decían que era muy parecido al clima de Vietnam. En esta fase aprendieron a atacar poblados, comenzar incendios, y en sus ejercicios se encontraban con todas las trampas que supuestamente encontrarían en la guerra: túneles de escape, escondites camuflados, minas enterradas, varas de bambú envenenadas, etc.

Joe aprendió a atacar al enemigo en carros blindados y helicópteros. Les asignaron un rifle nuevo que remplazaría al M14, con el que habían entrenado hasta entonces. El M16, fabricado por la misma Colt, era mucho más liviano, con balas calibre 5.56 mm (calibre 22), más pequeñas pero más letales que las de 7.62 mm del rifle M14, a pesar de ser más grandes; el truco era que por su

mayor velocidad y estriado del cañón, al tocar un cuerpo se volvía loca y causaba muchos destrozos en el interior. A todos les pareció un magnífico rifle y tuvieron que repetir muchos ejercicios de tiro para familiarizarse con la nueva arma. Había una versión con la culata y cañón más cortos, parecía una sub-ametralladora; la llamaban CAR15. A Joe le asignaron una por algún tiempo y le gustó, pero se las retiraron sin darles explicaciones. También le asignarían la ametralladora M60 y pistola Colt 45 y por un par de meses, fue el ametralladorista de la escuadra.

Su estancia en Kansas fue larga y tuvo oportunidad de familiarizarse con los alrededores del fuerte y tres de las estaciones extremas del año, vivió seis meses en un ambiente totalmente diferente a los que había experimentado en Texas y California. El estado de Kansas es una planicie inmensa, sembrada de trigo; en verano hacía un calor opresivo y no soplaba suficiente brisa para aliviarles un poco. Los entrenamientos eran exhaustivos y de continuo tenían operaciones conjuntas con otras unidades que duraban varios días. Sin embargo, tuvieron libres muchos fines de semana para descansar o salir y divertirse con ropa de civil. La base tenía un cine y un bar inmenso en donde sólo se vendía cerveza, pero ya no eran atractivos para Joe y sus amigos. Había dos ciudades junto a la base; la más cercana era Junction City y la otra era Manhattan, muy diferentes una de otra. Junction City estaba llena de bares para emborracharse y buscar chicas, Manhattan era una ciudad de universitarios, muy tradicional; había universidades para hombres y mujeres. Cierta vez le tocó a Joe participar en una incursión a uno de los dormitorios femeninos; le llamaban «panty raid», en español «redada de pantaletas». Durante la noche del viernes, los soldados hacían mucho alboroto frente al edificio y las chicas los premiaban lanzándoles pantaletas con notas adentro, apuntando teléfonos o lugares de citas, hasta que llegaban los guardias a correrlos o tratar de detenerlos, acusándolos de allanamiento. Fue divertido pero no pasó a mayores.

En Junction City Joe conoció lo que se dio en llamar «Gogó». Había bares a gogó, chicas a gogó, bailes a gogó. En uno de sus bares favoritos Joe se hizo fan de The Mamas and The Papas que con sus éxitos «California Dreamin'» y «Monday, Monday», se escuchaban a todas horas. Otros éxitos del momento eran «Crying Time» de Ray Charles; «Love Makes The World Go Round» de Deon Jackson; «Up Tight» de Stevie Wonder; «I'm So Lonesome I Could Cry» de B. J. Thomas; «Homeward Bound» de Simon & Garfunkel y «Gloria» de The Shadows of Night. Joe conoció e hizo su novia a una chica a gogó llamada Nancy que era diez centímetros más alta que Joe, pelirroja y de

cuerpo escultural, su único defecto era que la cara estaba un poco cacariza, pero no le importó a Joe y se la llevó a la cama en muchas ocasiones a tener sexo desenfrenado. Al entrar el invierno, Nancy se marchó más al sur, porque era muy friolenta.

Otra de las diversiones favoritas, sobre todo para ligar con chicas o cachondear, era el autocine. Por alguna razón ilógica, en Kansas cobraban la entrada por individuo, no por auto como en Los Ángeles. Siempre andaban cortos de dinero, por lo que una pareja se escondía en la cajuela y sólo pagaban las seis entradas de los que iban apretujados a la vista en el auto. Ya dentro salían dos parejas a un área de bancas y, con el dinero ahorrado en las entradas, pagaban las palomitas y refrescos para todos.

A pesar de la diversión que a veces disfrutaban, o de las creencias personales, el amor, la religión, el dinero, la familia, la sociedad, el futuro, todo pasaba a un segundo plano, y estaba supeditado al interés del ejército. En consecuencia, pronto aprendió Joe que en Vietnam, morir tampoco tenía un significado individual. Los soldados son células de un cuerpo y pueden ser desechables; lo importante es que el cuerpo viva. La muerte individual, mientras no afecte seriamente la salud general del cuerpo, no tiene significado especial. Lo importante no es morir, sino matar al mayor número de enemigos, antes de que lo maten a uno. El ejército ya lo tiene previsto en sus cálculos y acepta tu muerte y la de muchos otros miles, mientras se gane la batalla. Eso le hicieron creer a Joe.

Cuando recibió las órdenes para su transferencia a Vietnam, a principios del mes de noviembre, para salir en diciembre de 1966, vio que había sido distinguido para formar parte del cuerpo de avanzada de la 9ª División. Joe sería uno de los ciento sesenta soldados que, entre dieciocho mil, precederían la llegada de la división completa a Vietnam. Este programa se elaboraba únicamente cuando un ejército o división se transportaba completo a una zona de guerra. Mientras el cuerpo mayor se movía con lentitud por ferrocarril y por barco, el cuerpo de avanzada se desplazaba en avión y, al llegar a Vietnam, era sembrado entre varias unidades combatientes ya experimentadas. Al cabo de un mes terminaba su asignación, y ya con el bautismo de fuego y la experiencia ganada en varias batallas, regresaban a sus respectivas unidades como asesores, para evitar los errores de los novatos. Su misión era hacer más fácil la transición de la teoría a la práctica.

Antes de partir a Vietnam, les concedieron quince días de vacaciones para que pudieran despedirse de sus familias. Para muchos sería la última vez que

se verían. Durante esas vacaciones, cuando Joe volvió a disfrutar de la vida familiar, y a recordar cómo pensaban los civiles, sostuvo una lucha interna tan fuerte, que por poco da al traste con todo el trabajo y entrenamiento de tantos especialistas que se habían dedicado a lavarle el cerebro y convertirlo en asesino.

Durante su ausencia de casi un año, Joe había mantenido una copiosa correspondencia, sobre todo con su madre y con Rossy su novia. Las cartas de su madre siempre incluían la misma fórmula: deseos de buena salud, noticias de sus hermanos y familiares, comentarios sobre hechos comunes, como el bautismo y nacimiento de un sobrino, la boda de un primo, la enfermedad o muerte de un tío y, finalmente, muchas recomendaciones y bendiciones. Era una fórmula monótona y tradicional, que conformaba la base de las enseñanzas familiares. En cambio, las cartas de Rossy eran diferentes; le platicaba frivolidades, se refería al amor, mucho sexo y muchos planes para el futuro: planes de paseos, de viajes, de compras y últimamente, de matrimonio. Sin embargo, terminar las cartas de Rossy siempre le dejaba insatisfecho e inseguro. Era una mezcla de dulce y amargo; por una parte le juraba amor eterno y luego, como de paso, mencionaba a un compañero con quien había ido a una fiesta. Le carcomían los celos y sabía que, al estar separados, ella salía con otros hombres.

En el ejército, la vida sexual de Joe era insuficiente e insatisfactoria, excepto los tres meses en los que tuvo a Nancy en Junction City, pero no era suficiente. Durante el año de adiestramiento, logró acostarse con mujeres sólo ocasionalmente y las relaciones habían sido presionadas, fugaces y desconfiadas. Inclusive había pagado a un par de prostitutas. Sin embargo, con Rossy tenía una relación franca, abierta y satisfactoria; había pensado seriamente en casarse durante las vacaciones antes de irse a Vietnam, como lo hicieron muchos de sus compañeros. Un sábado, en Junction City, entró a una joyería y gastó ochenta dólares para comprarle a Rossy un anillo de compromiso. Era de oro blanco, con un pequeño brillante; se gastó quince dólares más en una argolla que hacía juego. Se los pusieron en un estuche forrado de terciopelo, y los guardó celosamente en su armario, sin mencionarlo a nadie.

Al llegar al aeropuerto de Los Ángeles le esperaba Rossy, como se lo había prometido. Sin embargo, llegó acompañada de Roy Jenkins, colega de ambos en la preparatoria. La presencia de Roy le molestó a Joe sobremanera, a pesar de que Rossy lo abrazó apasionadamente frente a Roy. Hubiera

deseado estar a solas con ella; tal vez sorprenderla con su anillo de compromiso.

En el trayecto a casa de sus padres Joe se mostró reservado. Roy conducía el auto y Rossy, sentada entre ambos, lo estuvo acariciando todo el viaje. Sin embargo, la presencia indeseable de Roy le hacía rechazar las expresiones de amor de su novia. Al llegar, lo dejaron en la puerta y Roy llevó a Rossy a su casa. Joe prometió que más tarde pasaría por la casa de Rossy, para recogerla e ir a alguna parte.

El rencuentro con su familia fue muy emotivo; su madre lloraba de alegría y su padre y hermanos le abrazaban emocionados. A Joe se le hizo un nudo en la garganta y balbuceaba al tratar de hablar, sin estar seguro de lo que quería expresar. El cariño familiar le parecía extraño, al no haberlo sentido por diez meses en los que sólo había recibido dureza y frialdad, y se sintió confuso. Se sentaron a comer, y ya más tranquilo, les platicó superficialmente sobre sus experiencias, sólo las buenas, se guardó mucho de mencionar que en el bolsillo traía las órdenes para salir a Vietnam, aunque ellos ya lo sabían. Antes de quitarse el uniforme para ir a recoger a Rossy, le pidieron retratarse con cada uno de sus hermanos y después, con toda la familia.

Se sentía extraño en ropas de civil, conduciendo el auto de su hermano; iba redescubriendo las calles familiares. En el trayecto no vio a nadie conocido, pero no le importaba; le gustaba conducir el auto sólo por conducir. En la radio escuchaba la estación KRLA y así se familiarizaba con los últimos éxitos: «Hanky Panky» de Tommy James & The Shondels; «See You in September» de The Happenings; «I've Got You Under My Skin» de The Four Seasons; «Somewhere My Love» de Ray Coniff; «See You Rider» de Eric Burdon & The Animals; «Yellow Submarine» de Los Beatles; «Good Vibrations» de los Beach Boys; «Lady Godiva» de Peter & Gordon; nunca se acababa la buena música. A conducir el auto y escuchar música se le llamaba «*cruising*», a Joe le encantaba hacer «*cruising*».

Al llegar a casa de Rossy tocó el timbre y lo recibió el padre quien, con un abrazo informal de bienvenida, lo introdujo en la casa; luego, la madre emocionada le dio otro abrazo, que le hizo sentirse incómodo. Rossy bajó con paso ligero, sin fijarse en los escalones y mostrando una sonrisa de felicidad. Se despidieron de los padres y se dirigieron a un pequeño motel en el Bulevar Ventura, donde antes habían estado con frecuencia. En el trayecto, Rossy lo acarició entre las piernas de una manera que hizo a Joe sentir un intenso dolor. El violento deseo, aunado a la obligada continencia, le hacía daño físico;

deseaba hacer el amor con tal pasión como no recordaba haberla experimentado nunca. Ya en la cama, se desahogó casi de inmediato, no con gusto, sino más bien para recuperar su equilibrio mental. Después de un pequeño descanso, hicieron de nuevo el amor más calmadamente, de la manera en que lo hacían antes. Sin embargo, a Joe no le parecía igual: físicamente, Rosy era la hermosa muchacha de siempre, con cuerpo de concurso y cubierto de pecas, pero su actitud había cambiado, a pesar de los esfuerzos que hacía por parecer la misma. Estaban desnudos uno junto al otro y Joe le pasaba el brazo derecho debajo del cuello; había encendido un cigarrillo y miraba el techo. ¡Esperaba tantas respuestas! Por fin hablaron torpemente y sin coherencia y todo salió a la superficie como resultado de la separación: recriminaciones y esbozos de infidelidades. En una ocasión Joe la abofeteó y ella enmudeció resentida. Se vistieron en silencio, Joe la llevó a su casa, y se despidieron, sin haber dicho todo lo que habían pensado decirse. El estuche de terciopelo con el anillo de compromiso permaneció intacto en el bolsillo del pantalón de Joe.

Esa noche no pudo dormirse de inmediato, estuvo pensando en todo lo que le pasaba. De improviso, le nació el deseo de viajar y tomó la decisión de continuar sus vacaciones en Guadalajara, visitando a sus demás familiares. Al día siguiente le explicó sus motivos a la familia, y aunque no les gustó la idea, porque pensaban disfrutar de su presencia por varios días más, Joe se despidió y tomó un avión para Guadalajara. Durante el vuelo, se sintió libre de dudas, seguro de sí mismo y autosuficiente. Su corazón se estaba endureciendo, expresión figurativa para describir el proceso que permitirá a Joe soportar las heridas morales que pronto comenzará a recibir en abundancia, hasta llegar a crearle inmunidad contra los latigazos sentimentales y la soledad. El último cambio necesario en su preparación mental para la guerra se llevaría a cabo en unos días más, sin que lo notara siquiera. Joe estaría listo muy pronto.

7. UN CASO DE CONCIENCIA

A su llegada a Guadalajara se dirigió a la casa de su tío Miguel, en donde pasaría el resto de sus vacaciones. Joe se sentía extraño y fuera de lugar en un ambiente familiar cariñoso. De nuevo era Pepe o Pepito y estaba ante un estilo de vida diferente, nada desagradable, que casi había olvidado, y que no experimentaba desde los quince años. Le parecía increíble el hecho de que hubiese sufrido y luchado tanto para hacerse de una mejor vida en los Estados Unidos, cuando veía a sus tíos y primos llevando una existencia muelle y tranquila en México. De pronto se dio cuenta de que en ese ambiente y a sus veintiún años, se sentía como si pudiera volar. Era mexicano y estaba en su patria; no era un arrimado o ciudadano de segunda, como se sentía en los Estados Unidos. Por el contrario, todo mundo lo trataba con respeto, cariño y deferencia, lo trataban como a un joven guapo, joven e inteligente. Además, también por primera vez en mucho tiempo, no se sentía chaparro, en el ejército estadounidense su estatura lo colocaba entre los más bajos del pelotón y aquí, salvo contadas excepciones, tenía una estatura igual o superior a la de los demás.

Su prima Verónica lo miraba con ojos de arrobamiento. De una manera audaz le decía «guapo» y le declaraba, coqueta, que lo iba a conquistar, y si ella no podía conseguirlo — le decía — le presentaría a amigas bonitas que lo enamorarían, para obligarlo a quedarse en México, y no tener que ir a Vietnam. Se lo adueñó por completo, y lo sacaba a pasear a todas horas. Joe conoció la diversión sana, cuando ya no estaba acostumbrado, y su mente ya no aceptaba nada de aquello. Su prima Verónica logró sorberle el seso, y en unos días ya eran oficialmente novios. Fue un noviazgo limpio y platónico, que le daría momentos de dicha antes de volver al infierno.

Pronto advirtió que todos a su alrededor se habían puesto de acuerdo para pedirle que se quedara en Guadalajara y desertara del ejército, para no tener que morir en Vietnam. Le decían que podía inscribirse en la universidad para estudiar arquitectura, como lo había deseado alguna vez. Cuando lo oyó por

primera vez, a Joe le pareció una broma y sonrió complaciente. Sin embargo, tanto su tío Miguel, como su tía Chata, el primo Manolo y Verónica comenzaron a insistir con tanta frecuencia, que se dio cuenta que lo decían en serio. Primero lo había rechazado categórico, pero a medida que se involucraba más en ese estilo de vida, y en su relación sentimental con Verónica, su cerebro comenzó a ceder. Una vez que lo consideró posible, buscó los razonamientos que avalaran ese cambio de dirección. Comenzó a discutirlo con Verónica y sus amigos, en cafés y salones de baile y, más seriamente con sus tíos a la hora de sentarse a la mesa.

Le explicaron algo que él ya sabía: que la guerra de Vietnam era una guerra sangrienta e injusta, y que tenía muchas probabilidades de morir o quedar lisiado para el resto de sus días. ¿Para qué iba a Vietnam? Estados Unidos no era su patria, y los orientales no amenazaban a México, ni a los Estados Unidos. Era una guerra estúpida, adquirida gratuitamente de los franceses, para lavar la derrota ignominiosa que éstos habían sufrido. Además Joe era católico, y el sacerdote del Santuario de Guadalupe, cuando platicaron después de la misa dominical, le había dicho que o se va a una guerra por obligación o por convencimiento, de esta manera no es pecado matar, pero si no estaba convencido de la finalidad, o podía sustraerse de esa responsabilidad, el matar le podría crear un cargo de conciencia. Le había propuesto opciones, pero el mensaje estaba muy claro; una gran mayoría decía, incluso en los Estados Unidos, que se trataba de una guerra ajena, injusta e indeseable. Además, ahora Joe creía que podría evitarla, permaneciendo en México y desertando del ejército.

Los tíos de Joe llegaron a ejercer tal grado de presión, que establecieron una comunicación telefónica con sus padres para proponerles la idea de que el muchacho se quedara viviendo en Guadalajara, en casa de su tío Miguel. Su madre había dicho llorando, con rencor hacia el sistema estadounidense, que estaba de acuerdo en que se quedara en Guadalajara, que temía por su salud y por su vida, en el caso de que se fuera a luchar a Vietnam. Su papá no fue tan contundente para alentarle a quedarse, le dijo que escuchara a su conciencia, que no se preocupara por la familia en Los Ángeles. Ya estaban todos juntos en los Estados Unidos, y él era mayor de edad para tomar sus propias decisiones. No se comprometió a sugerirle un camino, pero le hizo saber que su madre y todos ellos estarían más tranquilos si permanecía en Guadalajara.

Hasta entonces, Joe no había caído en la cuenta de que, para que su familia viviera en los Estados Unidos, el sistema gringo le estaba pidiendo

que pagara un precio muy alto. Ya había luchado y sufrido infinidad de trabajos para emigrarse, y emigrar a su familia; ahora probablemente tendría que dar su vida por ese ideal. ¿Valía la pena? Definitivamente no. Joe se había marchado a los Estados Unidos obligado por las circunstancias económicas de su familia. Había demostrado iniciativa, capacidad de trabajo, aplicación en el estudio e inteligencia. Podía estudiar en Guadalajara, hacer una carrera universitaria y luego pagarles a sus tíos los gastos que estaban dispuestos a afrontar. Sus tíos parecían estar bien económicamente, tenían sólo tres hijos, todos ellos estudiantes; Manolo ya iba a la universidad. La idea de quedarse en Guadalajara se hizo cada vez más fuerte; la decisión que tomaría era el tema obligado en todas las conversaciones, sobre todo con Verónica y sus amigos, que eran francamente anti-yanquis. Describían la explotación del mexicano y otras minorías en los Estados Unidos con una claridad y lógica que Joe no había escuchado antes. Además, le remarcaban que la guerra de Vietnam era una guerra injusta y arbitraria.

A veinticinco horas de terminar sus vacaciones, Joe estaba decidido a desertar. El día anterior le habían celebrado su cumpleaños número veintiuno con un pastel en casa de sus tíos. Luego había ido al cine con Verónica. La película era un churro llamado «Los Amantes Deben Aprender», con Troy Donahue y Suzanne Pleshette; película muy melosa, pero que se adaptaba a la perfección a su edad y a su nuevo amor. Estaba realmente enamorándose de Verónica y ella de él; sus besos eran ardientes y su comportamiento, aunque sensual, tenía una pureza a la que no estaba acostumbrado. De pronto, recordó a Rossy y decidió terminar con Verónica.

Durante su primer año en el ejército había tenido una novia en San Fernando, Rossy; una amante, Jan, la hermana de Steve McManon quien a sus diecinueve años era una prostituta en potencia. Se acostaba fácilmente con cualquier hombre, lo disfrutaba y lo hacía disfrutar, pero no se le podía tomar en serio para un noviazgo formal. Lo curioso es que Jan le había pedido con insistencia — con mayor insistencia que Rossy — que se casaran antes de salir a Vietnam.

Había tenido otras tres o cuatro aventurillas sexuales sin consecuencia, pero sus sentimientos hacia Verónica eran diferentes. Su prima era la chica ideal para tener un noviazgo largo y puro, y para hacerla su esposa. Volteaba a mirarla y le sonreía: ella le apretaba la mano y se le acurrucaba en el hombro.

El 4 de diciembre de 1966 supuestamente era su último día de vacaciones; el día cinco debía presentarse en Fort Ord, California, antes de las seis de la

tarde. Allí lo pondrían en un avión hacia Wichita, Kansas y al día siguiente saldría a Vietnam con todo el grupo de avanzada de la 9ª División. Por lo menos eso decían las órdenes que traía en la maleta. Ese día transcurrió como los anteriores, rápido y feliz. Después de estar con Verónica volvió a casa de sus tíos a las nueve de la noche, cenó y se acostó.

Pero no pudo dormir, sólo pensaba y daba vueltas al dilema que tenía; aparentemente ya estaba convencido de quedarse y desertar, pero en su interior no estaba seguro. Si se quedaba en Guadalajara, todo lo que había hecho y sufrido hasta ahora habría sido inútil. Sobre todo, Joe tenía una idea muy firme: nunca le había sacado la vuelta conscientemente a un problema en su vida. Estaba frente a la decisión de desertar, existía la posibilidad de que hubiera represalias contra su familia o bien, podían ensañarse contra sus hermanos menores, que aún no estaban en edad militar, pero pronto lo estarían. Estaba seguro que alguno de ellos tomaría su lugar en un par de años, y si les pasaba algo en Vietnam nunca se lo perdonaría. También aquilataba el hecho de que, por ser desertor, no podría volver más a los Estados Unidos sin riesgo de cárcel o deportación. ¿Qué importaba si era una guerra ajena, injusta y sólo iba a servir de carne de cañón? Muchos sobrevivirían y él podría ser uno de ellos; siempre había estado seguro de su estrella, y ahora se disponía a huir de la prueba de suerte más decisiva que se le había presentado en toda su vida. Además, estaba adiestrado para sobrevivir y había demostrado que era buen soldado. Le vino a la mente la última plática que había sostenido con el Capitán Summers, cuando le entregara sus órdenes para ir a Vietnam:

«Finalmente se terminó la incertidumbre, Joe —le había dicho sonriendo— nos vamos todos juntos a Vietnam. He tenido mis dudas para concederte estas vacaciones, ya que has hablado en varias ocasiones de desertar y no pierdes la oportunidad de expresar tu odio hacia el ejército y hacia esta vida de perros, como tú la llamas; sin embargo, tus acciones desmienten tus palabras. Has sido buen soldado, disciplinado y apto. Te has ganado la promoción para ser jefe de escuadra y fuiste uno de los primeros. ¿Por qué esa ambivalencia?».

«Odio al ejército y lo que representa —le respondió Joe con seguridad— Sin embargo, hace tiempo que comprendí que es peor ser mal soldado, porque así traería la bota en la cara todo el tiempo, es mejor dirigir y mandar que ser mandado y castigado».

«Pero, —continuó el capitán— ¿está claro que no piensas desertar? El

papeleo y las explicaciones para declarar a un soldado desertor son sumamente molestos y se reflejan en mi récord».

«No se preocupe, Capitán —le confirmó Joe— no tengo intención de desertar...».

Ni se imagina el Capitán Summers que tan cerca estoy de causarle problemas, —pensaba Joe— aunque los problemas del capitán eran la menor de sus preocupaciones. También recordó alguna de las frases que el sargento del batallón les había dirigido al despedirse:

«¡Soldados! —había gritado— la aventura que están a punto de comenzar no es un juego más. Algunos de ustedes perderán la vida, como debe ser en cada guerra, pero la mayoría sobrevivirá y habrán tenido una de las experiencias más determinantes que pueda tener un hombre. Volteen a verse unos a otros, y estoy seguro de que cada uno pensará: yo sí regreso vivo, tal vez zutano o mengano no, pero yo sí. Pues bien, eso nadie lo sabe ahora; es bien cierto que algunos de ustedes volverán en una caja de pino. Han pasado por un adiestramiento duro y eficaz, el mejor del mundo. Han aprendido todas las técnicas de la guerra que podemos enseñarles en situaciones simuladas; el resto lo aprenderán en su primer combate».

Y luego el Teniente Payne: «¡Arriba esa moral, camaradas! No dejen que las palabras del sargento los desanimen, es un viejo sentimental. Todos vamos a Vietnam a luchar con ardor y no importa cuántos o quiénes muramos, eso lo decidirá el destino».

Eso lo decidirá el destino —se dijo Joe convencido—, y yo no le puedo dar la vuelta a mi destino. De pronto cayó en la cuenta que él no podía desertar y tuvo la certeza de que quería ir a Vietnam a probar su suerte. Se levantó y miró el reloj: eran las tres y media de la mañana. Se metió bajo la regadera, el ruido alertaría a la casa, pero había sido su costumbre levantarse temprano, y por lo mismo no se despertarían. Le dejaría una nota a su tío Miguel explicándole su partida.

A las cuatro de la mañana salió a la calle con su bolsa militar al hombro, para buscar un auto de alquiler. Caminó una cuadra hacia la Avenida Hidalgo y pronto lo encontró. Pidió que lo llevara al aeropuerto.

Su boleto a Los Ángeles había expirado el día anterior, y se dedicó a buscar una alternativa. Sonrió al recordar la cara de asombro que había puesto su tío al tropezarse con él, cuando salía de la casa. No hacían falta explicaciones, él entendía, estas cosas se entienden mejor entre hombres. Le

dio las gracias por su hospitalidad y por el ofrecimiento, y le pidió que hablara con Verónica, él le escribiría en cuanto pudiera. Su tío le dio un fuerte abrazo, deseándole buena suerte. Cuando se despegó de él, vio que a su tío se le llenaban los ojos de lágrimas. Sin embargo, su sonrisa era optimista.

A las 8:30 de la mañana salió en un vuelo de Mexicana de Aviación, que lo llevó a Los Ángeles en tres horas; su tío había llamado a sus padres, y toda la familia le esperaba en el aeropuerto para despedirse. Joe no había previsto la posibilidad de salir a Vietnam sin despedirse de su familia, y agradeció a su tío Miguel que les hubiese notificado.

Antes de abordar un pequeño avión «*commuter*» que lo llevaría a Monterey, California, se metió en un baño público y se puso el uniforme que no había usado durante quince días. Se sintió muy comfortable en él, le sentaba bien y creía que iba de acuerdo con su nueva personalidad. Los nubarrones de su mente se despejaron y, aliviado, caminó seguro hacia el avión: Joe estaba listo.

8. LLEGADA A BIEN HOA

Como parte del grupo de avanzada de la 9ª División, Joe Rivera había volado a Vietnam en un avión C-141 de la fuerza aérea, saliendo de una base militar en Wichita, Kansas. El avión estaba especialmente adaptado para el transporte de tropas: los asientos habían sido alineados a lo largo del fuselaje en cuatro largas filas y formaban dos pasillos. Los asientos eran de tubo de aluminio y anchas fajas de nylon entrelazadas, muy incómodos. El fuselaje no tenía ventanillas, sólo algunas claraboyas muy espaciadas entre sí. Parecía estar en la pesadilla de un claustrofóbico. El día de la salida había sido un 8 de diciembre de 1966 y el termómetro había bajado a 18 grados centígrados bajo cero en Kansas. El hielo hacía que el avión al despegar, se deslizara como sobre una pista de patinaje, y logró levantarse casi al terminar la cinta asfaltada.

Fue un largo y tedioso viaje con dos escalas: una en Anchorage, Alaska y otra en Kioto, Japón. Las condiciones de vuelo fueron accidentadas desde el principio y atravesaron varias tormentas, en especial sobre las montañas heladas de Alaska. El avión C-141 tiene las alas colgadas sobre la parte superior del fuselaje, que terminan con las puntas dobladas por el peso de las dos turbinas que cuelgan de cada una de ellas. La turbina más próxima al cuerpo del avión está a una altura mayor que la exterior, debido a la curvatura natural del ala. Sin embargo, durante las tormentas que encontraron en ese viaje, y cuando se producían movimientos violentos del aparato en momentos de turbulencia, las turbinas de los extremos se veían por encima de las interiores.

Joe se sentía aterrado: había hecho muy pocos viajes en avión como para sentirse cómodo, y nunca había pasado una tormenta de tal violencia. Abajo podía ver las montañas nevadas de Alaska e imaginaba que no debían ser un lugar de descanso muy agradable. Durante los últimos meses había pensado mucho en la muerte y había aprendido a temerle; sería terrible desplomarse en vertiginosa caída y luego estallar en pedazos, sintiendo que la carne se abre.

Sería un dolor horrible, aun cuando todo sucediese en segundos, o minutos tal vez, si se cuenta el tiempo de caída desde la altura a que volaban. Pero, reflexionaba Joe, ¿no sería mejor morir ahora, antes de llegar a Vietnam? Sabía que tenía pocas probabilidades de regresar vivo o completo de la guerra. ¿No sería mejor acabar de una vez? Así no tendría la oportunidad de asesinar a ningún ser humano, ni se enfrentaría a la angustia y al miedo de luchar en una guerra extraña y complicada.

Las horas de vuelo las llenaron los soldados platicando, jugando a las cartas, durmiendo y pensando que finalmente la guerra de Vietnam ya era una realidad para ellos. Durante meses se habían referido a esta realidad como una posibilidad lejana, alentando siempre la esperanza de ser enviados a Alemania, España o Panamá para completar su servicio militar, pero no, ellos habían sido los escogidos. Joe miró a su alrededor y vio sólo extraños. Todos venían de diferentes unidades de la 9ª División, no se conocían entre sí, ni tendrían esa posibilidad: a su llegada a Vietnam iban a ser repartidos en diferentes batallones para adquirir experiencia bajo el fuego enemigo. Entre ellos había muchos negros y latinos: ¡carne de cañón! ¿No era eso lo que le habían dicho sus familiares cuando trataban de convencerlo de que no viniera? ¡Sólo mandan a la guerra a los latinos y a los negros! Sin embargo había también «güeros», aun cuando pertenecían a lo que entre ellos mismos llamaban «basura blanca»: poca escolaridad, baja posición social. En una palabra, los que eran una carga para la sociedad. Los ricos de las clases privilegiadas no estaban aquí, disponían de una exención para el servicio militar, por estar inscritos en la universidad; después serían oficiales de marina o pilotos, si llegaban a estar en las fuerzas armadas. Las masas que despreciaban iban a sufrir y a morir, para que ellos vivieran sanos y prósperos. A Joe le repugnaba pensar de esta manera, pero era una realidad que últimamente había aceptado.

Los mitos de la «tierra de oportunidades» y del «sueño americano» eran casi siempre sólo para los anglosajones güeros de ojos azules, ¡rayos! ¿Por qué tenía que ser el mundo tan disparejo? Joe tenía muchas ambiciones y deseaba tener éxito en el futuro; por lo pronto no tendría que preocuparse por eso. Tenía ante sí la prueba más importante de su vida y su única meta era sobrevivir, pero sobrevivir completo y mentalmente sano. Tendría que guardar en el tapanco de su conciencia el mundo que dejaba atrás. Trataría de no pensar en su casa y en sus familiares, el recuerdo sólo le haría sufrir y probablemente le produciría miedo, y el miedo puede convertirse en cobardía. El mundo del que se alejaba más a cada momento ya no existiría para él; iba a

pelear, matar y sobrevivir, y tal vez morir. Se enfrentaría a la realidad de la guerra con decisión y valentía, probaría que era todo un hombre, aunque probarlo le costara la vida.

Aterrizaron en el aeropuerto de Anchorage para repostar; estaba nevando, y al tocar tierra sintieron movimientos desconocidos, frenaban y avanzaban de manera irregular, y en ocasiones parecían ir de lado. Nada podía ver, por la carencia de ventanas, sólo miraban las de los soldados que tenía enfrente, y que tenían la misma cara de duda que Joe mostraba. Estuvieron en tierra dos horas, y no les permitieron salir del avión, sólo podían caminar en los estrechos pasillos fumando, y escuchaban el ronroneo de las máquinas que mantenían vivo al avión y los motores de las bombas que llenaban los tanques de combustible. Cuando despegaron para continuar su viaje, se toparon con una tormenta muy fuerte y sufrieron la peor turbulencia que la mayoría había experimentado nunca. Sin puntos de referencia visual, creían que se iban a estrellar en cualquier momento, no sabían si volaban hacia arriba, hacia abajo o en vuelo recto. Media hora después alcanzaron la altitud de crucero y el vuelo se volvió estático y monótono; la mayoría se durmió, unos pocos siguieron jugando cartas, fumando y platicando.

El segmento de Anchorage a Kioto les tomó más de ocho horas; al aterrizar en la base aérea de Kioto llevaban dentro del avión casi veinte horas, diecisiete de vuelo efectivo. Les hicieron bajar a las salas de espera del aeropuerto, y Joe aprendió varias cosas: que había un Tokio, la capital de Japón, y un Kioto, ciudad sagrada de templos y jardines, en donde se encontraba la principal base aérea de los Estados Unidos. El frío era menor que el de Kansas, pero el viento helado cortaba la piel de la cara; también le pareció que conducían en el lado izquierdo de la carretera, pero eso podía ser sólo en el aeropuerto. Después de un descanso de tres horas, en el que les sirvieron una cena caliente, prosiguieron su travesía a Vietnam.

En siete horas más, finalmente llegaron a su destino. El avión aterrizó en una base de la USAF llamada Bien Hoa. Desde su salida de Kansas habían recorrido 13,800 millas en treinta horas, veintisiete de vuelo efectivo; se habían trasladado literalmente al otro lado del mundo. La distancia de América les hizo referirse a Estados Unidos como el «Mundo Real».

El arribo a la base de Bien Hoa fue memorable para Joe y todos los demás. Esa primera impresión no se le borraría por el resto de sus días. Todo lo veía brillante y parecía magnificado. El sol deslumbraba y emitía un calor como no había sentido nunca, el colorido y la nitidez de las cosas era

increíble: el azul del cielo, el blanco de las nubes, los diferentes verdes de la selva, la exuberancia del reino vegetal, los olores ácidos y penetrantes; parecía que estaba en medio de una podredumbre húmeda y pegajosa. Los vietnamitas, chiquitos, flacos, de piel oscura, pómulos salientes y ojos rasgados le parecieron feos, los miraban con una sonrisa idiota y burlona. Al bajar del avión aún vestían ropas de invierno, traían puestas gruesas chamarras, y bajo el sol ardiente y la temperatura a más de cuarenta grados centígrados a la sombra, Joe comenzó a sudar casi de inmediato, y sentía que le corrían hilos de sudor desde la nuca hasta los calcetines; se sentía molesto y atontado. Rápidamente se despojó de la chamarra y de la camisa y se quedó en camiseta. Enseguida les condujeron a un cobertizo con sombra, en donde les ofrecieron limonada y pastillas de sal.

Cuando les hubieron entregado sus armas y las bolsas de lona que trajeron como equipaje desde los Estados Unidos, los subieron en varios camiones de redilas y abiertos, en los que, rodeados de costales de arena, se sentaron en bancas que miraban hacia el exterior. Era el momento de separación para el grupo que había viajado en el mismo avión. Serían llevados a las diferentes unidades, en donde pasarían un mes antes de ser devueltos a su unidad original de la 9ª División. El grueso de la división y sus compañeros aún no salía de los Estados Unidos, iban por ferrocarril y en unos días más se concentrarían en San Francisco, desde donde serían transportados en barcos, junto con todo el equipo pesado de tanques, artillería, tractores, materiales de construcción, cocinas de campo, en fin, todo aquello que formaba una división completa.

Los camiones se pusieron en movimiento y antes de salir a la carretera cruzaron el pueblo de Bien Hoa. Las viviendas eran chozas de madera, lodo y hojalata; las calles, de tierra apisonada. Encontraron multitud de vietnamitas en la calle, sobre todo niños, que por cientos jugaban y reían como todos los niños del mundo; parecían no estar conscientes de la guerra que se desarrollaba a su alrededor.

Al paso del camión, los niños salían al camino extendiendo sus magros brazos en señal de saludo, la carretera era de terracería y se extendía larga y delgada entre arrozales inundados, limitados por la selva o los juncuales. Todo el interior de los camiones había sido revestido con costales de arena, que les servirían como protección contra las minas, bombas, balas y granadas.

Joe iba aferrado a su rifle M16 con el dedo junto al gatillo, esperando que el vietcong le saliera al paso en cualquier momento. A lo lejos se oían

explosiones y tableteos de ametralladoras. Se sentía muy asustado; debía ser terrible morir el primer día en Vietnam, tan terrible como ser muerto el último día. Sin embargo, morir el primer día tenía una ventaja: no sufriría las angustias y dolores a lo largo de un año de guerra.

Al cabo de hora y media de camino atravesando arrozales y selva, llegaron a un claro en donde se asentaba la base de Ben Cat, su destino inmediato, sede del Batallón 173, aerotransportado. Se notaba que diario le ganaban espacio a la selva; grandes bulldozers removían y arrastraban árboles, lianas y pedazos de bambú hacia las orillas. La tierra recién removida era de un color ladrillo intenso. El perímetro exterior de la base estaba rodeado de varias alambradas con púas de acero alrededor de un espacio abierto que debía estar minado y que a su vez encerraba al perímetro interior. Éste se componía de una gran zanja circular, interrumpida por fortines o nidos de ametralladora cubiertos con sacos de arena. En ellos podían ver a los soldados descubiertos hasta la cintura, con un color bronceado oscuro, que se movían despreocupados de un lado a otro, sin que pareciera interesarles el peligro que había a su alrededor; iban desarmados, pero todos ellos portaban el casco metálico en la cabeza. También escuchaban música, parecía que tenían un radio en cada fortín, pero todos escuchaban la estación de las fuerzas armadas y tenían la misma música. Joe escuchó «I'm So Lonesome I Could Cry». (Estoy Tan Sólo Que Podría Llorar) de B. J. Thomas, muy ad hoc para el momento; «Secret Agent Man» de Johnny Rivers y «The Ballad Of The Green Berets» de Sgt. Barry Sadler, entre otras.

Al centro del perímetro había varias barracas de madera nueva, entre las que destacaban el almacén, el comedor, la tienda PX (Post Exchange) y la iglesia, los demás edificios eran jacalones menores que servían de oficinas, sala de comunicaciones y dormitorios. En uno de los extremos de la base se ubicaba una concentración de artillería móvil; ahí se podían ver los largos cañones de 175 milímetros y los gruesos obuses de 155 milímetros, todos ellos sobre orugas para autotransportarse. El resto de la artillería ligera se componía de Howitzers de 105 y 108 milímetros.

Había tantos vietnamitas dentro de la base, como soldados; se les veía ir y venir acarreando algo o bien parecía que se dirigían a algún sitio prefijado: gente menuda con un sombrero de paja con forma de cono extendido y pijamas negros. La vestimenta era igual para hombres y mujeres, y se componía de unos pantalones anchos y cómodos con resorte al cinto y una camisa de manga larga y cuello tipo «Mao». Joe siguió con la mirada a dos

jovencitas, eran delgadas y sin formas, con el pecho casi plano o disimulado por la amplia camisa de seda negra. De pronto una de ellas se detuvo, se arriscó el tubo del pantalón hasta pasárselo sobre la cadera, se agachó dejando al descubierto el glúteo derecho y toda la pierna, luego se acuclilló, orinó con desenfado y al terminar se volvió a extender el tubo del pantalón, siguiendo tranquilamente su camino sin haber interrumpido la charla con su compañera. Esta escena asombró a Joe solamente el primer día; poco a poco conocería las costumbres de este pueblo extraño con el que conviviría durante muchos meses y sus rarezas serían tan comunes como el hecho de limpiarse la nariz utilizando un pañuelo en el mundo del que procedía.

El insomnio se apoderó de Joe durante la primera noche; lo habían asignado a la Brigada 173 de infantería aerotransportada. Ahora se encontraba en un fortín del perímetro interior y lo compartía con un compañero «veterano», quien dormía como leño tumbado en el duro suelo de tierra apisonada, dentro del agujero. Durante su segundo turno de guardia se sentía cansado pero no somnoliento; ansiaba que llegara el alba, para que se esfumara la cortina oscura, que sólo le dejaba ver movimientos y ruidos, probablemente todos ellos producto de su imaginación.

En su primera guardia, que abarcó desde el ocaso hasta las once de la noche, había estado sumamente nervioso. Su compañero le había dicho que no disparara por ninguna circunstancia sin antes despertarlo, lo sacudió tres veces porque veía al enemigo infiltrándose por debajo de la alambrada y en otra ocasión vio como un batallón entero se le venía encima. Cuando su compañero despertaba, irritado le decía que no había nada, que era producto de su nerviosismo y de su calidad de «novato», volviéndose a dormir de inmediato. La noche estaba negra como boca de lobo, podía escuchar muchos ruidos en la selva; probablemente eran changos, mangostas, víboras u otros animales. No sabía hasta dónde confiar en sus sentidos, para saber cuándo se trataba sólo de la sombra, o el ruido de un animal. Toda la noche se debatió entre despertar al compañero, que ya estaba bastante molesto, o no hacer nada, con el riesgo de que en verdad fuese un vietcong que se infiltraba para dispararle a bocajarro o cortarle el cuello.

Finalmente amaneció y el día era una réplica del anterior: brillante, caluroso y húmedo. Se sentía adormilado por la vigilia y el calor, sentía tal sopor, que lo llevó a quedarse dormido bajo los rayos del sol, boca abajo y con la espalda desnuda. Despertó al cabo de dos horas de sueño profundo, estaba sudando a chorros y sentía la espalda quemada. Había cometido una

estupidez al permanecer desnudo bajo los rayos del sol. No se había asoleado en mucho tiempo y su piel estaba muy sensible. Ahora tenía la espalda, la parte posterior de los brazos y un lado de la cara, de un tono rojo sedoso y ardiente.

El resto del día transcurrió lento, Joe se sentía perezoso y a lo lejos escuchaba la música que venía de algún lado, la canción era «California Dreamin'» de The Mamas & The Papas. Debido a la siesta, se había perdido el desayuno, y al mediodía estaba sumamente hambriento; sacó una caja de raciones C y se puso a preparar su «rancho». Las raciones K primero y después denominadas C, estaban utilizándose en el ejército desde antes de la Segunda Guerra Mundial. La tecnología de enlatado y sellamiento al vacío hacían prácticamente imposible la descomposición de la comida. Por lo general, una ración se compone de tres latas de diferentes tamaños, acomodadas en una pequeña caja de cartón. La lata más grande, de tamaño igual a las otras dos juntas, era el platillo principal: huevos con jamón, alubias con carne de cerdo, frijoles con chorizo, carne o pollo con verduras, etc.; la segunda lata, un poco más chica, contenía una sopa, un bollo francés o galletas; la tercera era muy pequeña, traía mermelada, jalea o crema de cacahuete. Además de las latas, en la caja venía un sobre de aluminio del tamaño de la palma de la mano, y de sólo una pulgada de ancho; en su interior había una pequeña despensa, todo muy bien empacado y acomodado. Incluía una cajetilla con cuatro cigarrillos, una cartera de cerillos, cuatro chicles, sobres con café, azúcar, pimienta, dos palillos y algo muy importante: un pequeño y comprimido rollo de papel higiénico. El sobre era toda una maravilla del ingenio militar estadounidense. Además, una caja entre diez traía un pequeño abrelatas de aluminio. Los abrelatas eran prácticos y escasos y había que conservarlos; podían servir de cortaplumas, limpiaúñas, cortacallos, destraba-rifles, etc., era una herramienta muy pequeña y servicial.

La segunda noche también le resultó muy pesada, ya no tanto por el nerviosismo que le causaba la oscuridad, sino por el continuo ruido y la actividad de la artillería, que no cesó hasta el amanecer. Además, escuchaba continuamente el tableteo de las ametralladoras que se oía en la selva, proveniente de las patrullas que habían salido al anochecer. La artillería estuvo muy activa durante toda la noche; el retumbar de los cañones Howitzer y los morteros se escuchaban sin interrupción: cada andanada debía ser de por lo menos quince cañonazos. Además, con intervalos de cinco a quince minutos, las grandes bocas de los cañones 155 y 175 milímetros disparaban con tal estruendo, que hacían saltar a Joe a treinta centímetros del suelo. El

ruido era ensordecedor, en la lejanía se podían escuchar las explosiones cuando daban en los blancos. Debían ser los blancos de los proyectiles de los Howitzers, ya que los grandes cañones disparaban sus gigantescas balas a una distancia de entre 35 y 50 kilómetros, distancia difícil de cubrir con el oído humano. En medio de todo este ruido, y para completar el cuadro, estuvieron aterrizando muchos helicópteros.

No contento con los problemas que tenía, Joe se había creado otro muy serio: la quemadura que recibió en la espalda y en los brazos por la imprudente exposición al sol le ardía y sentía fiebre en todo el cuerpo. Curiosamente, era la primera vez que había dejado de sudar desde que había llegado a Vietnam treinta y cinco horas antes.

La costumbre de agradecer la llegada de cada amanecer se formó en Joe desde la primera noche; aún estaba vivo y podría existir un día más. Las noches siempre serían particularmente difíciles durante toda su estancia en Vietnam; al vietcong le gustaba atacar en la oscuridad, preferentemente treinta minutos después de la puesta del sol o treinta minutos antes del amanecer. Las infiltraciones no tenían horario específico.

9. BAUTISMO DE FUEGO

El segundo día en Vietnam fue muy importante para Joe, ese día recibió su bautismo de fuego: ganó los laureles que rodean al rifle en la insignia que distingue a la infantería, y que siempre se lleva con orgullo en el pecho. También ese día vio a su enemigo por primera vez, mató a un hombre, y vio morir a soldados estadounidenses, y también presencié cuando un helicóptero se estrelló. Sintió miedo, como nunca lo había sentido antes.

En un día, Joe aprendió sobre supervivencia más que todo el año que había pasado en adiestramiento. Conoció el significado de la guerra, tuvo su primer flirteo con la muerte y vivió una apertura mental a valores totalmente desconocidos para él. Fue una jornada larga y difícil, y al final del primer día de batalla, Joe ya sentía haber sufrido otro cambio importante: el niño había muerto definitivamente dando paso al adulto. Es una difícil transición, en la que muchos soldados pierden de cuajo las raíces inculcadas en sus primeros años de vida. Ya no era una aventura más. Era la realidad cruel y violenta a la que se había enfrentado: crisol de donde salen los hombres de nueva fe, o monstruos ávidos de sangre.

La jornada había comenzado temprano, recibieron la orden de abandonar los fortines con todo su equipo sobre la espalda; por primera vez Joe vestía el equipo completo. Le habían asignado una ametralladora M60, para la operación que comenzaría ese día. Llevaba el uniforme de campaña, y también traía un pesado chaleco blindado; llevaba una pistola calibre 45 y cargaba pala, cantimplora y bayoneta al cinto, además de una mochila con alimentos para dos días. Cargaba la ametralladora en la mano izquierda y una caja de metal con varios cintos de balas en la derecha; apenas se podía mover. Se sentía debilitado por el calor y sudaba a chorros bajo el casco de acero. Como robot siguió a los demás soldados de su pelotón que, junto con otros pelotones, se concentraron en un espacio libre frente al perímetro exterior. Cuatro batallones de la Brigada 173 aerotransportada estaban en la explanada a las ocho de la mañana del día 12 de diciembre de 1966.

En grupos de cinco llegaron los helicópteros «Chinook» para transportarlos. Eran grandes aparatos Boeing con dos juegos de aspas, en los que podían llevar hasta treinta soldados con equipo completo. Entre el viento, el polvo y el ruido ensordecedor, Joe corrió con sus compañeros hacia el helicóptero que les correspondía. Sin pérdida de tiempo, el aparato se levantó violentamente y, en perfecto acuerdo con los demás, se elevó con rapidez. A su alrededor, otros dos helicópteros de ataque del tipo «Huey» revoloteaban con gran velocidad, pasando en vuelo rasante sobre la selva y barriéndola con continuas ráfagas de ametralladora y silbantes cohetes. Los Huey proporcionaban la protección necesaria para que los grandes y más lentos Chinooks pudiesen efectuar sin peligro la maniobra de carga y descarga de tropas. Era una organizada y ruidosa confusión, a la que Joe no estaba acostumbrado y se sintió tenso y nervioso. Hasta este día, todo había sido simulado, pero hoy las balas eran reales y los cohetes explotaban y mataban gente: se trataba de una operación de verdad, que además era su primera experiencia en combate. El corazón no le cabía en el pecho, tiritaba de los nervios y sentía que en la superficie del estómago se le hacían surcos.

El viaje duró solo quince minutos; los bajaron en un claro de la selva en donde ya se encontraban otras tres brigadas. Sería una operación combinada, en la que tomarían parte más de tres mil soldados del ejército estadounidense. En este segundo lugar de reunión, se les organizó en grupos de cinco soldados y por batallones. Luego el cielo se pobló de puntitos negros, que emitían un ruido sordo como de tormenta. Eran los helicópteros «Huey» que venían a transportarlos una vez más, y llevarlos directamente a la zona donde se estaba desarrollando una feroz batalla desde la madrugada. Los helicópteros venían en grupos de once; diez de transporte y uno armado, de protección. Cada grupo distaba un minuto de vuelo del siguiente, y había cientos de grupos.

Los helicópteros bajaban en picada y bruscamente se detenían a sólo medio metro del suelo, durante treinta segundos, tiempo suficiente para que cinco soldados subieran por ambos lados. Los aparatos carecían de puertas y asientos, los soldados se arremolinaban en el piso y despegaban de inmediato. Los pilotos no miraban hacia atrás, se detenían treinta segundos y ascendían, sin importarles si estaban todos a bordo; lo hacían con perfecta sincronía. Además de los dos pilotos, en cada puerta lateral había dos ametralladoristas, que prácticamente colgaban sobre un pequeño asiento, y una ametralladora fija a cada lado del aparato. Ya en vuelo, el viento, las aspas del helicóptero, y el tableteo de las ametralladoras hacían un ruido ensordecedor, que alteraba los nervios y aumentaba la descarga de adrenalina, por la expectativa de la

próxima batalla.

A los pocos minutos de vuelo, Joe comenzó a oír las explosiones y a ver la batalla a la que se dirigían: decenas de helicópteros sobrevolaban la zona, disparando cohetes y ametrallando las copas de los árboles. Había continuas explosiones e incendios, además del incesante tableteo de cientos de armas de fuego de todos calibres. Al acercarse más, Joe comenzó a escuchar leves silbidos que pasaban a un lado del helicóptero, luego sintió los golpes de las balas en el fuselaje. Una de ellas pasó a su lado y se incrustó en el techo; al mirar hacia arriba, Joe vio que el aparato estaba lleno de pequeños agujeros. Cuando ya bajaban hacia un pastizal, y estaban más cerca de los árboles, pudo distinguir los flamazos de las armas, que sin duda apuntaban hacia ellos. Una ráfaga se estrelló contra los esquíes y en el piso del aparato en el que volaba. Su compañero hizo una mueca de dolor, se metió la mano bajo las nalgas y la sacó llena de sangre: una bala que había perforado el piso le había entrado en la región glútea. El helicóptero que volaba a un lado comenzó a efectuar un vaivén extraño, se balanceaba hacia los lados haciendo ángulos muy peligrosos. De pronto se inclinó a más de noventa grados durante unos segundos, luego se volteó y, con los esquíes hacia arriba, se precipitó a tierra. Joe no lo vio caer; su radio de visión no le permitió seguir la caída, pero escuchó la fuerte explosión. Ahí adelante, a unos segundos de vuelo, estaba su destino; ya había varios helicópteros que, humeantes y destrozados, se consumían entre las llamas.

Joe se sentía aterrado, se abrazó alrededor de la ametralladora que apoyaba en el piso entre sus piernas; en unos instantes más estaría saltando hacia el centro mismo de la acción. De pronto recordó que el día 12 de diciembre se festeja en México a la Virgen de Guadalupe. Su fe era débil, pero en el último instante, antes de saltar, se encomendó a ella y le pidió protección. Cuando el helicóptero se detuvo cerca del suelo, y vio que su compañero saltaba hacia afuera, también Joe saltó haciendo un gran esfuerzo y estrellándose de costado contra el piso. Había calculado mal, la distancia había sido por lo menos tres veces más del medio metro que había imaginado. El impacto, el viento y el ruido causados por las aspas del helicóptero le produjeron confusión. Se sintió engarrotado y no sabía hacia dónde correr; le habían dicho que se dirigiera a las tres horas del reloj, siendo las doce la dirección de vuelo del helicóptero. Volteó hacia arriba y vio alejarse el helicóptero, se encontraba en medio de un campo de zacate al que llamaban «elefante», que crecía a más de metro y medio de altura. Trató de levantarse y correr, pero no pudo, los músculos no le obedecían y con horror advirtió que

le estaba sucediendo lo que denominaban «congelamiento». Intentó de nuevo, pero su miedo era tal que el cerebro no enviaba a sus extremidades la señal para que se movieran. Comenzó a sentir pánico y abrió desmesuradamente los ojos. En ese momento sintió un golpe en la cara que lo tumbó: el sargento había notado su reacción y lo había sacado de su predicamento. Una vez sobrepuesto al miedo, se levantó y corrió hacia la selva, detrás del sargento.

Al llegar a la orilla de la selva, habiendo ya librado el gigantesco zacatal, pudo ver a sus compañeros que estaban formando una línea defensiva veinte metros más adentro. Corrió y se tiró entre sus camaradas, cargó la ametralladora y, alineando el cinto de balas, comenzó a disparar hacia donde creía que estaba el vietcong. No veía a nadie, sabía que estaban ahí pero no podía verlos. A su lado se tiró un soldado, desconocido para él, que traía otras dos cajas de parque para la ametralladora. Desde ese momento sería su compañero por toda la duración de la batalla, quien tendría a su cargo la alimentación del arma. El compañero sostenía y desenredaba el cinto para evitar que se interrumpiera la alimentación de balas, y a cada minuto se incorporaba y lanzaba una granada. A unos pasos a su derecha escuchó que alguien gritaba «¡Médico! ¡Médico!». al tiempo que entre ráfagas de disparos veía cómo ayudaban a un hombre que tenía el cuello destrozado; una bala de gran calibre le había atravesado el cuello, cercenando la yugular y la sangre le brotaba a borbotones. Con los sentidos embotados, Joe seguía disparando al enemigo invisible.

Poco a poco el fuego enemigo disminuyó, y escucharon al sargento que les ordenaba avanzar. Se levantaron y comenzaron a correr hacia el enemigo; no dejaron de disparar mientras corrían entre los árboles. El suelo se sentía fofo y húmedo bajo sus botas, a escasos veinte metros se encontró el primer cuerpo de un vietcong: tenía un agujero en el pecho y aún vivía, el terror y ferocidad que mostraba el rostro hicieron que Joe se sintiera amenazado. Casi sin pensar lo acribilló con una ráfaga de ametralladora. El vietcong se retorció como un muñeco de trapo para luego quedar inerte. Joe, con los ojos muy abiertos, la garganta seca y un frío que le bajaba desde el pecho al estómago, continuó corriendo y disparando. Ahora los cuerpos se sucedían con mayor frecuencia; en una ocasión no pudo evitar el pisar a uno de ellos, se descontroló y cayó. Se golpeó la cabeza contra el mango de la ametralladora y sintió un fuerte dolor en el pómulos. Al caer, también le dolió la espalda y recordó la quemadura del sol del día anterior. Se levantó y siguió corriendo formando un frente con unos cuantos soldados que podía ver a ambos lados, entre la vegetación. Al cabo de algún tiempo, se detuvieron y, con el pecho en

tierra, esperaron instrucciones.

El sargento llegó a donde estaban ellos arrastrándose, les pidió que se levantaran todos juntos y con paso lento barrieran la zona. Avanzaron durante media hora sin encontrar resistencia o señales de vida y luego se toparon con un cementerio. ¿Un cementerio en medio de la selva? Joe no podía creerlo; se trataba de un cementerio a orillas de un centro de adiestramiento vietcong. Las tumbas estaban marcadas con unas tablas que mostraban una estrella amarilla, el nombre y una fecha ilegibles. A pocos metros del cementerio, había un claro entre los árboles, y podían verse algunos bancos y mesas de madera. También encontraron un fogón, en el que había una olla de arroz aún caliente, y una carrillera de balas olvidada, colgada de una rama. Descubrieron botas, ropa y armas entre los arbustos cercanos; había un agujero en la tierra, que aparentaba ser la entrada de un túnel. Poco a poco se fue revelando lo que para Joe era un enigma y para los demás, un campo vietcong recientemente abandonado.

En unos minutos aseguraron la zona, y se encontraron que había una gran concentración de tropas y algunos muertos y heridos. Se armó un tendido de lona verde, bajo el cual pusieron dos mesas de madera que ya estaban ahí; sería la sala de operaciones y el hospital donde se atendería a los heridos. La retaguardia, al frente de la cual había ido el pelotón de Joe, cargaba primero los muertos de las fuerzas estadounidenses, luego a los pocos sobrevivientes vietcong.

Los cadáveres se alinearon uno al lado del otro, conservando a los estadounidenses por separado. Asombrado, Joe siguió todo el ritual; se sentía asqueado y desfallecido. Vio como a los muertos estadounidenses, que eran cinco, les quitaban todo el equipo, y les arrancaban la cadena, de la que pendían dos placas metálicas de identificación. Una de ellas se le introducía al muerto en la boca, y la otra se ensartaba en una cadena que traía el sargento, y de la cual colgaban ya un buen número de placas.

Otro oficial ordenó a Joe unirse a un grupo de soldados que se haría cargo de los muertos vietcong. Los llevaron a unos veinte metros del campamento y ahí, ante su mirada aterrada, fueron decapitados a machetazos uno a uno. Entre los ejecutores había un soldado que parecía disfrutarlo demasiado y se ensañaba en su macabra tarea: de un machetazo separó la cabeza de uno de ellos y le metió en la boca los genitales que acababa de cortar. Al final, les clavaban en la frente un parche de tela, una insignia de la Brigada 173.

En el recién instalado campamento había una atmósfera de euforia y alegría que Joe no llegaba a comprender; algunos de los «veteranos» se comportaban como chacales sanguinarios, y Joe se preguntaba si él terminaría siendo como ellos. Su compañero estaba comiendo tranquilamente, Joe sintió que su estómago daba un vuelco y vomitó.

Cuando le hubieron asignado la posición en donde permanecería temporalmente de guardia, se despojó poco a poco del equipo; al quitarse el chaleco blindado, la piel de la espalda quedó pegada a él y la herida sangró. Le dolía, pero no le dio mucha importancia. Su compañero llamó al médico, quien le curó y cubrió las quemaduras con un gran parche. Luego se sentó junto a un árbol y, sin poder contenerse, comenzó a sollozar. Sentía que una gran bola le obstruía la garganta, y no le permitía respirar. Como pudo, recuperó la calma y derramó algunas lágrimas que trató de ocultar. Su compañero se dio cuenta pero lo ignoró para su tranquilidad.

Ya más calmado, trató de poner orden en su cabeza, todo había sido tan vertiginoso y confuso, que le parecía que el día había comenzado hacía mucho tiempo; la oscuridad y el húmedo calor de la selva, hacían que la tarde fuese aún más deprimente. Físicamente se sentía agotado y adolorido, el golpe que había recibido al tropezarse le dolía, y se le había hinchado un poco el pómulo derecho. La espalda también le punzaba, pero el desfallecimiento y el agotamiento general eran los que le causaban una apatía total. Repasó cada minuto de la experiencia que acababa de vivir, y pensó que nunca había creído que así fuera la guerra. Se esfumaron las expectativas concebidas durante los meses de entrenamiento y también la basura que presentaban en las heroicas películas de guerra, en las que el soldado gringo siempre era valiente y noble. Lo que había visto hacer a los muertos vietcong era algo monstruoso; todo lo aceptaba menos esa acción, ¿por qué ser tan cruel y bestial? Se volvió hacia su compañero y le preguntó la razón de la decapitación y el sadismo de colocar los genitales en la boca de un cadáver y luego clavarles el parche insignia en su cráneo. La explicación la recibió lenta y clara. Aún recordaba Joe aquellas palabras de un joven-viejo y veterano en las batallas de Vietnam:

«Ésta es una guerra difícil y cruel, —dijo, sopesando cada una de sus palabras —nos enfrentamos a un enemigo hábil, decidido y peleando en sus propios terrenos, con grandes ventajas físicas y psicológicas. Aquí no cuenta el gran armamento que tenemos, ni la riqueza del ejército; ellos son pequeños y se escurren por túneles y zanjas en tierras que conocen a la perfección.

Creen en lo que hacen y están seguros del triunfo: son fanáticos comunistas norvietnamitas, son temibles». Hizo una pausa y miró a Joe de frente: «Hemos perdido a muchos compañeros, igual a esos cinco que ves ahí tirados —y añadió mostrando su sabiduría— Esta no es una guerra convencional; tenemos que aprender sus mismas tácticas y usarlas con efectividad contra ellos. Debemos infundirles el terror que ellos han logrado provocar en nosotros. La decapitación tiene un significado religioso: según la religión budista, el individuo al que al morir se le separa la cabeza del cuerpo nunca podrá entrar a su cielo, y vagará por toda la eternidad en un limbo que temen. El corte de los genitales es un mensaje machista, y la insignia 173 es para que sepan cuál unidad del ejército los mata, desafía y decapita». Es una manera de infundirles miedo para que no se metan con ellos, y terminó aconsejándole a Joe que se volara los sesos antes de caer vivo en manos del vietcong. «Entonces —sentenció — aprenderías lo que es la verdadera crueldad».

En silencio Joe rumió toda la información que acababa de recibir, no lo entendería ni aceptaría nunca. En ese momento se prometió morir antes de ejecutar acciones tan salvajes e inhumanas como las que presencié esa tarde.

Llegó la noche, y para su seguridad se formaron varios perímetros defensivos alrededor de los diferentes batallones, y se colocaron hilos minados con granadas para evitar sorpresas. Era su tercera noche en Vietnam, y Joe no pudo dormir; se sentía al borde de sus fuerzas físicas y mentalmente exprimido. Durante la noche tuvieron varias escaramuzas y pequeños ataques del enemigo. Al amanecer, habían desaparecido los cadáveres de los vietcong y las lápidas del cementerio. Lo más terrible era que nadie se había enterado, y los mandos se reprocharían entre sí la pérdida. Lo cierto era que el enemigo, sigilosamente y con ataques de distracción, había estado a escasos metros de dos perímetros defensivos, y había recuperado a sus muertos y las lápidas del cementerio. La acción era un grave revés para el departamento de inteligencia del ejército estadounidense, y una burla para los vencedores.

10. VETERANO DE GUERRA

Durante veinte días, Joe vivió una repetición de esa primera jornada de combate; conoció otras crueldades, y se familiarizó con la selva y con la muerte. En unos días dejó de ser novato y se convirtió en un veterano. Si bien el cuidado y conocimiento de sus acciones no iban a evitarle la muerte, aprendió algo muy importante: cuidar a su compañero con mayor celo que a sí mismo. Vio que su propia supervivencia estaba fuera de su control, en las manos del destino y en las de sus compañeros. Sentía que lo cuidaban como si el hecho de salvar sus vidas dependiera de él, y probablemente no estaban muy errados.

Conociendo de antemano su itinerario, Joe siguió mentalmente el traslado a Vietnam de la 9ª División; el día 28 de diciembre debían arribar los barcos a Saigón, y de ahí se trasladarían por tierra a una base que habían bautizado como «Bear Cat», el lugar en donde la 9ª División tendría su primer centro de operaciones. Precisamente su área de acción sería aquélla en la que Joe estaba operando en ese momento. ¡La cara que pondrían sus compañeros cuando lo vieran llegar, bronceado y barbudo, y sobre todo con los laureles rodeando el rifle de su insignia pectoral! La envidia va a corroer a más de tres, pensó Joe sonriendo y recordó a sus compañeros y a los oficiales; ya tenía deseos de verlos y de reunirse con ellos. Sentía que su experiencia iba a servir de protección a sus compañeros y ya se veía convertido en héroe, y ganando las tres barras de sargento E-5. Le habían informado que volvería a su pelotón en la segunda semana de enero.

Llegó el 24 de diciembre de 1967, fecha por lo general feliz para Joe, de estar en otras circunstancias; la Nochebuena era para pasarla con la familia y en completa armonía. Recordó su última Navidad en San Fernando, se había reunido con su familia y la de Rossy, que era también numerosa; habían brindado y platicado antes de la cena. A las diez de la noche disfrutaron ricos tamales hechos por su madre y el pavo relleno, horneado por la mamá de Rossy. A medianoche abrieron los regalos y había para todos: Rossy le había

regalado un suéter tejido con hombreras de piel, muy bonito. Se lo había puesto sólo en dos ocasiones, pero esperaba encontrarlo a su regreso. ¡Qué diferencia con la presente Navidad! Joe miró a su alrededor, y repasó mentalmente su situación:

Se encontraba en un agujero inundado, en medio de la selva, la noche era oscura y lluviosa; se cubría con el «poncho» de hule y el casco para protegerse del continuo goteo que se filtraba entre las ramas de los árboles. La humedad de su ropa le hacía tener frío, aun cuando estaba seguro de que el clima era caluroso. Por la tarde habían llegado a ese lugar, después de haber pasado por un pueblo llamado Bong Song, en el delta del Río Mekong. Se hablaba de una tregua con el vietcong que duraría desde el 24 de diciembre hasta el Año Nuevo, pero nadie lo creía; le habían comentado a Joe que existía la posibilidad de que les hicieran pasar un mal rato si bajaban la guardia. El mando militar les había enviado carne de pavo enlatada para la cena de Navidad. ¡Malditos payasos!, era una burla en sus circunstancias, mejor hubieran dejado pasar la fecha como cualquier otro día, para no recordar lo que todo mundo añoraba. En los Estados Unidos sus familias estarían reunidas alrededor del árbol navideño, llenos de afecto, calor y regalos. Habría algunas familias, como la suya — pensaba Joe — que se sentirían tristes por la ausencia de un ser querido, a quien no sabían si volverían a ver. ¿Sería ésta su última Navidad?

La selva se escuchaba ruidosa y Joe se sentía nervioso y molesto; atravesaba por uno de esos períodos en los que la furia no le cabía en el pecho. Recordó a Verónica; le había escrito enviándole la dirección a la que ella podía contestarle, pero no recibiría correspondencia hasta reintegrarse a la 9ª División. La imaginó llorando al recibir su primera carta y recordándolo en la noche de Navidad, al brindar por su salud y su pronto regreso. ¡Qué melodramático! ¡Rayos! Estaba en un cochino mundo y estaba imaginando un melodrama barato. Ya no sabía si echarle la culpa al ejército o a él mismo, ya que él había decidido venir: esto y más se merecía por pendejo. ¡El héroe!, tuvo la oportunidad de evitarlo, y no lo hizo; sabía que había actuado de acuerdo consigo mismo, pero necesitaba auto denigrarse y proferir algunas maldiciones para deshacerse de la rabia que lo dominaba. En la radio se escuchaban villancicos navideños, sin faltar «White Christmas» que de blanca no tenía nada, además de la música popular que repetían continuamente como «Homeward Bound» de Simon & Garfunkel, «Summer in the City» de The Lovin' Spoonful y «Cherry Cherry» de Neil Diamond. La noche de Navidad casi no durmió y amaneció con la voz ronca y con dolor de cabeza. El día 25

no se movieron del mismo perímetro y Joe tuvo oportunidad de dormirse un par de horas al calor de la mañana. El 26 en la madrugada fueron atacados por el vietcong y se rompió la supuesta tregua que alguien había imaginado como posible. Estaban en una guerra, no jugando, al vietcong le importaba un bledo que los güeros celebraran Navidad y Año Nuevo, tratarían de eliminarlos en cualquier oportunidad en que mostraran debilidad.

Dentro de su coraje, Joe reconocía que no tenía odio ni malos sentimientos contra el vietcong, tenía que matarlo por su propia seguridad, estaba en juego su propia supervivencia. Entre morir él o diez mil de ellos, prefería que murieran diez mil de ellos, sin embargo reconocía que les tenía lástima, y si alguien tenía razón para luchar, eran ellos. Los estadounidenses eran invasores que destruían sus bienes, violaban a sus mujeres y esclavizaban a su pueblo. Los vietnamitas del Norte eran una raza orgullosa y decidida, el Sur estaba corrompido por el dinero y la influencia de los estadounidenses.

Durante su viaje había leído una breve historia de Vietnam que le había fascinado, haciéndole comprender un poco los motivos que tenían para sublevarse y luchar. Ningún país, por poderoso que sea, tiene el derecho de sangrar a un pueblo como lo hicieron los franceses durante cien años; fueron crueles y voraces, y nunca comprendieron suficientemente su maldad. La victoria de Ho Chi Minh y Vo Nguyen Giap contra los franceses en Dien Bien Phu, en mayo de 1954, fue una venganza leve sobre una minoría, comparada con el provecho que los franceses habían sacado de esa tierra, y el sufrimiento que provocaron. Ahora, los estúpidos gringos vinieron a tomar el lugar de los franceses y a pelear en una guerra que no se podía ganar. Todos ellos sentían la derrota y lo comentaban abiertamente, cada año las tropas estadounidenses mataban a cien mil vietcong, a un costo de cien mil dólares por cada muerto, diez mil millones de dólares cada año. ¿Hasta cuándo podrían los Estados Unidos aguantar la sangría económica sin que el pueblo se sublevara? Y eso sin contar sus propios muertos y heridos, había en Vietnam una población de treinta y seis millones de habitantes, y también había setecientos millones de chinos que los apoyaban; era irrisorio pensar en una victoria gringa.

En 1967 las fuerzas estadounidenses sumaban quinientos cincuenta mil soldados, de los cuales sólo ochenta mil eran de combate; el resto servía de soporte. Se necesitaban cinco hombres para apoyar a un solo soldado de combate, para vestirlo, aprovisionarlo, alimentarlo, transportarlo, divertirlo, moralizarlo y dirigirlo. Era una guerra cruel e injusta, pero peleada a todo

lujo: los helicópteros llegaban a lo más recóndito de la selva a rescatar a sus heridos, a llevarles agua, correo, cigarrillos y raciones C. Decididamente — se decía Joe — perderían, pero morirían lujosamente.

Llegó Año Nuevo y transcurrió durante una operación de «barrido», en un área selvática en la que los pantanos, los mosquitos, las sanguijuelas, garrapatas, víboras y ciempiés eran un enemigo más temible que el vietcong; el calor era insoportable y Joe sudaba sin descanso. Para evitar la deshidratación tomaba pastillas de sal, contra la malaria tomaba una pequeña píldora cada mañana, y para ahuyentar a los insectos se frotaba un repelente muy efectivo, salvo que el sudor lo lavaba de la piel, sobre todo en la cara, en donde el repelente se escurría hacia los ojos y la boca, causándole escozor y molestias adicionales, y disminuyendo su visión en ocasiones críticas.

Cada media hora de camino en la selva tenían que detenerse cinco minutos para deshacerse de las diminutas sanguijuelas que, como resortes, iban subiendo al cuerpo por las botas, al pisar el suelo blando y húmedo. Las sanguijuelas siempre encontraban aquellos lugares estrechos y escondidos sin repelente como los tobillos, las ingles, la cintura bajo el cinto, y sobre todo un lugar favorito: el ombligo. Había que desprenderlas con cuidado y obligarlas a soltarse voluntariamente utilizando repelente, líquido para encendedor o flama directa; de otra manera, el desgarramiento que causaban al jalarlas provocaba hemorragias e infecciones.

Por la noche, aguantando el calor en la cabeza, tenían que usar el casco y sobre él, una malla que caía sobre la cara y se amarraba al cuello. El no tomar esta precaución permitía que las garrapatas se introdujeran en los orificios de las orejas y la nariz donde escondidas, chupaban la sangre, llegando muchas veces a reventar los tímpanos. Los omnipresentes mosquitos eran gigantesco y agresivos; su zumbido los acompañaba a todas horas. Si no se utilizaba repelente, podría resultar en tal absorción de veneno por piquetes en la cara, manos y brazos, que la persona podía amanecer abotagada, con hinchazones, alta temperatura y, si no había tomado las pastillas preventivas, el virus de la malaria ya no la dejaría por el resto de su vida.

También Joe conoció la «podredumbre de la jungla»; no la experimentaría en carne propia hasta seis meses después, pero vio a algunos compañeros que la adquirieron en sus primeros días en la selva. La podredumbre de la jungla es una infección causada por la humedad continua de la piel, todo el cuerpo se cubre de un salpullido rojizo que produce ardores y comezones insoportables. Los afectados sólo podían curarse en un ambiente seco y soleado, caminando

desnudos y cubiertos de talco de pies a cabeza. Por lo general, de tres a cinco días con este tratamiento eran suficientes para eliminar la infección, pero contando los días que tardaba en desarrollarse y la espera para ser evacuados a un lugar apropiado para la cura, y la convalecencia normal, sumaban quince días de sufrimiento continuo.

Los que volvían de un ataque de podredumbre de la jungla temían a la humedad y, sobre todo, a pasar largos períodos caminando entre los arrozales con el lodo y el agua hasta las rodillas.

Toda la vegetación y los animales tienden a crecer mucho más en climas tropicales. Joe llegó a ver escorpiones que le cubrían la palma de la mano teniendo la cola enroscada; ciempiés de cuarenta centímetros de largo y ocho de ancho; cobras «King» que medían más de dos metros; en los arroyos encontraron sanguijuelas verdes de veinte centímetros. Igualmente, el follaje y las hojas eran de tamaño descomunal; aquí Joe conoció la selva de tres pisos, llamada así porque las ramas de los altos árboles son tan tupidas que con la hojarasca y el follaje caído se forman pisos a diferentes alturas. No era raro caminar sobre uno de estos pisos creyendo que era el suelo y de pronto ver otro nivel, o caer en él. En esta selva el sol nunca penetra hasta el suelo, sin embargo, hierve la vida animal y la humedad es impresionante. El follaje crece con tanta rapidez que si un área se limpia a machetazos para establecer el campamento, y se regresa al mismo lugar tres semanas después, es imposible reconocerlo.

En Vietnam, la tierra plana siempre está sembrada de arroz, los arrozales deben permanecer completamente inundados para que los tallos germinen y crezcan adecuadamente. El vietnamita que trabaja los arrozales ha adquirido inmunidad contra sanguijuelas y mosquitos, y descalzo atiende sus cultivos. Los soldados y tanquistas tenían la idea de que los arrozales eran lugares seguros para evitar minas y trampas; los vehículos militares frecuentemente preferían utilizarlos, en vez de los caminos y veredas de las tierras secas, con la consecuente destrucción de los cultivos de arroz.

Al ver los destrozos en los cultivos, el vietcong aleccionó a los labradores para que defendieran sus sembradíos minándolos y plantando trampas de estacas endurecidas de bambú. Las estacas, puestas al fuego, adquirían una dureza de acero, y las colocaban inclinadas dentro del arrozal y con la punta bajo el nivel del agua. Además, las embarraban con excremento humano. Cuando un soldado desprevenido pisaba una estaca, el bambú atravesaba como mantequilla la bota, y se le hundía en el pie, ayudada por el propio

peso. Además del dolor punzante y la gravedad de la herida, el excremento originaba una infección que muchas veces significaba la pérdida del pie. Una estaca bien clavada eliminaba a un soldado de infantería; era improbable que se curara lo suficiente como para volver a combatir. Entre los soldados, a las heridas en los pies, así como a otras que no eran mortales, pero que afectaban su capacidad motora, se les llamaban heridas del «millón de dólares»: les aseguraban su retiro definitivo de la guerra.

No cabía duda — pensaba Joe — que en sólo unas semanas había aprendido más de la guerra que en el año de adiestramiento en los Estados Unidos. El día 8 de enero le avisaron que se alistara para partir en helicóptero y se reintegrara a su pelotón en la 9ª División. Se despidió rápidamente de los compañeros de sus primeros combates, sabiendo de antemano que sería improbable que los volviese a ver.

11. LA PRIMERA VÍCTIMA

Desde Tan An, Joe fue transportado en helicóptero hasta Bear Cat. Estaba emocionado por su próximo reencuentro con sus compañeros a los que no veía desde hacía casi dos meses, cuando había salido de vacaciones. Estaba seguro de que habría muchas novedades que escuchar y contar; tal vez algunos compañeros — pensaba Joe — se habrían hecho «ojo de hormiga» durante las vacaciones y habrían desertado, como él había pensado en hacerlo.

Cuando saltó del helicóptero no podía dar crédito a lo que veía: la base de Bear Cat, sede de la 9ª División, era inmensa. Después de preguntar varias veces, llegó finalmente a la oficina de su batallón, entró y pidió hablar con el capitán. Los oficinistas no lo habían reconocido y tuvo que repetir su nombre, se abrió una puerta y de su oficina salió el Capitán Summers. Reprimiendo una sonrisa, Joe se cuadró y saludó militarmente, al mismo tiempo que decía: «Señor, Corporal Joe Rivera reportándose para nueva asignación». Después de devolver el saludo, el Capitán Summers le dio un abrazo efusivo y lo hizo pasar a su oficina.

Joe y el capitán estuvieron platicando durante quince minutos. Joe le esbozó sus experiencias y le prometió un informe más detallado en los días siguientes. El capitán lo sorprendió al entregarle un papel y un parche por los cuales Joe Rivera era ascendido a sargento E-5, a cargo de una escuadra de once hombres, la misma que había comandado con el grado de corporal. El capitán se despidió afectuosamente de él y le indicó la dirección de las madrigueras en donde se encontraría el Teniente Payne y también a sus hombres.

Joe salió de la oficina caminando sobre nubes, apenas llegaba y ya recibía el reconocimiento y el grado con que había soñado durante las últimas semanas. Al salir de la oficina del capitán, recibió las felicitaciones de los oficinistas y, balbuceando las gracias, abandonó la oficina para buscar las madrigueras en donde vería a sus amigos.

El Teniente Payne lo recibió con menos formalidad que el capitán, y con gran algarabía lo acompañó al lugar donde se encontraba su escuadra, dándole al mismo tiempo una cerveza helada. Joe no lo podía creer; ahí estaba Ray Torres, Mac Willey, Burton, Balton, Durán, Toscarella, Rodríguez, Jackson y... faltaban Munternack y Corolaro. Sus hombres lo rodearon y fue abrazando y golpeando en la espalda a cada uno de ellos. Después le presentaron a los dos nuevos miembros de la escuadra: George Schwartz y Ben Carter. Los saludó dándoles unas palabras de bienvenida, y continuó platicando con los demás. Todos estaban ansiosos de oír sus aventuras, ya sabían lo de su promoción.

Antes de entrar en detalles, les preguntó sobre Munternack y Corolaro. Se hizo un silencio sospechoso en el que todos se miraron entre sí hasta que habló Ray Torres:

«¿Es que no lo sabes aún? A ellos los perdimos para siempre... Corolaro desertó en Kansas, tres días antes de partir para San Francisco. Tomó el auto que le había llevado su novia al regresar de vacaciones, y se marchó a su pueblo en Colorado, con tan mala suerte que en el camino los sorprendió una tormenta de nieve y se hicieron a un lado de la carretera para esperar a que amainara un poco. El auto traía averiado el mofle sin que ellos lo notaran. Con la calefacción puesta y el mofle dañado, se durmieron para siempre, intoxicados con el monóxido de carbono. Al día siguiente los encontraron muertos y abrazados el uno al otro... Como ves, tuvo miedo de venir a morir a Vietnam y se adelantó a todos nosotros...».

«Respecto a Munternack —continuó el relato Peter— se convirtió en la primera víctima de nuestro batallón en Vietnam: al día siguiente de haber llegado a Bear Cat, estábamos limpiando el área donde está la oficina de operaciones de la compañía, cuando él y yo nos encontramos una bala de LAW^[3]». Cuando Joe escuchó esto, sintió que la sangre se le iba hasta los pies, ya que apreciaba mucho al gigante de su escuadra, y siguió el relato de Peter: «El teniente Payne, que pasaba por ahí cuando encontramos el proyectil, imprudentemente nos ordenó que levantáramos el proyectil, y lo enterráramos en un hoyo fuera del perímetro de seguridad, junto al campo minado...». Joe volteó buscando la cara del Teniente Payne, pero éste se había desaparecido cuando vio el rumbo que tomaba la conversación. Peter continuó: «Yo tomé una pala, Munternack levantó el proyectil y nos dirigimos fuera del perímetro. Ahí Munternack dejó el proyectil en la tierra, mientras yo cavaba el agujero. Al terminar, me hice a un lado, para que Munternack

depositara el proyectil en el agujero. En ese preciso momento, el proyectil explotó, y ambos fuimos lanzados hacia atrás. Sin embargo, Munternack había recibido por completo el impacto de la explosión en la cara... fue terrible... el Teniente Payne apenas si se atreve a darnos la cara por lo culpable que se siente. Doc ganó la primera medalla de bronce de la División, en reconocimiento por sus intentos para salvarle la vida...».

Cuando Peter terminó el relato, todos lloraban silenciosamente. Las lagrimas corrían sobre sus rostros serios y endurecidos, eran lágrimas de hombres, que se vierten sin avergonzarse, por la pérdida de un soldado amigo, muerto en acción.

Después de lo que le contaron, pensó Joe que el relato de sus experiencias podía esperar. Después de platicar algunas generalidades, lo acompañaron al fortín que tenía asignado, y Joe se despidió de todos ellos, contento y triste a la vez, prometiendo que al día siguiente les platicaría sus aventuras; Peter se quedó con él, ya que era su compañero de madriguera. Una vez acomodado, salió a buscar al Teniente Payne para pedirle sus órdenes para el día siguiente. Cuando regresó, Peter le informó algunos detalles sobre la disciplina impuesta al pelotón para la guardia y luego se durmió. Joe se sentó en la orilla del hoyo, y permaneció pensativo todo el primer período de guardia, que duró tres horas.

Joe se quedó pensativo sobre la culpabilidad del Teniente Payne en la muerte de Munternack, por la imprudencia de ordenarle que levantara un proyectil «vivo», en vez de haberlo hecho estallar en el mismo lugar en el que lo encontraron ¿Cuántas vidas más costarían las «novatadas» de la 9ª División? Se prometió que, con su experiencia, evitaría el mayor número posible.

Al terminar su primer turno de guardia podría descansar de las diez de la noche a la una de la mañana. Joe durmió como tronco, pero el resto de la noche, entre la una y el alba, estuvo platicando con Peter, intercambiando confidencias y recordando tiempos mejores. Se sentía tan unido a Peter, y con una amistad tan estrecha, como no la había sentido con nadie más durante el año de adiestramiento. Era la primera vez que experimentaba el sentimiento profundo de camaradería, sin embargo, este sentimiento de estrecha amistad se volvió relativamente común para él en Vietnam. Ni antes ni después de la guerra, se sentiría tan estrechamente ligado con un amigo. Esta intensidad no sería exclusiva de la amistad, otros muchos sentimientos como el amor y el odio, las emociones vinculadas con el sexo o la religión por ejemplo, se

ampliarían de tal manera que tendría oportunidad de analizarlos con objetividad, cambiando o confirmando su forma de pensar para actuar en el futuro. Joe no sabía aún cuán determinante sería para él la experiencia de la guerra.

12. VENGANZA EN EL BURDEL

Al día siguiente de su reintegración a la 9ª División, Joe recibió su primera correspondencia, se apartó de todos y buscó un árbol en donde recargarse para leer su correspondencia en paz. Hacía mucho calor y se oía un ruido de chicharras, además de la omnipresente música de la radio. Cuando abrió la primera carta podía escuchar «Good Vibrations» de los Beach Boys: había una carta de su madre con notas de su padre y de cada uno de sus hermanos, otras de Verónica, de Rossy y de Jan. La carta de su familia estaba llena de recuerdos, bendiciones y recomendaciones de que se cuidara, le dio gusto saber que estaban bien y que lo recordaban. La carta de Verónica estaba manchada de lágrimas y llena de frases cariñosas. Le decía que lo quería más que a nadie, que pensaría siempre en él y estaría esperándolo a su regreso. El sobre estaba sellado con un beso delineado con lápiz labial. La carta de Rossy, en cambio, abundaba en recriminaciones, tanto por su intempestiva salida a Guadalajara, como por no haberse despedido de ella antes de viajar a Vietnam. Al final de la carta trataba de reconciliarse y prometía esperarlo, y una vez que Joe estuviera de regreso, podrían reanudar su relación de una manera más estable. Como de costumbre, Rossy lo dejaba con una sensación agri dulce, no creía mucho en su fidelidad y probablemente ya sería novia de Roy Jenkins.

La carta de Jan era una bomba. Extrovertida y despreocupada, era francamente pornográfica: le describía con lujo de detalles su última relación sexual, y lo que disfrutarían si la invitaba a visitarlo a Hawai durante su primer «R&R»^[4]. Joe sintió un calor intenso entre las piernas, desde que se acostara con Rossy no había estado con otra mujer, y ya sentía la necesidad de hacerlo. Pronto tendría que encontrar la manera de relacionarse con una vietnamita. Le pareció curioso que pensara en tener relaciones sexuales con una de ellas, a su llegada le habían parecido feas y asexuadas. Pero poco a poco se fijaba más en las mujeres que recorrían la base caminando por todas partes. Algunas de ellas eran atractivas, aun cuando tuvieran cuerpo de niñas,

sin caderas ni pecho; sin embargo, algunas tenían la piel suave y rasgos delicados.

Joe releyó todas las cartas, excepto la de Rossy, y se dispuso a quemarlas, le hubiera gustado conservarlas, para llenar sus momentos de soledad, sobre todo las de Verónica y Jan, por diferentes motivos naturalmente, pero sabía que el vietcong las robaba y, utilizando el remitente, enviaba noticias macabras o bien una muñeca con un explosivo escondido en su interior que estallaba al manipularla. No podía correr el riesgo. Cuando terminó de leer sus cartas se escuchaba «Zorba The Greek» con Herb Alpert y Los Tijuana Brass. Joe se levantó conmovido por lo que acababa de leer y se reintegró a su escuadra con gran reluctancia.

Cada noche durante la primera semana, Joe había dirigido una patrulla de cinco soldados para preparar emboscadas a escasos ochocientos metros del perímetro de la selva. Solamente en una ocasión tuvieron contacto con el vietcong y registraron una baja enemiga. La razón principal de estas incursiones nocturnas era preparar a sus hombres de una manera práctica, para cuando tuvieran su primer combate; al mismo tiempo reforzaban la seguridad de la base. A los ocho días de su llegada, toda la Compañía «D» salió de la base para efectuar una operación de «búsqueda y destrucción» del vietcong que duraría quince días. Salieron hacia el oeste, atravesando el Río Saigón y luego torcieron al sur en dirección de Duc Hoa, cerca de la frontera camboyana. Durante esta operación se suscitaron dos hechos que causaron un fuerte impacto en Joe.

Al cuarto día de marcha, casi siempre caminando en el lodo a través de interminables arrozales, llegaron a una gran plantación de caucho. Joe nunca había visto una: en un área de varios kilómetros cuadrados a la redonda había cientos de miles de árboles de caucho, altos y esbeltos, geométricamente alineados a cinco metros cada uno del otro. Cada árbol tenía cortes delgados e inclinados que convergían en una punta de flecha, en donde se encontraba una vasija de barro; de las heridas del árbol manaba una goma lechosa que escurría por los canales hasta caer en el recipiente. El caucho era una materia prima muy apreciada en el mundo, y también fuente de increíble riqueza para los terratenientes franceses durante su dominación. Las plantaciones de caucho eran un lugar ideal para combatir, dedujo Joe, ya que los árboles prestan fácil abrigo de las balas en caso de un ataque. Las largas avenidas también permitían ver un solitario paisaje, y un minuto después, a toda la tropa, cuando atravesaban el claro para cubrirse con la siguiente fila de

árboles. Era un lugar seco, fresco y agradable, aunque algo apestoso.

A las cinco de la tarde, y ya a la vista de la factoría que incluía la mansión de los dueños de la plantación, se dejó escuchar un tableteo agudo y asesino de una subametralladora china AK-47. Siguiéron otros tiros, y en un minuto más, las explosiones y el fuego enemigo se generalizaron desde un ángulo ligeramente hacia la izquierda de los edificios de la factoría. La reacción de la Compañía «D» fue inmediata y soltaron todo el poder que traían. En relevos, se fueron desplazando hacia el lugar de donde provenía el fuego, hasta que se vieron obligados a detenerse debido a lo nutrido de la granizada. Además de las armas ligeras, comenzaron a ser atacados con ametralladoras de mayor calibre, morteros y proyectiles anti-tanque. Las balas y esquirlas volaban por doquier y hacían saltar la tierra y la corteza de los árboles, los gritos de «¡Médico!». comenzaron a mezclarse con las órdenes de ataque de los sargentos y en poco tiempo aquello era una verdadera confusión. Para entonces ya no sabían a ciencia cierta donde estaba el enemigo, porque algunos pelotones estadounidenses habían avanzado desorganizadamente, cruzando los campos del fuego amigo. Comenzó a anochecer y con la oscuridad y la sombra de los árboles aumentó la confusión.

Tratando de salvar la situación, el capitán ordenó por radio a los cuatro pelotones establecer una línea frontal para avanzar hacia la factoría, barriendo al enemigo que entramparan. El comandante les recomendó que no dejaran un solo muerto o herido sin acompañar la avanzada. Poco a poco, Joe y los demás sargentos, yendo y viniendo entre las posiciones de sus hombres, lograron establecer un frente común. Arrastrándose a veces, corriendo y barriéndose otras, hasta alcanzar el árbol siguiente, finalmente lograron llegar a la factoría. El olor a pólvora se mezclaba con el hedor nauseabundo del caucho cocido; los efectivos de Joe y demás unidades que podían utilizar para el ataque y formación del perímetro eran menos de la mitad de los que disponían al comenzar la avanzada. Los otros ayudaban a arrastrar y cargar a los muertos y heridos.

Establecieron el centro de operaciones en la mansión francesa y el capitán ordenó formar un perímetro defensivo. Al recibir confirmación de que estaban bien colocados para formar un perímetro, comenzaron a cavar madrigueras, mientras algunos de ellos los cubrían con ráfagas de rifles automáticos y ametralladoras. Las municiones comenzaron a escasear y, una vez que tuvieron la protección de un hoyo, empezaron a administrar mejor las balas y granadas que les quedaban. Afortunadamente para ellos, el enemigo parecía

tener el mismo problema de falta de municiones, y poco a poco el fuego se hizo más esporádico hasta que terminó por completo.

Cuando el Capitán Summers notó la gravedad del ataque, pidió ayuda por radio al centro estratégico del batallón para que le enviaran refuerzos y parque. La primera señal de refuerzos fueron los helicópteros de ataque que, una vez localizado el perímetro, barrían con fuego de ametralladoras y cohetes el área enemiga. Después comenzó a caer fuego de artillería, que no dejó de machacar a los árboles durante toda la noche.

Cuando Joe sintió que el área estaba relativamente asegurada, salió de su agujero dejando a Schwartz a cargo de la posición. A su derecha estaba Balton, sólo en una de las madrigueras y lloriqueando sin control. Le pidió a Balton que no se moviera de ahí, y continuó caminando hacia el tercer agujero, en donde encontró a Carter y a Jackson; le faltaban Torres, Mac Willey, Burton, Toscarella y Rodríguez. Con paso forzado se dirigió al centro del perímetro, en donde se había improvisado la enfermería; ahí encontró a Mac Willey con una herida leve en el hombro, que le estaban curando. Burton también estaba siendo atendido de una herida en la pierna, causada por una esquirla de granada, afortunadamente la lesión tampoco era grave.

Un poco más allá, en el lugar en que se hallaban los muertos, vio a Ray Torres que platicaba con otro soldado. Cuando le preguntó lo que ocurría y cómo se encontraba, con cara descompuesta Torres le respondió que él estaba bien, pero que habían matado a Rodríguez y había tenido que cargarlo desde que se replegaron a la factoría. Le señaló un bulto tirado boca abajo con una espantosa herida en la nuca. Joe notó el parche con el nombre de Rodríguez, que siempre traía cosido en la bolsa trasera del pantalón, en vez de llevarlo en la camisa como todos los demás; Rodríguez era el único que hacía eso. Joe se agachó y le movió la cabeza para mirarle la cara, lo que vio le hizo saltar el estómago: una bala de grueso calibre, posiblemente calibre 50, le había entrado entre los ojos, llevándose toda la parte posterior de la cabeza, dejándosela como una grotesca máscara. Cuando vivo, Jesse Rodríguez era feo, pero muerto se veía horrible. Impresionado, lo soltó y se levantó para preguntarle a Ray si había visto a Toscarella. Ray le dijo que sí, que Pete ya había estado ahí y que se había salido a buscar a los demás. Cuando Ray y Joe regresaron al perímetro, ya estaban todos allí, incluyendo a Mac Willey y a Burton. Se pusieron a excavar otra madriguera, para hacer inexpugnable la defensa del perímetro y se redistribuyeron como de costumbre. La muerte de Rodríguez los entristeció a todos; Jesse no era muy inteligente, pero tenía el

mejor carácter del equipo, siempre estaba sonriente y de buen humor, dispuesto a servir a cualquiera de sus compañeros. Para Jesse, Joe era un ídolo y así se lo manifestaba. Jesse era un chicano, nacido en California, toda su vida se había debatido entre dos culturas, sin haberse integrado a ninguna de ellas. Era de poca escolaridad, hablaba mal el inglés y destrozaba el español; como ciudadano estadounidense desconocía la historia de los Estados Unidos y lo que sabía de la historia de México eran deformaciones hechas leyenda, de donde sacaba su orgullo de ser mexicano. ¡Triste vida y triste destino el de Jesse! — se dijo Joe, a quien le dolió mucho su muerte, y recordó una frase de uno de los sargentos: «En la guerra los buenos caen primero». Ciertamente, así había sido en el caso de Mutterback y de Rodríguez, los dos compañeros más agradables del grupo, que nunca habían tenido enemigos ni fomentado rencillas.

En esta acción Ray Torres ganó su primera medalla de bronce por cargar a Rodríguez durante más de una hora bajo fuego. Rodríguez, Mac Willey y Burton ganaron la medalla «Corazón de Púrpura» por las heridas recibidas en combate; naturalmente, Rodríguez recibió la presea «post mortem». El destino de cada uno se iba desenvolviendo ante ellos con demasiada rapidez; de los once que se despidieron al salir de vacaciones antes de partir a Vietnam, a sólo un mes de acción, tres habían muerto y dos estaban heridos, a ese ritmo se acabarían pronto. Ciertamente ya estaban ante la realidad de la guerra.

El ataque del vietcong no sólo reunió a otras compañías del batallón de Joe, sino que fueron reforzados también por la Brigada 182 de paracaidistas, que se encontraba en el área. La Compañía «D» había sufrido dieciocho bajas y tenía más de cuarenta heridos, número de bajas excesivo para cualquier unidad, la peor hasta entonces para la 9ª División. En su segunda visita al perímetro, Joe vio a generales, coroneles y mayores recorriendo el campamento y la zona de la batalla; pasaban saludando y congratulando a cada soldado que encontraban. Al día siguiente, al barrer el área en la que se había llevado a cabo la batalla, habían encontrado solamente quince cuerpos del enemigo, pero el grupo de inteligencia que inspeccionaba la zona informó a los altos mandos que la Compañía «D» había sido atacada por una fuerza de más de quinientos vietcong: casi cuatro a uno contra los estadounidenses. El cálculo de bajas en el enemigo debía ser superior a ochenta a juzgar por los despojos, las tumbas encontradas y la relación efectuada con la información obtenida de dos prisioneros. Este hecho significaba que, independientemente de las bajas recibidas, la batalla era la mayor victoria de la 9ª División desde

su llegada a Vietnam. Fue ampliamente comentada, publicada e inflada por la radio de las fuerzas armadas y el periódico «Barras y Estrellas^[5]».

El segundo hecho que impactó a Joe durante la primera operación en la que tomaba parte con sus viejos compañeros sucedió en un pequeño poblado cerca de la plantación de caucho, en donde habían perdido a Jesse. Aprovechando el descanso que les dieron al día siguiente, los soldados tuvieron tiempo libre para buscar un medio para satisfacer sus apetitos carnales. En poco tiempo se había formado un burdel en el villorrio: los abuelos, padres y tíos rápidamente reunieron a sus nietas, sobrinas, hijas y esposas y las ofrecieron a los gringos. Era una oportunidad sin precedente para ellos, con la prostitución ganarían lo de un año de trabajo duro y agotador en sólo un par de días. Las vírgenes eran ofrecidas por ocho a diez dólares; las demás a tres y cinco dólares, dependiendo del físico; un «trabajo manual» o «a la francesa» se ofrecía por dos dólares.

Joe, Pete y Ray visitaron el burdel y se gastaron veinte dólares cada uno, permanecieron ahí hasta quedar exhaustos. Joe y Pete estaban pensando llevarse una chica por quinta vez, cuando escucharon una fuerte explosión que derrumbó parte de la choza en la que se encontraban. Temiendo un ataque terrorista vietcong, tomaron sus rifles y peinaron el lugar. En uno de los cuartos encontraron a una chica muerta con las entrañas destrozadas; por las heridas que tenía, la granada que la mató debió haber estado en su vientre. En unos minutos la improvisada policía militar se hizo cargo de la situación. Sin embargo, la historia del hecho esa tarde corrió como reguero de pólvora. He aquí los hechos:

Un soldado de la Brigada 182 paracaidista, de descendencia alemana, había tenido una traumatizante experiencia sexual con una vietnamita, en un pueblo muy pequeño del Delta. La chica era vietcong y le puso una trampa terrible: dentro de la vagina se había acomodado un amplio tubo de plástico, que tenía fijadas en cruz dos navajas de rasurar con el filo hacia fuera. Desprevenido y apasionado, el soldado introdujo su pene con fuerza, y de inmediato le fulminó un dolor intenso. Retiró el miembro de inmediato y, viendo como sangraba, dio un grito y cayó desmayado. La chica aprovechó la confusión para huir; el soldado fue recogido a tiempo para salvarle la vida, pero le tuvieron que amputar parte del miembro. A sólo dos semanas de haber regresado de su convalecencia, fue al burdel, pagó diez dólares a una chica a quien desnudó y, sin que ella lo advirtiera, le quitó el seguro a una granada y se la introdujo con gran violencia en la vagina, para luego escurrirse sin que

nadie lo notase. Joe nunca se enteró de la suerte que corriera el paracaidista, pero no sabía a quién compadecer más: si a la chica que había sufrido una muerte horrible o al soldado que, mutilado, tendría que cargar con su odio y su locura por el resto de sus días.

13. ARENAS MOVEDIZAS

« ¡Esta vez sí que la hemos pasado bien! —decía Peter Toscarella a Joe, entre tragos de cerveza y la música de «Nowhere Man» de los Beatles— No cabe duda de que los marineros la pasan mejor que nosotros en infantería, nunca tienen que caminar o enlodarse. Joe, tú y yo le erramos, debimos darnos de alta en la marina».

«No lo creo —contestó Joe un poco ausente— si te enrolas voluntariamente en el ejército son tres años de servicio en vez de dos, pero en la marina son cuatro». Luego, sin dejar de mirar la inmensidad del mar, añadió: «Además, a mí me impone el mar, no sé si es miedo o respeto, pero no me llama mucho la atención estar metido siempre en una cáscara como ésta, con el peligro de que se hunda en cualquier momento; prefiero la tierra firme. Con el aire es diferente —prosiguió Joe, al mismo tiempo que volteaba hacia arriba y veía con excitación las innumerables estrellas que poblaban el cielo— El aire no me asusta y hasta me sueño volando sin alas, con el esfuerzo de mis propios brazos. Si me hubiera enrolado voluntariamente lo habría hecho en la fuerza aérea; me gustaría aprender a dominar un avión caza-bombardero. Sin embargo —y su voz se tornó más apagada— dicen que para un extranjero «residente» es imposible obtener esa oportunidad. Es difícil para el ciudadano común alcanzar un puesto de piloto en la fuerza aérea, el aspirante debe pertenecer a las clases privilegiadas del país».

Ruidosamente se presentó Ray Torres, lanzando imprecaciones y moviendo las manos con exageración.

«No, raza, no me acostumbro a cagar en uno de estos barcos. Se mueve tanto que en ocasiones siento estar sentado en la taza boca abajo y temo hacer una cochinada».

«Hazle como le hago yo, Ray —le respondió Pete sonriendo— desde que llegué no he hecho más que beber cerveza, no he comido nada, así no he tenido que ir al baño, ni he estado vomitando como los idiotas que comparten

mi camarote».

«¡Hombre! ¡Qué magnífica idea! —dijo Ray— no cabe duda que hay gente más inteligente que yo. Espero que no estemos muchos días en este cacharro o te vas a morir de hambre». Luego les propuso: «Vamos a jugar una partida de póker, ¿quieren?».

«Yo no —dijo Joe, un tanto aflojerado— acabo de subir a cubierta después de jugar durante cuatro horas, necesito descanso y aire fresco». Luego, como aconsejándoles, les dijo: «No les recomiendo que dejen entrar a ningún marinero en su juego: han estado maquilando soldados como borregos. Se nota que se la pasan jugando póker durante todos sus ratos libres».

«No te preocupes, Joe —dijo Pete— ojalá se acerquen como moscas, es hora de nuestra revancha y siento que la suerte me acompaña esta noche».

Ray y Peter se despidieron y se metieron en el barco, y Joe volvió a su contemplación del mar inmenso que se perdía en el horizonte, juntándose con el también inmenso y negro firmamento. Era una noche tibia, oscura y el firmamento estaba enjoyado con millones de estrellas. Por segundo día consecutivo se encontraban en mar abierto, fuera del alcance del vietcong. Este hecho le confería paz interior y lo inundaba de una tranquilidad que no había conocido desde su llegada a Vietnam. De las entrañas del barco se escuchaban risas lejanas y música de James Brown «It's A Man's Man's Man's World» y «Yellow Submarine» de los Beatles, pero para Joe podían venir de la luna, de tan relajado que se encontraba. En algún lugar frente a ellos estaba la costa, pero suficientemente lejos para no temer un ataque. Afortunadamente el enemigo no tenía fuerza aérea, disponía de lanchas y barcos, pero nada suficientemente grande como para enfrentarse al rápido transporte en el que se encontraban. Joe respiró hondo, sintió la tibieza y salinidad del aire en la bocanada, antes de que cruzara su garganta.

La movilización de la brigada el día anterior, hacia el puerto de Vung Tao, había sido una sorpresa para todos. En camiones abiertos recorrieron muchos kilómetros durante cinco horas de continuo avanzar. Los habían recogido en el poblado de Ben Luc y subieron hacia el norte, pasando por un costado de Saigón, y luego cambiaron de dirección hacia el sur, hasta llegar al puerto de Vung Tao, junto a la bahía Ganh Rai. Mayor fue su sorpresa cuando los embarcaron en grandes lanchones para dirigirse a un gigantesco barco, de entre los cientos que se podían ver, anclados todos a buena distancia de la

costa.

La brigada se componía de casi mil soldados, y todos estaban acomodados dentro de los camarotes, en la parte inferior trasera del barco. A su llegada se les había pedido que se mantuvieran en su camarote hasta nueva orden, sin embargo, cuando el barco se hizo a la mar, y aumentó el bamboleo, los pobres soldados, acostumbrados a la tierra firme, primero sintieron náuseas y luego vomitaron en grandes cantidades. En el camarote de Joe, que era pequeño y alojaba a dieciséis soldados, el vómito cubrió todo el piso. En poco tiempo el hedor era insoportable y el oxígeno se vició de tal manera, que debieron revocar la orden, permitiendo a la tropa subir a la cubierta y mantenerse ahí mientras quisiera. No había nada que hacer y les hacía bien el aire marino.

Joe había vuelto a su camarote una sola vez, a recoger su equipo y una frazada. Luego se instaló junto a un amarre, localizado a estribor y cerca de popa; ese lugar había hecho las veces de su camarote durante las últimas veinticuatro horas. Los espacios abiertos dejaban volar su espíritu y se prestaban más para pensar en cosas profundas —pensó Joe. Ya había cumplido dos meses en Vietnam y se sentía un hombre maduro y experimentado. Había superado el miedo inicial que le invadía a su llegada, ahora veía más serenamente el futuro inmediato, sin preocuparse por el «después» o el «más allá». Además —pensaba divertido— nunca en su vida había disfrutado de tanta popularidad en Guadalajara y en Los Ángeles, aunque no estuviera ahí para disfrutarla personalmente. Ésa era la impresión que le dejaban entrever en la nutrida correspondencia que recibía.

En sólo dos semanas había recibido tres paquetes con más de quince cartas, de otras tantas compañeras y amigas de Verónica. Todas ellas le manifestaban fervientes deseos de que saliera con vida, para conocerle personalmente, cuando volviera a Guadalajara. Algunas chicas habían incluido su fotografía, la mayoría de ellas eran guapas, y causaron admiración entre sus amigos. Joe les contestaba a todas, aunque sólo fueran diez líneas, y si era necesario, en una hoja maltratada o en papel higiénico. Siempre incluía un pensamiento o suceso especial, para hacerles partícipe de un pedacito de su experiencia.

Le decía una: «... si pudiera volar y servirte de consuelo esta noche...», otra: «... Dios y la Virgen María te protegerán si te encomiendas a ellos...» y otra más: «... debes sentir una soledad y desesperación como nunca, pero ten resignación...». Algunas le platicaban de sus hermanos, novios y de las fiestas a las que asistían, invariablemente le decían que lo recordarían

siempre, sobre todo en sus oraciones. Joe sonreía triste y tragaba saliva para evitar ponerse sentimental: todas estaban dispuestas a poner su granito de arena para aliviar sus penas y sus trabajos. Era reconfortante saber que no tendría que cargar él sólo con un fardo tan pesado. Pronto se arrulló con el rítmico vaivén del barco, el golpeteo de las olas en el casco y el silbar del viento sobre la cubierta. Se envolvió en la frazada y en su poncho de goma y se durmió tranquilo, sabiendo que al otro lado del mundo muchos pensamientos y vibraciones positivas le cuidarían el sueño; se sintió protegido.

Por la mañana se despertó por la conmoción que había en cubierta, se sentía entumecido, y su poncho estaba cubierto de rocío; se había colado algo de la humedad a la frazada, pero se mantenía suficientemente seca para no sentir frío. Escuchó que había junta de líderes en uno de los comedores, se puso de pie estirándose, se alisó un poco el ajado uniforme, y con su casco puesto y su rifle colgado al hombro se dirigió al comedor. Fue uno de los últimos en llegar, a los pocos minutos se impuso silencio y un capitán de la marina les habló: «Señores, se estarán preguntando todos qué hacen en un barco, y hacia dónde nos dirigimos, pues bien, ahora lo sabrán. Primeramente quiero presentarme, soy el Capitán Resnik, del departamento de logística de la marina y a cargo de la operación «Alborada», que todos ustedes realizarán en los próximos tres días. Por favor miren con cuidado el mapa que está frente a ustedes: ayer hemos salido de Vung Tau rumbo al sur, más tarde viraremos hacia el oeste, para volver a acercarnos a la costa. A pocos kilómetros frente a nosotros está la tierra firme. Realmente se trata de una gran isla, formada por dos afluentes del Río Mekong, por lo tanto, la tierra a donde van, se encuentra entre dos bocas del Río Mekong, en un área muy navegada por los vietnamitas, tanto del Sur como del Norte». Prosiguió, en un silencio absoluto:

«Nos conservaremos suficientemente mar adentro para no ser avistados desde tierra. Mañana en la madrugada, dos horas antes del amanecer, saldrán todos ustedes en lanchas de desembarco, y ocuparán el área de playa frente al mar abierto, barriendo luego hacia el oeste y rodeando por completo los poblados de Ba Dong y Tra Cu que, según nuestros reportes, hierven de comunistas. El barrido lo efectuarán hasta donde puedan llegar en tres horas, contadas desde el amanecer. Luego, asegurarán su posición e investigarán lo que encuentren. A las dos de la tarde toda la brigada se moverá en dirección nordeste y, a dos kilómetros al norte de Ba Dong, encontrarán un muelle en donde las lanchas los recogerán para regresarlos al barco... ¿Hay

preguntas?».

Todos habían seguido atentamente las palabras del capitán, recorriendo al mismo tiempo el mapa que estaba delante de ellos. Es una operación anfibia, pensaron, algo para lo que no estaban preparados. Se miraron unos a otros perplejos, preguntándose qué era un lanchón de desembarco, cuántos soldados cabían, si llegarían sanos y con el estómago en su sitio después de dos horas en altamar dentro de los lanchones. Había tantas preguntas que la reunión duró cuatro horas. Salieron medianamente satisfechos y se pasaron toda la tarde explicando la operación a su gente. Ya no se veían las cosas tan bien como antes —se decía Joe— somos soldados de tierra y no infantes de marina ¿qué se han creído éstos? ¡Espero que salgamos bien librados!

En la oscuridad casi absoluta, a las tres y media de la madrugada se formó la brigada en cubierta y en fila india fueron bajando hacia unas grandes compuertas que habían abierto en popa, al nivel del mar. Había una plataforma de metal, que salía de las entrañas del barco y, en declive, se sumergía en el mar a través de las compuertas. Del interior del barco se dejó escuchar un rugido de motores y, uno tras otro, comenzaron a aparecer los lanchones anfibios de asalto. Antes de introducirse al agua, bajaban la puerta de proa, que se convertía en rampa, para embarque y desembarque de tropas y vehículos. A cada lanchón subieron a un pelotón de treinta a cuarenta soldados. Una vez a bordo, se alzaba la rampa y de ser un vehículo terrestre, sobre ruedas, se convertía en lancha con hélice y timón; luego, en la oscuridad, tomaban el rumbo de la costa. En la parte de atrás de cada lanchón se dejaba ver una pequeña luz roja que guiaba a la lancha que le seguía. Las paredes de acero debían tener por lo menos dos metros y medio de altura; no había ventanas o claraboyas, y sus costados tenían un blindaje de media pulgada de acero. Los soldados no podían ver hacia afuera; a ojo de pájaro, hubieran visto un gusano luminoso de treinta vertebras, que era la cantidad de lanchones que se dirigían sorpresivamente hacia la costa.

Aunque en tierra los vietcong tuviesen apostados vigías, no hubiesen podido ver nada. Probablemente se escuchara el *chag chag chag* de los motores diesel, pero el ruido no sería suficiente para alertar a nadie. El área a la que se dirigían era remota y poco poblada; pronto sabrían la razón para el ataque. La sorpresa del desembarco fue total, a pesar de los contratiempos que se encontraron. Cada lanchón se colocaba unos metros a la izquierda del anterior, para así distribuir a los soldados en una posición de despliegue, listos para comenzar el barrido. Les esperaba una sorpresa: el terreno que iban a

reconocer no tenía consistencia suficiente para sostener el peso de un hombre con equipo, solamente había lodo y arenas movedizas. Al saltar a la playa, se hundieron hasta más arriba de las rodillas y no podían moverse. Tuvieron que hacer una cadena de rifle a rifle para ayudarse a salir, hasta alcanzar un área más alta, en donde el lodo era de menor profundidad. Tardaron más de media hora en colocarse en posición de barrido y, cuando el último pelotón estaba en línea listo para avanzar, ya era de día.

Afortunadamente, la sorpresa del desembarco había sido total; unos cuantos vietcong en tierra firme bien posicionados, los hubieran matado uno a uno como patos heridos. La planeación del desembarco fue pésima, y sólo la suerte les había evitado una masacre, por pura suerte no tuvieron bajas al avanzar la línea de barrido tierra adentro. Durante los primeros dos kilómetros no encontraron a nadie, aun cuando se retrasaron, rescatando a los compañeros que caían en las arenas movedizas.

Casi simultáneamente, los dos extremos del frente llegaron a los poblados de Ba Dong, en el flanco derecho, y a Tra Cu, en el izquierdo. Una vez más, el elemento sorpresa ayudó a las tropas estadounidenses. Hicieron redada con los vietcong que despreocupadamente salían al campo, y que no tuvieron tiempo de alcanzar sus escondites dentro de las chozas.

La escuadra de Joe avanzaba silenciosamente alcanzando choza tras choza, a través de los sembradíos de hortalizas, sin dejarse ver en las calles y caminos y escudándose en las mismas cercas y paredes. Casi en cada choza encontraban tardía o nula resistencia, lo cual hizo más fácil la operación. Obviamente no se toparon con más vietcong después de la cuarta fila de chozas. Éstos fueron alertándose unos a otros, por los disparos esporádicos que escuchaban y al ver a sus compañeros que corrían en dirección contraria al avance de las tropas estadounidenses.

Joe encontró un solo foco de resistencia en una choza en donde silenciosamente se habían apostado tres vietcong. Por poco pierde la vida y sólo su extrema precaución le salvó de una muerte casi segura. Se acercó a una puerta semi-abierta y antes de traspasar el umbral, metió un pie y los brazos con el rifle por delante. Tres ráfagas se concentraron en el hueco de la puerta haciendo saltar tierra y astillas por todas partes, hiriendo a Joe en una mano y antebrazo. Cayó de espaldas sin control, pero de inmediato se volteó y se arrastró hacia la puerta. Se descolgó una granada del chaleco, le quitó el seguro y la arrojó dentro. Inmediatamente después de la explosión, saltó y entró a la choza, abriendo fuego con su rifle automático. Ya no había nadie

ahí, se habían escapado tan pronto como habían hecho los disparos. Sin embargo, Toscarella, Burton y Balton se les habían adelantado dando vuelta a la choza por el lado contrario, y cuando los vietcong salieron los acribillaron. Escurriendo sangre y sosteniendo su brazo izquierdo, Joe se acercó para mirar más de cerca a los vietcong que por poco lo matan. Aún estaban vivos y se aproximó apuntándoles con el cañón a corta distancia de la cabeza. Sus rifles estaban a un lado y uno de ellos trató de alcanzarlo. Joe disparó y le hirió la mano, luego les retiró las armas y esperó a Doc para que le viera el brazo.

La «Operación Alborada» fue un éxito, a pesar de que pudo haber sido desastrosa por lo difícil del terreno. Esa tarde volvieron al barco con más de treinta prisioneros, además de haber matado a once vietcong y herido a más de quince. Las tropas estadounidenses habían sufrido un muerto, veintidós heridos e, inexplicablemente, un desaparecido.

Dentro de la «Operación Alborada» se había planeado un ataque idéntico para el día siguiente en otro lugar distante, cerca de la boca norte del Mekong, junto a Ba Tri, pero se canceló por la experiencia de ese día. Se consideró la dificultad del terreno y la posibilidad de que ya no tuvieran a su favor el factor sorpresa. Además, el éxito de la primera redada justificó ampliamente la operación total.

El barco tomó rumbo al norte de vuelta a Vung Tau, adonde llegaron al atardecer del día siguiente. Joe traía dos huesos de la mano fracturados y la tibia astillada. Le pusieron un medio guante de aluminio y le vendaron la mano y el brazo, inmovilizándolos con un cabestrillo atado al cuello. Sus heridas no le impidieron que esa noche saliera a divertirse y a emborracharse con Ray Torres y Mac Willey; le dijeron que los antibióticos no se llevaban con el alcohol, pero Joe nunca tuvo reacción alguna.

14. LA MASACRE DE CAI BE

A mediados de febrero, la 9ª División programó una operación combinada entre varios batallones de infantería y caballería blindada, que se llevó a cabo en la provincia de My Tho. La Compañía D, en la que se encontraba Joe Rivera, fue transportada durante toda la operación en vehículos blindados M113 denominados APC^[6], lo que representó un descanso físico para ellos. Sin embargo, tenían la desventaja de que ahora no se podían esconder con facilidad y raramente podían utilizar el factor sorpresa en un ataque. La operación fue peligrosa y sangrienta; cada día aumentaban más las víctimas del lado gringo, sin resultados positivos.

El poblado de My Tho era el objetivo, pero había comenzado el barrido tan lejos, que la resistencia enemiga los detuvo continuamente, haciendo imposible un ataque sorpresivo, como había sido planeado. Llevaban ya cuatro días con un avance muy pequeño, los francotiradores vietcong estaban apostados en todas partes. Se pasaban horas tratando de atrapar a un solo VC que los hostigaba, para luego desaparecer como humo; al final se quedaban con sus víctimas y la furia de la impotencia. Varias veces habían sugerido al capitán que abandonaran los vehículos blindados y los dejaran avanzar a pie entre la selva. Así se sentirían más seguros y con mayor control.

En las inmediaciones de Tan An, Joe reconoció el área en la que había tenido su primera batalla, cuando arribó a Vietnam y lo enviaron a la Brigada 173 aerotransportada. Por experiencia sabía que pisaban territorio controlado por fuertes unidades vietcong.

El quinto día comenzó ominoso: un ataque enemigo al alba había despertado a los pocos soldados aún dormidos a esa hora. Durante toda la noche soportaron las escaramuzas vietcong y se habían mantenido alertas. El ataque no duró más de media hora, pero fue suficiente para ponerlos nerviosos a todos. Levantaron el campamento con pocos ánimos y comenzaron la marcha hacia My Tho una vez más.

La moral de la tropa iba decayendo a medida que avanzaba el día; deseaban encontrar de frente al enemigo en una lucha abierta, pero el vietcong no estaba dispuesto a ello, probablemente por la superioridad de fuego a la que se enfrentaría. Sufrían sangrías por los francotiradores, las minas enterradas y las trampas individuales. El malhumor y la impaciencia avivaban un sentimiento de revancha, que se tornaba en impotencia al no encontrar escape.

Sin saberlo ellos mismos, iban cayendo en un estado de ánimo propicio para la ejecución de una barbaridad, que después llamarían la Masacre de Cai Be. Luego de los sucesos de ese día, Cai Be desaparecería del mapa. Nadie se atrevió a reavivar un recuerdo que a todos horrorizaba; sobre todo a los estadounidenses, que fueron los verdugos.

Joe se encontraba particularmente deprimido; no estaba exento del sentir general, pero además la noche anterior había perdido a un buen amigo. Nelson había caído víctima de una esquirla de mortero, que le había atravesado el cerebro y lo había matado instantáneamente. Joe se había enterado por la mañana. Fue a verlo tan pronto como lo supo, pero ya lo tenían amortajado y dentro de una bolsa de plástico, como vulgar embutido. Inicialmente no había creído la versión oficial de su muerte: sin embargo, tuvo que rendirse a la evidencia y una vez más se reafirmó en su mente la certeza de que van muriendo aquellos que ya estaban predestinados a morir. No había nada que pudieran hacer para evitar el desenlace fatal. Nelson era un ranchero texano, alto, rubio, de ojos azules, nariz recta, barbilla partida y cuadrada, cuerpo atlético y de constitución proporcionada y estética. Tenía un parecido con Paul Newman, pero de mayor altura. Era serio y bueno, un tanto retraído, pero nunca abusaba de su fuerza con los más débiles, y por ello era respetado. Joe había visto como, acostado sobre sus espaldas con las manos extendidas hacia atrás, era capaz de levantar a un hombre que se parara sobre ellas. Tenía una rareza: había cambiado su sombrero texano por su casco de acero. No se lo quitaba ni para bañarse y se paseaba recriminando a aquellos soldados, propios y extraños, que no trajeran el casco puesto.

«¡Ponte el casco, soldado! —solía decirles— Una explosión, una bala sesgada o una esquirla daña los sesos como si fueran mantequilla y te mueres instantáneamente; protégelos».

Sin embargo, Nelson había sido sorprendido por una esquirla de mortero cuando no traía el casco puesto; incongruencias de la guerra, burlas que a todos recordaban que la vida y la muerte son incontrolables.

«Si muero en Vietnam, Joe, y tú sobrevives —le había dicho J. Nelson— preséntate al rancho de mi familia, en Amarillo, Texas y cuéntales que fuiste mi amigo en el ejército, les dará mucho gusto conocerte y escucharte. No te marcharás sin haber disfrutado de la hospitalidad de mi familia y de haber probado la mejor y más gruesa costilla cargada de res que hayas comido en tu vida. Además visitarás mi tumba y colocarás una piedra sobre ella, a la usanza de los mexicanos».

A medida que el sol se colocaba más alto, y el calor arreciaba, los soldados caían en un trance soporífero. La falta de descanso y la baja moral los hacía actuar mecánicamente, parecían formar parte del mismo tanque o vehículo blindado en el que iban.

A media tarde, el desánimo había llegado a su punto culminante; una buena batalla los habría revitalizado, pero ya eran cinco los días en los que habían esperado un combate que no llegaba. Estaban acostumbrados a jugársela en una acción de guerra, los escarceos del gato y del ratón no les atraían.

Ahora sólo deseaban llegar a Tan An lo más pronto posible, les daba igual si en el paso atacaban My Tho. Presentían que no estarían los vietcong que habían ido a buscar, ya estarían a millas de distancia burlándose de ellos. Los vehículos blindados APC M113 y los tanques M48 Patton avanzaban en una larga fila, guardando entre ellos una distancia aproximada de cincuenta metros. El terreno en el que se movían era pantanoso, en la zona de arrozales más rica del Delta. Una tras otra, las orugas de los vehículos trituraban las espigas de arroz, que con tanto esmero cultivaban los vietnamitas, y destruían los diques que guardaban el agua necesaria para inundar las parcelas y que pacientemente levantaban los labradores. Al paso de la tropa, los cultivadores se erguían silenciosos y, ante la destrucción de sus sembradíos, mostraban un odio mortal contra el invasor estadounidense. Bajo sus sombreros de paja se les podían ver los ojos duros y amenazadores, como señales de furia contenida. Esta región era un área fértil para la agitación comunista y se aprovechaba la inconformidad del campesino para avivar el odio hacia el soldado estadounidense.

Aproximadamente a las cinco de la tarde, frente a la columna de vehículos apareció un poblado de regular tamaño. Los platanales, palmeras y juncuales que lo rodeaban le hacían parecer bello, a pesar de la pobreza de sus chozas, generalizada en todo Vietnam, pero primordialmente en el sur, en donde la riqueza de la producción de arroz contrastaba con la falta de industria e

infraestructura en los asentamientos humanos. Reinaba un silencio poco usual. Por lo común, en un poblado de este tamaño había muchos niños que les salían al paso antes de llegar al pueblo. Pocos notaron este detalle significativo debido al aletargamiento que sufrían, y a los deseos de dejar atrás el poblado cuanto antes.

Los tanques y vehículos blindados comenzaban a pasar a un costado de las primeras chozas, cuando una tremenda explosión detuvo repentinamente a la columna. Primero todos se quedaron inmóviles, esperando ver lo que había sucedido. En pocos segundos se dieron cuenta de que un tanque, el segundo en la fila, había saltado en pedazos, matando a sus tres ocupantes. El tanque-grúa que venía en la retaguardia se adelantó para remover los escombros. La infantería, entre ellos la escuadra de Joe, ya estaba investigando el accidente. Habían encontrado la punta de un alambre en el lugar de la explosión y se dispusieron a seguirlo. Antes de comenzar a caminar hacia el pueblo, vieron que el cuerpo médico se hacía cargo de los tres cadáveres despedazados metiéndolos en bolsas de plástico, como si fueran deshechos para la basura.

«Si encontramos al hijo de perra que hizo esto, lo va a pagar caro», dijo Peter Toscarella furioso, apretando los dientes y siguiendo el hilo eléctrico usado para activar la explosión.

Como lo esperaban, el cable terminaba en la orilla del poblado, y estaba conectado a una pequeña caja que contenía la pila que había generado la electricidad necesaria para producir el chispazo y causar la explosión. Con rapidez y violencia catearon las primeras chozas sin obtener resultados. En todas ellas sólo encontraron mujeres y niños que con su hosco silencio encubrían al culpable. El vietcong sabía que los estadounidenses eran incapaces de atacar a mujeres y niños indefensos, y por esa razón los dejaba atrás, para añadir un agravio más a la impotencia que les causaban. Se encontraron dos túneles bajo el fogón de otras tantas chozas, ¿pero qué hacer? Casi cada choza vietnamita los tenía; ellos mismos decían que los usaban para defenderse del vietcong.

La búsqueda fue infructuosa, Joe y los demás soldados volvieron a sus respectivos vehículos, y la columna se puso nuevamente en marcha. Había transcurrido una hora desde la explosión, y la tarde comenzaba a caer. Una leve brisa se dejó sentir, aliviando el calor de los soldados. Al frente de la columna, el primer APC había dado vuelta hacia la derecha, para rodear el poblado y seguir adelante.

No habían pasado diez minutos de haber reiniciado la marcha, cuando se dejó escuchar la segunda explosión. Como resorte todos saltaron a tierra en actitud defensiva, esperando el tan deseado ataque. Había un silencio roto sólo por el correr de ellos mismos en auxilio de sus compañeros. La segunda explosión les había causado más daños que la primera: un APC repleto de infantería había saltado por los aires, lanzando cuerpos mutilados a su alrededor; cinco muertos y siete heridos era el balance. Todos se paseaban como panteras enjauladas, sin saber qué hacer. Como la primera explosión, ésta también había sido disparada manualmente, en el momento mismo que el APC pasaba sobre la bomba que habían enterrado. ¿Cuántas más habría? De nuevo siguieron el alambre hasta las primeras chozas y encontraron la caja con la pila y el disparador, el lugar en donde estaba se hallaba desierto.

Ahora la búsqueda fue más intensa y brutal; se maltrató a algunas mujeres y viejos, pero nadie estuvo dispuesto a cooperar. Balton abofeteó a un niño que reía burlonamente. Joe lo reprendió, pero dentro de sí de inmediato nació la disculpa: si con ello encontrara a los culpables, él mismo lo imitaría.

En esta ocasión utilizaron intérpretes, e hicieron una inspección más minuciosa. Se revisaron casi todas las chozas del pueblo sin resultados positivos. Nuevamente se encontraron sólo con las miradas hostiles de las mujeres y los niños, que continuaban con sus quehaceres y juegos, como si lo que estaba ocurriendo no les concerniera a ellos. Los nervios de los soldados estadounidenses estaban muy alterados. Cansados y molestos, buscaban una oportunidad para hacer que alguien pagara por las muertes de sus compañeros. El ambiente estaba tenso, y presto a estallar en furiosa violencia. Joe lo sentía en la piel y le preocupaba, pero no podía evitar el fuego de odio que sentía dentro de sí.

En una choza encontraron un túnel bajo el fogón recientemente removido; volaron la choza en pedazos con granadas. En otra descubrieron a un hombre escondido detrás de una pared falsa; fue acribillado sin explicaciones.

Comenzó a oscurecer: las sombras eran cada vez más profundas y los soldados abandonaron la inútil búsqueda y volvieron a sus vehículos. Cargaban a sus muertos y heridos, pero sobre todo, llevaban la impotencia y coraje contenidos. Por tercera vez reanudaron la marcha, el silencio fue roto por el pesado triturar de las orugas, y el quejumbroso sonido de los motores. La columna había circundado dos de los lados del poblado y se disponía a abandonar el área, cuando retumbó la tercera explosión. No podían ver lo que había sucedido, pero se imaginaron lo que en realidad pasó: otro tanque había

volado por los aires.

Si no sabían a ciencia cierta lo que había ocurrido, sí sabían todos lo que en ese momento iban a hacer: la sangre reclamaba sangre, tomarían la que hubiera, culpable o no. Sin mediar una orden y en perfecto concierto, todos los vehículos dieron vuelta y apuntaron hacia el poblado; los segundos que pasaron entre la explosión y la reacción de la tropa fueron pesados. Antes de que se disparara la primera bala escucharon algunos lloriqueos provenientes del caserío, como si también allí presintieran lo que estaba a punto de suceder.

De pronto tronó el ambiente. Todo el poder destructivo de que disponían fue lanzado hacia el poblado, que algunos identificaron después como Cai Be. Traían cañones de 105 milímetros, ametralladoras calibre 50, 30 y 7.62 milímetros; rifles M16 y CAR15, lanzagranadas M79, granadas de mano, todo vomitando fuego y llevando la muerte a los moradores de Cai Be, cuyas chozas caían como castillos de naipes al ser cortadas por el nutrido fuego y las explosiones. El ruido era ensordecedor y las imágenes dantescas, entre las ruinas en llamas aparecían figuras que saltaban como muñecos de trapo, para volver a caer acribilladas; mujeres y niños que comprendiendo o no lo que ocurría, caían víctimas de un suceso inexorable. Su muerte fue tan inevitable, como inevitable era que los verdugos descargaran sus armas hasta vaciar el odio, la impotencia y la rabia acumulados durante los últimos cinco días; luego sobrevino el silencio, roto sólo por el crepitar de las llamas. En pocos minutos el ambiente se llenó de un hedor insoportable de carne, uñas y pelo quemados.

Cuando no hubo más que destruir, ni se escucharon más lamentos, todo terminó como había empezado: en perfecto acuerdo y sin haberse escuchado orden alguna de suspender el fuego. Un solo cerebro había actuado y movido al cuerpo del ejército, el pensamiento individual no había intervenido. Los vehículos volvieron a formar la fila, y la columna se movió al mismo tiempo, abandonando el área del sacrificio. Esta vez no hubo explosiones que los detuvieran: detrás dejaban un pueblo arrasado en venganza por la muerte de sus compañeros. Nunca antes vio Joe, ni vería después, la fuerza del odio que genera el genocidio, el pecado más grande de la humanidad.

Jamás supieron cuántas fueron las víctimas, y si hubo sobrevivientes. Si los hubo, debieron ser muy pocos, que tendrían una macabra historia para contar. Dicha historia no hablaba precisamente de la bravura y nobleza del ejército estadounidense.

Esa noche nadie los atacó, se sentía la paz y la quietud de la muerte. Todos los soldados durmieron turnos completos y al amanecer el sol resplandeciente lavó los horrores de la noche anterior, como lo hacía cada mañana. De una cosa estaban seguros: voluntariamente nadie contaría esa hazaña; el ejército guardaría silencio. Los reportes de la operación mostrarían catorce bajas estadounidenses y sólo un vietcong muerto: el estigma de una derrota era más asimilable que la culpabilidad del genocidio.

Joe jamás se explicó de una manera satisfactoria cómo sucedió la masacre de Cai Be. Nunca antes se había atrevido a disparar contra una mujer o un niño desarmados, y esa noche había participado en la matanza de varios cientos de mujeres y niños indefensos. La única explicación posible era que los ánimos se habían ido caldeando poco a poco por la muerte de sus compañeros, aunado a la impotencia de no poder encontrar a un enemigo contra el cual desquitarse. Para Joe, los civiles de ese pueblo, junto con sus mujeres y niños, habían actuado como encubridores, y los cerebros obnubilados paulatinamente los identificaron con el enemigo invisible. Eran dos cuerpos gigantescos, compuestos por muchos miembros, en guerra uno frente al otro, y el más fuerte había vencido. No podía estar orgulloso de una acción como aquélla, pero tampoco se sentía culpable. Había actuado de manera espontánea e irracional, empujado por una temporal locura colectiva. Sólo podía sentirse culpable de acciones individuales y voluntarias, Joe estaba solamente peleando para sobrevivir, no para vencer ni para acabar con el comunismo, ni para defender a los Estados Unidos, como querían hacerles creer... estaba involucrado en una guerra sucia.

15. OCASO DE UN BOXEADOR

Ray Torres, el mejor amigo de Joe, venía del Este de Los Ángeles y era «chicano»: nacido en los Estados Unidos pero de ascendencia mexicana por ambos padres. Desde su niñez soñaba triunfar como boxeador y, primero en la calle y luego en un gimnasio, se entrenó lo suficiente como para que se fijaran en él y le dieran una oportunidad. En un par de años ya era considerado por la revista «Boxeo» como quinto lugar en la categoría de peso mosca. Estaba haciéndose famoso y todos decían que tenía madera de campeón. Cierta día, al cumplir los veinte años, fue reclutado por el ejército, estuvo en Fort Bliss y en Fort Ord al mismo tiempo que Joe, pero sólo se conocieron cuando ambos fueron asignados al mismo pelotón en Fort Riley, Kansas, en ocasión del reagrupamiento de la 9ª División. Joe había visto a Ray conceder entrevistas para la radio y la televisión, por lo que Ray era considerado una celebridad. Ray era muy fuerte y ágil, todo un atleta; para él no había ejercicio difícil, nadie lo molestaba, ni le buscaba pleito gracias a su fama de boxeador, y nunca tuvo que usar los puños para probarla.

Entre Ray Torres y Joe Rivera nació una amistad espontánea y duradera desde que se conocieron. En más de una ocasión Ray le había evitado dificultades a su amigo, sobre todo cuando fue nombrado corporal de su escuadra y tenía que hacerse obedecer de bravucones como Burton y Balton. Aun cuando a Ray no le habían concedido ningún grado de liderazgo, procuraba destacar en todo, y cualquiera de sus éxitos durante el adiestramiento, sin importar qué tan pequeño, era razón suficiente para que le hicieran un reportaje nuevo en las secciones deportivas de los periódicos, o en revistas de boxeo. Cuando fue enviado a Vietnam, los medios informativos lo despidieron en San Francisco antes de abordar el barco. Ray le prometió a la prensa regresar con gloria, y en mejores condiciones físicas y mentales, para reanudar con éxito su carrera, y convertirse en campeón. Sin ser desagradable, Ray tenía una cara un tanto tosca y fea. Tenía una sonrisa amable y mostraba ya los rasgos que los golpes le confieren a quien se dedica al boxeo; cualquier

persona podía adivinar su profesión con sólo verle la cara.

Ray le había confiado a Joe su miedo a la guerra; sin embargo, tenía la determinación de «hacerla bien o morir en el intento». En Vietnam, había comenzado su plan ganando una medalla de bronce por su «galantería» al haber cargado el cadáver de Jesse Rodríguez durante el combate en la plantación de caucho. El hecho provocó titulares en la sección deportiva del periódico «Barras y Estrellas» que se repetirían – Joe estaba seguro — en muchos tabloides y revistas de los Estados Unidos.

A Ray Torres le entró tal sed de gloria, que comenzó a buscar situaciones peligrosas en las que pudiera ganar medallas. Al mes de haber ganado la primera, ya le estaban otorgando su segunda medalla de bronce, en esta ocasión por haber salvado la vida de tres hombres que dormían en una trinchera de artillería: un vietcong había lanzado una granada dentro del fortín y Ray, que pasaba por ahí, entró con gran riesgo de su vida, tomó la granada y la arrojó hacia el exterior, en donde estalló. De nuevo esta historia alcanzó los titulares de periódicos y revistas para aumentar la fama de Ray. Sin embargo, cuando él mismo relató su hazaña a sus compañeros, algunos no quedaron convencidos de la veracidad del hecho, entre ellos Joe. Debido a la amistad que los unía, no exteriorizó ningún criticismo y, a quienes hicieron comentarios adversos, les pidió que le concedieran a Ray el beneficio de la duda, y le reconocieran el mérito, puesto que a nadie afectaba.

Todo hubiese seguido su curso normal, de no mediar un incidente que ocurrió a finales de febrero: Ray desapareció de su madriguera en el perímetro defensivo de la base Bear Cat. Varias horas después, al no presentarse en su madriguera, se le buscó exhaustivamente, pero no aparecía por ningún lado. Por la tarde, cuando ya estaba oscureciendo, un soldado de otro pelotón comentó que lo había visto dirigirse a la selva al ponerse el sol, y no lo había visto regresar. De inmediato Joe alistó una patrulla para ir a buscarlo y pidió ayuda al capitán para que un helicóptero, con reflectores y altoparlante, les asistiera en la búsqueda: temían que se hubiese perdido y no encontrara la dirección de la base, cosa muy común en la selva. Durante horas se buscó a Ray sin éxito; abandonaron la búsqueda en la madrugada e hicieron planes para proseguir a la mañana siguiente. Se temía lo peor y Joe, al igual que sus compañeros, estuvo seriamente preocupado durante toda la noche.

Ray apareció a las 5:30 de la mañana. Al salir el sol, le vieron aparecer de la selva sin su arma, cojeando, sin una bota, con el pie sangrando y la ropa

hecha girones; estaba exhausto y enseguida se desmayó. Si no hubiera dicho una palabra durante un par de días, sin duda hubiera sido el héroe del día. Pero no pudo esperar y rápidamente recuperó el aplomo, para contar una historia inverosímil: había visto pasar a un *gook*^[7] por un claro de la selva, y lo siguió para tomarlo prisionero. Al internarse en la selva, a unos ciento cincuenta metros, fue atacado por tres vietcong, quienes lo desarmaron, golpeándolo y arrastrándolo con un cordel al cuello. Después de vapulearlo durante horas, se detuvieron a descansar y a tomar alimentos. A Ray lo amarraron a un árbol, mientras los *gooks* comían. Consiguió aflojar sus ataduras y, sorprendiéndolos, logró matar a dos con la misma navaja que utilizaron para preparar sus alimentos, el tercer hombre había huido. Al verse libre, con gran esfuerzo caminó la mayor parte de la noche hasta encontrar la base.

La historia era un tanto fantasiosa, y desde el principio hizo dudar a quienes la oían. Varios de sus compañeros pensaron que Ray estaba inventando hazañas para acrecentar su fama a través de la publicidad, pero a costa de ellos; se habían roto la espalda buscándolo en plena noche, con gran riesgo de sus vidas, para que saliera con una tontería. No faltó quien expresara su sentir y, recordando la historia de la granada arrojada en el fortín, incluso lo acusara de haber ganado fraudulentamente su segunda medalla de bronce. Joe escuchó a Ray y con gran tristeza, tuvo que aceptar que tampoco le creía. Estaba furioso contra Ray, por inventar tales patrañas; seguro podría demostrar su valor en otras acciones a lo largo de la guerra sin tener que imaginarlas. Cuando se lo llevaron para hacer la investigación, Ray tenía una cara tan lastimera que a Joe se le encogió el corazón: se veía tan confuso como si lo hubieran noqueado en el primer round, y acabara de despertar sin saber qué había pasado.

A Ray se le procesó en una corte militar, y se le acusó de falsear información, de poner en peligro las vidas de otros soldados y de ocasionar daños al equipo militar, además de responsabilizarlo por la pérdida de su rifle. Éste solo hecho era muy grave en el ejército y suficiente para una democión. Finalmente Ray se sintió acorralado, porque lo amenazaron con recluirlo durante dos años en una institución para enfermos mentales en el mismo Vietnam. Por el contrario, si confesaba la verdad, lo regresarían a su unidad con una democión y quitándole tres meses de sueldo. Ray no lo pensó mucho, confesó que había inventado la historia, y que se había mantenido inmóvil y escondido en una cueva que se encontraba a quinientos metros de la orilla de la selva. Confesó también que lo había hecho en busca de gloria que

acrecentara su fama y le ayudara en su profesión. Sin embargo, negó rotundamente que el episodio de la granada hubiese sido prefabricado. Al final, le permitieron conservar sus dos medallas de bronce.

Cuando se reincorporó a la escuadra de Joe, Ray era otro hombre; tenía la vista perdida, se volvió callado y solitario para evitar las burlas de sus compañeros. Pronto perdió su flexibilidad y reflejos de atleta, comenzó a actuar como autómatas, y a cometer errores básicos. Joe fue transferido a otra unidad a finales de marzo y no volvió a ver a Ray. Más tarde, Peter Toscarella, que acompañó a Joe a su nuevo destino, le contó que en alguna revista o periódico habían relatado que el otrora famoso Ray Torres, al transitar por una vereda en la selva había tropezado con un alambre que zafó el seguro de una granada y le explotó entre los pies. Ray sufrió serias heridas en las piernas y en la espina dorsal, por lo que fue confinado a una silla de ruedas por el resto de sus días.

Joe rompió a llorar, al recordar las palabras que le había dicho Ray: «Hacerla bien o morir en el intento». Tal vez hubiese sido mejor que aquella granada le hubiera matado, en vez de dejarlo lisiado y en una silla de ruedas, pensaba Joe. Pero el destino juega con nosotros, y nos da lo que quiere, no lo que preferiríamos. Triste final de un boxeador a una edad tan temprana. Terrible caída de una estrella, los periódicos y revistas ya no hablarían de él después del fatídico reportaje de su desgracia: «Esto era la guerra». Joe lloró a Ray Torres, el amigo queridísimo, pero temió por él mismo, ¿cuál sería su historia, la que otros relatarían? Ojalá fuese menos triste que la de Ray, un balazo en la cabeza sería mejor recibido.

16. INFILTRACIÓN VIETCONG

La tarde languidecía bajo un calor aplastante. No corría el más ligero soplo de brisa, y el paisaje de arrozales, palmeras y suaves laderas estaba brillante, matizado en verdes de infinitas tonalidades: asemejaba una pintura, puesto que nada se movía. El sol, implacable al mediodía, parecía sumirse en el horizonte, avergonzado de la crueldad con la que sus rayos habían latigueado a los mortales. La humedad era tal, que se veía vaporizar sobre los pantanos. Las plantas se veían henchidas de vida, y despedían un fuerte olor a zacate en putrefacción.

Al centro de este cuadro, se encontraba una solitaria isla de palmeras en medio del mar de arrozales. Se veía pequeña en la vastedad del paisaje, pero en las sombras de su interior deambulaban un centenar de soldados pertenecientes a la Compañía «D» que habían llegado a ese lugar unas horas antes, y trabajaban para formar una línea defensiva, siguiendo el contorno ovalado de la isla. Los movimientos de los soldados no eran rápidos ni enérgicos; el cansancio de una caminata de varias horas y el calor sofocante les impedían actuar con agilidad. Esperaban con ansia la noche para refrescarse y descansar.

De pronto, el inmóvil paisaje cobró vida: un rítmico *dum dum dum* en la lejanía anunciaba la proximidad de un helicóptero. El *dum dum* había precedido a un punto negro en el horizonte, que se agrandaba a medida que crecía el ruido. Cuando el helicóptero estuvo a la altura de la isla dio dos vueltas a su alrededor, para probar la seguridad de su aterrizaje; luego se posó suavemente sobre un área plana, a un costado de la isla. Sin detener las turbinas, y con las aspas revolucionadas, sus tripulantes procedieron a descargar el avituallamiento de la tropa, ayudados por cinco o seis hombres que se desprendieron de las sombras. Salían deslumbrados al área aluzada por los rayos oblicuos del sol, proyectando sus largas siluetas sobre las pequeñas y uniformes espigas de arroz.

La operación de descarga duró sólo unos minutos, y el helicóptero se elevó ligero, para desaparecer en el horizonte tan rápidamente como había venido, llevándose tras de sí su *dum dum dum*. La tropa ya tenía de nuevo agua fresca, alimentos para dos días, correo, cigarrillos e instrucciones de desplazamiento para el día siguiente. Por un momento el helicóptero los había unido al cordón umbilical del apoyo estratégico que ofrecía la División a la que pertenecían, pero ahora, una vez más estaban aislados y debían ser autosuficientes hasta el próximo aprovisionamiento.

En la orilla arbolada más cercana a las colinas se encontraba emplazada la escuadra de Joe Rivera, cubriendo un segmento de aproximadamente cincuenta metros lineales, con cinco madrigueras bajo su responsabilidad; las madrigueras distaban ocho a quince metros una de otra.

Una vez que Joe estuvo conforme con los preparativos que, junto con Peter Toscarella, hiciera para su defensa nocturna, salió de su agujero y caminó a su derecha, a la madriguera más cercana; ahí encontró a Burton y a Ben Carter ocupados aún en terminar el parapeto para acomodar sus armas. Sonriendo y con un cigarrillo en los labios Joe se acuclilló detrás de ellos, observándolos. Burton lo miró de reojo y sin abandonar su tarea le preguntó «¿Qué hay, *Sarge* ? ¿Su cuarto del Holiday Inn está cómodo? ¿Gusta un toque?». Sin dejar de sonreír y aún con el cigarrillo en los labios Joe le respondió: «Lo único que no me gusta de mi cuarto es que no tiene servi-bar, por lo demás está muy cómodo; respecto al «toque», más vale que te lo fumes antes del anochecer, y fuera de la vista y el olfato del teniente y del capi... Que yo no te pesque «moto» por la noche o te acuso para que te crucifiquen».

Dicho esto, Joe se levantó y prosiguió su camino hacia el siguiente fortín, en donde se encontraban Schwartz y Mac Willey. Burton se vuelve cada día más marihuano — pensaba Joe — sobre todo con «mota» espolvoreada con opio, que la hace más peligrosa. Enseguida interrumpió sus pensamientos para saludar a Schwartz y a Mac Willey. El primero se encontraba sentado con las rodillas recogidas y grababa un encendedor; Schwartz había trabajado en una joyería de Nueva York, en donde había aprendido a grabar metales preciosos, como el oro y la plata. Ya en Vietnam, había conseguido una herramienta de joyero, y con ella les hacía trabajos de grabado a sus compañeros en medallas, relojes, encendedores o en cualquier cosa de metal que le llevaran; por cinco dólares convertía un objeto común en algo personal. Joe se agachó a mirar lo que grababa. George le tendió la mano mostrándole un encendedor, que ahora tenía una leyenda en un costado y decía:

«Guerrero de día
amante de noche
borracho por gusto y
soldado por equivocación».

Joe sonrió al devolver el encendedor, no habló con Mac Willey, quien estaba absorto y emocionado leyendo una carta que acababa de recibir, al mismo tiempo que se picaba la nariz furiosamente. Joe se volvió sobre sus pasos sin alcanzar el siguiente hoyo, en el que el Teniente Payne estudiaba un mapa. Luego visitó la madriguera ubicada a la izquierda de su posición, donde estaba Ray Torres y en la que también debería estar Durán. Ese holgazán — se dijo Joe — debe andar comadreando en otro pelo tón; le costaba trabajo mantener a Durán atado a su posición. Se sentó junto a Ray y le preguntó cómo se sentía. Desde que Ray había regresado a la escuadra, después de su infortunado escape nocturno, le preocupaba su actitud. No parecía ser tan fuerte, ni tan despierto, alegre y comunicativo como antes. Le sacaba las palabras con tirabuzón. Se impuso el hábito de preguntarle cómo se sentía, a lo que Ray también habitualmente contestaba: «Bien, Joe, bien... aguantando». Joe le dio dos palmadas y le comentó su preocupación por Burton: «Estoy preocupado por Burton —dijo Joe sin dirigirle la mirada a Ray— todos los días y en cada oportunidad, enciende un cigarrillo de marihuana; temo que pronto deje de funcionar adecuadamente».

Sin volverse, y después de una larga pausa, Ray le contestó: «En mayor o menor medida, todos fumamos marihuana. Además —añadió— aquí no importa que lo haga si va a morir. Si sobrevive, será otro problema que deberá solucionar él mismo, cuando vuelva a la civilización».

A Joe le gustaba involucrar a Ray en los problemas de la escuadra, aun en casos de problemas personales o delicados. Últimamente Ray se había vuelto introvertido, y no diría una palabra a nadie de lo que él le comentara. Además, Ray era muy humano, y de vez en cuando ayudaba a Joe a centrarse en situaciones en la que su frialdad, o su deber le impedían ver claro.

«Entiendo lo que quieres decir, Ray, sólo que me apenaría ver que él indirectamente le causara daño a alguien, por no tener la mente despejada en una situación comprometida».

Ray le contestó filosóficamente: «Las cosas suceden porque tienen que suceder, y no creo que eso, o cualquier otra cosa, cambien la historia que

estamos escribiendo aquí; no te preocupes mucho por él».

«A propósito, Ray —cambió la conversación Joe— ¿Cómo están en tu casa? ¿Te han escrito últimamente?».

Ray se volvió sonriendo, «Sí, raza, recibí carta ayer y me cuentan que mi hermanita Beatriz tuvo una linda fiesta de cumpleaños. Cumplió once y se está haciendo una señorita —sacó una fotografía de su cartera y se la mostró a Joe— Mira qué hermosa se está poniendo».

Joe vio la foto de un grupo, y en medio estaba una chica delgada con un vestido amplio de color de rosa que le llegaba a medio muslo. La cara no estaba muy clara, pero se podía ver que era agraciada.

«En verdad está bonita, Ray, ni parece tu hermana». «¿Qué pasó, raza? A mí me han puesto feo los golpes, pero tengo una familia bonita, te los voy a presentar cuando volvamos a Los Ángeles».

Siguieron platicando por unos minutos. Luego Joe siguió su camino, no sin antes recomendarle que mantuviera a Durán en su puesto al anochecer.

La revisión del último de sus puestos defensivos le tomó a Joe otros cinco minutos; Balton limpiaba su rifle y Cox, el remplazo de Jesse Rodríguez, miraba preocupado la línea de árboles y palmeras que a menos de cien metros se encontraba frente a ellos, demarcando el comienzo de las colinas.

Antes de volver a su madriguera, Joe asistió a la reunión de líderes en la que cada noche les comunicaban los planes para las siguientes veinticuatro horas. En ella fue informado que al día siguiente, a las nueve de la mañana, la compañía saldría en cuatro columnas hacia Phu Loc, adonde deberían llegar antes de las seis de la tarde. De nuevo tendrían una larga caminata y debían aprovechar el descanso esa noche, en Phu Loc estarían acuartelados por lo menos durante tres días. Un merecido descanso — pensó Joe — para beber y hacer bum bum^[8].

En medio de una oscuridad casi absoluta, Joe regresó a su agujero; Peter estaba sentado, esperándolo para dormirse, ya que la primera guardia le correspondía a Joe. Después de comentar el programa del día siguiente Peter salió del hoyo y se tendió detrás de un árbol que se encontraba junto a la madriguera. Se envolvió en un gabán de hule y se durmió de inmediato. Joe, sentado en el borde interior de la madriguera, auscultaba la oscuridad, atento a cualquier ruido o movimiento extraño al paisaje. Se dejó sentir una ligera brisa, y al poco tiempo salió la luna a platear los arrozales. La brisa mecía

suavemente las espigas produciendo un susurro semejante al silbido de una víbora.

Durante largas horas de guardia y manteniéndose atento a lo que ocurría a su alrededor, la mente de Joe daba vueltas a mil cosas y recuerdos: volaba hasta su familia o corría veloz miles de kilómetros para estar con Verónica, luego visitaba a Jannete y le hacía el amor. Recorría de manera vertiginosa los sucesos ocurridos desde su llegada y siempre miraba al futuro con desánimo, aún le quedaba mucho que sufrir. Por las noches siempre sentía una sed insaciable, e invariablemente se bebía una cantimplora completa. Durante el día, por el calor, el agua no le sabía tan buena. Encendió un cigarrillo cuidando de que la llama del encendedor no se viera fuera de su casco, en cuyo interior mantenía el cigarrillo mientras lo fumaba, teniendo precaución; ningún resplandor descubriría su posición al enemigo.

La primera guardia transcurrió sin novedad, tuvo que recurrir a su fuerza de voluntad para no dormirse, ya que se sentía cansado y entumecido. A las once en punto despertó a Peter, y Joe se durmió en el mismo lugar en que yaciera su compañero. Casi de inmediato sintió que una mano le movía el hombro, y se despertó alerta, era Peter que le despertaba para indicarle que ya eran las dos de la mañana y le tocaba su segunda guardia. ¡Caramba! — se dijo Joe — tres horas de sueño no se sienten cuando se está tan cansado. Después de escuchar el parte de «sin novedad» que le diera Peter, volvió a sentarse en la orilla interior del agujero. Hacía un poco de fresco y la luna se había ocultado de nuevo. Estaba oscuro, como «boca de lobo», y solamente podía distinguir la silueta de las colinas y los arbustos recortados por el horizonte. Aguzó el oído y sintió un extraño silencio, roto sólo por algunos ruidos de roces, que podían ser causados por animales... o seres humanos arrastrándose.

Los ruidos, apenas audibles, continuaron durante algún tiempo, pero ahora aumentados por sonidos de piedras que chocaban con el blando suelo. Miró a su alrededor, y apenas pudo distinguir la silueta de Burton a su derecha que, como él, estaba sentado y encorvado, fumando dentro de su casco.

Serían las tres y media de la madrugada cuando Joe escuchó un grito agudo, y después muchas voces que provenían de alguna parte a su derecha; segundos después, se abrió el infierno. Los disparos y explosiones se sucedieron continuamente, tanto al frente del perímetro en la orilla de la selva, como detrás y dentro de él. De inmediato Joe advirtió que «Charlie»^[9] se había infiltrado dentro del perímetro defensivo, y que su escuadra se

encontraba entre dos fuegos. Peter despertó sobresaltado y miraba a Joe preguntando qué hacer, Joe le indicó que se recargara contra el árbol y le cuidara la espalda. Abrió fuego hacia el borde de la selva, en donde veía mayor concentración de flamazos.

El combate se generalizó dentro y fuera del perímetro y, preocupado, Joe encargó a Peter la ametralladora apuntando hacia la selva, mientras él inspeccionaba las otras madrigueras para ver cómo se sostenían los demás. Se arrastró, con el rifle listo para disparar, y antes de llegar a la madriguera de Burton ya podía escuchar los gemidos. Llamó quedamente y Ben le contestó «¡Llama a un médico, Joe, Burton está malherido! —y añadió—, yo también pero aún puedo funcionar». Joe se acercó a Burton y vio que el médico no le serviría de nada: una bala o una esquirla le había destrozado parte del cuello, cercenándole la yugular. La hemorragia era abundante y Burton yacía inmóvil, sin signos vitales. Le explicó a Ben Carter que «Charlie» estaba dentro del perímetro, y le prometió que en la primera oportunidad le enviaría al médico. Ben tenía herido el brazo izquierdo, pero podía seguir disparando sin problemas. Antes de irse, Joe le recomendó que no se descuidara, puesto que a sus espaldas, dentro del perímetro, se libraba en ese momento una feroz batalla.

La mayor actividad se encontraba a su derecha, hacia la madriguera de Schwartz y Mac Willey. Cuando acuclillado se había echado a correr hacia ellos, una explosión iluminó momentáneamente el área y reveló a Joe que adelante había varios vietcong a punto de infiltrarse. Abrió fuego hacia los que estaban más próximos y siguió corriendo, sin dejar de disparar, hasta tirarse al lado de Schwartz y Mac Willey. Antes de caer, sintió un golpe en la pierna izquierda que limitó su agilidad. La metralla dirigida hacia él aumentó al mismo tiempo que se terminaban las balas de su cargador. Se deslizó detrás de la ametralladora M60 y siguió disparando, hasta detener en seco la columna de vietcong que se introducía, aprovechando la brecha abierta entre las madrigueras de Mac Willey y de Burton. Más a su derecha, había poco movimiento; a su izquierda Carter disparaba esporádicamente, pero Toscarella no dejaba descansar a la ametralladora. Entre ambos lograron cerrar la brecha, y poco a poco el enemigo se fue replegando hacia la selva.

Era obvio para Joe que Mac Willey y Schwartz estaban muertos o malheridos, Schwartz había estado sentado en la orilla, y había caído hacia atrás, pero aún conservaba las piernas dentro del agujero. El cuerpo de Mac Willey estaba un poco más lejos, también inerme. Joe sintió que alguien se le

acercaba por detrás... rápidamente se dio vuelta y apuntándole con la pistola 45, le gritó que se identificara. Era Casey, el radio-operador del Capitán Summers, que venía a reforzar el perímetro, seguido por Yablonsky, el cocinero. Joe ordenó a Casey que se hiciera cargo de la ametralladora mientras él iba a atender a Schwartz; lo encontró muerto, lo habían degollado con una navaja. ¡El imbécil! — se dijo Joe — se durmió durante la guardia y después de matarlo, abrieron la brecha para infiltrarse. Como se lo temía, Mac Willey estaba muerto también: fue salvajemente apuñalado y por los cortes en manos y antebrazos, se veía que había tratado de defenderse. Por culpa de Schwartz lo sorprendieron dormido.

Con un frío nervioso, Joe pidió a Yablonsky que lo siguiera y corriendo trabajosamente, llegaron a la madriguera del Teniente Payne. Una granada explotó a sus espaldas y ambos cayeron de bruces, como si una gigantesca mano los hubiera empujado. Joe se incorporó dolorido, sentía el dolor en la espalda y sangraba detrás de una oreja, Yablonsky estaba bien. Encontraron a un vietcong sobre el cuerpo del teniente: se habían matado el uno al otro. Al resplandor de una luz de bengala, vio la cara del Teniente Payne que estaba horriblemente contorsionada y tenía los ojos abiertos. Sacaron los dos cuerpos y Yablonsky quedó a cargo de la madriguera. A ratos corriendo y a ratos arrastrándose, Joe llegó hasta el centro del perímetro; aquello era un caos y había cuerpos tendidos por todas partes.

Escuchó un llamado de auxilio y corrió para ver si podía ayudar. Encontró al Capitán Summers medio recargado en una palmera; traía una pistola 45 en su mano izquierda. «¡Joe! —le dijo muy sereno— Me dieron en una pierna, ayúdame». Joe se inclinó y vio que estaba sangrando a la altura de la rodilla, sacó su cuchillo y le rompió el pantalón desde la bota hasta la ingle. Encontró la herida arriba de la rodilla, era profunda y sangraba. Se quitó el cinto y le aplicó un torniquete en lo alto del muslo, luego sacó una venda de su botiquín individual y le cubrió apretadamente la herida, para evitar mayor pérdida de sangre. Después tomó una jeringa que contenía morfina y se la inyectó en el muslo.

«Ahora, Capitán —le dijo Joe— agárrese fuerte de mi cuello para que pueda llevarlo a un lugar seguro». Mientras caminaba hacia un grupo de soldados, advirtieron que el fuego era más esporádico y que ya comenzaba a amanecer. Joe dejó al capitán con el Teniente Richardson del tercer pelotón y varios otros soldados, luego se dirigió rápidamente a revisar el resto de su escuadra.

Ray Torres y Durán se encontraban ilesos y habían contribuido más que nadie a que no se desmoronaran las defensas en el lugar en que se había abierto la brecha. Balton estaba bien, no así Cox, quien había recibido un balazo en la mano izquierda, él mismo se había vendado en espera de atención médica. Joe siguió caminando con dificultad, recorriendo el perímetro, su pierna izquierda se estaba entumeciendo y le dolía la parte superior de la espalda, cerca del cuello. Las defensas a la izquierda de su escuadra estaban intactas y casi no habían participado en la refriega. Como no habían experimentado un ataque frontal, se cubrieron pasivamente las espaldas. Sin embargo, al llegar exactamente al extremo opuesto del círculo, vio muchos heridos y algunos muertos. Los cadáveres de los vietcong yacían por todas partes; más tarde se comprobaría que se habían infiltrado veintidós, de los cuales no sobrevivió ninguno.

Cuando Joe volvió a su madriguera, después de recorrer todo el perímetro, había amanecido y ya tenía formada una hipótesis sobre lo que ocurrió: caninamente, el vietcong había probado a los soldados que estaban de guardia, tirándoles piedritas, para ver si estaban alertas, hasta que encontraron a Schwartz dormido. Entonces Joe recordó con claridad los leves ruidos de deslizamiento, y el sonido de piedritas que había escuchado al comienzo de su segunda guardia. A Schwartz y a Mac Willey los mataron silenciosamente, abriendo una brecha de más de veinte metros, a través de la cual se infiltraron con sigilo. El grito del Teniente Payne al ser atacado puso a todos en alerta y fue cuando comenzó la batalla. Joe se sentía abrumado, uno de sus hombres se había dormido estúpidamente estando en guardia, y como se lo merecía, le había costado la vida, pero por su culpa habían muerto Burton, Mac Willey, el Teniente Payne y quién sabe cuántos más. Joe pidió a Casey que volviera con el capitán que lo necesitaba, y se tiró dolorido y exhausto dentro del agujero, sin descuidar la selva que tenía enfrente.

Casey lloró al enterarse de que el capitán había sido herido y probablemente perdería la pierna, después le contaría a Joe que el capitán había salido de su tienda intempestivamente al escuchar las explosiones y que no lo volvió a ver. Había tratado de encontrarle, pero estaba muy oscuro y la confusión era grande; agachado, había caminado hasta llegar a la madriguera de Joe.

Como en otras ocasiones, al poco tiempo de haber amanecido comenzaron a llegar helicópteros para levantar a los heridos. Cox y Carter fueron evacuados entre los últimos. En total habían tenido ocho muertos y

veintinueve heridos, incluidos entre ellos el capitán, tres tenientes y un sargento; el cuadro de mando de la Compañía «D» había desaparecido. Poco a poco — reflexionó Joe — se van acabando los compañeros con quienes originalmente se conformara su escuadra. Sólo le quedaban Balton, Ray Torres y Peter Toscarella.

Joe fue atendido de sus heridas, que resultaron todas superficiales: un balazo en el muslo izquierdo que había ingresado ligeramente en el músculo, y siete esquirlas en la espalda; además, perdió un pedazo de su oreja izquierda. En esta batalla y a los tres meses de estar en Vietnam, Joe ganó la medalla «Corazón Púrpura» por sus heridas. Más tarde le concedieron una medalla de plata gracias al valor demostrado al taponar la brecha de infiltración y por haber ayudado a varios heridos, entre ellos al Capitán Summers, quien hizo la recomendación más determinante. Esa misma tarde al capitán le amputaron la pierna en el hospital de Bear Cat y de inmediato lo enviaron a Japón para que se recuperara.

Encontraron veintidós vietcong muertos dentro del perímetro y a otros catorce entre la línea defensiva y la selva. Treinta y seis bajas al enemigo constituían un importante número, de modo que la Compañía «D» recibió la visita del General Johnson, quien traía una mención especial al valor directamente firmada por el General Westmoreland, comandante supremo de todas las fuerzas estadounidenses en Vietnam.

Sorpresivamente, Joe Rivera fue evacuado por la tarde en helicóptero y trasladado a Phu Loc, donde durmió esa noche. Al día siguiente le informaron que había sido reasignado a una unidad de apoyo mecanizada. Dejaba definitivamente a la 9ª División para pasar a la Tropa F de la 17ª Caballería, adjunta a la Brigada 196 de infantería aerotransportada, con base en Tay Ninh. De esta manera, borraba de golpe los recuerdos dolorosos de sus compañeros y el estigma de una infiltración enemiga a través de su escuadra, sólo Peter Toscarella le acompañó a su nuevo destino, y ya fuera de su mando.

17. TAY NINH Y LA TROPA F

En una pequeña llanura, junto al poblado de Tay Ninh, se encontraba el cuartel de la Tropa «F», al que Joe Rivera había sido asignado. A su arribo, la noche anterior, no pudo apreciar la entrada al campamento viniendo desde el poblado, ya que había llegado por aire.

La primera vez que tuvo oportunidad de acercarse al perímetro vio que lo rodeaba una empalizada, asemejándose a uno de esos viejos fuertes militares del oeste americano. Del marco donde debía estar el portón colgaba una tabla con la leyenda «Tropa F»; sólo entonces cayó Joe en la cuenta de que la empalizada simulaba el set cinematográfico de la popular serie de televisión «Tropa F». Este detalle jocoso le alegró el corazón y le animó a pensar que en ese lugar probablemente encontraría mayor calma que la experimentada hasta entonces, y tenía razón. En ese lugar pasaría una etapa de descanso y relajamiento que le permitiría asentar su mente y reafirmar la madurez adquirida durante los meses anteriores. Naturalmente, se enfrentaba a los mismos riesgos y no dejó de presenciar hechos trágicos, aunque en menor escala y que en nada se parecían a las batallas que había librado con la Brigada 173 y en la 9ª División. La frontera con Camboya estaba muy cerca y por ahí pasaba una sección del famosísimo camino conocido como Sendero Ho Chi-Minh, principal ruta de abastecimiento del vietcong hacia el sur.

La base también tenía un bar-comedor con muebles de madera, al estilo del oeste americano de la misma serie «Tropa F». Ahí servían la comida de una manera informal y por la tarde era el bar en donde se podía encontrar mucha cerveza y música, tocaban los más recientes grandes éxitos como: «Kind Of A Drag» de los Buckinghams, «Penny Lane» y «Strawberry Fields Forever» de los Beatles, «Baby I Need Your Lovin'» de Johnny Rivers, Los Mamas & The Papas sacaron «Words Of Love» y «Dedicated To The One I Love», sin olvidar a Sonny & Cher con «The Beat Goes On» y los Rolling Stones con «Ruby Tuesday». Joe tuvo muchas tardes de descanso y relajamiento, bebiendo en ocasiones más de la cuenta, pero con la confianza

de que en ese lugar no los atacarían los vietcong por la noche.

Aun cuando la unidad a la que había sido asignado era de caballería y supuestamente debía operar con tanques y carros de transporte blindados, éstos no llegarían por algún tiempo, así que les dieron jeeps para su movilización. Cada jeep, al igual que cada tanque, tenía una tripulación de tres soldados: el conductor, el comandante sentado a su derecha y el ametralladorista. Éste iba parado en la parte posterior del vehículo, sosteniéndose con la culata de una ametralladora M60 montada sobre un tubo de hierro que salía del chasis. El piso del jeep estaba cubierto de costales aplanados y llenos de arena que protegían al ametralladorista de la explosión de las minas enterradas en la carretera, en el caso de que pisaran alguna. Los jeeps eran de doble tracción y se desplazaban con rapidez; si bien carecían de la protección del blindaje de un tanque, tenían una movilidad que sorprendía al vietcong. No era un concepto nuevo, estaban hechos a semejanza de las patrullas móviles del desierto en el norte de África durante la Segunda Guerra Mundial.

El cuartel parecía bastante seguro a pesar de que, como en Bear Cat, los vietnamitas entraban a la base y salían de ella con increíble facilidad, propiciando el sabotaje. Casi diariamente encontraban minas enterradas y no se lamentaban más desgracias porque cada mañana se tenía el cuidado de barrer magnéticamente por secciones el área total, utilizando detectores de minas en los lugares clave.

La sensación de seguridad también le fue transmitida a Joe por sus dos compañeros del jeep que estaba bajo sus órdenes: siempre se comportaban como si no estuvieran en zona de guerra. Kit Hennesy, el conductor, era alto, muy blanco de piel, pero con pelo oscuro; usaba lentes de alta graduación y tenía tendencia a jorobarse, no era muy amigable con Joe y se consideraba superior a su jefe, y a la mayoría de los demás soldados. A Kit se le había puesto el sobrenombre de «el intelectual» por su costumbre de leer libros en cualquier oportunidad, evitando el póker, los deportes y las visitas a los burdeles. No gozaba de mucha simpatía, pero parecía importarle poco.

Jim Hubbard, el ametralladorista, era totalmente diferente: sonriente y afable. Texano rubio y fuerte, había sido beisbolista profesional antes de ingresar al ejército. Si bien era amigable por naturaleza, debido a la lealtad hacia Kit había tomado su misma actitud hostil hacia Joe.

Una tarde, Joe tomaba una cerveza en la cantina del cuartel, cuando de

pronto se oyó una doble explosión. Salieron a tiempo para ver cómo, en una bola de fuego se consumía un helicóptero con cuatro soldados abordo. Los cuerpos se retorcían entre las llamas como si fueran marionetas, haciendo movimientos grotescos. De inmediato atraparon al culpable: un niño de ocho años que había colocado una granada bajo el esquí del helicóptero para que, al elevarse, saltara el mango de seguridad y detonara. El niño había escondido la granada en su cuerpo hasta un segundo antes de que el aparato comenzara a elevarse. La había robado al soldado que lo empleaba para limpiarle las botas y servirle de mandadero.

En otra ocasión, Figueras, un loco conductor de Nueva Jersey salió inopinadamente hacia el pueblo antes de que realizaran el «barrido» matutino con los detectores y le pegó a una mina. La velocidad hizo que la explosión repercutiera en la parte de atrás del jeep y lo lanzara en sólo dos ruedas contra un árbol, en el que Figueras se fracturó el cráneo.

La mayor parte de las operaciones en las que participaban con los jeeps eran custodiando a refugiados vietnamitas, tropas y camiones de avituallamientos, y por lo general se movilizaban por caminos hechos y senderos existentes de intenso tráfico. Por ello, no tuvieron mucho contacto directo con el enemigo durante la estancia en Tay Ninh.

Cierto día , un poco antes de recibir los tanques y carros blindados que remplazarían a los jeeps y también antes del comienzo de la operación «Junction City», se adentraron en un sendero muy cercano a la frontera de Camboya que desembocaba directamente en la ruta Ho Chi-Minh. Nunca se habían alejado tanto de la base y la reacción del vietcong no se hizo esperar. En el momento en el que pasaban entre dos colinas, fueron emboscados y recibieron fuego cruzado de ambos lados. Joe y sus dos acompañantes se lanzaron debajo del jeep en un santiamén. No sabían hacia qué lado disparar o en cuál protegerse; apenas sacaban la cabeza, las balas silbaban cerca y se incrustaban en el polvo o en el jeep. Con su rifle, Joe disparaba al azar, sin poder ver al enemigo. El conductor hacía ruido con una pistola calibre 45, pero no tenía ninguna efectividad. El ametralladorista estaba debajo del vehículo boca abajo, sosteniéndose el casco con las manos y sin disparar, puesto que había saltado sin la ametralladora.

Joe le ordenó a Jim que tomara el arma, y bajándola al piso comenzara a disparar sobre el enemigo. Sabía que era una acción riesgosa: había que saltar arriba del jeep, desenganchar la ametralladora y bajar, totalmente al descubierto. Entretanto, el ametralladorista sería un blanco fácil. Sin embargo,

necesitaban responder al fuego enemigo, y la ametralladora era indispensable. Joe repitió la orden y el ametralladorista no se movió; se negaba a asumir el riesgo. Hay dos reglas no escritas que todo soldado estadounidense recordaba en estos casos. La primera: nadie puede enviar a otro a una muerte segura en contra de su voluntad. La segunda: nadie puede ordenar a otro que haga lo que él mismo no está dispuesto a hacer.

«¡Jim! —le gritó Joe nuevamente— si no vas por esa ametralladora, voy a ir yo por ella, y si logro bajarla sin que me maten, te formo corte marcial. ¡Levántate y tráela!». El ametralladorista no se movió. Joe comprendió que tenía miedo y que además no creía que él lo intentaría. Casi sin pensarlo, como cuando alguien se tira de un trampolín a la alberca desde una altura no experimentada, Joe subió al jeep, destrabó la ametralladora, la bajó y la puso enfrente de Jim; luego volvió a su escondite, entre las dos llantas delanteras del jeep. ¿Cuánto tiempo le tomó esta acción y por qué no le pegaron un balazo? No lo sabía. Así era esta guerra: a algunos les sucedían los hechos más inverosímiles, mientras que otros perdían la vida casi sin correr riesgos.

Jim luchó con mucho valor el resto de esa batalla, a sabiendas de que se encontraba en problemas. No acababa de comprender cómo Joe se había atrevido a pararse al descubierto, en medio de un fuego tan directo y tupido. Al finalizar el combate, comprobaron que sólo habían tenido un muerto y doce heridos, algunos de ellos graves. Claramente se veía que los habían emboscado unos cuantos vietcong; si los atacantes hubieran sido más de veinte, los hubieran aniquilado. Después de recoger heridos y reparar los vehículos, cuando ya se disponían a volver a la base, Jim se acercó tímidamente a Joe y le dijo: «Lo siento, Joe, no lo hice por desobedecerte o insubordinarme, estaba seguro de que si subía, no «la iba a hacer». Está bien, tú me comprobaste lo contrario, pero eso no desmiente lo anterior. Si yo hubiera subido, a mí sí me matan».

«A esta guerra —dijo Joe apretando duramente las quijadas— vinimos a efectuar un trabajo, y a obedecer a nuestros superiores. El que nos maten o no es circunstancial. Llegando a la base te voy a hundir, para que aprendas a comportarte bajo fuego, y a obedecer órdenes como soldado».

Dicho lo anterior, Joe ocupó el asiento derecho del jeep, le hizo la señal a Jim de que subiera su ametralladora y le ordenó a Kit que avanzara. En el trayecto de regreso a la base estuvo analizando la disyuntiva que se le presentaba. Cuando le estaba soltando el «rollo» a Jim, ni él mismo se lo creía. No eran sus palabras, él no pensaba así, por lo menos no cuando llegó a

Vietnam. Estaba cambiando y la manera en que lo hacía no le gustó; Jim era otro pobre torpe que sin deberlas se encontraba en la misma situación que él, en contra de su voluntad. Por otra parte, la disciplina era básica para sobrevivir y volver a casa. Por la cobardía de alguien que actuara como Jim podía perder la vida, además, él era sargento y tenía la obligación de reportarlo por desobediencia.

Ya estaban cruzando el portón de la empalizada cuando tomó la decisión de no reportarlo. Tan pronto llegaron a las barracas, llamó a Jim y le dijo que lo siguiera. Una vez en el perímetro, lejos de cualquier espectador, le dijo:

«Jim, mi obligación es ir ahora mismo a la oficina y levantar un reporte que con seguridad te ocasionará una degradación, pérdida de sueldo, probablemente cárcel. Lo más interesante para mí es que ya no estarías conmigo, lo cual me haría sentir más seguro, puesto que, por tu cobardía, podría perder la vida en circunstancias similares. Sin embargo, aunque aparentemente es mi deber, no voy a reportarte... No lo haré, porque ambos tenemos ya suficientes problemas, como para crearnos más. Tú y yo estamos aquí por nuestra mala suerte y vamos a ayudarnos a sobrevivir, ¿te parece?».

Jim Hubbard había mantenido fruncido el entrecejo y la mirada dura desde que Joe le pidió que lo siguiera; ahora sus facciones se habían ablandado y miraba socarronamente a su compañero.

«Joe, quiero que sepas que no me importa mucho que me acuses. Total, ¿qué es peor que estar aquí? ¿Cuál es la diferencia entre ser categoría E-4 o E-3? ¿O ganar 124 contra 147 dólares por mes? En la cárcel está uno más seguro que aquí y además se come mejor. Yo ya me había hecho el ánimo y hasta lo deseaba, de manera que no me hagas favores, ¿eh? Sin embargo, te seré franco. Allá en la emboscada, cuando te subiste, tomaste mi ametralladora y me la pusiste enfrente, lo hiciste con tal frialdad que me dio vergüenza. Desde ese momento no me importó lo que me pudiera suceder, porque comprendí que cuando le toca a uno le toca y cuando no, pues no importan las locuras que uno haga».

«Ni una palabra más —le atajó Joe— creo que ambos nos entendemos. Volvamos a la barraca, y guárdate de hacer comentarios. ¿Crees que Kit se haya dado cuenta de lo que pasó?».

«No te preocupes por él —le respondió Jim—, es mi amigo y lo ha sido durante mucho tiempo, recuerda que aquí tú fuiste el «arribista» recién llegado. No le eres muy simpático a Kit, pero después de esto «me cae» si no

los hago amigos».

Jim y Joe volvieron a la barraca, contentos ambos porque entre ellos acababa de crearse un lazo que sería de mutuo beneficio. Si iban a pelear juntos, más valía hacerlo con lealtad y entrega total y, si era posible, también con amistad.

Al volver Joe encontró otra sorpresa agradable: el correo le había traído un altero de cartas, quince para ser exactos. Había dos de sus papás, tres de sus hermanos, cinco de Verónica, una de Jan, una de su primo Manolo, una de Carmen, la prima de Verónica, una de su prima Rosita y otra de su padrino. Las acomodó por orden de prioridad y se sentó en un rincón a soñar, a transportarse a miles de kilómetros, a olvidar dónde estaba y qué estaba haciendo, a volver a ser el Pepe que todos recordaban. Esa noche sintió amor, añoranza, alegría, tristeza, coraje, celos, pasión, ternura, miedo, valor... Exprimió su alma y, al final, se quedó confuso. Le gustaba recibir cartas pero aún le hacían mal; le ablandaban la voluntad férrea, que necesitaba para seguir peleando y sobreviviendo. Esa noche no releyó ninguna carta, en un bote las fue echando una tras otra, después de prenderles fuego con un Zippo^[10].

18. OPERACIÓN JUNCTION CITY

En los últimos días de mayo, a la Tropa F de la 17ª Caballería, adjunta a la Brigada Ligera de Infantería 196, se le notificó que recibiría tanques M48 «Patton» y carros blindados M113 para remplazar los jeeps que habían estado usando. Para recogerlos salió toda la tropa, formando una larga columna de jeeps en la carretera 22, hacia Saigón; pasaron por Go Dau Ha, Cu Chio y Giah Din. Ya en Saigón, se dirigieron al almacén del alto mando, atravesando anchas y sombreadas avenidas arboladas, repletas de autos franceses, casi siempre de color negro, y vehículos militares estadounidenses. Entre los vehículos motorizados también se mezclaban cientos de bicicletas y carros de dos ruedas, jalados por búfalos de agua o tracción humana. Sobre algunas bicicletas se podían ver bellas jovencitas que, con la tradicional pijama de seda blanca y sombrero de paja de cono extendido, iban con sus libros a la escuela, o tal vez a la universidad. Joe estaba asombrado por lo que veía, nunca se imaginó que en Vietnam pudiera existir una ciudad como Saigón. Había casonas de magnífica construcción estilo francés, muchas tiendas que ofrecían mercancía local y europea, templos con estilo oriental, policía de tráfico uniformada y también mucho comercio informal callejero. Desde su llegada solamente había visto arrozales y labriegos, selvas impenetrables y montañeses; plantaciones de hule y esclavos, todo lo anterior en medio de lodo, mugre, sangre, pestilencia e ignorancia.

Durante su recorrido al almacén, Joe estuvo recordando algo de lo que había estudiado y leído sobre la historia de Vietnam, cuando supo con alguna certeza que ése sería su destino: dos mil años antes, todo Vietnam, norte y sur, junto con Birmania, Tailandia, Camboya y Laos conformaban la región conocida como Indochina. Recibía las influencias religiosas, políticas y culturales de los dos países importantes que la rodeaban: India y China. En una época la Indochina había formado parte del Reino Indio de Champa, luego fue conquistado por China dos siglos antes de Cristo. Fue una provincia china hasta el año 939 DC y luego se separaron, conformando, entre otros, los

reinos de Tonkin y Annam. En el siglo IV los cambujas se apoderaron de Funán, actual Camboya, y fundaron el Imperio de Birmania; posteriormente los thais se apoderaron de Indochina.

El imperio vietnamita se formó a finales del siglo XVII en la Cochinchina, con territorios arrebatados a los chams y a los khmer. Luego vinieron los europeos. En 1511 los portugueses se instalaron en Malaca; los holandeses trataron de conquistar terreno, pero no tuvieron mucho éxito; los ingleses ocuparon Malaca en 1819 y fundaron Singapur, también ocuparon Arakán, Tenasserim y Birmania. Después llegarían los franceses y, entre los años de 1859 a 1884, se apoderaron de la Cochinchina, Camboya, Annam, Tonkin y Laos. En esa época sólo permaneció independiente el reino de Siam; todos los territorios franceses se convirtieron en la Indochina francesa. En 1852 Saigón fue ocupada por Rigault de Genouilly, en nombre del emperador Napoleón III; a partir de entonces floreció la ciudad de Saigón, que ahora veía Joe.

A Joe le gustaba hacer paralelismos con la historia de América y particularmente de México: América fue descubierta por Cristóbal Colón en 1492. Por este descubrimiento, se desató una carrera de descubrimientos y conquistas por parte de los países europeos importantes de la época: Portugal, España, Francia, Holanda e Inglaterra. Los portugueses llegaron a Malaca en 1511, Hernán Cortés conquistó Tenochtitlán hasta 1521, habiendo derrotado a los aztecas. En la época en la que los franceses ocuparon Saigón, Napoleón III también apoyó a Maximiliano de Austria para convertirse en el segundo emperador mexicano. El fracaso francés en México fue porque entonces se encontraron contra un Benito Juárez; a Vietnam no le llegó un Ho Chi-Minh hasta cincuenta años después.

Joe interrumpió el hilo de sus pensamientos al entrar a las bodegas del alto mando. Nunca había visto tanto equipo militar junto: tanques y vehículos de todo tipo, cajas de madera apiladas de todos tamaños, cañones chicos y grandes sobre ruedas y sobre orugas. La columna de jeeps se detuvo frente a una hilera de vehículos que desde ese día serían suyos. Recibieron tres tanques M48-A3 Patton de sesenta toneladas, con dos motores diesel V12 Continental. Tenían un cañón de 90 mm y una ametralladora coaxial M1919A con balas 7.62 mm igual al calibre de las ametralladoras M60, que usaba la infantería; además, una ametralladora calibre 50 junto a la torreta de la escotilla. También les dieron un tanque grúa y diez carros blindados M113. Todos estaban eufóricos, y esperaron con ansiedad la asignación de cada vehículo. Al Sargento Joe Rivera le asignaron un tanque, y además fue

nombrado «puntero» para el viaje de regreso a Tay Ninh. Joe sabía que no había recibido el tanque por méritos propios, ya que no había tenido entrenamiento de tanquista en EE.UU., y nunca había sido parte de la caballería blindada, en cambio Kit y Jim sí eran reconocidos como excelentes tanquistas. Su asignación suscitaría envidias y rumores maliciosos durante algunas semanas. En poco tiempo Kit y Jim se encargarían de enseñarle todo lo que había que saber de su tanque y pronto Joe se convertiría en un comandante de tanque calificado, pero ese día Joe se sentía nervioso y confundido.

Por lo pronto, antes de comenzar su primer viaje, en «fila india» pasaron con sus vehículos nuevos a un almacén donde les entregaron el equipo que deberían usar desde ahora: cascos con radios interconstruidos para comunicación interna y externa, *goggles*^[11] nuevos, guantes y herramientas. En otro almacén les entregaron proyectiles en forma de balas gigantes, para el cañón principal de 90 milímetros; varias cajas metálicas con cinturones de balas calibre 50 para la ametralladora montada frente a la escotilla central, detrás de la cual estaría Joe como comandante; varias cajas de balas calibre 7.62 para una ametralladora ubicada a la mitad derecha del tanque y que utilizaría Jim cuando no estuviera cargando el gran cañón. Además les entregaron otras cajas con granadas de mano, granadas de humo, municiones para el lanza-granadas M79, barras de explosivos C4, fusibles de explosión, etc.

En dos horas más estuvieron listos para partir. Los vehículos brillantes y flamantes llamaban la atención a su paso por las calles de Saigón. Todos ellos sentían que habían sido investidos con un poder nuevo. Además de su arsenal destructivo, traían una plancha de acero de tres pulgadas en la parte inferior del tanque para protegerlos contra las minas y media pulgada de acero en los costados.

Lo primero que hicieron al salir de Saigón fue internarse en un arrozal y enlodar el exterior de los tanques y vehículos blindados para matar el reflejo del sol sobre sus superficies. Les dio tristeza hacerlo, pero no podían arriesgarse a llamar la atención del vietcong. Deseaban llegar a Tay Ninh completos, por lo menos en su primer viaje. El regreso fue rápido y satisfactorio, la mayoría de ellos ya habían pertenecido a unidades blindadas y se enorgullecían de mostrar sus habilidades; Joe se sentía contento pero apabullado.

Ya de regreso en Tay Ninh, y para la tranquilidad de Joe, Kit y Jim se

acercaron a hablar con él; se mostraron amables y comprensivos. Kit comenzó la conversación: «Joe, sabemos que no has tenido adiestramiento previo en tanques y vehículos mecanizados, por lo que Jim y yo hemos pensado en darte un curso intensivo a partir de hoy, ¿estás dispuesto? Vas a tener que sacrificar tus partidas de póker y la cerveza del bar hasta que te ganes el diploma. ¿Cómo ves?».

Joe se sintió emocionado y les respondió: «Me interesa y les agradezco su oferta, no será un sacrificio para mí, me dedicaré a aprender hasta tener el suficiente conocimiento para que ustedes tengan confianza en mi liderazgo. Con su ayuda, estoy seguro de que podemos ser el mejor equipo de la tropa».

«De tu valentía y conocimiento ya estamos convencidos —dijo Jim sonriendo— pero muchos dudarán de tu capacidad si no demuestras que conoces de tanques como el mejor de ellos».

Asintió Kit y añadió: «Varias personas nos han preguntado nuestra opinión sobre ti como comandante de tanque, y les hemos dicho que en los Estados Unidos ya habías pertenecido a una unidad mecanizada durante un corto tiempo. Esta mentirilla te puede sostener hasta que estés listo». Esa misma noche Joe se pasó varias horas estudiando los manuales de operación y mantenimiento de su tanque, preparándose para recibir su primera lección práctica la mañana siguiente. Por la mañana se les informó a todos que tendrían tres días de prácticas, para familiarizarse con su nuevo equipo; al cuarto día saldrían como parte de la operación «Junction City». Dicha operación tenía la finalidad de romper el abastecimiento del vietcong hacia el sur, por una sección de la ruta Ho Chi-Minh. Varias unidades tomarían parte en la misma operación, además de la Brigada 196 de infantería: las brigadas aerotransportadas 182, 101 y 173. Una unidad paracaidista de la 173 haría el primer salto en paracaídas en la historia de los estadounidenses en Vietnam.

Tomando en cuenta la poca experiencia de la Tropa F, desde que recibieron sus tanques y APCs, el mando de la brigada decidió que en esta operación sólo proporcionarían seguridad en los puentes y puntos clave por donde pasarían las fuerzas de ataque. A Joe le asignaron un puente sobre el Río Vam Co Dong, al suroeste de Tay Ninh. Algunos se sintieron frustrados; por primera vez tenían una clara ventaja sobre el vietcong y deseaban utilizarla. Sin embargo, debieron resignarse a jugar un papel pasivo en esta operación.

Una vez que todos los puentes y puntos estratégicos fueron asegurados,

comenzaron a desfilan frente a ellos miles de soldados a pie, en carros blindados, tanques, carros cisterna, camiones de carga, ambulancias, jeeps, etc. Al segundo día el tráfico se volvió de doble sentido, desfilaron ante ellos refugiados vietnamitas, comerciantes, tropas fatigadas, heridos y prisioneros. En el transcurso del día el puente de Joe se convirtió en romería y fue difícil mantener alejada a la población civil durante el día y la noche. El lugar era atractivo porque todos querían bañarse en el río y prepararse sus alimentos en un lugar fresco junto a la corriente de agua. La multitud que se iba formando alrededor de ellos preocupaba a Joe, sobre todo por las noches; era probable que entre la población civil se infiltraran saboteadores. Al llegar el nuevo día, la situación cambiaba por completo: el continuo paso de tropas aseguraba la integridad del puente.

Algo que siempre llamó la atención de Joe fueron las mujeres vietnamitas, vendedoras de Coca Cola; estaban dondequiera que se moviese una unidad estadounidense. Si la estrategia de guerra hubiera sido diseñada por la compañía Coca Cola, con base en la distribución que tenían en Vietnam, los Estados Unidos habrían ganado la contienda. Hubo ocasiones en las que, en medio de una lucha feroz, de pronto Joe sentía un jalón en el pie, volteaba extrañado y se encontraba con una mujer vietnamita, preguntándole si quería una Coca Cola por cincuenta centavos: «¿Cocá? *Fifty cents*». De forma igualmente increíble, cuando lograban hacer huir al vietcong y entraban a la población o campamento enemigo, ahí se topaban, una vez más, con las vendedoras de Coca Cola.

El segundo día Joe estaba escribiendo una carta, sentado en el suelo y recargado contra el tronco de un árbol, cuando se acercó una mujer, vendedora de refrescos, y le ofreció una Coca Cola. La mujer era muy joven y de rasgos delicados. Le dijo con timidez y a la vez dulzura: «¿Cocá? *50 cents*». Absorto en sus pensamientos al escribir la carta, Joe la miró fijamente sin responder. La chica también le miraba esperando una respuesta; al no recibirla, insistió: «GI, ¿quiere Cocá?». Sin dejar de mirarla a los ojos, negó con la cabeza, lo que menos deseaba en ese momento era una Coca Cola caliente en ese calor sofocante. Sin repetir su oferta, la chica se acucilló silenciosamente frente a Joe y se quedó ahí muy quieta, esperando que Joe saliera de su trance y le prestara atención.

En ese momento Joe le estaba contestando una carta a Jan; en ella le hacía el amor y estaba tratando de expresarlo con palabras. Su cara debió reflejar algo de lo que sentía y por ello tenía sujeta la atención de la chica vietnamita.

Poco después advirtió que su intimidad había sido invadida, por la mirada y la cercanía de la vendedora y se sintió desnudo haciendo el amor a Jan frente a ella. El pensamiento le pareció jocoso y se sonrió con la chica, se sacó cincuenta centavos de la bolsa del pantalón y se los tendió, diciéndole que no quería la Coca Cola, que se la tomara ella y él la pagaba. La chica se sintió confundida, le estaba pagando, rechazó la Coca y la apuntaba a ella. De pronto creyó caer en la cuenta de lo que Joe quería y le preguntó: «¿Bum Bum? ¿Soldado quiere bum bum conmigo?». agregando otras palabras que Joe no comprendió. En el mismo malentendido, Joe pensó que ella se le estaba ofreciendo y la idea le prendió con fuerza en la mente. No sabía que la chica sólo preguntaba si era eso lo que le pedía.

Joe se levantó y tomó a la chica de la mano, dejando atrás su carta medio escrita; por su parte la vendedora abandonó sus refrescos. Fueron al tanque, de donde Joe recogió un gabán de hule y una cobija y se introdujo con ella en un platanal, fuera de la vista de los demás. La vietnamita dócilmente se dejó llevar. Joe colocó el gabán sobre un espacio abierto y encima puso la frazada. Removió las dos únicas prendas de vestir que la chica portaba: una blusa y unos pantalones, ambos de seda negra, y la recostó sobre la frazada. El cuerpo de la chica parecía el de una niña, delgado y delicado, con los senos pequeños, piel muy suave y sin vello púbico. La mayoría de las mujeres vietnamitas tenían la misma constitución aunque fueran adultas. Durante todo este tiempo, ella miraba a Joe con serenidad, pero sin mostrar ningún sentimiento. Joe se medio desvistió y comenzó el acto sexual, introduciendo su pene con dificultad; pero la muchacha no se movía ni cambiaba su expresión, parecía inanimada. Perplejo, Joe puso su mano derecha bajo los glúteos de la chica e inició un movimiento concertado, que ella pronto aprendió. Terminaron rápido y Joe se vistió de inmediato. En las circunstancias en que se encontraban, no podía alejarse mucho ni durante demasiado tiempo de su puesto de vigilancia, y menos en una situación desventajosa. Esperó que la vendedora se vistiera, recogió la frazada y el gabán y antes de regresar le ofreció cinco dólares, dos más de lo que cotizaban las otras chicas. Ella no se lo aceptó, e hizo una mueca de molestia. Joe se encogió de hombros, se guardó el billete y volvieron al tanque a guardar la frazada y el gabán. Aprovechó para dar a la chica una caja de comida de raciones C y dos chocolates, que la chica aceptó con agrado. Ella se despidió y se marchó con su cubeta de refrescos y Joe, más tranquilo, volvió a su carta.

Esa misma tarde, unas horas después, la chica regresó a visitarlo. Joe le

pidió una Coca Cola y le pagó cincuenta centavos; pero ella no solamente no aceptó el pago, sino que le entregó un puño de dinero. Había piastras y MPCs^[12] por un total equivalente a dieciocho dólares. Extrañado Joe le preguntó qué significaba eso, a lo que ella respondió en un inglés quebrado: «Yo bum bum otros soldados, piastras para ti, tú mi protector». Joe se echó a reír divertido y le respondió que de ninguna manera podía ser, pero ella salió corriendo antes de que le pudiera devolver su dinero. A partir de ese día, una vez en la mañana y otra por la tarde, Joe le hacía el amor a Kim, quien invariablemente le dejaba una Coca Cola y cantidades de dinero que fluctuaban entre diez y veinticinco dólares. A cambio ella lo presentaba como su protector y se aseguraba el acceso a las áreas de seguridad, en donde, por lo general, no se permitía el paso a los vietnamitas. En ocasiones se bañaban juntos en el río y jugaban como dos chiquillos.

Al cabo de trece días toda la aventura terminó; concluyó la operación Junction City y Joe se replegó a Tay Ninh con la retaguardia. Antes de partir se despidió de Kim, quien se quedó llorando. Sin que ella se diera cuenta, Joe le dejó doscientos dólares en la cubeta de los refrescos: era la suma total que Kim le había entregado, más unos dólares que él puso para redondear la cantidad. Al alejarse, Joe sintió tristeza, dejaba atrás su primera etapa alegre en Vietnam. Nunca supo lo que pudo haber pasado por la mente de esa joven vietnamita, pero siempre la recordaría con alegría.

19. EMBOSCADA EN AN LOC

La patrulla parecía de rutina, la larga fila de tanques y carros blindados se extendía a lo largo de un kilómetro, siguiendo un claro alargado en medio de la selva. A Joe le parecía inexplicable que algunas áreas estaban cubiertas de vegetación exuberante y selva impenetrable, y otras como la que atravesaban, sólo tuvieran maleza figurando pasto corriente. Esto pensaba Joe mientras, sentado arriba de la escotilla del tanque, atravesaba la pradera.

El departamento de logística del ejército les había reportado que había una concentración de tropas vietcong en las inmediaciones, al norte de Tay Ninh. La Tropa F había salido a las seis de la mañana por un camino muy transitado. A escasos mil quinientos metros de la empalizada, un carro blindado M113 pisó una mina muy poderosa que lo levantó medio metro del suelo. Dos tripulantes que iban sentados en la plancha superior y al descubierto, fueron lanzados a varios metros de distancia, resultando con heridas leves, piernas rotas y contusiones; sin embargo, el conductor estaba muy malherido. Le tocó a Joe ser el primero en llegar hasta él después de la explosión. Le notó los ojos muy abiertos y tenía una palidez cadavérica. Lo tomó por debajo de las axilas y se disponía a sacarlo por la escotilla, cuando se dio cuenta de que el chico sólo tenía el tronco; la mina le había pulverizado las piernas. Suavemente volvió a colocarlo sobre el asiento y le dijo: «No te preocupes, estamos tan cerca del campamento, que en muy poco tiempo estarás atendido en el hospital y pronto irás de vacaciones al Japón». Luego le preguntó: «¿Te duele algo?». Bob, que así se llamaba el conductor, sonrió débilmente y movió los ojos con tristeza. Luego, con una voz apagada dijo: «Gracias, Joe, no me duele nada, sólo siento que me voy perdiendo, creo que me voy a desmayar, sácame pronto de aquí». Apenas había terminado de hablar cuando falleció. Una vez más confirmaba Joe lo que le habían dicho otros tres antes de morir: la muerte no duele, sólo nos duele pensar en ella; cuando algo dolía era un buen síntoma de recuperación.

Desde que Joe había descubierto que la muerte no duele, le preocupaba

menos morir; tenía ya casi cinco meses en Vietnam y estaba muy acostumbrado a pelear, matar y ver morir a sus compañeros. Sin haberse insensibilizado por completo, aceptaba su situación con entereza, cinismo y cierta apatía.

Sus pensamientos fueron interrumpidos por una comunicación del capitán en la radio del casco. Les informaba que tomarían un descanso de una hora para comer, con cincuenta por ciento de vigilancia y colocación en columna, alternando la dirección, para cubrir ambos lados del claro. A partir de la dirección que tomaba el primer vehículo, los demás se iban acomodando en sentido contrario del que tenían enfrente, guardando un ángulo de 90 grados en relación con la dirección que llevaban. Joe le pidió a Jim que se hiciera cargo del cañón mientras Kit comía y él iba al bosque para aliviar una necesidad fisiológica. Antes de dejar el tanque se deshizo de la mayor parte de su equipo, sólo se llevó su casco de acero y el rifle M16 con un cargador. Se apeó del tanque y se dirigió a la orilla de la selva, que estaba no más de cincuenta metros.

Joe caminaba despreocupadamente cuando de pronto, a escasos veinte metros de la orilla, vio una cara que salía por detrás de un árbol. De inmediato se tiró al suelo, milésimas de segundo antes de que todo el frente de la selva explotara ante él. Las explosiones habían sido causadas por minas tipo Claymore^[13], estas minas eran asesinas y Joe sintió el paso del aire y proyectiles sobre su cabeza.

Al caer al suelo, Joe se llevó instintivamente las manos a la cabeza, sosteniéndose el casco. Sus manos recibieron el impacto de dos esquirlas. Sin apenas sentir las, reaccionó de inmediato, se llevó el rifle a la cara y comenzó a disparar. Su arma estaba en automático y, con tres ráfagas, se le terminó el cargador; no pensó lo suficientemente rápido para evaluar su situación y poner el disparador en semi-automático, administrando así las pocas balas que traía. Se quedó sin parque y su error fue captado por el enemigo, entre el fuego generalizado. Un vietcong, el mismo que le había alertado para tirarse al suelo, salió parcialmente de su escondite y cuidadosamente le apuntó a la cabeza. Joe estaba a menos de veinticinco metros de su verdugo, y a esa distancia era imposible fallar. Joe se enrolló alrededor de su cabeza y cerró los ojos con fuerza, esperando el impacto de la bala que lo liberaría del «infierno vietnamita». Sintió una tremenda detonación y una masa de aire pasó sobre su cuerpo, generando otra explosión aún mayor. Al no sentir el impacto que esperaba, abrió los ojos y vio frente a sí un vacío inmenso; habían

desaparecido la maleza y el hombre que le apuntaba. El árbol que le sirviera de escondite yacía despedazado. Volvió la cabeza hacia su tanque y vio que Jim le sonreía y le hacía una señal con la mano, manteniendo el puño cerrado y el pulgar hacia arriba; le había salvado de una muerte cierta, disparando el cañón principal del tanque. El proyectil pasó a sólo medio metro sobre su cuerpo y se clavó en el piso, a los pies del vietcong que le apuntaba, causando daños muy localizados, ya que los fragmentos de explosión y las ondas de concusión salieron hacia arriba y a los lados, formando un ángulo de seguridad que protegió a Joe a pesar de la cercanía del impacto.

Una vez fuera del predicamento en el que se encontraba, buscó protección: a escasos tres metros a su izquierda había un cráter excavado por una bomba de quinientos kilos, producida en un bombardeo anterior. Joe se arrastró hasta el agujero y, ya dentro, su cuerpo quedó bajo el nivel del suelo. Estaba momentáneamente protegido pero no tenía balas o granadas para protegerse; volver al tanque sería muy arriesgado y, por lo pronto, tenía frente a sí un área despejada por el cañonazo de Jim.

En pocos minutos la batalla había tomado tal intensidad que, con los tableteos de las ametralladoras, los cañonazos de los tanques, la explosión de las granadas y los morteros que comenzaron a llover sobre ellos, parecía que habían puesto en movimiento a la misma tierra. A todo lo anterior se sumaron los jets de ataque que pasaban en vuelo rasante y arrojaban bombas de napalm^[14] a menos de cien metros frente a Joe.

Por primera vez Joe era solo espectador en la batalla; volteó su cuerpo boca arriba y se recargó en uno de los costados del cráter. Lo que vio le hizo desear que sus ojos fueran cámaras de televisión, para transmitir el espectáculo a sus familiares y amigos; era tan grandioso y tenía tal fuerza vibrante, que no había set cinematográfico que pudiera reproducir lo que en ese momento estaba disfrutando. El Sargento Daniels, comandante del carro blindado que estaba junto a su tanque, se arrastró hacia el cráter en el que estaba Joe, llevando consigo varias bandas de tela con ocho cargadores de veinte balas cada uno; eran cientos de balas que a Joe le caerían de perlas. Sin embargo, cuando el sargento estaba casi por alcanzar el cráter, una bala le hirió en la pierna izquierda. Al ver esto, Joe salió del cráter y arrastró al sargento, hasta que ambos estuvieron al cubierto. Lo primero que hizo Joe fue venderle el muslo a Daniels sobre el orificio de la entrada de la bala, luego ambos pusieron sus rifles en semi-automático y comenzaron a disparar a los blancos que aparecían frente a ellos.

Media hora más tarde, el fuego enemigo comenzó a disminuir, los tanques y vehículos blindados avanzaron hasta la orilla de la selva para concentrar más su fuego. Cuando estuvieron cerca, Joe se incorporó a su tanque y el M113 de Daniels se acercó para recogerlo y proporcionarle asistencia médica. Joe se caló su chaleco blindado y su casco de tanquista. Sentado frente a su ametralladora calibre 50, se sintió nuevamente dueño de la situación; por un buen rato había sido otra vez infantería y ahora podía percibir la diferencia.

Recibieron la orden de «barrer» la selva y detenerse a quinientos metros adentro, desde donde reevaluarían la situación. Debido al peso de quince vehículos, las orugas aplastaron la vegetación, derribando inclusive algunos árboles de tamaño mediano. A pocos metros de la orilla, comenzaron a ver cuerpos destrozados, algunos muertos, otros agonizantes. La Tropa F acribilló a todos aquellos que aún estaban con vida... no podían dejar enemigos en su retaguardia.

Se reagruparon a quinientos metros, como lo había ordenado el capitán, y estuvieron a la expectativa durante quince o veinte minutos. Al no ver actividad enemiga, el capitán ordenó «peinar» la zona de regreso al claro del bosque y recoger todo lo que se encontrara, incluyendo los cuerpos del vietcong.

Se recogieron 23 cuerpos, algunos totalmente carbonizados por el efecto de las bombas de napalm, además de una buena cantidad de armas, entre ellas algunas subametralladoras chinas AK47, rifles M1 estadounidenses, varias carabinas y escopetas antiguas, así como dos revólveres, de los cuales no supieron su procedencia. Cuando las armas rescatadas no eran nuevas o de interés estratégico, el ejército permitía que los soldados se quedaran con algunas de ellas, con la restricción de que no podían salir de Vietnam o llevarlas consigo a su regreso a los Estados Unidos. Joe guardó una subametralladora china AK47 y una bayoneta rusa de las que, después de desarmarlas, envió las partes poco a poco a su casa en Los Ángeles como *souvenirs*. Sabían que algunos paquetes eran registrados mediante rayos X, por lo que colocaban las partes en botes de metal, o las cubrían con aluminio grueso, de modo que simularan ser alguna otra cosa.

El mercado de armas estaba muy extendido entre los soldados. En los Estados Unidos, los rifles M16 automáticos se vendían por algunos cientos de dólares; las granadas por cincuenta; a éstas se les sacaba el fusible y se hacía explotar fuera de la granada, para evitar algún accidente, luego se les volvía a colocar el sistema de seguridad, ya inútil. Para evitar su detección en el

paquete en el que se enviaba, la metían en un bote de Coca Cola envolviéndola fuertemente con papel y cinta de aluminio. Los rifles también eran desarmados y enviaban una sola sección por paquete, envueltos en papel de aluminio y mezclados con otros recuerdos metálicos. El correo y la paquetería eran gratis para ellos, por lo que no había límites en el número de envíos.

20. CHU LAI

Durante la última de junio, la Tropa F, junto con toda la Brigada 196, fue enviada al norte de Vietnam. El plan de este movimiento estaba pensado a largo plazo y tendría dos finalidades: la primera era reforzar el perímetro de la base aérea de Chu Lai, que era constantemente atacada por destacamentos del vietcong, que deambulaba libremente en las montañas cercanas, a sólo unos kilómetros. La segunda razón, desconocida aún para ellos, sería la formación de una nueva división, que se llamaría Americal y relevaría a los infantes de marina que habían ocupado esa zona por varios años con resultados mixtos; así tendría el ejército un mejor control del norte del país, sobre todo en las áreas cercanas al DMZ^[15].

Desde Chu Lai y Da Nang, otra base aérea situada a ciento veinte kilómetros al norte, despegaban la mayoría de los aviones caza y bombarderos que atacaban sistemáticamente a Vietnam del Norte. Con el aumento de operaciones en la guerra en 1967 y las que se planeaban para 1968, Chu Lai adquiriría más importancia y era necesario reforzar su seguridad en el perímetro.

Los soldados de la Tropa F tuvieron noticias de su traslado sólo diez días antes de su partida. La noticia del cambio no había sido bien recibida, todos sabían que en Tay Ninh la estaban pasando mejor que en las otras zonas de Vietnam. Habían acondicionado un cuartel limpio y agradable: tuvieron tiempo suficiente para decorarlo y embellecerlo un poco, como la empalizada exterior que le daba a la base un toque distintivo, raro en una zona de guerra. En Tay Ninh nunca habían sido atacados con artillería o morteros y, salvo la molestia de las minas enterradas que a diario encontraban y que esporádicamente les causaban algunas bajas, se sentían en un lugar seguro.

«¿Qué te parece el cambio, Joe?», le preguntó Jim. «Ya que hemos construido un lugar confortable, deciden aprovecharse de nuestro esfuerzo y van a entregar la base en charola de plata a otros haraganes».

«Era demasiado bueno para ser verdad en Vietnam, —comentó Joe— yo mismo estoy impresionado por la paz y quietud de que disfrutamos; es la primera vez desde que llegué a este país que realmente tengo un descanso. Kit tenía razón cuando me comentaba que aquí se está mejor que en Alemania: hay poco peligro, no tenemos que almidonar uniformes, lustrar las botas o sufrir las insoportables y continuas inspecciones. Al principio no le creí a causa de las experiencias que yo había tenido en mis primeros meses, pensé que estaba loco, pero pronto supe que era verdad. Bastante malo, Jim, llega un momento de desesperación en el que quieres darte por vencido y dejarte matar, es peligroso, pero sobre todo es muy cansado, se mueve uno sobre las piernas continuamente, cargando todo el equipo y avituallamiento sobre tu espalda. Aquí es muy cómodo; lo que quieras llevar lo echas en el tanque y después, sin carga en la espalda, te sientas cómodamente al desplazarte. Aquí, las pocas veces que caminamos nos sirve de ejercicio y esparcimiento».

«Yo entré al ejército como soldado de infantería, —contestó Jim— pero después del entrenamiento básico fui asignado a una unidad de tanques en Fort Benning, Georgia. El adiestramiento es más cansado que permanecer aquí como estamos, pero me dio gusto que no me hubiesen dejado en infantería».

«Mira, Jim, hay un dicho que dice: *«When the going is getting rough, is when you are getting tough»*^[16]. Yo no me arrepiento de haber pertenecido a la infantería, porque aprendí mucho, el trabajo físico y la presión mental de ahora me parecen fáciles».

Kit, que los había estado escuchando mientras leía un libro, intervino:

«Les tengo buenas noticias, muchachos, en Chu Lai hay playas, mejor temperatura que la de Tay Ninh y en la base está uno de los centros de recreación más grandes del ejército en Vietnam; ahí envían a los soldados heridos para que se recuperen y se diviertan, antes de regresarlos a las zonas de guerra. Puede ser que ahí lo pasemos mejor». «Tal vez tengas razón, —apuntó Jim— pero más vale bueno conocido, que mejor por conocer».

La brigada completa fue transportada desde Bien Hoa a Chu Lai, en aviones Lockheed C-130. Por ser cargueros carecían de asientos, los soldados se sentaban sobre el piso, llevando todo su equipo en la espalda que al mismo tiempo les servía de respaldo. Había correas de nylon sobre el piso, de pared a pared y a intervalos de un metro, para que los soldados se sujetaran durante el despegue y aterrizaje, o si encontraban turbulencia. Los tanques y carros

blindados se transportarían en los mismos aviones unos días después.

Tenía razón Kit al aseverar que Chu Lai era bonito; la base aérea y el poblado están situados frente a una hermosa bahía, en el Mar Meridional de China. El agua es de un bello color azul cielo; sus playas a veces son pedregosas, pero existían zonas de arena que se habían acondicionado para visitantes, residentes y soldados en días francos. Al suroeste se encuentra una cadena montañosa desde donde, esporádicamente, los atacaba el vietcong con morteros y cañones de corto alcance; serían las montañas que iban a patrullar, una vez instalada la Brigada 196.

El día que arribaron a Chu Lai, el ánimo de Joe y sus compañeros había mejorado; al ver el mar y las instalaciones del aeropuerto el cambio ya no les resultó tan desagradable, era casi como volver a la civilización. El verdor y la voluptuosidad de la selva que acababan de abandonar lo cambiaron por mar, arena y fresca brisa. Las colinas y montañas que circundaban Chu Lai eran arenosas y la vegetación raquítica. La humedad no era tan alta como la de las selvas que rodeaban a Tay Ninh; el aire, de un olor salitroso y seco, les pareció más puro y saludable.

Con carácter temporal, a la Tropa F le asignaron un terreno plano, sin defensas, al lado de un pequeño lago de agua salada. El pequeño valle terminaba en las faldas de las montañas, que más tarde estarían bajo su responsabilidad para patrullar y limpiar de actividad enemiga. Por el momento estaban resguardadas por un destacamento de infantes de marina, que en unos días más sería enviado a la provincia de Quang Tri, más hacia el norte.

Tan pronto como llegaron, los oficiales se dedicaron a formar un reducido perímetro de seguridad; se abrieron trincheras y con costales de arena construyeron casamatas alrededor del pequeño valle. En el centro, dividieron el área para que las diferentes unidades de la brigada levantaran sus casas de campaña. Tenían mucha mano de obra y, trabajando duro, las defensas del perímetro quedaron terminadas. Por la tarde hubo tiempo suficiente para levantar las casas de campaña e ir a darse un chapuzón en el lago.

En su mochila, cada soldado traía la mitad del equipo necesario para levantar una tienda para dos personas. La tienda se componía de dos mitades de lona, un mosquitero interior, un hule para el piso, seis estacas acoplables de madera y seis alcayatas de aluminio acanalado. Joe formó pareja con el intelectual Kit y, una vez que hubieron montado la tienda al anochecer, se

dispusieron a disfrutar de un merecido descanso. Habían asignado quince soldados por casamata, así que las guardias nocturnas serían triples y de sólo una hora de duración por turno, muy cómodo y descansado para todos.

Antes de que con la oscuridad los mosquitos los atacaran en masa, Kit y Joe se aislaron en su tienda; el mosquitero cubría por completo las paredes y el suelo de la tienda y se sellaba al frente con cierre vertical. El hule en el piso los aislaba de la humedad. Una vez dentro de la tienda, estaban a salvo de moscos y alimañas; por esa noche podían olvidarse del repelente contra insectos y dormirían frescos en ropa interior.

«¡Lástima que no tengamos una lámpara o linterna para poder leer un rato! —comentó Kit—, no estoy acostumbrado a dormirme tan temprano».

«Yo también quisiera escribir algunas cartas —le respondió Joe—, pero lo único que podemos hacer es fumar, platicar, pensar y escuchar música. A propósito, ¿tienes novia?».

«Ya he terminado con las novias» —le contestó Kit. «Soy casado y tengo una hija pequeña de dos años, llamada Shannon. Les dejo a ustedes todas las chicas de Vietnam: ¡solteros salvajes y maníacos sexuales!».

«¿De verdad no sientes la necesidad de acostarte con una chica de vez en cuando? El que seas casado no significa que no tengas impulsos sexuales, como todos nosotros».

«Mira, Joe, habrás notado que soy un hombre tranquilo, de vez en cuando me dan ganas y cuando ya no puedo evitarlo, busco una chica para descargar; eso sí, siempre uso condón, para protegerme y proteger a mi familia. Sólo lo he hecho dos veces en los cuatro meses que llevo en Vietnam».

«Yo soy mucho más ardiente que tú, Kit, lo hago cada vez que se presenta la oportunidad... y eso de hacerlo con condón no va conmigo; se pierde mucha sensibilidad».

«¿Y qué tal si pescas la sífilis negra? ¿No te hace esa posibilidad recapacitar y ser más cuidadoso?».

«Tienes razón, Kit, sin embargo la sífilis es sólo un riesgo más que tienes que afrontar, de los muchos que aquí corremos. ¿De qué te sirve cuidarte tanto si te matarán mañana? Esto me recuerda el cuento del condenado a muerte que, como último deseo, pidió una cerveza bien fría; antes de beberla, le quitó la espuma. El capitán del pelotón de fusilamiento le preguntó por qué

le quitaba la espuma, gustándole tanto la cerveza como para pedirla por último deseo. El condenado a muerte contestó muy serio que sí le gustaba, pero había oído decir que la espuma hacía mal al hígado».

Después de una carcajada, Kit dijo: «No sé tú, Joe, pero yo voy a sobrevivir este infierno y a volver a mi esposa y a mi hijita, lo último que deseo es llevarles de regalo de Vietnam una enfermedad venérea».

Después de platicar y fumar por un buen rato, Kit y Joe se dieron las buenas noches y se dispusieron a dormir, la radio tocaba «96 Tears» de Mark & The Mysterians cuando Joe la apagó. Estaban acostados uno al lado del otro, teniendo entre ellos el equipo de ambos. Después de unos minutos de silencio, a Joe le cayó algo sobre la pierna; sentía que minúsculas patitas caminaban con dificultad, entre el vello de su muslo derecho. Era sin duda un animal que se había escondido entre el equipo, le pareció que podría ser un alacrán o una araña.

«¡Kit! —dijo Joe sin mover un músculo—, enciende un fósforo y mira lo que tengo en la pierna». Kit pensó que era una broma machista y le contestó: «No jodas, Joe, déjame dormir».

«No, Kit, haz lo que te pido, y rápido... creo que se me subió un animal».

Kit les tenía pánico a los insectos y, alarmado, encendió un cerillo, alumbrando la pierna de Joe sobre el equipo que los separaba. Al pegar el resplandor, ambos vieron que un inmenso ciempiés estaba acomodándose en la pierna de Joe. Éste saltó para deshacerse del animal, con tan mala suerte que el ciempiés salió despedido hacia Kit; el horror que sintió hizo que soltara y apagara el fósforo, sin saber en dónde había caído el ciempiés. En la total oscuridad, de una cosa estaban seguros: el animal estaba dentro de la tienda. Con fuerza sobrehumana, Kit se levantó tirando la tienda, rompió el mosquitero y abrió el techo, forzando los broches que unían las dos mitades de lona. De un salto salió y se quedó parado lejos de la tienda donde Joe, atrapado, se debatía para escapar. Finalmente logró salir, gritándole a Kit: «¡Marica! ¡Estúpido! ¡Cobarde!». y otras imprecaciones que levantaron un rumor burlón en todas las tiendas de alrededor.

El coraje dio paso a la risa y a la broma, no paraban de reír hasta que, molestos, los demás les pidieron silencio para poder dormir. Luego, entre risas apagadas, analizaron su situación: la tienda de campaña ya no servía. Kit había roto el mosquitero y dañado los broches que aseguraban las dos mitades de lona y no la podrían utilizar más. Resignados, se vistieron y se fueron al

fortín más cercano para dormir ahí; luego se untaron repelente contra insectos en la cara, manos y ropa, para ahuyentar a los temibles mosquitos. Ni modo, pasarían la noche con las incomodidades de siempre.

A las tres de la mañana, precedidos por un ruido similar al descorche de una botella de vino, llovieron sobre el campamento cientos de proyectiles de mortero. Las delgadas telas de lona no detuvieron a las esquirlas de las bombas, que explotaban a tres metros del suelo lanzando sus mortales proyectiles sobre los infelices durmientes, causando estragos en la Brigada 196.

Por la mañana, evacuaron al treinta por ciento de la fuerza total, algunos muertos y los demás con heridas de diversa gravedad, sin contar a los heridos leves que no necesitaron hospitalización; ésa fue la recepción que a su llegada a Chu Lai les preparó el vietcong. Una vez más, Joe se salvaba por una circunstancia impredecible; para ser exactos, un ciempiés les había salvado la vida a Kit y a él.

Al día siguiente, recogieron sus tanques y carros blindados de la pista de aterrizaje en la base aérea, y se dirigieron a las montañas, desde donde los habían bombardeado la noche anterior. Durante un mes se dedicaron a construir barracas, trincheras, puestos de observación, vías de acceso y otros medios defensivos para asegurarse de que el vietcong ya no usara esa zona alta y ventajosa para atacar la base. Inclusive se pidieron fumigadores C130 para defoliar con «Agente Naranja» la poca vegetación que pudiera encubrir al enemigo. En el transcurso de ese mes, Joe y la brigada no experimentaron un ataque enemigo, de manera que se dedicaron a trabajar como constructores o carpinteros, sin descuidar el mantenimiento de sus armas y unidades blindadas. Llenaron y transportaron cientos de miles de costales de arena para construir la línea defensiva más compleja que Joe hubiera visto desde su llegada a Vietnam. Durante ese mes también lo mandaron a recibir adiestramiento especializado como francotirador, en la recién fundada «Escuela de Francotiradores» en Chu Lai, graduándose en el primer grupo que tomó instrucción en ella.

21. ESCUELA DE FRANCOOTIRADORES

Joe era un experto tirador, antes de llegar a Vietnam había conseguido dos medallas de primer lugar en la compañía: una en ametralladora y otra con el rifle M14, y ambas preseas aparecían en su récord. El rifle M14 sólo era utilizado para tiro de precisión, ya que era muy pesado para la infantería regular desde que apareció el M16, mucho más ligero. Por esta razón, Joe fue seleccionado para formar parte del primer grupo en la recién fundada «Escuela de Francotiradores».

Durante cinco días Joe recibió clases avanzadas de balística, camuflaje, evacuación de terreno enemigo, lectura de mapas, estrategia, uso de miras telescópicas, psicología del soldado ante el ataque de un francotirador, etc. Además practicó durante horas el tiro de precisión a distancias hasta de mil metros, con blancos y siluetas estáticas y móviles a diferentes velocidades, al caminar o correr un blanco potencial. Cada equipo de francotiradores se componía de dos individuos, un rifle M14 que la fábrica Colt había modificado con un telescopio montado de 7.5 aumentos, y que modificado lo llamaban el Colt M21, además de un telescopio más potente unitubular de veinte aumentos y una radio portátil de onda corta. Un hombre llevaba el rifle y el otro el telescopio y la radio.

En el sexto día de adiestramiento tuvo lugar la graduación; sin embargo ésta no fue acompañada de música y felicitaciones como es costumbre. La graduación consistía en infiltrarse en territorio enemigo por parejas, esconderse en un lugar alto y estratégico, bien camuflado, para mantener a raya a una unidad vietcong, sin ser descubiertos. Además deberían adjudicarse dos muertes que pudieran ser confirmadas, antes de solicitar por radio la extracción del área por helicóptero. La operación preveía varios cambios de posición, para no ser sorprendidos por el enemigo.

Joe y un teniente llamado Ross formaron equipo; a las cuatro de la mañana, un helicóptero los transportó a un área cercana al lugar seleccionado

para la prueba. Cuando bajaron del helicóptero aún estaba oscuro y no podían saber si el ruido de las aspas habría alertado al enemigo que pudiera estar en los alrededores. Joe y Ross abandonaron sigilosamente el lugar de desembarque y esperaron un tiempo por si escuchaban o veían actividad enemiga. Una vez cerciorados de que no los buscaban, se pusieron en camino hacia el lugar escogido para la emboscada, a un kilómetro de donde estaban. Debían mantenerse escondidos hasta el amanecer para evitar ser descubiertos; si esto sucedía, tendrían que abortar la operación, y repetir la prueba al día siguiente.

Al cabo de treinta minutos de camino, se encontraron en la cresta de una de dos colinas, de aproximadamente ciento cincuenta metros de altura, sobre el terreno. Desde ahí dominaban un estrecho valle que terminaba a ochocientos metros, desde la base de la colina en la que se encontraban. A su alrededor había suficiente vegetación para no ser localizados fácilmente; bajaron treinta metros y cavaron un agujero en forma de madriguera detrás de un gran arbusto. Lo acondicionaron para estar cómodos, y a la vez perfectamente camuflados, teniendo una vista total del valle y terreno circunvecino.

Con la claridad del día comenzó el movimiento en el campo, los labriegos cruzaban perezosamente el valle camino a sus parcelas. Ross y Joe se turnaban en el telescopio para estudiar a cada individuo que pasaba, buscando a sus probables víctimas. A la muerte que causaba un francotirador le llamaban «muerte de trece centavos», que era el costo de una bala de calibre 7.62, perfectamente pesada y balanceada usada para tiros de precisión, y que eran las que usaban los francotiradores en el ejército estadounidense. Considerando que en promedio el ejército gastaba cien mil dólares por cada vietcong muerto, el gasto de trece centavos era una ganga y buena publicidad para los francotiradores.

Transcurrió la mañana sin encontrar una oportunidad propicia. En una ocasión dos labradores se dirigieron directamente hacia ellos, remontando la colina; se desviaron a pocos metros de ellos cuando ya estaban a punto de abrir fuego. Los vietnamitas siguieron su camino a la cima; Ross y Joe no podían salir de su escondite para comprobar si se habían detenido en la cima, o habían seguido su camino sin que se percataran de su presencia. Podría tratarse de exploradores vietcong que habían sido enviados a resguardar las colinas para proteger el movimiento de sus tropas; no llevaban armas y eso les hacía pensar que eran sólo labriegos. Cuando llegara el momento, tendrían

que decidir si corrían el riesgo de disparar.

Al mediodía hacía un calor insoportable, y en la estrechez del agujero, sus músculos comenzaron a endurecerse por la falta de movimiento y los calambres no tardaron en aparecer. A media mañana habían tenido que orinar hacia afuera, en una posición muy incómoda. Después de varias horas de sudar por el calor, podían percibir la fetidez del ambiente. Con la incomodidad, se apoderó de ellos la impaciencia; no podían moverse, hacer ruido o hablar, sólo miraban por el catalejo y descansaban por turnos.

Cuando el sol comenzó a caer, los rayos les deslumbraron; por la mañana habían tenido el sol en la espalda y era la situación ideal, ahora estaban en peligro de que un rayo se reflejara en los lentes de los telescopios o en el metal del rifle y descubrieran fácilmente su posición, por lo que era imprescindible encontrar a sus víctimas o abortar la operación. Por suerte para ellos, antes de las cuatro de la tarde Joe vio una figura militar que salía del bosque y se detenía con cautela, volteando la cabeza hacia todos lados; Joe hizo una señal de alerta a Ross y esperaron pacientemente. A la primera figura se le unieron otras tres, caminaron juntos otros cien metros y de nuevo se detuvieron. No les cupo duda, eran soldados regulares de Vietnam del Norte, con el catalejo podían distinguir claramente el tipo de armas que portaban y si traían o no bigote.

Después de un rato, en el que parecían platicar entre ellos, hicieron una seña con la mano y aparecieron dos columnas de soldados, que guardaban unos cinco metros entre unos y otros. Joe buscaba desesperadamente al líder, pero todos portaban el mismo uniforme sin insignias. De pronto, una señal: uno de ellos traía pistola en vez de rifle y, a su lado, había un radio-operador. Joe pasó el telescopio a Ross y tomó el rifle M14. A través de la mira telescópica del rifle no se veían todos los detalles, como con el catalejo, pero apuntó con cuidado.

Sabía que al disparar la primera bala nadie podía conocer su procedencia; la segunda era riesgosa, pero aún podía pasar inadvertida, si no tenían el oído muy entrenado; la tercera bala era impensable, los descubrirían fácilmente y el grupo al que se enfrentaban era numeroso. No puedo fallar — pensaba Joe — tengo una sola oportunidad. Mientras Joe apuntaba, Ross buscaba su blanco.

Cuando toda la columna se encontraba a la mitad del valle, Joe oprimió suavemente el gatillo y, con maestría, dejó escapar la bala, el eco la siguió.

Hay un proverbio que dice: «Si oyes la bala es que no te pegó». En efecto, la velocidad de la bala es mayor que la velocidad del sonido. Joe pasó el rifle a Ross y miró por el telescopio de veinte aumentos: pareciera que una sola bala los hubiera derribado a todos, recorrió con la vista las columnas de soldados tirados en el suelo e inmóviles. Cuando algunos comenzaron a levantar la cabeza, sonó el segundo disparo.

Al sonido del segundo disparo, todos los soldados se levantaron y echaron a correr atropelladamente hacia el bosque de donde habían salido. Sólo dos cuerpos quedaron tendidos en la llanura; estaban tan inmóviles, que con seguridad habían sido heridos de muerte. Enseguida Ross llamó a la base y, dándoles las coordenadas, pidió artillería; en dos minutos explotaron los primeros proyectiles de los Howitzers. Ross pidió una corrección de cincuenta metros y ordenó continuar el bombardeo, después cambió de frecuencia en la radio para solicitar la evacuación de ellos por helicóptero: dio las coordenadas de la cima para la extracción, y las de los dos cuerpos abatidos, para su identificación y certificación.

Debido a las continuas explosiones de artillería que caían directamente sobre los soldados del norte, no se atrevieron a rescatar los cuerpos de sus camaradas muertos en el valle. Por otra parte, Joe y Ross no se los hubieran permitido; tenían el rifle listo para matar a quien se atreviera a sacar la cabeza. A los pocos minutos de su llamado se dejó oír el *dum dum dum* del helicóptero. Joe y Ross abandonaron su escondite y corrieron cuesta arriba. Una vez en la cima, Joe arrojó una granada de humo verde, para que el helicóptero los identificara, y al mismo tiempo dejarle saber que podía aterrizar sin problemas.

El aparato voló sobre ellos y, a gran velocidad, se dirigió al valle ametrallando la misma área que castigaba la artillería. Luego se detuvo por un momento en el valle, sobre los dos cadáveres; dos ganchos pendientes de cables asieron ambos cuerpos y el helicóptero se elevó de inmediato, llevando colgados a los cuerpos. Después, el helicóptero dio la media vuelta y se dirigió a donde lo esperaban Joe y Ross; cuando subieron al helicóptero los cuerpos ya habían sido izados en la cabina. El oficial que Joe había matado tenía un agujero en el cuello, el de Ross tenía el pecho destrozado.

Cuando regresaron a la base, se reunieron con el resto de la clase: de los dieciocho que tomaron el curso, sólo cinco se graduaron ese día, entre ellos Joe y Ross, los demás lo harían en días subsecuentes. Un coronel les prendió un parche curvo en el hombro izquierdo con la leyenda: «Explorador

Francotirador» y les dio un diploma.

Así fue como Joe se convirtió en uno de los primeros francotiradores estadounidenses en la guerra de Vietnam, agregándolo a su experiencia y a su expediente, también aumentando el respeto que sus compañeros de la Tropa F le tenían y que se estaba ganando a pulso.

22. PERÍMETRO DEFENSIVO

La base aérea de Chu Lai era muy importante para la Fuerza Aérea Estadounidense (USAF), porque desde ahí podían enviar aviones caza-bombarderos a la región media de Vietnam del Sur cuando las tropas de tierra pedían ataques de apoyo o aniquilación contra el enemigo. Desde ahí podían enviar aviones pequeños de reconocimiento llamados FAC (*Forward Air Controller*), entre los que se encontraban el O-1E, un avión Cessna de vuelo lento apodado «Birdog» y el helicóptero OH-13, helicóptero ligero de observación, para guiar y controlar a los jets rápidos que atacarían a unidades enemigas muy cercanas a las tropas estadounidenses. Eran operaciones quirúrgicas de gran precisión, y un pequeño error en las coordenadas podía matar a las propias tropas, cosa que sucedió en varias ocasiones, lo llamaban «fuego amigo».

Los aviones jets de ataque eran, por lo general, los F-105 «Thunderchiefs», F-100 «Supersabre» y RF-4 «Phantom», con un arsenal impresionante: cohetes AGM Strike tierra-aire, proyectiles AIM-9 Sidewinder aire-aire, AIM-7 Sparrow aire-aire, A-4 Skyhawk y bombas de diferentes tamaños, siendo la de 500 kilogramos y la incendiaria de napalm de las más utilizadas. Había una gran cantidad de aviones y helicópteros que se utilizaban en operaciones especiales, como el A6A «Intruder», A7B «Corsair», RF101 «Voodoo», F-8 «Crusaders», bombarderos de altura, los conocidos B-52 con ocho motores, los F-111 con una aerodinámica muy avanzada, que podían replegar las alas a altas velocidades, el A-1E Skyraider, el OV-10 Bronco etc., además de una gran cantidad de helicópteros de ataque, como los UH-1 «Huey», el UH-1B «Gunship» y había uno especial: el HH-53, que era el helicóptero más grande, más largo, más rápido y más poderoso, llamado el «Super Jolly Green Giant». Era difícil recordar tantos aviones y helicópteros, pero para Joe era un hobby reconocerlos, inclusive fotografió a muchos de ellos cuando pudo, frecuentemente desde su puesto de vigilancia en las montañas, cuando la ruta de despegue o aterrizaje los llevaban a volar

cerca de él.

La Unidad 196 en donde estaba la Tropa F, 17ª Caballería y Joe, fue asignada para ocupar el valle más cercano a las montañas, desde donde el vietcong había atacado con morteros en el pasado, con relativa frecuencia, inclusive dándoles la bienvenida la primera noche en que llegaron. Para asegurar el perímetro, primero se construyeron varias casamatas y trincheras en los picos de las montañas, formando una línea de vigilancia con caminos de acceso desde la base; la finalidad era hacer imposible los ataques enemigos cercanos a la base. Durante semanas llenaron miles de costales de arena mientras fumaban tabaco o marihuana y escuchaban música, la selección de canciones había aumentado porque ahí podían escuchar más de una estación de radio y comenzaban a utilizarse las caseteras. El espacio se cubría de notas con los éxitos de The Animals con «When I Was Young», Petula Clark con «This Is My Song», los Dave Clark Five con «You Got What It Takes», «Western Union» de The Five Americans y todos los demás éxitos de los Beatles, Beach Boys, Herman's Hermits, Brenda Lee, Gary Lewis & The Playboys y tantos otros estadounidenses, pero también muchos ingleses. Con los costales llenos de arena construyeron las paredes y forraron los techos de madera de los puestos de vigilancia. En cada casamata se instalaron ametralladoras calibre 50 y M60 para defensa permanente y se limpió un área libre a ambos lados de los fortines para estacionar los vehículos blindados y tanques, como parte del arsenal adicional para defensa del perímetro.

Una vez instalados en todas las partes altas de las montañas, se construyeron algunas torres de observación y solicitaron que se defoliara químicamente todo el frente, para evitar que se pudiera esconder el enemigo a corta distancia. El defoliante utilizado era el «Agente Naranja» que se administraba desde el aire, en aviones cargueros como el C130 Hercules, y que los convertía temporalmente en fumigadores. Llegaban volando bajo desde atrás, lanzando el producto cubriendo toda la línea de defensa y por lo menos tres kilómetros frente a las trincheras. El químico era muy fuerte y los soldados trataban de protegerse metiéndose bajo techo en las casamatas, pero no podían evitar respirarlo durante largos lapsos de fumigación. A los pocos días no existía vegetación al frente, sólo se veía el suelo de color amarillo y café de los arbustos quemados por el químico, y la base arenosa del suelo.

Una vez asegurado el perímetro, ingenieros y carpinteros del ejército construyeron una pequeña ciudad de edificios de madera techados con lonas gruesas y cavaron trincheras alrededor de cada construcción, para proteger a

los ocupantes en el caso de ataques vietcong de cualquier tipo. A todas las construcciones les pusieron piso de madera, y las barracas fueron utilizadas para dormitorios, oficinas, capilla, hospital, tienda PX, comedor, bodegas, e inclusive un bar para venta de cerveza y refrescos.

Las responsabilidades asignadas a la Tropa F eran: salvaguardar el perímetro de la montaña; salir en patrullas nocturnas, para preparar emboscadas a los vietcong que aún merodeaban el área, a pesar de la fuerza estadounidense presente; tomar parte en operaciones de «búsqueda y destrucción» con la infantería; proporcionar seguridad a los convoyes de tropa o suministros; y cualquier otra actividad en la que se necesitara mucho poder de fuego concentrado o la defensa del blindaje.

No todo el tiempo estaban activos los soldados, había períodos de descanso en la base un par de veces por semana, en donde Joe disfrutó de algunas comodidades que antes tuviera en Tay Ninh. Dentro de las barracas, cada soldado tenía un área personal de seis metros cuadrados, en donde había un catre de campaña con colchoneta, cobija y poncho, cubierto con mosquitero, para dormir sin preocuparse de los bichos, principalmente de los mosquitos que volaban por enjambres en todos lados. Disponían también de un buró, cajón de ropa al pie del catre y un librero como respaldo de la cabecera. Podían decorarlo con fotos familiares o posters de diferentes temas, los más socorridos eran los de chicas «*centerfold*» del Playboy. También podían poner candado a su cajón y era en ellos en donde los «cabezas drogadas» guardaban la marihuana, el opio, o cualquier otro objeto ilícito, como partes del equipo militar que luego enviaban a los Estados Unidos. En Vietnam los sargentos y oficiales respetaban lo que guardabas bajo candado, y se hacían de la vista gorda cuando intuían que alguien se drogaba, no así en los Estados Unidos durante el adiestramiento, en donde se prohibían los candados y los superiores tenían acceso ilimitado a las pertenencias de un soldado.

Las regaderas se construyeron al aire libre, entre las barracas. Cada soldado llenaba de agua una bolsa de lona de dos galones, y la colgaba en postes que tenían un gancho a la altura adecuada; la bolsa tenía un aspersor instalado en la parte baja, con una llave de paso, para interrumpir el flujo del agua al jabonarse. No había paredes y todos andaban desnudos. La diferencia aquí es que había muchos civiles vietnamitas, hombres y mujeres, que trabajaban para los soldados, y que no dejaban de pasar, mirando los cuerpos desnudos y no dejando de reír y hacer comentarios en vietnamita, a veces

apuntando al pene de los soldados. Esto divertía mucho a los que esperaban turno, y se prestaba para innumerables chistes y juegos sexuales con las chicas vietnamitas. El mando militar les permitía tener sirvientes para hacerse la vida más fácil, siempre y cuando no fueran con fines sexuales, y salieran de la base de las cinco de la tarde a las diez de la mañana. Todos sabían que era una práctica peligrosa, porque no se podía saber si algunos de ellos eran vietcong, pero la mayoría de los soldados quería tener a un sirviente que le tendiera la cama, le limpiara las botas, barrera su área, lavara la ropa y planchara las camisas y pantalones por unas cuantas piastras al día.

En algunas ocasiones también les permitían ir al pueblo de Chu Lai a visitar burdeles, pelarse y hacer compras. Los burdeles eran parecidos en todas partes en Vietnam; estaban llenos de jovencitas atractivas. También había mujeres mayores que las administraban y que frecuentemente también ofrecían sus servicios con poco éxito. Joe tuvo la oportunidad de tener coitos varias veces por semana con diferentes mujeres atractivas; en los burdeles fue en donde Joe aprendió a apreciar la belleza vietnamita y pudo diferenciarlas según sus atributos. Había una chica bonita y joven que insistía en estar con él cuando iba, pero para Joe era un problema, era muy chiquita y, como la mayoría, no tenía vello púbico, el problema era que tenía problemas para penetrarla, sólo le cabía la mitad del pene. Siempre tenía un orgasmo pero era doloroso, en ocasiones le daba el dinero que cobraba y se iba a acostar con otra más grande y madura. Todas ellas decían ser mayores de edad, pero era difícil distinguir a las niñas de las jóvenes porque todas eran menudas, sin vello corporal y piel muy delicada.

Por lo general los soldados se cortaban el pelo unos a otros con máquinas de peluquero, pero cortarse el pelo en el pueblo, con un peluquero vietnamita, era toda una experiencia. El corte les quedaba muy parejo, les limpiaban la cerilla de las orejas y las depilaban, junto con los orificios de la nariz. Al terminar el corte, los peluqueros les daban un masaje en los hombros y les tronaban el cuello, todo por el equivalente a cincuenta centavos de dólar; valía la pena ir al pueblo por un corte de pelo.

Las compras podían ser de artículos de uso como pasta de dientes, peines, cepillos, pero sobre todo lentes de sol, relojes baratos, sedas, marfil y muñecas para enviar a la mamá, hermanas y novias. Todo era de magnífica calidad y muy barato. Había comercios de comida y algunos restaurantes, pero el soldado estadounidense tenía prohibido comer nada fuera de la base, por miedo a envenenamientos.

En la montaña las horas pasaban muy lentamente y en el día había períodos de mucho aburrimiento; algunos leían libros y revistas, casi todo pornográfico, muchos de ellos se asoleaban o escribían cartas. Una vez asegurado el perímetro, raramente había actividad enemiga, sin embargo, en ocasiones, recibían balazos o ataques de morteros. Eran esporádicos y de «pisa y corre», sabían que los podían ubicar fácilmente y perseguirlos hasta matarlos. Había animales peligrosos, serpientes cobras y «bambú *vipers*», venenosísimas arañas, ciempiés, milpiés y alacranes gigantes. En una ocasión Joe tuvo que llevar de emergencia al hospital a un soldado que se había dormido al sol boca abajo y un ciempiés gigante le picó en la espalda. Los ciempiés son muy torpes y necesitan acomodarse para clavar sus dos aguijones traseros, no son muy venenosos, pero al picar dejan dos círculos, como ojos, que se inflaman y hay una reacción inmediata.

En las tardes de asueto en la base algunos se emborrachaban hasta caer al suelo, se drogaban hasta perder el conocimiento, los más centrados organizaban una partida de póker y escuchaban música, se pasaban horas perdiendo o ganando dinero que no tenía valor para ellos; nunca traían dólares verdes, estaban prohibidos porque según el ejército podían caer en manos del enemigo y comprar armas con la divisa dura. En Vietnam se usaban billetes llamados MPC^[17] o piastras vietnamitas, que tampoco tenían valor cambiario, sólo servían para pagar los servicios locales, incluyendo a las prostitutas. Los MPC que le sobraban a un soldado se los cambiaban por dólares verdes al abandonar Vietnam. Joe era muy meticuloso con sus pérdidas y ganancias en el póker, tenía una libretita en donde apuntaba después de cada juego. Según sus cálculos, ganó cinco mil dólares en el juego en todo el año, con esas ganancias se compró un auto Ford Thunderbird 1964 usado cuando regresó a Los Ángeles. Su sueldo en Vietnam, con los aumentos por rango y subsidio de guerra, ascendía a \$154 dólares por mes, la mitad se la gastaba en Vietnam, y la otra mitad se la enviaban a una cuenta de banco a nombre de su papá. Cuando salió tenía un ahorro de mil dólares, más los cinco mil que había ganado jugando al póker. Si lo hubieran matado, su seguro de muerte era de diez mil dólares y se los hubieran pagado a sus padres.

23. QUANG NGAI

En lo alto del cielo, el sol parecía un disco dorado, que emitía un brillo enceguecedor e irradiaba un calor de horno que hacía zumbar el ambiente. Al clima había que añadir el polvo y el ruido generados por cuarenta vehículos pesados que rodaban a una velocidad promedio de quince kilómetros por hora, sobre un camino de terracería. Joe estaba bajo los efectos de todos estos inconvenientes desde las ocho de la mañana, hora en la que la Tropa F había partido de Chu Lai hacia el sur, sobre la carretera 1. En esta ocasión, la unidad blindada servía de escolta a un convoy de camiones de aprovisionamientos, que llevaba municiones y comestibles para las tropas acuarteladas en Quang Ngai, población que se encontraba a aproximadamente cincuenta kilómetros al sur de Chu Lai.

Joe comenzó a sentir hormigueo en los labios, por experiencia sabía que era por la inflamación y resequedad producidos por el golpe del aire ardiente al avanzar. Desabrochó la funda de la cantimplora que le colgaba del cinto, y se la llevó a los labios; el agua estaba tibia y tenía un desagradable sabor a plástico. Prefería el sabor a aluminio de las cantimploras que habían utilizado en los Estados Unidos, en entrenamiento; no sabía la razón del cambio de material, debía ser por economía. Trataban de enfriar el agua humedeciendo periódicamente el fieltro de la funda, pero en ocasiones, como el día de hoy, era tanto el calor que no funcionaba.

Trató en vano de mirar hacia adelante, a través de sus *goggles*, la columna de polvo rojizo que se alzaba ante él. Parecía inmóvil, como si estuviese suspendida por hilos mágicos desde el profundo azul del cielo. Sin embargo se movía, regenerándose a cada momento, dando la impresión de ser estática; podía adivinar el vehículo que avanzaba a cincuenta metros al frente del suyo, sólo por el crujiente gemir de las llantas, pero no podía verlo. Su velocidad constante era de aproximadamente quince kilómetros por hora. Hacía unos minutos habían cruzado el poblado de Binh Son y aún no se les había presentado ningún contratiempo.

Los tanques M48 son una maravilla —pensaba Joe—, sesenta toneladas son mucho peso para moverse con tanta gracia y rapidez; lo impulsan dos motores Chrysler, de ochocientas pulgadas cúbicas cada uno y ya encarrerados, se deslizan sobre las cadenas de la oruga, con una suavidad y ligereza, que parecen rodar sobre terreno blando. La masa del tanque combinada con la velocidad produce tal fuerza, que imbuje en sus ocupantes una gran sensación de fuerza e indestructibilidad.

Joe recordó la ocasión en la que fue puntero de una columna de vehículos hacia Tam Ky; por lo general el puntero avanza quinientos metros adelante del primer vehículo del convoy, con el tiempo y espacio necesarios para eliminar obstrucciones. El convoy no debe disminuir su velocidad o detenerse por ningún motivo para no ser presa de una emboscada, con la subsecuente pérdida de vidas y la posibilidad de que la carga caiga en manos del vietcong. En esa ocasión, Joe avanzaba, abriendo el paso entre vehículos civiles de todo tipo. Los camiones de pasajeros o de carga, los autos y motocicletas particulares sabían que cuando se acercaba un convoy militar debían hacerse a un lado y estacionarse en el acotamiento, para no interrumpir el paso del convoy. Si no lo hacían así, se metían en serios problemas, como en el caso que Joe recordaba:

Un pequeño auto francés que ya se había estacionado al lado del camino se salió de su lugar, tratando de avanzar algunos espacios antes de la llegada del convoy; al no hallar un espacio libre dónde acomodarse, se encontró frente al tanque de Joe que avanzaba, sin dar indicios de detenerse. Viendo el predicamento de los ocupantes del auto, Kit disminuyó la velocidad a cinco kilómetros por hora, para dar oportunidad al conductor a que se retirara en reversa. Con el nerviosismo, el conductor ahogó el motor y éste se detuvo, trató de encenderlo varias veces sin éxito, mientras tanto el tanque seguía acercándose inexorablemente. Al percatarse los ocupantes de que el tanque no iba a detenerse, abandonaron el auto en forma atropellada, profiriendo exclamaciones sumamente cómicas, con gran beneplácito de los que se encontraban en los demás vehículos estacionados. Luego todos vieron cómo el tanque se subía en el auto, y lo aplastaba como si fuese hecho de papel estaño. Sólo al pasar sobre el motor, el tanque se alzó ligeramente. Después Kit regresó con el frente del tanque y empujó la chatarra a la cuneta, fuera del camino, apenas a tiempo para ganar velocidad frente al convoy, evitando que éste se detuviera.

La columna de vehículos siguió su calmada marcha, atravesando parajes

de una belleza difícil de describir. Los verdes arrozales se extendían por kilómetros, enmarcados por bordos de barro que delimitaban los diferentes predios. El viento mecía los tiernos tallos de las espigas de arroz con una suavidad de terciopelo. Los arrozales rompían el salvajismo del paisaje, en ellos se veía la mano del hombre civilizado, en comunión perfecta con la naturaleza. No había fábricas, molinos ni humo, no se veían construcciones de materiales industriales que robaran belleza al panorama, sólo tallos de arroz, verdes laderas, parches de vegetación exuberante y muchas palmeras, a cuya sombra se levantaban algunas palapas.

Joe miró su reloj, eran las dos de la tarde, y en unos minutos cruzarían el puente, que se extendía sobre un río, precisamente en la entrada a Quang Ngai. No era la primera vez que Joe estaba ahí, hacía sólo quince días que había hecho un viaje similar acompañando a otro convoy.

Cruzaron el puente, y se internaron en las señoriales avenidas de Quang Ngai. Luego atravesaron el área comercial en donde decenas de tiendas se alineaban a ambos lados de la calle; todas repletas de mercancía exclusiva para satisfacer el gusto del soldado gringo. Había grandes arcones de madera, que los soldados usaban para guardar ropa y *souvenirs*. Se podían encontrar velas, espejos, peines, lentes para el sol, álbumes de plástico para fotografías, cerveza, relojes japoneses, vestidos de seda brocada, muñecas con vestimenta vietnamita, dagas y espadas camufladas en varas de bambú, figurillas de marfil, marihuana, opio... la lista era interminable.

Junto al área comercial se extendía la zona roja, llena de bares y cantinas, con sugestivos nombres en inglés: «Forget Me Not», «San Francisco», «Ipanema Girl», «Bum Bum Hall», etc. Al cruzar el lugar, todos comenzaron a gritar y vitorear, era obvio que esperaban tener la tarde y noche libre para regresar. Los ánimos se habían levantado como por arte de magia; el cansancio y la monotonía del viaje dieron paso a una euforia y vitalidad desacostumbradas. Se cruzaban mensajes, tanto en la frecuencia interna como en la de la tropa, planeando los permisos para regresar a la zona de diversión. Entre risas y bromas, los tanques y camiones se movían más ligeros hacia su destino. Parecían una recua de burros que hubieran olido el pesebre.

El cuartel se levantaba a un lado del campo aéreo; estaba rodeado de altas murallas de piedra y ladrillo, profusamente alumbrado. Habían aprovechado el casco de alguna construcción, que debía haber sido hecha hacía muchos años por lo vieja que se veía. La base estaba ocupada por un batallón de infantes de marina. Era un lugar agradable y la conservaban limpia, para

variar.

Una vez entregado el convoy, se distribuyeron a un lado y en la cabecera de la pista de aterrizaje, ahí pasarían la noche para regresar a Chu Lai al día siguiente. Ya ubicados, jugaron su suerte con dados, baraja o volados, para decidir quiénes se quedarían de guardia y quiénes eran los afortunados que podrían tener la noche libre para beber, acostarse con prostitutas y drogarse en el pueblo.

En cuanto estuvo su tanque colocado en el lugar que le habían asignado para pasar la noche, se soltó una lluvia torrencial. Sin protegerse de la lluvia, Joe se reunió en la tienda del capitán, junto con los demás comandantes y oficiales, en donde les informaron los planes para el día siguiente. Dichas reuniones eran habituales al llegar a un destino, o al finalizar el día. También era habitual que por las tardes se soltara la lluvia durante los meses del monzón. Joe y los demás soldados aprovecharon el chaparrón para desnudarse y limpiarse la gruesa capa de polvo que habían acumulado durante el viaje en cada centímetro cuadrado expuesto de piel. Además aprovechaban la abundante agua para beber y aliviar un poco el calor.

Cuando Joe terminó de bañarse en la lluvia, lavó al mismo tiempo toda su ropa, usando el jabón que siempre traía en el tanque; aprovechó también para rasurarse y lavarse los dientes. Su plan era visitar a las damas y debía estar limpio y bien presentado. Se volvió a vestir con las ropas húmedas que, en cuanto dejara de llover, se secarían rápidamente. Cruzó la puerta de seguridad al exterior de la base, esperando encontrar algún transporte rezagado, pero ya todos habían salido. Resignado, se fue caminando hacia el pueblo en busca de sus compañeros. No era muy lejos, tal vez unos cuatro kilómetros; para entonces comenzaba a anochecer y la lluvia seguía cayendo, aunque con menor intensidad.

Caminando solo, entre las casuchas del pueblo, Joe se sintió inquieto; no veía gente en la calle y los bares distaban aún muchas cuerdas, podían emboscarlo fácilmente. Llevaba un rifle automático CAR15, tres cargadores de veinte balas cada uno, dos granadas y una pistola escuadra, calibre 45; se le hacía un arsenal reducido, si se metía en dificultades. Sintió un poco de miedo, pero se hizo el ánimo, como tantas veces, y apresuró el paso.

Unos minutos después escuchó el ruido de un motor, se detuvo y lo esperó; era un camión pequeño, tipo jeep, del ejército de Vietnam del Sur, sus aliados. Les pidió un aventón; el camión frenó, y se detuvo el suficiente

tiempo para que Joe se metiera bajo la capota, en la parte trasera. Al entrar vio que no estaba solo, había otros cuatro soldados vietnamitas, sentados en las bancas laterales. Joe esbozó una sonrisa y, con una inclinación de cabeza, saludó. Ninguno de ellos contestó el saludo, le miraban con dureza y mostraban un aire de suficiencia que les quedaba mal; todo lo que traían, incluyendo el camión, lo habían recibido del ejército estadounidense.

La admiración y respeto que Joe sentía por el valor del vietcong, se trocaba en desprecio cuando trataba con soldados del Sur; durante operaciones militares combinadas, en las que participó junto a ellos, no había confiado en su valor y lealtad. Los gringos bromeaban diciendo que pelear junto a los vietnamitas era complicado, porque debían tirar una ráfaga del rifle al frente y otra hacia atrás. La primera contra el vietcong, y la segunda para detener a los vietnamitas del sur que abandonaban sus posiciones y huían. La desconfianza era mutua, y muchas veces llegaba al antagonismo abierto.

Joe mostró indiferencia al no recibir contestación a su saludo; se hundió en el asiento, colocando el rifle entre sus rodillas y se bajó el casco sobre los ojos para observarlos sin que lo notaran. Uno de ellos, sentado directamente frente a Joe, después de cruzar una mirada de complicidad con sus compañeros, adelantó la mano para tomar el rifle de Joe. Bruscamente Joe adelantó el rifle, y golpeó los nudillos de la mano extendida con el pesado deflector del cañón. El soldado vietnamita retiró la mano, emitiendo un gruñido de dolor y, molesto, volteó a ver a sus camaradas. Joe se irguió en el asiento, preparado para defenderse si lo atacaban.

Los soldados lo miraron amenazantes y la tensión subió de inmediato. Joe comprendió que ya no era bienvenido y corría peligro; con frialdad deliberada, tomó una granada de mano que traía colgada en la pechera del chaleco y jaló el anillo, sacando la chaveta de seguridad. Sólo tenía que soltar la manija para que, unos segundos después, la granada explotara. Gritó al conductor que detuviera el vehículo y cuando se detuvo, aprovechó el desconcierto de los soldados para echarse la eslinga del rifle al hombro y, sosteniendo cuidadosamente la granada con la mano izquierda, se apeó despacio, sin dar la espalda y sin perder de vista los movimientos de los ocupantes del camión. Ya en el suelo, de inmediato fue a guarecerse en el dintel de una puerta, hasta que desapareció el vehículo.

Cuando consideró que había pasado el peligro, insertó de nuevo la chaveta de seguridad en la manija de la granada, se la colgó en el chaleco y prosiguió su camino, en medio de la oscura y vacía callejuela. No sabía en dónde

estaba, ni hacia dónde se dirigía, aguzó el oído para escuchar la algarabía de sus compañeros o el ruido del tráfico, pero no escuchó nada, sólo había silencio y oscuridad.

La lluvia aún no cesaba, pero había amainado considerablemente. Joe se acomodó el casco de manera que las gotas no le golpearan directamente los ojos; estaba empapado y sintió frío, no llevaba prenda alguna bajo el chaleco sin mangas, ni calzoncillos bajo los pantalones, hacía tiempo que no utilizaba ropa interior. Comenzó a tiritar, tal vez por el fresco de la noche o por el nerviosismo que sentía al comprender que se hallaba en una situación estúpida y peligrosa.

Mientras más se adentraba en el pueblo, la calle se volvía más solitaria. Podría jurar que lo observaban por las rendijas de las puertas y ventanas al pasar frente a ellas; su cerebro distorsionaba cualquier ruido y lo convertía en sonidos de armas. En un par de ocasiones se volvió de improviso al detectar movimiento, pero sólo se encontraba con soledad y silencio.

Se disponía a cambiar de rumbo cuando escuchó música conocida y vio una luz amarillenta que se escapaba de una puerta, en la cuadra siguiente: se le aligeró el corazón, y con paso rápido se dirigió hacia la luz.

24. MI-LON LA VIETNAMITA

Al llegar al lugar iluminado, Joe vio que se trataba de un bar, y se alegró pensando que seguramente ahí encontraría a alguno de sus compañeros, o por lo menos a soldados estadounidenses, pero se equivocaba. Cuando cruzó el umbral de la puerta, se produjo tal silencio que se le heló la sangre. Se detuvo un momento, para acostumbrarse al resplandor de las lámparas, y luego miró desafiante a su alrededor. No había un solo soldado gringo, era un bar para soldados sudvietnamitas y, en una mesa del fondo reconoció a los cuatro que había dejado en el camión jeep media hora antes. Apretó instintivamente el rifle contra su costado que llevaba preparado para disparar y, aparentando una serenidad que estaba muy lejos de sentir, miró al resto de los parroquianos. Caminando despacio y mostrando seguridad, se dirigió a una mesa vacía en el fondo del bar y junto a una escalera; se sentó en una silla con el respaldo hacia la pared, desde donde podía dominar todo el local. Se había hecho un silencio total desde que entró, sólo se escuchaba la letra de «Girl, You'll Be A Woman Soon» de Neil Diamond.

Una vez que se hubo sentado, la conversación se reanudó en todas las mesas, salvo en la de sus viejos conocidos, quienes lo miraban con rabia y cuchicheaban entre sí. No todos eran soldados rasos, Joe pudo reconocer a un capitán, un mayor, e inclusive un coronel; debía encontrarse en un bar de categoría. Había varias mujeres que, entre bromas y risas, servían a los parroquianos; detrás de la barra Joe vio a una mujer alta y guapa. Tenía la mandíbula cuadrada, pómulos pronunciados y sus ojos tenían rasgos muy orientales, vestía el clásico atuendo nacional: un vestido largo de cuello cerrado, brocado en seda roja. La música era alternada entre sonidos de cimbeles vietnamitas y rock, era una combinación algo confusa para Joe.

Abandonar el local después de haber visto a los soldados que le antagonizaron en el camión hubiese parecido miedo, y podrían haberle seguido para golpearlo o matarlo. Joe colocó el rifle escondido sobre las piernas, manteniendo el dedo índice de la mano cerca del gatillo; la tensión se

había aliviado un poco alrededor de su presencia, y parecía que momentáneamente lo habían olvidado. La chica de la barra no le había quitado los ojos de encima desde que llegó, salió de detrás de la barra y se dirigió hacia él. En el trayecto, Joe buscaba en sus ojos alguna señal de peligro, diversión o lástima, quería encontrar en su mirada alguna señal que le aclarara su situación en ese lugar. Fue en vano, su expresión era inescrutable y, dentro de su inmutabilidad, dejaba adivinar una profunda tristeza.

Cuando llegó junto a Joe, la vietnamita le preguntó en un inglés entendible:

«¿Qué quieres soldado? ¿No andas un poco fuera de tu camino?».

Sin hacer caso de la segunda pregunta, Joe le pidió una cerveza. Cuando ya se iba, recordó que no había comido y tenía hambre, la llamó y le preguntó: «¿Tienes algo de comer?».

«Veré si hay algo», respondió. Al retirarse la chica, Joe se quedó pensativo; existía una prohibición expresa de no probar alimentos vietnamitas servidos por vietnamitas, se habían dado varios casos de envenenamiento premeditado, sin descartar la probabilidad del botulismo originado por enlatados defectuosos.

Es evidente que no es mi noche — se dijo — estoy cometiendo un error tras otro, pero ya ni modo, ahora es importante no perder la frialdad y, con suerte, puedo salir vivo de este enredo.

Al poco rato regresó la chica trayéndole un plato, una cerveza y un pedazo de pan francés; le sirvió sin decir una palabra, y de nuevo se retiró al bar. En el plato había cinco camarones bañados con una salsa roja y arroz blanco. Por el olor, debían ser al mojo de ajo. Comió con apetito, tratando de distinguir algún sabor amargo que pudiera ser algún veneno, pero no le supo mal; los camarones estaban deliciosos y pronto engulló todo con gusto, incluso limpió con el pan la salsa que quedaba. Al levantar la botella para beber, se dio cuenta de que la chica le miraba con intensidad y, al ver que había terminado de comer, regresó a recoger el plato.

«¿Qué haces tú solo, separado de tus compañeros?» le preguntó sin sonreír. «No estoy solo, ellos no tardan en llegar» respondió Joe con seguridad.

Sin creerle, la chica le dijo en un tono confidencial: «Estás muy mojado, sube las escaleras y entra en el cuarto del fondo para que te seques un poco,

ahí tengo un gran ventilador».

«No puedo ir porque llegarán mis compañeros y debemos volver a la base», contestó receloso.

«Sé que no confías en mí, soldado» le respondió la chica, y añadió: «Créeme, estarás más seguro arriba que en este cuarto». Luego se dio la vuelta, haciéndole la seña de que la siguiera.

Joe se levantó y caminó detrás de ella, ante la mirada desconfiada del grupito de soldados que, sin duda, estarían planeando darle una golpiza. Subió las escaleras detrás de la chica y, al llegar a un descanso, se encontraron con un sirviente fornido y armado que les franqueó el paso y recibió instrucciones de la chica. Le dio órdenes de una manera rápida y cortante, y sin esperar respuesta siguió su camino hacia la puerta al fondo del pasillo. Sacó una gran llave y abrió la puerta, invitando a Joe a entrar. El cuarto estaba oscuro, pero la chica alcanzó un foco del techo y encendió la luz.

Al entrar, Joe vio que además de la puerta por la que había entrado, el cuarto tenía una ventana hacia la calle, cubierta con una persiana que parecía bloquear por completo la luz del interior, además había otra puerta al fondo de la habitación. Antes que nada, Joe había estudiado sus rutas de posible escape, en el caso de necesitarlo. Después fijó su vista en el mobiliario: había una cama de latón con un colchón que parecía muy cómodo, un buró de madera con varias piezas de joyería, un cenicero, cigarrillos gringos y cerillos de cartera. También había un desvencijado ropero, que seguramente conoció mejores tiempos, pero se veía de buena calidad; por último una silla y un ventilador eléctrico montado en un tubo alto metálico. La chica encendió el ventilador y se dirigió a la cama para prepararla, para que Joe se acostara. La cama tenía sábanas blancas limpias y una almohada ¡de lujo!, pensó Joe, que no veía una cama desde hacía meses y recordó su lecho diario de barro o acero.

Durante la inspección de Joe, la vietnamita lo había estado observando y al ver su satisfacción, sonrió por primera vez; a Joe le pareció una bella sonrisa.

«¿Te agrada?». le preguntó. «Mucho, —contestó Joe también sonriendo— ya había olvidado cómo eran las sábanas. ¿Es tu recámara?». «Sí, aquí vivo». Después se adelantó hacia Joe con una mano extendida, «D ame tu chaleco y tu ropa, déjame colgarla para que se seque».

Ayudó a Joe a quitarse el pesado chaleco y lo colgó en una alcayata, que

estaba clavada en la pared; dirigió el flujo del aire del ventilador hacia el chaleco, del ropero sacó una toalla y se la ofreció a Joe diciéndole: «Toma, sécate para que no te resfríes».

«Muchas gracias», contestó Joe, tomando la toalla y refregándose la espalda. «Tengo que volver al bar por un rato más, —dijo ella—, ¿estarás bien hasta mi regreso?».

«Sí, estoy bien, gracias», repitió Joe. Quiso añadir algo, pero prefirió guardar silencio y se quedó viendo intensamente a la vietnamita. Al cabo de un momento, en el que la vietnamita había sostenido su mirada, ella se turbó un poco y dirigiéndose a la puerta dijo: «Ahora vuelvo».

«No tardes», dijo Joe, cuando la chica salía y cerraba la puerta con llave desde afuera. Por un momento, Joe se sintió atrapado; no sabía si por el encanto de la vietnamita, o por el clic de la llave al cerrar.

Ya solo, se quitó el casco, los pantalones y las botas y lo acomodó todo en la silla, frente al ventilador. Luego terminó de secarse con la toalla y se deslizó entre las sábanas. Esto es una delicia —pensaba Joe— ¡un colchón y sábanas limpias y frescas! De pronto, antes de abandonarse al placer de la cama, su instinto de conservación le hizo reaccionar y se levantó para analizar la situación en la que se encontraba. Se asomó por la ventana y vio que por ahí podía saltar a la calle, arriesgando una fractura; se quedó un rato observando cómo se despedían algunos parroquianos. Luego pensó que si se sentía inseguro, podía armar mucho ruido con balas y explosiones de granada y tal vez atraer a alguna unidad militar estadounidense. No creía que los soldados sudvietnamitas lo asesinaran, después de todo eran aliados. La pequeña puerta al fondo del cuarto era de metal y estaba asegurada con llave, probablemente era una de las que traía la vietnamita en su llavero. No cabe duda —se dijo—. Los cementerios están llenos de héroes y de idiotas como yo, ¿qué necesidad tengo de andar metiéndome en problemas?

Tomó su rifle, cargadores y granadas y los colocó en el piso junto a él, al lado de la cama junto a la ventana. Luego se volvió a meter bajo las sábanas y se hundió en el colchón, relajando sus músculos y dejándose llevar por el placer físico. Su mente no descansaba al mismo tiempo, seguía siendo un torbellino de dudas, pero desde hacía rato había dejado de utilizar la lógica para disfrutar el momento y seguir una corazonada.

Al cabo de un largo rato, escuchó unos quedos pasos en el pasillo; tomó el rifle y lo apuntó hacia la puerta. Oyó que la llave daba vuelta y, al abrir,

apareció la chica del bar. Sin mostrar sorpresa al encontrarse frente al cañón del rifle, nuevamente cerró la puerta con llave y la dejó sobre el buró. Se quitó los pantalones del pijama de seda y con un rápido movimiento, se deslizó la blusa por sobre la cabeza quedando desnuda, excepto por unas diminutas pantaletas negras. Esperó unos segundos para que Joe la admirara, sabiendo que tenía un cuerpo lleno y sensual que le gustaría al soldado. A Joe se le había caído la quijada al verla desnuda, pensó que era hermosísima: sus senos eran redondos y llenos y su piel muy suave. La chica sonrió una vez más al ver la aprobación de Joe y, delicadamente, se bajó las pantaletas y se deshizo de ellas; apagó la luz y se metió bajo las sábanas.

Los siguientes minutos fueron de éxtasis para Joe, el placer que sentía hacía insignificantes los riesgos que estaba corriendo. La vietnamita sabía hacer el amor y lo llevaba a cabo con una suavidad y delicadeza que Joe se sentía flotar. Muy pronto llegó al orgasmo y, sin poder resistirlo, se desbordó durante unos instantes que le parecieron horas. Después del coito, poco a poco se fue hundiendo en su propio cuerpo hasta quedar inmóvil y exhausto. Para aliviarla de su peso, aunque no se había quejado, se volteó boca arriba, colocando la cabeza de la chica sobre su pecho y bajo su brazo derecho. Luego cayó en un sopor seminconsciente; se sentía muy feliz.

Al poco rato escuchó una voz débil, que parecía venir de muy lejos y le decía: «Yo creí alguna vez que la felicidad se podía alcanzar en la vida... Pero no, la existencia es sufrimiento casi continuo... No recuerdo cuándo le perdí el amor a la vida, probablemente al tener uso de razón... La guerra lo destruye todo... Casa, familia, y afectos. Hace dos años creía que la vida me iba a dar algo de felicidad después de haber sufrido tanto, pero una patrulla de soldados de Vietnam del Sur destruyó ese sueño». Su voz comenzó a temblar y Joe apretó a la chica contra su pecho; dentro de su relajamiento, había escuchado claramente cada palabra y había percibido el odio con el que pronunciara la última frase. Después de una prolongada pausa, prosiguió: «En ese ataque murió mi madre, mi padre había muerto muchos años antes, en la lucha contra los franceses. En el mismo ataque se llevaron a mi novio y al día siguiente apareció muerto y mutilado. Dos días después me uní al vietcong».

Joe estaba alerta, pero no reaccionó a lo último que había dicho la chica; lo sospechaban siempre de todos los civiles y ella había tenido el valor de confesarlo en una situación más que favorable. Por alguna razón tenía la seguridad que, para matarlo en el campo de batalla, pondría la misma pasión que había mostrado al hacerle el amor.

«¿Cómo te llamas?». preguntó Joe. «Mi-Lon, —dijo la vietnamita— ¿y tú?». «Joe Rivera». «Tú no pareces americano, ¿de dónde vienes?». «Soy mexicano, vengo de México». «¿México? —repitió ella sin comprender. «Si eres de México, ¿qué haces aquí?».

«Es una larga historia, vine porque tenía que venir y ahora, lo único que deseo es regresar vivo».

«¿A México?». preguntó Mi-Lon interesada. «A México, a Estados Unidos, ¿qué más da?». respondió Joe.

«¿Te obligaron a venir?». Era una pregunta difícil de responder en las circunstancias en las que se hallaba. «No exactamente». Y explicó: «Tomé la decisión de hacerlo por razones personales que no comprenderías».

«Ojalá sobrevivas, —dijo la chica— pero debes saber que pensamos echar a los americanos de nuestra patria y matar a los malditos traidores en el gobierno y en el ejército de Vietnam del Sur». Lo dijo con tal convicción que a Joe le heló la sangre; mentalmente la comparó con los pusilánimes y venales soldados que estaban en el camión, y que ahora estaban abajo, y supo que el vietcong podría ganar a pesar de la ayuda estadounidense. Luego asimiló que estaba discutiendo de política con una vietcong. Le preguntó provocador:

«¿Tratarías de matarme ahora, cuando me has dado tanta felicidad?».

«De nada serviría» contestó Mi-Lon convencida. «Si te ayudé fue porque los soldados que están abajo en el bar te odian tanto como me odiarían a mí, si supieran que soy vietcong». Luego levantó la cara, que estaba muy cerca de la de Joe y mirándole a los ojos, sonrió y le preguntó: «¿Lo disfrutaste?».

«Intensamente», le contestó, devolviéndole la sonrisa y besándola en la boca.

«Espera, —le interrumpió ella— sigamos platicando, ¿conoces a Ho Chi-Minh?».

Joe se rió abiertamente y bromeó: «¡Claro que lo conozco! Es un viejito de barba rala que causa todos nuestros problemas. Según dicen, es la encarnación del mismo demonio».

«No, no, Joe, tu no sabes nada», contestó Mi-Lon también riendo. «Ho Chi-Minh es un patriota, un héroe, pelea contra los americanos, como antes peleó contra los franceses y los japoneses, para hacer de Vietnam un país libre; es una gran persona».

Incrédulo, Joe le preguntó: «¿Le conoces?».

«Sí, sí le conozco», respondió entusiasmada. «He tenido la gran suerte de estar junto a él durante un par de meses en un campamento de las montañas; es un místico, un gran hombre... un santo».

Joe ya no sabía si interrumpir la plática con otra broma o tomarla en serio. Le pareció curioso que en la extraña circunstancia en la que se encontraba, le dieran una semblanza positiva del archienemigo de los gringos. Siempre había identificado a Ho Chi-Minh con la maldad, el terrorismo, la crueldad y la razón de todos los males de la buena gente de Vietnam del Sur.

«Cuéntame de él, Mi-Lon», dijo Joe con sincero interés. «Cuéntame lo que sabes de él».

La sonrisa de Mi-Lon se dulcificó; ¡Dios, qué hermosa es! — se dijo Joe —, el color de sus ojos es el de la miel. Sus pómulos, al tiempo que eran pronunciados se veían delicados, como toda su piel; sus labios carnosos y su cuadrado mentón le hacían ver como una belleza exótica y mostraban al mismo tiempo fuerza de carácter.

«Ho Chi-Minh», comenzó entusiasmada Mi-Lon, como si fuera a darle una clase. ¿Estaría tratando de cambiarle de ideología?, se preguntó Joe. ¿Sería parte de sus responsabilidades como vietcong? Mi-Lon prosiguió:

«Ho Chi-Minh no siempre fue conocido por ese nombre, cuando comenzó la lucha se le conocía como Nguyen Ai Quoc o Nguyen Tat Thanh. Nació en 1890 y le enviaron a Francia a educarse, cosa común entre las familias ricas en el tiempo de la dominación francesa. En Francia comenzó su carrera política, adhiriéndose al partido socialista, y después al comunista. Participó en el V Congreso de la Internacional Comunista en Moscú. Desde 1925 intervino en la Revolución China, y en 1930 fundó en Hong Kong el Partido Comunista Indochino. Once años después, en 1941, pudo volver a Indochina y fundó el Viet-Minh, destinado entonces a combatir la ocupación japonesa».

Mi-Lon lo miró a los ojos, para saber si Joe le prestaba atención con seriedad; en respuesta él la miró sonriendo, y comenzó a acariciarle los senos. Joe estaba interesado en lo que Mi-Lon le decía, pero su excitación sexual iba en aumento. Mi-Lon le dejó hacer, ya que ella también lo estaba disfrutando, pero, sin perder la concentración, prosiguió:

«Aprovechando la derrota del Japón en 1945, Ho Chi-Minh declaró en Hanoi la independencia de Vietnam, y formó su gobierno, pero Francia no

aceptó su proclama y comenzó la guerra del Viet-Minh contra los franceses. Fue una lucha continua y tenaz hasta derrotarlos en Diem Bien Phu el 6 de mayo de 1954. Estaba al mando el General Gap, el mismo que ahora comanda las acciones contra los americanos. En los acuerdos de Ginebra en 1954, se decretó la partición del país en el paralelo 17 y se demarcó una zona desmilitarizada llamada DMZ. Francia formó un gobierno pelele en Vietnam del Sur y Ho Chi Minh se convirtió en presidente de Vietnam del Norte. Cumplió la mitad del sueño de libertad, pero prometió reunificar Vietnam y por ello, esta lucha».

Mi-Lon comprendió que sería muy difícil seguir manteniendo la atención de Joe; sus manos y su boca le recorrían todo el cuerpo, y le impedían seguir hablando con el aliento entrecortado. Decidió responder a sus avances y se entregó nuevamente a Joe los siguientes veinte minutos. Durante este tiempo no hablaron, sólo se acariciaron con intensidad, pero despacio; el segundo clímax de Joe fue el primero para Mi-Lon y la hizo gritar roncamente, como un animal malherido.

«Debo irme», dijo Joe, después de recuperar la calma; hubiera querido permanecer así para siempre, pero sabía que era sólo un magnífico e imposible sueño. Le dijo a Mi-Lon: «No quisiera irme, pero como tú decías hace un rato, la vida no es felicidad; tuvimos nuestro rato de gloria, y agradezco a la vida haberte encontrado, pero ahora debo regresar a la base y tú debes seguir tu camino. Espero no encontrarte nunca como enemiga; te recordaré como la bella mujer que me dio el momento más feliz que he tenido en Vietnam y cuando vuelva a los Estados Unidos o a México, tu recuerdo me ayudará a reconocer que en el infierno tuve también felicidad» .

Mi-Lon la inmovible se había conmovido, aunque pronto recuperó su entereza. «¿Sabes cómo volver?». le preguntó preocupada.

«No, Mi-Lon, estaba perdido cuando llegué aquí».

«Cuando salgas, sigue a la derecha, dobla una vez más a la derecha y a cuatro cuadras encontrarás la zona de bares a donde van los americanos. Cuídate al salir, no sea que los soldados que estaban en el bar quieran jugarte alguna mala pasada».

Mi-Lon se levantó, en toda su gloriosa desnudez, y fue entregando a Joe su ropa ya seca. Joe se vistió despacio, mientras ambos se miraban, tratando de grabar en su mente ese instante; sonrieron ambos cuando sus ojos se encontraron. Mi-Lon le previno: «Si vuelves a Quang Ngai, no trates de

buscarme».

«Muy bien», asintió Joe, sabiendo que era imposible que se repitiera la experiencia que acababa de tener, pero que nunca la olvidaría.

Antes de salir, Joe sacó de su bolsa del pantalón un rollo de billetes húmedos, serían ochocientas piastras, su reserva del mes, y los puso sobre el buró. Ella lo rechazó, y abriendo el cajón del buró, sacó una fotografía algo maltratada. Se la entregó diciéndole: «Toma, para que me recuerdes alguna vez».

Joe salió al pasillo, y el sirviente fornido lo acompañó a la puerta; en el bar ya no había nadie y estaba cerrado. Al salir, se alejó rápidamente sin mirar hacia atrás, siguiendo las instrucciones que Mi-Lon le diera; el aire fresco de la noche le hacía bien, había dejado de llover y la noche era clara y estrellada. Al mismo tiempo que se retiraba, deseaba regresar a verla en las mismas circunstancias; sin embargo sabía que, si hubiera otro encuentro, tendría un desenlace trágico.

Cuando llegó al área de bares ya no había soldados estadounidenses por lo avanzado de la noche; se encontraba en las mismas circunstancias de peligro que al principio, tal vez mayores por ser de noche y no haber tropas amigas en los alrededores. Sin embargo, desde la calle de los bares le fue más fácil ubicarse, ya que habían pasado por ahí esa misma tarde; se echó a andar buscando las sombras y escondiéndose cuando pasaba algún vehículo o transeúnte. Finalmente llegó al acceso principal de la base, en donde los centinelas le pidieron detenerse y decir el santo y seña; no lo recordaba con todas las emociones de la noche y hubo un momento de tensión, en el que pudo haber sido balaceado por un soldado de gatillo fácil o un novato miedoso. Joe repitió su nombre, grado y número de serie, hasta que fue a reconocerlo un oficial infeliz por haber sido despertado de un profundo sueño. Joe se llevó una reprimenda, pero en su estado de ánimo poco le importó.

En el viaje de regreso a Chu Lai fueron emboscados a unos cuantos kilómetros de su partida; repelieron fácilmente el ataque, pero Joe no dejaba de preguntarse si entre los vietcong no estaría Mi-Lon. En el futuro, en las escaramuzas, siempre recordaría su experiencia, por la que se sentía afortunado, pero no se la relató a nadie para evitar que le juzgaran como amante del enemigo.

25. OPERACIÓN PENÍNSULA

El alto mando militar consideró que había demasiada actividad enemiga en los alrededores de la base aérea de Chu Lai, por lo que decretó que se realizara una operación de «barrido y limpieza» a la que llamarían «Operación Península», con una duración de dos semanas. La operación la llamaron así porque Chu Lai era en realidad una península; su ubicación la hacía fácilmente defendible, excepto por el brazo de tierra que la conectaba al continente. La unidad puntera sería la Tropa F, 17ª Caballería, de la brigada ligera de infantería 196. La estrategia de barrido lo haría la Tropa F, pero tendría el apoyo de toda la brigada. Joe recibió la orden de preparar la salida para el día siguiente de su regreso de Quang Ngai. Saldrían rodeando la Bahía de Chu Lai, para luego barrer hacia el interior de un triángulo formado por los poblados de Tam Ky al norte, Bong Mieu al sur y Chu Lai al sureste.

Con la Tropa F salieron dos brigadas de infantería y una de artillería que servirían de apoyo a la Tropa F. El primer día de avanzada no vieron al enemigo, pero perdieron un carro blindado M113 cuando un proyectil de bazuca perforó uno de sus costados; el vehículo quedó destrozado y hubo ocho muertos y cinco heridos graves, no había salido ileso ninguno de los ocupantes del APC^[18]. Habían comenzado la operación con muy mala suerte, sin importar si tenían buenos resultados en los días siguientes.

Las bazucas son tubos portátiles, que lanzan un cohete parecido al de los morteros; su alcance es de quinientos metros y son letales contra los tanques y vehículos blindados. Cuando la cabeza del cohete golpea en el blanco, se oprime un fusible que lanza un chorro de calor a más de mil quinientos grados, fundiendo hasta $\frac{3}{4}$ de pulgada de acero. Una vez hecha la perforación, casi simultáneamente introduce gases explosivos que se encienden en el interior, a causa del calor generado, y se produce una explosión en cadena con las granadas, explosivos y municiones que se encuentran dentro del vehículo blindado. La conmoción, producida por la explosión, mata de inmediato a los soldados que se encuentran dentro, creando un infierno mortal. Por la razón

anterior, cuando era posible, preferían viajar arriba y no adentro, era más fresco y saludable, las balas no les podían causar tantos daños. El conductor tiene la opción de subir el asiento y conducir llevando la cabeza y los hombros fuera. El comandante del APC coloca una tabla para sentarse sobre el orificio de la escotilla, recargándose en la tapa de acero, y llevando entre las piernas la ametralladora calibre 50; muchos han salvado la vida con esta práctica.

El segundo día, el barrido debía efectuarse en un área cubierta por maizales. Cada predio tenía arbustos delimitando la propiedad y entre cada predio corría una estrecha vereda a un nivel más bajo. De esta manera, los labradores y el vietcong podían desplazarse tranquilamente sin ser vistos, cubiertos por los arbustos a ambos lados de las veredas. Eran territorios difíciles para la Tropa F y para la infantería; caminaban casi a ciegas y podían ser emboscados en cualquier momento. La labor de los exploradores era vital y muy peligrosa, tenían que cruzar cada vereda con sumo cuidado.

El tanque de Joe iba de puntero y él iba caminando frente al tanque, con una ametralladora entre los brazos; se introducía en cada línea de arbustos y cruzaba la vereda con mucha precaución. Luego volvía a pasar los arbustos de la siguiente parcela y se internaba algunos pasos entre el maíz, si no veía peligro, regresaba y daba la señal al tanque, para que abriera una brecha por la que pasarían los demás. Era una tarea lenta y laboriosa, pero muy necesaria.

En una ocasión, al cruzar una de las veredas, alcanzó a ver tres figuras que se escapaban, al otro lado del sembradío; rápidamente corrió detrás de ellos y disparó tres ráfagas, sin dejar de perseguirlos. Dos de ellos habían sido alcanzados de lleno por las balas y los encontró tirados, desangrándose moribundos. El tercero, herido, seguía huyendo. Lo alcanzó a ver cuando se introducía en el siguiente sembradío; disparó de nuevo y siguió la persecución, ya se sentía al límite de sus fuerzas. Mientras tanto, la columna de tanques e infantería se había detenido, esperando que la situación se aclarara.

Encarrerado, Joe saltó al siguiente predio, dio unos pasos y se detuvo bruscamente al sentir, más que haber visto, la presencia del vietcong. Se volteó sobresaltado, girando la ametralladora al mismo tiempo, en posición de disparar; ahí, tirado en el suelo, inmóvil, estaba el vietcong mirándolo amenazador, con una granada antigua, tipo alemán, en la mano izquierda. La pierna izquierda y el brazo derecho tenían posiciones inverosímiles y grotescas, las balas le habían roto los huesos. La mirada del vietcong irradiaba

un odio encendido y asesino, Joe no le disparó de inmediato, porque dedujo que cuando el vietcong soltara la granada, ésta explotaría muy cerca. Hablando muy pausadamente, al mismo tiempo que bajaba la ametralladora, le dijo, sin saber si le entendería: «Si no tiras la granada, llamo a un helicóptero para que te recoja y te lleve al hospital». Hizo hincapié en «helicóptero» y «hospital», palabras muy comunes para ellos. El vietcong no se movía, ni daba señales de haber comprendido.

Con la ametralladora apuntando al suelo, Joe caminó despacio hasta llegar frente al herido. El vietcong no se movía, Joe se agachó y suavemente le quitó la granada. Con un rápido movimiento, la arrojó lo más lejos posible donde, segundos después, explotó. Llegaron algunos soldados de infantería, seguidos por su tanque y luego el Capitán Hankel. Joe le explicó la situación y el capitán ordenó a su radio-operador que solicitara un MEDVAC^[19]. En cinco minutos apareció el helicóptero con la cruz roja y se posó a unos metros de donde se encontraban. Joe había colocado al herido en un poncho de hule, teniendo mucho cuidado para no lastimarlo y causarle dolor; el herido le seguía con una mirada de asombro y ya no mostraba la mirada de odio de unos minutos antes; no abrió la boca para hablar o quejarse. Joe pensó que probablemente sus superiores le habían dicho que si caía prisionero, lo iban a atormentar y a tratar con crueldad, pero no había sido así. Cuando llegó el helicóptero, Joe unió las cuatro puntas del poncho y, con una sola mano, levantó al herido, que era asombrosamente ligero. Al mirarlo por última vez, ya dentro del helicóptero, Joe le sonrió y observó que su mirada se había ablandado e, imperceptiblemente, le había tomado de la mano, dándole un ligero apretón; Joe se sintió conmovido.

Al partir el helicóptero, Joe recibió las felicitaciones del capitán y de sus compañeros, que habían sido testigos mudos de parte del drama que se había gestado frente a ellos. A unos meses de terminar su tour en Vietnam, se sentía respetado, e inclusive admirado; su estatura había crecido ante los ojos de los demás. Kit y Jim se sentían orgullosos de él. Ahora el tanque llevaba dos leyendas, una en cada costado, pintadas por Kit: en el lado izquierdo decía «The Lucky One» y en el derecho «The Path Finder». («El Suertudo» y «El Que Encuentra Caminos»).

A los soldados que estaban cerca de cumplir su estadía en Vietnam se les llamaba «short timers». (De corto plazo) y, desde que Joe comenzó a escuchar que así lo llamaban, de nuevo comenzó a temer por su vida como al principio. Se cuidaba mucho, trataba de evitar los riesgos que unos meses antes le

hubieran parecido una conducta normal. Aún no le habían dado unas vacaciones, llamadas R&R, que le debían haber dado por lo menos dos o tres meses antes, tomó nota de recordárselo al capitán.

Joe nunca supo si el vietcong herido se había recuperado o había muerto, pero se enteró de que cooperó con los interrogadores de inteligencia y, gracias a sus informes, en los días siguientes pudieron descubrir un arsenal y un hospital, así como emboscar a varias unidades enemigas. Joe quiso creer que la información había sido ofrecida voluntariamente, y no obtenida a la fuerza mediante tortura. Le hubiera dolido saber que su gesto humanitario había sido en vano, y que hubiera sido el causante de mayor sufrimiento para el prisionero; de ser así, mejor lo hubiera matado.

Sumido en estos pensamientos, Joe saltó a una vereda oculta para regresar a su tanque. Era una tarde tranquila, después de la mañana tan activa que habían tenido. Al bajar confiado a una vereda, sintió de nuevo la presencia de alguien, o más bien vio algo de reojo que no pertenecía al paisaje. Volteó con rapidez y lo que vio le causó horror, repulsión y malestar: parado contra los arbustos, estaba el cadáver de uno de los vietcong muertos esa mañana. El rigor mortis lo mantenía tieso, le habían colocado una gorra de beisbolista en la cabeza y un cigarrillo entre los labios. Tenía una herida inmensa en el vientre, de la que colgaban los intestinos sanguinolentos, fuera de la cavidad estomacal; un enjambre de moscas y un hedor insoportable completaban el cuadro. Joe escuchó algunas risas de los soldados que celebraban la broma. Enojado, se alejó con paso rápido para limpiar la peste del ambiente. Nunca comprendería la actitud de los que hacían bromas como ésta; aunque quisiera, él sería incapaz de hacer una broma como la que vio, había muchos soldados con la mente retorcida.

La «Operación Península» continuó con éxito y terminó a finales del mes. Joe volvió a la base, sintiendo que regresaba a casa; su catre y su barraca habían sido los mismos durante algunos meses y, cuando podía estar ahí, se sentía cómodo.

26. R & R^[20] EN MANILA

Algunos días después de su inolvidable viaje a Qung Ngai, Joe tuvo otra experiencia agradable que le hizo más llevaderos los períodos difíciles de combate, con los inherentes sufrimientos por los esfuerzos físicos y mentales. Le concedieron su primer permiso para un R & R en Manila; cinco días de vacaciones fuera del área de guerra para hacer lo que quisiera. Los que habían tomado uno antes, sólo hablaban de licores y mujeres y la seguridad de no ser cazados mientras se divertían.

Los R & R se podían tomar en varios lugares del Oriente en donde había cierta seguridad para los soldados revoltosos con síndrome de guerra. Los más populares eran Australia, Bangkok, Singapur, Kuala Lumpur, Manila y Hawai para los casados que quisieran reunirse con sus esposas sin costo del viaje para ellas, o aquellos soldados de familias ricas cuyos padres o hermanos podían costearse un viaje a Hawai desde los Estados Unidos.

Llegó el esperado día y Joe estaba muy emocionado; se reportó con su permiso firmado por un coronel desconocido, en el mostrador de viajeros de la Fuerza Aérea en el aeropuerto de Chu Lai. En medio de otros soldados desconocidos que, como él, estaban sumamente felices e inquietos, abordaron un avión C130 «Hercules» de la USAF, en el que fueron transportados ciento cincuenta millas al norte, a la base aérea de Da Nang, en donde transbordaron a un viejo DC6, también de la Fuerza Aérea, que los transportó novecientas millas a Manila en poco más de tres horas.

El avión era incómodo y ruidoso, pero nadie protestó, porque iba lleno de soldados que llevaban la ilusión de escapar temporalmente del infierno de la guerra, y disfrutar todos aquellos placeres no accesibles, al extremo de perderse totalmente. Y también iban dispuestos a romper todas las reglas posibles porque, ¿qué les iban a hacer? ¿Enviarlos a la guerra? El avión no llevaba sobrecargos, sólo algunos sargentos de la fuerza aérea que les repartieron cajas de raciones «C» para que comieran antes de llegar a Manila.

Uno de ellos, el de más autoridad, tomó un micrófono y les pidió silencio a través de las bocinas en el compartimento de pasajeros. Después les leyó una hoja en donde se encontraban las reglas que debían seguir durante sus vacaciones:

«¡Presten atención, soldados! Las prostitutas que van a encontrar en Manila pueden estar enfermas, no queremos que salgan de combatir VC (vietcong), para que vengan a combatir VD (enfermedades venéreas), sólo contraten chicas que tengan identificación vigente, expedida por la Embajada de los Estados Unidos en Manila. Éstas han sido revisadas e inyectadas y no tienen enfermedades contagiosas. Las encontrarán en cualquier bar de Manila, excepto en algunos, que hemos enumerado, y los que han sido declarados «prohibidos» por ser inseguros para el personal militar. Algunos jóvenes filipinos son agresivos con los soldados estadounidenses, y saben pelear; cuídense, nunca anden solos. Antes de bajar del avión, escojan a otros dos compañeros para que formen grupos de tres, y sean inseparables durante sus cinco días de estancia en Manila.

También les adjuntamos la lista de hoteles con los precios, para que no escojan alojamiento fuera de su alcance económico. Entre tres de ustedes pueden contratar un auto con chofer durante cinco días, las veinticuatro horas al día, por sólo ciento cincuenta dólares. Una chica, también contratada por veinticuatro horas, cinco días, les costará entre ciento cincuenta y trescientos dólares. No paguen más, ninguna vale más de eso, además tomen en cuenta los gastos de comida, bebida y diversión. No queremos verlos venir a la base a pedir prestado, no prestamos dinero. Si se les termina su dinero antes de cinco días, en la base podrán disponer de un catre y tres comidas diarias seguras hasta que tomen su avión de regreso, exactamente dentro de cinco días».

Lo primero que hizo Joe fue escoger a sus compañeros; los que tenía cerca de él le parecieron bien y pronto estuvieron de acuerdo. Al Robson era un güero corpulento que venía de Minnesota, estaba con los infantes de marina y se veía temible como enemigo; Chuck Morrison era un aceitoso de Nueva York, esbelto y de piel apiñonada, tenía el pelo negro y un bigotito delgado, muy cuidado, con un complejo de Don Juan. Como Joe, Chuck estaba en el ejército. Joe pensó que tenían la combinación perfecta: Chuck como enganchador, Al como guardaespaldas y él planeando y administrando su estadía.

Entre los hoteles de la lista, escogieron el Hotel Presidente de cuatro

estrellas, no era muy lujoso, pero suficientemente bueno para sentirse seguros. Joe hizo cuentas en su cabeza: traía seiscientos cincuenta dólares; trescientos para la mejor chica que pudiera encontrar, cincuenta para el taxi que compartiría con los otros dos y ciento veinticinco para el hotel, sumaban cuatrocientos setenta y cinco dólares de gastos fijos, sólo le quedarían ciento setenta y cinco para comida, bebida y diversión... No le alcanzaría; decidió que no gastaría más de doscientos dólares en la chica, aunque no estuviera muy bonita, al fin que — razonó Joe — las feas, por lo general, están menos manoseadas y son más apretadas, porque no las seleccionan tan frecuentemente como a las bonitas. Además no la va a ver ningún conocido, la quiero sólo para coger como loco, sin exhibirla mucho. Al y Chuck hicieron sus propias cuentas, y estuvieron de acuerdo en el hotel y dar su parte para la contratación del taxi.

Tan pronto como llegaron al hotel, pidieron tres cuartos juntos y contrataron a uno de los taxis que estaban al frente antes de instalarse. En media hora se reunieron en la recepción con Manuel, el chofer, y le dijeron que los llevara a los bares que tuvieran las mejores chicas para contratarlas. Manuel les aseguró que tenía mucha experiencia y les prometió que con su ayuda encontrarían lo mejor que Manila pudiera ofrecer. Manuel estaba al tanto de las reglas militares y les dijo que con él estarían seguros durante los cinco días; también sabía la lista de los bares prohibidos y se los recitó de memoria. El auto de Manuel era un viejo Buick, pero con mucho espacio para acomodar tres parejas, además del chofer: cuatro atrás y tres adelante.

Manuel les preguntó si querían comenzar con un recorrido de la ciudad, los tres respondieron que no, ya tendrían tiempo para eso, lo más importante era conseguir sus novias. Recorrieron tres centros nocturnos y todos parecían iguales, muy oscuros, música ruidosa, tenían que hablar a gritos. El tipo de música era una mezcla de los éxitos gringos del momento: Little Richard, Beach Boys, Doors, Mamas and Papas, etc., de vez en cuando metían música latina como «La Cucaracha». Había una chica que cantaba: «*Black is black, I want my cherry back*». (Negro es negro, quiero mi virginidad de vuelta). «Black Is Black» es una canción de Los Bravos que tuvo mucho éxito.

Cada bar tenía decenas de mujeres, la mayoría con pareja; las solas se acercaban y trataban de interesarlos con la misma letanía de amor fogoso, limpieza y salud. En el primer bar Al escogió una mujer delgada, muy plana, demasiado flaca para el gusto de Joe, que se llamaba Luana. En el segundo bar Joe encontró a una chica de buen cuerpo, aunque un poco burda de

facciones; parecía una campesina y se llamaba Cita de León. Joe le aseguró un pago de ciento cincuenta dólares por los cinco días, más cincuenta si quedaba satisfecho, o sea, los doscientos que había presupuestado. Cita aceptó el trato, con la condición de que le permitiera visitar a sus dos hijos pequeños durante cuatro horas diarias, a la hora que Joe decidiera; se le hizo justo y aceptó. Chuck encontró su novia ideal en el tercer bar que visitaron: una mujer muy guapa y con un cuerpazo. Sin duda se llevó la mejor de las tres, pero le costó trescientos dólares y se llamaba Tera.

Solucionado su problema de compañía, se apretujaron en el amplio y viejo Buick y le pidieron a Manuel que los llevara de regreso al hotel, para disfrutar con sus flamantes novias. Al llegar, le dijeron a Manuel que lo verían por la mañana, que podía irse a casa, porque no pensaban salir el resto del día y la noche. Manuel, muy profesional, les respondió que lo habían contratado por veinticuatro horas durante cinco días y estaría afuera, en su auto, las veinticuatro horas durante cinco días, para cuando quisieran salir todos o por parejas; también les dijo que podían mandarlo a comprar licor, comida o lo que quisieran, estaba a sus órdenes.

Joe acertó al escoger a Cita; era madura, con muy buen cuerpo ya desnuda, mejor de lo que él esperaba, lo mimó como si fuera su esposa y madre a la vez. Sabía todos los trucos de la profesión, y tenía un carácter alegre y sumiso; en un par de horas lo dejó exprimido, listo para pedir la cena al servicio a cuartos, y dormir la primera siesta de la noche. Tendrían coitos más tranquilos y satisfactorios dos veces más, antes de que les sorprendiera el nuevo día.

Pronto se dio cuenta de que las otras dos eran violentas y de carácter muy disparejo; casi a diario les causaron problemas a Al y a Chuck. Durante las ausencias de Cita, Joe consiguió encontrar el momento para acostarse con Luana y Tera. No estaba seguro, porque nunca lo comentó, pero creía hacerlo con la aprobación tácita de sus compañeros. Por lo general estaban dormidos o muy cansados viendo la televisión para prestarle atención cuando se las llevaba a su cuarto. Decididamente la mejor pieza era Tera, pero debía ser muy cansado lidiar con su mal humor por tanto tiempo. Al tercer día Cita se enteró de lo que hacía Joe en sus ausencias, y le armó una bronca.

«¿No te soy suficiente?». le reclamaba, al mismo tiempo que le golpeaba con una almohada. «¿No te satisfago lo suficiente, para que tengas que ir a buscar a esas degeneradas?».

«¡Espera, espera!». le contestó Joe, al mismo tiempo que se defendía de los ataques de Cita. «No te he jurado amor eterno y exclusivo, y obviamente me quedan energías para gastar, además la variedad siempre renueva el vigor».

«¡Ojalá no tuviera que dejarte solo, a merced de esas arpías!». respondió más calmada, pero en actitud entre llorosa y suplicante.

«¿Sabes lo que dirán esas víboras? Que no puedo satisfacer enteramente a un hombre, las muy coquetas».

«No te preocupes, Cita, no lo vuelvo a hacer. No pensé que te afectara tanto, lo hice sólo por no dejar pasar la oportunidad que me ofrecían. Tú sabes que una mujer tiene más cuerda que un hombre pero, cuando se los propuse, no creí que aceptaran y ya ves, sí aceptaron. Tal vez lo hicieron para molestar a Al y a Chuck, con quienes siempre están peleando. Ojalá no se los digan, no quisiera tener un problema con mis compañeros».

«Prométeme que no te acostarás con ellas de nuevo» quiso tener la confirmación de Joe. «Tú sabes que debo atender a mis dos pequeños». Luego añadió haciendo una mueca maléfica, «De hoy en adelante no te voy a dar cuartel; te dejaré exhausto y exprimido antes de salir. Vas a estar tan cansado que aunque se te ofrezcan esas busconas, no se te podrá parar, y yo estaré de vuelta cuando te comiences a recuperar».

«Mejor invítame a conocer a tus «peques», ¿qué te parece?». Con este comentario desarmó completamente a Cita, dejó de parecer beligerante y se le dulcificó la expresión.

«¿En verdad te gustaría conocer a mis hijos? —y añadió dubitativa— Ten en cuenta que el barrio en el que vivimos es muy feo, a lo mejor no te sientes cómodo».

«Lo feo del barrio no me importa, déjame juzgarlo por mí mismo. Mañana nos vamos los dos a tu casa, así podré conocer a tus hijos y cocinarás para mí».

Cita accedió, aunque no muy convencida de que el plan fuera a funcionar, se sintió conmovida por el interés de Joe en sus hijos y en su vida. El resto del día lo pasaron visitando la ciudad, como se los había sugerido Manuel el primer día. Le gustó a Joe, era una mezcla de una ciudad mexicana y oriental, no se sintió tan extranjero como en Vietnam. Al pasar por un barrio residencial de buen nivel, vieron un edificio moderno, llamado «Bolerama», y

decidieron entrar para jugar boliche con sus compañeros y parejas. El boliche, como en los gringos, tenía un área de restaurante, en donde podían comer hot dogs, Coca Colas y cervezas San Miguel, muy buena para el gusto de Joe, además se las daban bien frías. Joe se sorprendió de los nombres en español, e inclusive algunas personas a su alrededor lo estaban hablando. Se acercó a un grupo que a primera vista parecía latino, estuvo hablando con ellos en español. Le informaron que no eran mayoría, pero que había un grupo selecto de personas de abolengo, nativas de Filipinas, desde que era una colonia española. Le explicaron que había tres idiomas: el español, el chino y el filipino, que era una mezcla de los dos.

Ese día regresaron temprano al hotel, ya no sentían la necesidad extrema del sexo, como al principio. Ya parecían matrimonios, dos desavenidos, peleando todo el tiempo, mientras que el de Joe era más tranquilo y amigable. Se tomaron una copa en el bar del lobby del hotel, antes de recogerse en sus cuartos. Con tristeza recordaban que solamente les quedaban dos días de paraíso, antes de regresar al infierno.

Por la mañana se reunieron y todos querían ir a nadar y a asolearse en la playa. Manuel los llevó a la Bahía de Manila, excepto a Joe y a Cita, que tenían el plan de visitar a la familia de Cita, y también los llevó a ellos. En el camino pasaron por una tienda, en donde Cita compró lo que necesitaría para la comida. Joe compró algunos chocolates para los niños, Cita le explicó que eran aún muy pequeños para apreciarlos, nunca los habían comido. Manuel le dio algunas recomendaciones a Joe, sobre todo que no saliera a caminar por los alrededores, que se estuviera adentro de la casa de Cita y que él volvería a recogerlos a las tres de la tarde.

La casa de Cita era casi una choza; las paredes eran de tablones de madera, ennegrecidos por las lluvias, el techo estaba cubierto de hojas de palmera y la vivienda había sido construida junto a un brazo de mar. No desentonaba porque todas las de alrededor eran parecidas, algunas con paredes de bloques de hormigón, pero la mayoría de madera. El olor de toda el área era una mezcla de sal marina, pescado y vegetales en descomposición; no era extraño para Joe, ya que era muy común en Vietnam. Dentro de la casa había un solo cuarto con una pequeña cocina en una esquina de la entrada, con un fogón de carbón y petróleo; también había un pequeño baño al fondo, muy primitivo y sin puerta, pero con una ventana al exterior. Al entrar, Cita se sintió cohibida y un poco avergonzada por la pobreza de la casa, le había contado a Joe que había llegado del campo un par de años antes, al ser

abandonada por el marido. Joe actuó como si nada pasara, y pronto la hizo sentir mejor. Antes que a los niños, Cita le presentó a su madre, quien cuidaba de sus hijos. La madre no se mostró muy amigable, miraba a Joe con mucha desconfianza; durante toda su estancia no le dirigió la palabra y siempre le miraba recelosa. A Cita la reprendió en tagalo por haber llevado a un extranjero a su casa.

Cita se sentía feliz y no le dio importancia a las recriminaciones de la madre. Le mostró a Joe una cama, en donde se encontraban sentados un niño y una niña, ambos de dos o tres años. Sus facciones eran bonitas y sus caras vivarachas, con ojos muy grandes; se parecían a Cita, pero eran más bonitos. Joe les ofreció las barras de chocolate que tomaron, pero le miraban con el mismo recelo de la abuela. Por unas horas, Joe fue testigo de la vida familiar de Cita: bañó y vistió a sus hijos y luego se pusieron a jugar con Joe, mientras Cita cocinaba. La comida fue muy simple, un caldo con fideos, pescado frito y al lado unos rollos, también fritos, pero que le parecieron deliciosos a Joe por el sabor y la textura. Cita le explicó que eran corazones de palmito envueltos en huevo. De postre le ofrecieron un arroz cocido en leche y con azúcar, delicioso; para beber le dieron una cerveza San Miguel, que aparentemente era la única o la mejor que se producía en Manila. Cita no era una gran cocinera, pero Joe comió con gusto y abundantemente.

27. RENCUENTRO CON MI-LON

Al día siguiente de que Joe regresó a su tanque, por la tarde pasó a visitarlo el Padre Mac Chester, sacerdote católico a cargo de la iglesia de la base; era un sacerdote muy joven y con poca experiencia, pero agradable y de buena voluntad. Por alguna razón le gustaba platicar con Joe, aunque no fuera muy religioso, ni siquiera se confesaba.

«¡Hola, Joe! ¿Cómo te fue esta vez? ¿Regresaste vivo y en gracia de Dios una vez más?». «Bueno, Padre, —contestó Joe con humor— vivo sí, como usted lo puede ver, pero en gracia de Dios, quién sabe».

«¡Ah, qué Joe! ¿Sigues sin querer confesarte?».

«Mire, Padre, me disponía a salir para ver un capítulo de Batman en la pantalla del comedor, pero si tiene deseos de platicar, en esta ocasión me sacrifico».

«¡Seguro, Joe! Quisiera platicar contigo, quien sabe y quiera Dios iluminar a esa dura cabeza el día de hoy, y salga yo de aquí con un converso más». Joe rió de buena gana, e invitó al padre a sentarse en una cómoda silla de descanso.

«A propósito, Joe, ¿cómo te fue en Manila?».

«Muy bien, Padre —y riendo, añadió irrespetuoso— eyaculé tantas veces que creí que los sesos se me iban a salir por la escopeta».

«¿Y qué más hiciste?, ¿visitaste alguna iglesia? En Manila hay algunas preciosas».

«No, Padre, no tuve tiempo de visitar iglesias».

«Joe —dijo el padre ya más serio— tú me intrigas; tienes una educación religiosa, mejor que la media, y vienes de un país católico por excelencia. Me dicen que en México el noventa y nueve por ciento son católicos, como en Irlanda, y la devoción a la Virgen María, encarnada en la Virgen de

Guadalupe, es muy grande».

«Sí, Padre, todo eso que ha dicho es verdad, además yo fui muy religioso en mi niñez y parte de mi adolescencia, pero la religión católica me decepcionó, y no me dio las respuestas que buscaba al volverme adulto».

«¿Te decepcionó? ¿Por qué? ¿Cuáles son las respuestas que buscabas?».

«Mire, Padre, me crié en un medio, y dentro de una familia de católicos fanáticos. Crecí lleno de miedos y amenazas; miedo al infierno, al diablo, al pecado, al sexo, a las mujeres y a la pobreza. En general, miedo a madurar y al futuro. Las respuestas que buscaba eran relativas y quería eliminar esos miedos dentro de la religión. Al no encontrar las respuestas dentro, encontré las soluciones fuera de la religión».

«¿Y te sientes en paz y satisfecho ahora? ¿Te sientes tranquilo como para presentarte a tu creador si mueres esta misma noche?».

«El cura de mi pueblo decía que queremos vivir sin Dios, pero cuando sentimos la muerte cerca todos ansiamos estar cerca de Él. Tenía miles de historias apócrifas para reafirmar lo que predicaba: he estado junto a la muerte muchas veces durante mis diez meses en Vietnam y sólo en una ocasión invoqué a la Virgen de Guadalupe, porque coincidió que el día doce de diciembre, día en que se celebra en México las apariciones de la Virgen de Guadalupe, fue el día de mi primera batalla en Vietnam».

«O sea que tú mismo comprobaste que cuando tu voluntad se debilitó acudiste a la Virgen».

«Puede ser cierto lo que dice, Padre, sin embargo, he tratado de mantener una voluntad fuerte para no depender de la religión. Quizás algún día cambie mi manera de pensar, pero por ahora pienso sobrevivir esta guerra y regresar al «mundo real» sin ayuda de la religión. No pienso complicarme la vida cuando sólo me faltan dos meses para salir de este infierno».

«El infierno lo traemos dentro cada uno de nosotros, Joe; no es necesario estar en Vietnam».

«Sí, Padre, y yo traía un infierno dentro cuando me debatía en los miedos del pecado, ya lo superé, ahora casi no tengo temores y me siento muy a gusto. Estoy resignado a morir, si me toca, o a rehacer mi vida, si sobrevivo».

«¿Qué piensas hacer cuando regreses a tu casa en Los Ángeles?».

«Aún no lo sé, Padre, es muy prematuro planear si no tengo la vida

asegurada, quizás volver a México a casarme. Si me quedo en los Estados Unidos, el Presidente Johnson puede buscarse otra guerrita como ésta, y de nuevo, allá va Joe Rivera, ¿no cree?»..

Riendo del comentario de Joe, el Padre se levantó para marcharse. «Ve y tómate una cerveza, Joe, trata de ser un hombre recto y quizás Dios se apiade de ti, y te devuelva la gracia de la fe; tendremos otra plática antes de que te marches de Vietnam». Diciendo esto, el Padre Mac Chester se levantó y se fue, dejando a Joe pensativo. Pronto se olvidó del Padre, fue a ver un capítulo de Batman en el comedor y se tomó unas cervezas en el bar. Luego, más relajado, se fue a acostar para dormir y preparase para la asignación del día siguiente.

El tanque que comandaba Joe subía penosamente la vereda que los llevaría al puesto de observación Alfa, el más lejano a la base. Aun cuando formaba parte de la línea defensiva exterior, se encontraba considerablemente más alejado, sobre el dorso de una elevación que se extendía como punta de lanza en la cordillera montañosa.

Dentro del tanque había el ruido ensordecedor de siempre; Jim, Kit y Joe hablaban entre sí a través de la radio de los cascos. «Parece que tendremos otra noche de aburrimiento y sin cerveza», comentó Jim, refiriéndose a la poca actividad que comúnmente tenían en el puesto de vigilancia Alfa.

«Yo tengo mi lámpara y dentro del tanque puedo leer tranquilamente», dijo Kit, en contestación al comentario de Jim.

«Podemos comenzar una partida de póker con los de infantería, —prosiguió Jim— yo creo que fácilmente tendremos voluntarios para una quarteta, ¿te apuntas Joe?»..

«Es muy difícil jugar póker en la oscuridad —respondió Joe— tú conoces las reglas...».

«¡Diablos! —exclamó Jim— siempre las reglas, los VC saben exactamente en dónde estamos».

«Es cierto, —dijo Kit— pero les ofreces un blanco más fácil si pueden distinguir las siluetas».

«Entonces yo pido la primera guardia, no podría dormir tan temprano», dijo Jim resignado.

«¿Por qué no platicas con los de infantería, Jim? A lo mejor aprendes

algo», comentó Kit socarronamente.

El puesto de observación Alfa tenía, además de la casamata fortificada con costales de arena en el techo, una torre de madera de cuatro metros de altura rematada por una pequeña explanada en donde cabían ampliamente dos guardias con el equipo de vigilancia como catalejos y rifles. Siempre se había dicho que las torres eran muy vulnerables a los ataques con cohetes, e incluso a francotiradores, por estar su silueta tan recortada en la cima de las montañas; sin embargo, resultaban de mucha utilidad. En la parte superior había un tablado con paredes protegidas con costales de arena, y sobre un parapeto tenían montado un telescopio de rayos infrarrojos. Desde esa altura se podía dominar una distancia de varios kilómetros, cubriendo visualmente la mayoría de los caminos y veredas que el vietcong utilizaba para atacar la base aérea de Chu Lai en el pasado. El enemigo podía ser avistado en la oscuridad sin que lo sospecharan; también podían mantener bajo vigilancia a las propias patrullas nocturnas que eran enviadas a emboscar al vietcong y eran colocadas a sólo unos cientos de metros de la línea defensiva. Si desde la torre veían que alguna patrulla estaba en aprietos, podían montar un plan de rescate en muy poco tiempo.

Aun cuando siempre había seis soldados de infantería en el puesto Alfa, cada noche se enviaba un tanque o un APC de refuerzo, para el caso de un ataque. Al tanque lo posicionaban de tal manera que su cañón pudiera maniobrar lateralmente en ambos sentidos, cubriendo todo el frente. En ocasiones disparaban tiros de práctica sobre blancos sospechosos, previo aviso a la base, para que no creyeran que había un ataque enemigo.

La primera guardia de Jim transcurrió sin novedad y Joe, a quien le tocó la segunda, subió a la torre para platicar con el vigía.

«¡Hola! Me llamo Joe. ¿Cómo se ve el terreno esta noche?», preguntó amigable.

«Me llamo Jack —contestó el vigía, y ansioso añadió: «Qué bueno que subiste, porque estaba a punto de bajar para hablar con el sargento y con ustedes. Hay movimientos sospechosos muy cerca de una patrulla que se encuentra directamente al frente de nosotros. Ya di aviso a la base por radio y ellos a su vez, han tratado de alertarlos, pero la patrulla no da señales de haber recibido el aviso de alerta».

Aun cuando la patrulla lleva radio, no se puede utilizar abiertamente porque el ruido pondría sobre aviso al enemigo, y rompería la efectividad de

una emboscada. En estos casos, sin hablar, se abre la frecuencia de la radio tres veces consecutivas en señal de alerta; el radio-operador debe darse por enterado abriendo a su vez la frecuencia en dos ocasiones, indicando así que ha recibido la señal de peligro.

«Déjame mirar —pidió Joe—, pero antes coloca el telescopio exactamente en el lugar que detectaste el movimiento enemigo».

En cuanto Joe pudo adaptar la vista al telescopio, vio como un área oscura se iluminaba con un color verde y todo se aclaraba, como si fuera de día. En efecto, pudo comprobar que había varias figuras en movimiento.

«¿En dónde está la patrulla, Jack?».

«A la derecha de la zona que estás viendo, a unos trescientos metros», contestó. «¿Quieres que te la localice?».

«No, déjame ver si yo puedo hacerlo». Joe recorrió el área hacia la derecha y sin mucha dificultad localizó a la patrulla, que parecía estática y mal posicionada. De nuevo recorrió el lente hacia el enemigo, y pudo comprobar la poca distancia que había entre ellos.

«¿Quién está a cargo de tu grupo?». preguntó Joe. «El Sargento Rivers» contestó Jack. «Despiértalo, y dile que venga de inmediato».

Mientras llegaba el sargento, Joe siguió el movimiento enemigo con atención, y comprobó que era un contingente de más de veinte hombres. Cuando llegó el sargento, Joe le explicó la situación: ya es tarde para dar aviso a la patrulla sin alertar al vietcong, les van a caer en menos de veinte minutos, tenemos que movilizarnos de inmediato. «¿Qué le parece, Sargento, si tres de sus hombres vienen conmigo para reforzar a la patrulla? Voy a dar instrucciones al tanque para que comience de inmediato a disparar al enemigo, y retrasarlos. Mientras tanto, aquí Jack lanzará luces de bengala para hacer más fácil nuestro desplazamiento, y alcanzar a la patrulla con mayor rapidez; espero que con tanto alboroto despierten y se den cuenta de lo que está pasando». Se volvió hacia Jack y le pidió «No los pierdas de vista, y pide refuerzos al puesto Beta».

El sargento y Joe bajaron rápidamente a despertar a los demás, y a dar instrucciones a Jim y a Kit. En menos de cinco minutos ya estaban en camino con paso veloz, ayudados por la luminosidad que se desprendía de las luces de fósforo al bajar suspendidas de sus pequeños paracaídas. Cuando el grupo vietcong recibió el primer cañonazo, comprendieron que habían sido

descubiertos. En vez de detenerse y cubrirse, se adelantaron rápidamente para tomar por asalto a la patrulla estadounidense.

Joe, el sargento y los tres soldados de infantería estaban a más de quinientos metros de la patrulla cuando vieron que se abrió el fuego en ambos bandos. Al escuchar el estruendo inicial, que por lo general es el más intenso, se detuvieron a tomar aliento y protegerse; no sabían con seguridad hacia donde se dirigía el fuego, y si pudiera alcanzarlos. Dos minutos después, prosiguieron la carrera hacia la posición de sus compañeros; para entonces ya se había roto el silencio de la radio, y la patrulla estaba avisada de que llegarían refuerzos por la retaguardia.

Al acercarse advirtieron que la acción de rescate no había sido suficientemente rápida, y que la patrulla había sido arrasada. Abrieron fuego con las ametralladoras apoyadas en la cadera, al mismo tiempo que corrían hacia el centro de la batalla, pero el enemigo ya estaba sobre ellos.

Todo había pasado tan rápidamente, que después tuvieron dificultad para reconstruir los hechos. El vietcong no sólo había arrasado a la patrulla, sino que el grupo de rescate de Joe había sido barrido con ametralladoras AK47, y varios cayeron al mismo tiempo. Al ver caer a un soldado a su lado, Joe se agachó para asistirlo y, cuando volvió la vista hacia arriba, se encontró con dos vietcong parados apuntándole con armas largas, a menos de un metro de distancia. Viéndose perdido, tiró el rifle al suelo y, sin saber lo que le esperaba, siguió ayudando al soldado que tenía heridos un brazo y el hombro izquierdos.

Desde su posición, arrodillado junto a su compañero, escuchó como los gemidos de los demás eran acallados con ráfagas de ametralladora; tuvo la certeza de que su suerte se había terminado y moriría en cualquier momento. Se sorprendió cuando tres vietcong se acercaron y con lujo de violencia, les hicieron incorporarse, desarmándolos y despojándolos de cuanto llevaban; pasaron cordeles sobre sus hombros y cuello, y tiraron de ellos para hacerlos abandonar el área del conflicto lo más pronto posible.

Caminaron durante tres horas, el compañero de Joe cayó varias veces y fue levantado a puntapiés y obligado a seguir la marcha. Finalmente llegaron a una base de operaciones del vietcong; había varias chozas y más de un centenar de individuos. A Joe y a su compañero los metieron a una de las chozas de paredes de barro y techo de hojas de palma, y los hicieron sentarse en el suelo, de espaldas uno con otro, después los ataron y los dejaron solos.

Joe se sentía desfallecer y le vino bien el descanso; no comprendía cómo su compañero había soportado caminar hasta ahí estando herido, no sabía quién era, pertenecía al grupo de infantería y por la oscuridad y el silencio no había podido verle o preguntarle nada.

Al amanecer, cuando ya comenzaba a adormilarse por el cansancio, entraron varios soldados y dieron varias veces la vuelta alrededor de ellos, estudiándolos con detenimiento; su compañero no se movía, tal vez se desmayó — pensó Joe — que no tenía energías ni para alzar la cabeza.

La procesión de los vietcong alrededor de ellos continuó por más de media hora; entraban por un hueco en la pared, que hacía las veces de puerta y después de dar una vuelta alrededor de ellos, como si trataran de reconocerlos, salían por otra puerta en el extremo opuesto de la choza; después, los dejaron solos de nuevo. Joe aprovechó para hablar con su compañero, pero no contestaba. Trató de reanimarlo a empujones, pero fue en vano; no daba señales de vida.

Minutos después entraron dos soldados, los desataron, y se llevaron el cuerpo inerte de su compañero; a él volvieron a atarle las manos por la espalda, luego le amarraron los pies con la misma cuerda. Joe cayó de bruces y se llenó la cara de polvo, escupiendo para arrojar el que se le había metido a la boca. Logró recostarse, sobre uno de sus lados. Permaneció durante horas en una posición muy incómoda; las manos comenzaron a hormiguearle por falta de circulación, las ataduras estaban demasiado apretadas. Trató de mover las manos para evitar que se le durmieran, y al mismo tiempo aflojar las cuerdas; la presión se alivió un poco, pero Joe sabía que así no aguantaría por mucho tiempo.

Después de un lapso de tiempo, que a él le parecieron horas, vinieron a desamarrarlo y soltarlo; lo dejaron solo, ya sin ataduras. Joe no comprendía lo que estaba pasando. A los pocos minutos le trajeron agua y arroz en un cuenco de barro; bebió ávidamente, pero despreció el arroz, que olía apestoso. Se sentó y se acomodó, con la espalda contra la pared de la choza, y se cubrió la cara con las manos, sollozando. De pronto sintió una presencia junto a él, alguien había entrado en el momento en el que se cubrió la cara.

«¡Hola, Joe!», dijo una voz femenina.

Joe levantó la vista y miró por largo tiempo a una mujer vestida con un pijama negro. La reconoció finalmente, era Mi-Lon, la vietnamita que había conocido en el bar de Quang Ngai, y de quien guardaba un recuerdo feliz en

medio de aquella noche peligrosa. La recordaba como un hada o un ángel maravilloso y hermoso. Lo improbable había sucedido: se habían vuelto a encontrar.

«¿Me reconoces, Joe? Soy Mi-Lon», le dijo llorosa. «¿Por qué traías esto en tu bolsillo?». al tiempo que le mostraba un papel arrugado.

Joe no comprendió lo que le preguntaba, y la miró confuso: «¿Qué haces aquí, Mi-Lon? ¿Cómo es que estás aquí? ¿Participaste en el ataque?».

Mi-Lon se arrodilló junto a él y le tomó las manos, sólo entonces reconoció el papel arrugado que le mostraba MI-Lon, era la foto que ella misma le había dado, seguramente la habían encontrado al vaciarle los bolsillos.

«¿Por qué estas aquí, Mi-Lon?»., volvió a preguntar Joe.

«Me encontraron en un campo de adiestramiento, a veinte kilómetros de aquí, y fueron a traerme; uno de tus captores me reconoció en la foto que llevabas en el bolsillo». Luego añadió acusadora: «Me han interrogado durante horas, querían saber por qué un soldado americano lleva mi foto en su bolsillo».

«¡Pobre Mi-Lon! —le dijo Joe cabizbajo—, en buen lío te he metido».

«Eso no importa ya, les he contado la verdad... bueno, casi toda la verdad. Les conté que te salvé de los soldados sudvietnamitas que son nuestros enemigos, y que te querían matar; te escondí en mi cuarto y tú robaste la foto».

«Mi-Lon, ¿qué van a hacer conmigo?».

«No lo sé todavía, Joe, quisiera no haberte encontrado de nuevo», Mi-Lon lloró quedamente, mordiéndose los labios. «Haré lo que pueda a tu favor, aun cuando mi credibilidad está a prueba; entre nosotros la traición se paga con la muerte».

«Mi-Lon... Mi querida Mi-Lon» dijo Joe apesadumbrado. «Te he recordado tanto, y con tanto cariño... No quisiera que sufieras por mí: me echaré toda la culpa aunque me maten, déjame hablar con ellos».

«No, Joe, no ayudaría en nada, ahora tengo que dejarte».

Joe se incorporó para tomarla entre sus brazos, pero adivinándolo, Mi-Lon se retiró al tiempo que le decía: «No, Joe, nos están vigilando... me causaría problemas».

«Mi-Lon, te amo, te recuerdo y quisiera verte de nuevo; me queda poco tiempo en Vietnam, escápate conmigo».

«No sigas diciendo tonterías, Joe, —le reconvino Mi-Lon al tiempo que se incorporaba— «Yo tampoco te olvidaré; ahora mantente quieto y no hables demasiado».

Con un nudo en la garganta y reprimiendo el deseo de levantarse e ir tras ella, vio cómo Mi-Lon le daba la espalda y salía de la choza. Ya solo, estuvo recordando la noche en la que la conoció; recordó su cuerpo y la felicidad que le había dado. No pudo reprimir un sollozo y hundió su cara entre las rodillas.

Como accionado por un resorte levantó la cabeza, como si hubiera recibido un golpe, ¿y si él desertara? Fue un pensamiento fugaz, que de igual manera terminó; no podía hacer algo así, lo obligarían a pelear contra sus propios compañeros, además tenía que regresar a casa con su familia y Verónica. Qué extraño todo esto, —reflexionó —, ¿Cómo puedo pensar en Verónica ahora?, nunca he sentido por ella lo que en este momento siento por Mi-Lon.

Poco a poco volvió a la realidad, su situación era muy delicada; Mi-Lon podía morir si el vietcong creía que se había entregado a un soldado gringo. Recordó lo que había dicho ella: «... la traición se paga con la muerte». ¿Cómo puedo ser tan tonto? ¿Cómo puedo pensar en mostrarle mi amor, cuando eso le causaría la muerte?

Habían pasado horas desde que Mi-Lon saliera; sintió hambre y, sin apenas darse cuenta, se comió el arroz que había despreciado antes. Tan absorto estaba, que comió como autómatas, sin percibir lo nauseabundo del platillo, sólo lo notó al terminar, y arrojó el cuenco lejos de sí, limpiándose los dedos en los pantalones.

Cuando ya había caído la tarde, volvieron a traerle agua y arroz; de nuevo se bebió el agua y con repugnancia hizo a un lado el arroz. No podía dejar de pensar en Mi-Lon, y en la suerte que les esperaba. De pronto, recordó a su compañero. ¿Qué habrá pasado con él? —se preguntó. ¿Habría muerto? Era lo más seguro, no creía que esos inmundos le hubiesen prestado atención médica.

Estaba entumecido, se levantó y dio unos pasos con dificultad, perdió el equilibrio y por poco cayó. Continuó caminando despacio junto a las paredes de la choza hasta recuperar la elasticidad; no dejó de caminar hasta sentirse agotado, luego se volvió a sentar en el mismo lugar de antes, al poco tiempo

cayó en un sueño profundo y reparador.

Joe fue despertado violentamente y se encontró en completa oscuridad, poco a poco comenzó a distinguir las siluetas de los dos hombres que lo maniataban por la espalda; luego lo hicieron salir e incorporarse a una columna de soldados que se pusieron en camino en cuanto él llegó.

Caminaron toda la noche, deteniéndose a descansar a intervalos largos, o cuando escuchaban algún ruido fuera de lo común. Joe no reconoció ninguno de los parajes que cruzaron.

Se detuvieron al amanecer, dejaron a Joe sólo por un momento, luego dos vietcong se acercaron a él. Uno de ellos levantó la culata de su rifle y lo golpeó en la mandíbula, el otro le dio en un costado, también con la culata de su rifle; a éstos siguieron otros muchos golpes hasta que Joe perdió el sentido en medio de un mar de dolor.

28. ESCAPE MILAGROSO

Lo encontraron medio muerto y en un charco de sangre; lo habían castigado salvajemente, pero ninguno de los golpes había interesado órganos vitales. Lo habían golpeado con saña pero nunca intentaron matarlo. Abandonaron el cuerpo en un lugar lo suficientemente cerca de un poblado para que las tropas estadounidenses lo encontraran con la primera luz del alba.

Estaba tirado a la orilla del camino a Tam Ky, a sólo un kilómetro de la base. Cuando lo vieron los soldados del primer grupo de limpieza de minas, al principio creyeron que estaba muerto, y que había sido atrapado con una granada para explotar en el momento en que lo movieran. Joe se quejó, e hizo un leve movimiento con la mano; de inmediato le prestaron ayuda, y lo enviaron al hospital de la base.

Cuando en la Tropa F se corrió el rumor de que habían encontrado a Joe herido, pero aún con vida, no podían dar crédito, todos lo creían muerto. Ya habían encontrado el cadáver del soldado de infantería que habían capturado junto con Joe, y habían reportado a los demás muertos y heridos en la fallida emboscada, sólo faltaba Joe. Lo habían reportado como desaparecido, pero en realidad lo daban por muerto.

La noche de la escaramuza, Jim y Kit habían esperado que Joe volviera con lo que quedaba de la patrulla de rescate, como lo había hecho en muchas ocasiones; Joe se había creado tal aura de invulnerabilidad, que su supervivencia se tomaba como un hecho, por ello recibió el apodo de «*The Lucky One*». Al amanecer, cuando vieron que no regresaba al tanque, comenzaron a buscarlo; al no encontrarlo, supusieron que había sido herido y llevado al hospital de la base como a los demás.

«¿Qué crees que le haya sucedido a Joe?». le preguntaba Jim a Kit. «No lo sé, probablemente fue herido, el suertudo de Joe no pudo haberse dejado matar» respondió Kit convencido.

«Pero dicen que tanto la patrulla nocturna como la de rescate fueron

aniquiladas... no encontraron a nadie vivo».

«Sí, Jim, pero recuerda que reportaron dos desaparecidos, Joe y un soldado de infantería; seguramente escaparon y lograron esconderse». Luego añadió esperanzado: «Verás como aparece más tarde».

«Ojalá, a Joe le queda poco tiempo en Vietnam, y hasta ahora se ha defendido muy bien».

«Sí, —confirmó Kit— se ha defendido bien, pero recuerda que ninguna de nuestras vidas vale un cacahuete en este lugar».

Recogieron todo su equipo y bajaron la montaña en el tanque; se sentían deprimidos, pero esperanzados. Apenas llegaron a la base, estacionaron el tanque en donde correspondía y, sin pasar por su dormitorio, se dirigieron a la oficina del Capitán Hankel a informar todo lo que había pasado la noche anterior.

«¡Señor! Los E-5 Kit Hennesy y Jim Hubbard reportándose» dijeron ambos, al mismo tiempo que se cuadraban y saludaban militarmente.

«Está bien», les contestó el capitán, indicándoles que podían tomar la posición de descanso. «¿Qué pasó anoche?».

En forma resumida, Kit le relató al capitán la emergencia que se había presentado, y contó la decisión que tomó Joe para salir al rescate de la patrulla. Llegando a este punto, el capitán les interrumpió: «Dicen que no hubo sobrevivientes, ¿no es así?»..

«Bueno, no exactamente», contestó Jim. «Joe y otro soldado no han sido encontrados».

«Tendremos que reportarlos como desaparecidos» comentó el capitán.

«Señor, —dijo Kit— ¿por qué no nos permite buscarlo en el hospital? Si ahí no lo encontramos, buscaremos entre los muertos; así tendremos la certeza de que en efecto Joe está desaparecido».

«Me parece muy bien, Kit, vayan primero a darse un baño y a ponerse uniformes limpios».

«Gracias, señor» contestaron ambos, y se cuadraron de nuevo antes de salir de la oficina.

Ya en su barraca, mientras se duchaban y vestían, fueron asediados por los demás compañeros del pelotón, que les preguntaban sobre los hechos de la

noche anterior. Comentaron también sobre la valentía (o tontería) de Joe al acudir al auxilio de la patrulla, pudiendo haberse quedado tranquilamente en el tanque, dejando que la infantería rescatara a sus compañeros; lo decían con sorna, pero consternados.

Cuando Jim y Kit llegaron al hospital, no encontraron rastro de Joe; pasaron luego por el centro de operaciones del batallón para buscarlo entre los muertos, tampoco ahí lo encontraron. Volvieron ya tarde a su barraca, pero antes pasaron por la oficina del capitán y le informaron de los resultados, para que reportara a Joe como «desaparecido».

«Creo que ahora si estamos en problemas, Kit, —dijo Jim pensativo— dudo que Joe pueda aparecer, tal vez se lo llevaron los vietcong y ahora está en cautiverio».

Hasta ese momento no habían considerado que Joe pudiese haber sido capturado vivo, sabían que eso era peor que la muerte. Las torturas a las que eran sometidos los soldados estadounidenses que caían en manos del enemigo eran terribles; era preferible luchar hasta el fin.

Esa tarde toda la Tropa F participó en una operación de búsqueda, peinando el área en donde se había llevado a cabo la escaramuza de la noche anterior, con la esperanza de encontrar a los dos desaparecidos. Se les había unido una compañía de infantería, pero la búsqueda fue infructuosa. Regresaron con la certeza de que habían sido capturados, y los más optimistas creían que habían muerto.

Dos días después corrió la noticia de que Joe había sido encontrado. La noticia causó revuelo en la Tropa F. Jim y Kit, en cuanto les fue posible, salieron al hospital para corroborar la información y visitar a Joe. Al llegar les confirmaron la noticia, pero no les permitieron verlo, lo tenían incomunicado para que descansara, se repusiera de sus heridas, pero principalmente porque Inteligencia quería interrogarlo antes de que hablara con alguien.

Dos cosas llamaron la atención de la sección de Inteligencia, la primera que habiendo estado en cautiverio por más de veinticuatro horas, hubiese sido devuelto con vida y no demasiado lastimado. El segundo hecho fue que dentro de la camisa de Joe había sido encontrada una carta. El mensaje no tenía nada de especial, era una carta con amenazas, como las que se recibían frecuentemente, sin embargo ésta traía una dosis mayor de conceptos ideológicos, pero no explicaba la razón de haber dejado a Joe con vida.

Cuando Joe despertó a media tarde, al terminar el efecto del sedante que

le había sido administrado, su primera reacción fue emitir un quejido largo y profundo; le dolía todo el cuerpo y no podía hacer ningún movimiento sin que algo le lastimara. Se quedó quieto para evitar el dolor, y trató de poner sus ideas en orden. Parecía que había pasado mucho tiempo desde que su desventura comenzara; recordaba vívidamente a Mi-Lon y le seguía preocupando su destino. Era obvio que no la matarían, de ser así a él no lo hubieran dejado con vida. Es lo lógico, si la hubieran encontrado culpable de algo — pensaba Joe — me hubiesen matado como venganza de su traición. Con este razonamiento, se quedó más tranquilo y se durmió de nuevo.

Ya comenzaba a anochecer cuando Joe fue despertado por la visita del Teniente Adams de la Sección de Inteligencia del ejército.

«¡Hola! Soy el Teniente Adams» saludó a Joe, y tomó una silla que acercó a la cabecera y se sentó. «¿Cómo se siente, sargento?».

«Bien, señor» contestó Joe, pasándose la lengua por los labios y tragando saliva al sentir que se le atoraban las palabras.

«Queremos hacerle algunas preguntas —prosiguió el teniente—, «¿no tiene inconveniente?».

Joe denegó con la cabeza.

«¿Fue usted capturado por el vietcong?».

«Sí», contestó Joe.

«¿Cuántos eran sus captores?».

«Unos veinticinco».

«¿En dónde lo tuvieron?».

«No lo sé», contestó Joe lacónico.

«¿Por qué mejor no me lo cuenta todo? Así nos evitamos la mayor parte del cuestionario, ¿le parece?».

Joe pidió un vaso con agua. Después de beberlo, se acomodó y comenzó el relato, desde que vieron a la patrulla en problemas cuando estaba en la torre de vigilancia. Contó todo lo que le pareció relevante, excepto su encuentro con Mi-Lon; omitió por completo el detalle de la fotografía, así como la entrevista con la vietnamita.

«¿Tiene alguna idea por qué no lo torturaron o interrogaron?».

«No, señor, probablemente no tenían intérprete».

«Me parece improbable, pero es una posibilidad» comentó el teniente, revisando sus notas. «¿Sabe usted que a su compañero de cautiverio lo entregaron muerto y con señales de tortura?».

Ante esta noticia, Joe reaccionó con una contracción física que le lastimó. Reprimió un quejido y contestó:

«No, señor, no lo sabía; la última vez que lo vi fue cuando lo removieron de la choza, ya entonces parecía que había muerto».

«Su muerte sucedió durante la tarde del mismo día, —le informó el teniente— posiblemente una hora antes de que lo encontráramos».

Joe digirió la información, pero no hizo ningún comentario.

«¿Conoce usted el contenido de la carta?».

«¿Qué carta?». preguntó Joe, alarmado.

«La que traía usted en el pecho cuando fue encontrado».

«Yo no traía ninguna carta, Teniente, debieron haberla colocado después de golpearme, cuando perdí el sentido. ¿Puedo verla?».

«No tiene caso» negó el teniente. «Es una carta de propaganda y amenazas, como todas las que nos envían». Y añadió: «¿Está usted seguro de que nadie le interrogó?».

«Estoy seguro», contestó Joe hoscamente.

Por espacio de una hora, el teniente estuvo reconfirmando la información que Joe le había proporcionado, y que él había anotado en una libreta durante el relato. Finalmente, mientras se levantaba, dijo:

«Por ahora lo dejo, Sargento, duerma y descanse; mañana vendré para hacerle otras preguntas. Mientras tanto, trate de repasar los hechos, y si logra recordar algo adicional, puede decírmelo por la mañana, ¡buenas noches!».

«Buenas noches», contestó Joe, y se quedó pensativo durante largo rato, preguntándose si haría alguna diferencia si les contaba todo, incluyendo su primer contacto con Mi-Lon. Antes de contestarse, el sueño se apoderó de él y se quedó profundamente dormido.

La mañana siguiente, la tercera desde su captura, Joe despertó con fiebre y muy adolorido. El Teniente Adams no regresó; por la tarde recibió la visita

del Capitán Hankel y del Capellán Mac Chester. Su conversación fue una repetición de la entrevista con el Teniente Adams; todos querían saber lo que había pasado, ya que Joe fue el único sobreviviente. En los días subsiguientes tendría que repetir su odisea varias veces, sin que nadie sospechara que se guardaba la parte medular de su aventura.

Con gran alegría recibió la visita de Jim, Kit, y otros amigos y compañeros de la Tropa F; todos se mostraron muy amables y lo animaron a volver a su tanque en cuanto terminaran sus «vacaciones».

Joe estuvo cuatro días en el hospital y regresó a su barraca, para convalecer y reintegrarse al equipo. Su cuerpo amoratado atestiguaba el castigo recibido, pero en quince días se sintió suficientemente recuperado para salir a servicio, y así se lo hizo saber al Capitán Hankel, pero le pidieron que aún no saliera. Temporalmente Kit actuaba como comandante, y le habían asignado a otro conductor de entre los relevos novatos.

Durante su convalecencia confió a Kit su experiencia completa, sin excluir el encuentro con Mi-Lon, circunstancia que probablemente le salvara la vida. Kit estuvo de acuerdo en que era mejor guardar esa información, y no mencionarla a nadie más, ni siquiera a Jim, que era muy comunicativo y podría revelarla.

En este lapso de tiempo fue cuando Joe pudo apreciar el afecto, la lealtad y la admiración que se había ganado entre sus compañeros; se sentía contento, dentro de las circunstancias en las que se encontraba.

29. PATRULLAS NOCTURNAS

Desde que regresaron de la «Operación Península» el Capitán Hankel había pensado en dedicar a Joe exclusivamente a sacar patrullas nocturnas en las montañas de los alrededores, más allá del perímetro externo y de los puestos de observación. Al capitán le preocupaba el creciente número de novatos que llegaban al batallón sin la instrucción suficiente. Últimamente habían sucedido algunos casos que, si no fueran tan trágicos, podían llenar un libro de chistes. La semana anterior, dos pelotones de infantería de la Brigada 196, acompañados de algunos carros blindados de la Tropa F, se habían trabado en un combate ciego, sin advertir que disparaban contra sus propios compañeros; habían tenido un muerto y varios heridos.

Al ser atacada otra unidad, habían solicitado apoyo de la artillería, y las coordenadas proporcionadas para el blanco eran precisamente las suyas. La primera andanada, previa a la contraorden, había matado a tres e inutilizado a otros doce soldados estadounidenses.

Un texano recién llegado jugaba con una pistola calibre 45, como lo hacían los vaqueros del oeste, se le escapó un tiro, e hirió a un oficial.

Otro novato de Pensacola jugaba a poner y quitar la chaveta de seguridad de una granada de mano mientras hacía fila para entrar al comedor. Al advertir que se le movió la manija, pensando que había activado el fusible, sintió pánico, soltó la granada y corrió sin dar la alarma. Dos de sus compañeros resultaron muertos, y hubo otros ocho heridos.

La mejor anécdota es la del relevo que fue a la letrina y, al bajarse el pantalón, sin darse cuenta jaló la chaveta de una granada que traía al cinto. Rápidamente la desenganchó y la arrojó en el agujero que daba al tambo del excremento: mató a dos que cagaban a uno y otro lado, y dispersó mierda veinte metros a la redonda.

La lista de pifias mortales era larga, lo peor es que no tenían un centro de recepción y adiestramiento para los remplazos que llegaban frescos de los

Estados Unidos. Supuestamente los soldados ya deberían venir preparados para la guerra, pero no era así; las omisiones y defectos en los adiestramientos de los diferentes campos de instrucción militar en los Estados Unidos eran demasiado obvios. El capitán comprendía que eran necesarios tantos remplazos de los muertos y heridos, además de aquellos que regresaban al cumplir su contrato de servicio, que los centros de adiestramiento no se daban abasto para enviarlos. Un año antes, los soldados llegaban a Vietnam con un año de entrenamiento, ahora les enviaban reclutas con sólo cinco o seis meses de instrucción.

Después de la convalecencia de Joe, cuando el capitán vio que ya estaba listo para volver a servicio, lo mandó llamar y le hizo la propuesta.

Joe aceptó de buena gana; cada tercera noche llevaría una patrulla de cinco a ocho soldados. Por la tarde les daría una plática sobre los problemas que encontrarían, y lo que se esperaba de ellos; al anochecer, saldrían caminando de una de las torres de vigilancia y se instalarían a unos quinientos metros, al lado de un camino o paso probable del enemigo. Si se presentaba, lo emboscarían, si no, regresarían por la mañana a la línea, de ahí los llevarían a la base y tendrían el resto del día libre.

Joe conocía muy bien todos los alrededores, y sería relativamente fácil para él seleccionar los lugares óptimos para una emboscada. No se retiraría mucho de los puestos de observación para poder regresar con rapidez, o recibir ayuda en el caso que se metieran en aprietos; sólo le preocupaba la posibilidad de encontrarse con Mi-Lon, o con el mismo grupo que lo había capturado.

Las tres primeras patrullas transcurrieron sin novedad; sólo habían ido a desvelarse y entumecerse y volvieron con la luz del día, sin haber hecho contacto con el enemigo. La cuarta tuvo mayor éxito: mataron a dos despistados vietcong, que llevaban dinero para la nómina de alguna guerrilla.

En la quinta patrulla, Joe enfrentó una situación trágica y enojosa con uno de los novatos, un judío pelirrojo, ávido de sangre y aventura. Tenía sólo una semana en Vietnam y ya soñaba con matar a su primer vietcong; había comentado incluso que le haría muescas a su rifle con cada víctima. Este tipo de gente no era muy común en el ejército, pero Joe se los había encontrado en casi todas las unidades desde su llegada a Vietnam; eran sociópatas que aprovechaban la guerra para dar salida a sus instintos asesinos.

En esta patrulla Joe llevaba a cinco novatos, por lo que antes de salir, tuvo

especial cuidado en hacerles infinidad de recomendaciones: «Píntense de negro la cara y las manos, para no reflejar el brillo de la luna; no lleven cigarrillos, para evitar la tentación de fumar y revelar su presencia; no se junten a nadie, siempre respeten su espacio; guarden silencio absoluto; no beban agua, orinen antes de salir; no carguen en los bolsillos monedas, llaveros o encendedores, nada que haga ruido; ya en su posición de emboscada, no se muevan, no se duerman, no tosan, no estornuden, no carraspeen, no se masturben. Si pasa alguien cerca, no respiren, sobre todo NO DISPAREN a menos que yo lo haga». Les hizo mucho hincapié en esta última recomendación y les explicó que podían matar a un inocente leñador, o a un coyote; quería evitar que un «gatillo fácil» comenzara a disparar al menor ruido.

Fumaron su último cigarrillo, luego dejaron las cajetillas, encendedores y vaciaron sus bolsillos en el puesto de observación. Se deslizaron bajo el alambrado de púas e iniciaron la caminata cuando ya había oscurecido. Joe iba adelante, caminando despacio y muy alerta, evitando aquellos lugares que sabía minados. Cuando escuchaba algo, se detenía y acucillaba; todos hacían lo mismo, como movidos por un resorte. Al comprobar que no había peligro, Joe se levantaba y continuaba caminando despacio. Después de caminar treinta minutos, llegaron al recodo de un camino, flanqueado por una colina en uno de sus lados y una zanja profunda en el otro; Joe escogió ese lugar para preparar la emboscada.

Joe dispersó a su gente dentro de la zanja mientras él se colocaba en una posición intermedia, y acostados, con las armas frente a ellos, se dispusieron a esperar. Después de tres horas de espera escucharon pasos que se acercaban; pronto apareció un vietcong con el rifle sobre el hombro en actitud despreocupada, y unos pasos atrás venía otro. Cuando el primero estuvo frente a Joe, ya podían contarse ocho soldados en fila india. Joe dejó pasar al puntero y, antes de decidirse a disparar, esperó un poco para poder calcular cuántos eran. Cuando el puntero llegó a la última posición de su patrulla ya podía contar diecisiete, y seguían saliendo; decidió dejar pasar a toda la unidad sin atacarlos, eran demasiados para ellos. Inesperadamente tronó la ametralladora del pelirrojo sin haberles dado la señal de ataque, como se los había ordenado antes de salir. Todos los demás, incluyendo a Joe, abrieron fuego de inmediato y, con la primera andanada, vieron caer a varios soldados enemigos, pero también muchos de ellos contestaron el fuego al mismo tiempo que se replegaban, buscando un lugar para protegerse.

Después de unos minutos de fuego nutrido, Joe lanzó una luz de bengala para solicitar ayuda al puesto de observación y dio la voz de retirada. Aprovechando la protección de la zanja, pudieron evadirse del área de la emboscada cuando el enemigo aún estaba buscando protección. Lograron salir sin mayor problema y se echaron a correr sin ver hacia atrás, usando la misma ruta que habían recorrido antes. Una vez alejados, Joe se detuvo un momento en la delantera e hizo un rápido conteo, tres de sus hombres se habían retrasado; esperó un minuto, y siguió corriendo con los demás. A quinientos metros del puesto de observación se encontraron con el primer grupo que había salido en su ayuda. Joe contó solamente a diez, y pensó que serían suficientes para ahuyentar al enemigo. Habló con el sargento que los comandaba, y le sugirió que se adelantaran un kilómetro, formaran una línea defensiva, y esperaran. Ya en la torre de vigilancia, Joe organizó una fuerza de treinta y cinco soldados que vinieron de varias casamatas de la trinchera defensiva principal. Salieron hacia el lugar de la emboscada y, antes de alcanzar a los primeros rescatistas, se encontraron al novato pelirrojo con un tobillo luxado y que con gran esfuerzo trataba de llegar a la seguridad del perímetro... estaba aterrado.

Cuando llegaron al lugar de la emboscada, no encontraron señales del enemigo, se habían retirado con sus muertos y heridos, sólo encontraron a dos cadáveres de los soldados estadounidenses de la patrulla, que seguramente fueron heridos en la primera fusilada del vietcong y no habían podido escapar; ambos habían sido pisoteados y tenían el tiro de gracia en la cabeza. Toda la tropa se quedó ahí hasta el amanecer para investigar lo sucedido. Por las pisadas y casquillos encontrados, confirmaron que se trataba de un grupo numeroso, pero no supieron con certeza cuántos eran, o a cuántos habían matado o herido.

El soldado pelirrojo fue procesado por desobediencia e insubordinación, y enviado a la cárcel militar; Joe nunca volvió a verlo, pero su caso sirvió de ejemplo para destacar la importancia de seguir las instrucciones al pie de la letra en las siguientes patrullas nocturnas.

Otra noche, estaba Joe en la cantina bebiendo como cosaco; se había organizado una competencia para medir el nivel de resistencia de todos los presentes, por lo cual debían formar una pirámide de botes de cerveza vacíos frente a cada uno de ellos. Después de varias horas de la competencia, ya había algunos soldados bastante borrachos, inclusive tirados en el piso; otros estaban afuera vomitando y los alrededores del bar olían a orines, ya que

nadie se molestaba en acudir a las letrinas a vaciarse. Sólo algunos soldados seguían bebiendo, entre ellos Joe, quien ya tenía una pila de dieciocho botes, tres abajo del líder.

De pronto sonó la alarma roja del cuartel, el silbido significaba que toda la Tropa F debía salir de inmediato a reforzar un puesto de observación en el perímetro exterior, en la montaña. Era lastimoso ver al grupo que se dirigía a los tanques y APCs. Ahí los esperaba el capitán, furioso al ver la condición en la que llegaban; la mayoría se tambaleaba y arrastraba los pies, salvo algunas pocas excepciones. Les informó que la Torre Delta había sido atacada y se encontraba bajo intenso fuego enemigo. Hacia allá se dirigieron todos; el zigzag de los vehículos iba acompañado por gritos y exclamaciones eufóricas: «¡Ahí vamos, Charlie, prepárate!», «¡Matemos a todos los hijos de puta!», «¡Espérenos para hacer pipí sobre ustedes!». Éstas y otras exclamaciones se dejaban escuchar, entre el ensordecedor y desorganizado avanzar de los vehículos. Joe no era la excepción; se había subido a su antiguo tanque en donde le habían cedido su anterior posición, e iba sentado sobre una tabla en la escotilla, y al descubierto. Iba gritando, sosteniendo la ametralladora calibre 50 como si trajera un potro salvaje entre las piernas; en un par de ocasiones, casi salió despedido de su asiento por los movimientos bruscos del tanque.

Cuando llegaron a la Torre Delta fueron recibidos con un nutrido tiroteo, incluyendo fuego granizado de grueso calibre y morteros. Era un ataque en forma, y su efectividad pronto trajo la sobriedad a los que llegaron borrachos. A Joe se le quitó el hipo cuando un proyectil golpeó el cañón de la ametralladora; sintió el golpe en las manos, a tiempo para no disparar más. Se hundió en la escotilla y sacó un guante de asbestos, con el que desatornilló el cañón dañado, tirándolo al suelo; luego atornilló el cañón de repuesto y siguió disparando, pero ahora con mejor control y sobriedad absoluta.

El combate duró sólo unos minutos más, todos conjeturaron que al verles llegar de manera tan agresiva y atropellada, infundieron miedo al vietcong y prefirieron huir y hacerles frente en otra ocasión. La Tropa F sólo tuvo cuatro heridos, uno de ellos grave, y salvó la noche. Al día siguiente, fueron la comidilla de la base, y como premio a su inesperada victoria, los pusieron a barrer y a limpiar la cantina y alrededores, que había quedado en condición deplorable. No paraban de reír cuando alguien se refería al concurso de la noche anterior; nadie supo quién ganó el concurso, y el premio se declaró desierto... a instancias del capitán.

30. DIVISIÓN «AMERICAL»

En septiembre de 1967 se fundó en Vietnam una nueva división en el ejército, y se le llamó «Americal». Le asignaron varios batallones y unidades ya existentes, que pertenecían a otras divisiones o brigadas, entre ellas la Brigada 196 de infantería, a la que pertenecía la Tropa F de la 17ª Caballería, en donde se encontraba Joe Rivera. Tardaron algunas semanas para el traslado de las diferentes unidades, y para darle forma a la nueva división. El mando era diferente, pero tuvieron la ventaja de recibir tropas experimentadas y fogueadas para la finalidad que le habían asignado.

El marco de operaciones de la División Americal sería el norte de Da Nang, los alrededores de Hue, Quang Tri, hasta la zona desmilitarizada en el Paralelo 17, conocida como DMZ. La finalidad era reforzar la seguridad del norte, remplazar a los infantes de marina que tenían muchos años combatiendo en el área y ya estaban desgastados, y asestar un duro golpe a la infiltración de soldados y provisiones procedentes del norte, a través de la línea divisoria y de la Ruta Ho Chi-Min, que bajaba desde Vietnam del Norte a través del territorio de Laos, bordeando la frontera, e introduciéndose a Vietnam del Sur en la parte baja del Valle de Ashau.

La Tropa F partió hacia el norte la segunda semana de noviembre; no volverían más a su base de Chu Lai y todos se despidieron de ella mostrando diferentes grados de tristeza. Pocos, como Joe, la habían visto nacer, ayudando a construir sus defensas con sus propias manos, pero todos añoraban su seguridad y fácil estilo de vida. Habían contribuido a establecer una seguridad impenetrable a la base aérea, y ello les llevó a tener una temporada de relativa paz, disfrutando de dormitorios confortables y algunos lujos que no volverían a ver.

El largo tiempo que Joe había permanecido en un solo lugar le permitió acumular un sinnúmero de recuerdos y comodidades en el dormitorio que abandonaba; sólo había podido llevarse lo que le cupiera en una bolsa de lona

reglamentaria para sus objetos personales. En esto tenía suerte; los soldados de infantería sólo podían guardar lo que pudieran cargar en la espalda, incluyendo el equipo militar. Joe vendió algo de lo que no pudo llevarse, pero la mayoría de sus pertenencias se las dejó al «suertudo» que le tocara ocupar su catre. Al seleccionar los artículos que conservaría, lo hacía pensando en lo que le gustaría llevarse a casa; escogió las fotografías, su cámara, algunas sedas, marfiles y carey, que llevaría como regalos para la familia, muñecas vietnamitas vestidas de seda, para Verónica y su hermana, algunos trofeos de guerra, dagas con fundas de bambú, en fin, todo aquello que para él tenía un valor sentimental o había comprado como *souvenir* para regalar o conservar a su regreso. Empacó lo más que pudo en su bolsa de viaje y lo llevaba muy bien guardado en el tanque. La bolsa era pesadísima, pero ¿qué importaba? No la iba a cargar él, aunque los traslados del tanque a un camión o helicóptero, y después al avión, serían difíciles. Más tarde, cuando llegara el momento de abandonar Vietnam, seleccionaría con mayor cuidado.

Por último descolgó su calendario, lo enrolló y lo guardó; era de una página doble del Playboy, de una chica desnuda. Lo habría abandonado o tirado en circunstancias normales, pero Joe le había dibujado 365 cuadritos irregulares, y los había numerado de manera estratégica: del 365 al 265 cubrían el cuello y los brazos, del 265 al 165 las piernas, del 165 al 100 las áreas alrededor de los senos y pubis, los últimos 100 cubrían el resto; la chica ya parecía una monja impúdica.

La distancia entre Chu Lai y Quang Tri era de aproximadamente doscientos cincuenta kilómetros y tardarían varios días en llegar a su destino. Joe veía el desplazamiento de mal augurio para él, se estaba llevando a cabo cuando sólo le faltaban veintitrés días para terminar su «tour» de un año en Vietnam, con derecho a regresar a casa; ya era un «*short timer*» (de corto plazo), como se les llamaba a los que les faltaba menos de un mes para regresar a los Estados Unidos. Chu Lai había sido relativamente seguro, y terminar su año de servicio ahí hubiera sido «pastel de queso» pero no, ahora se enfrentaría a situaciones nuevas, en áreas más inseguras que las que dejaba. Joe había recuperado su tanque hasta abandonar la acción, que serían sólo un par de semanas. Jim y Kit también resentían el cambio, aunque a ellos les quedaran dos meses y medio más en Vietnam. Comenzaron a notar el miedo en Joe, algo que no habían visto en el pasado; era más precavido y se protegía cuando escuchaba disparos. Joe pensaba que sería injusto haber sufrido el infierno de la guerra durante trescientos treinta y pico de días, para que lo mataran en los últimos; no conocía las estadísticas sobre la frecuencia en que

morían los *short timers* , temía que fuera bastante común, y él estuviera en peligro.

Finalmente se marcharon. En los primeros cincuenta kilómetros recorrieron caminos y pueblos conocidos de los que se despedían al pasar. Vieron desfilas a Tam Ky, Thang Binh, hasta Quang Nam; luego entraron a territorio inexplorado, pasando por Dong Nghe, Da Nang y Phu Loc. En Da Nang y alrededores vieron mucho movimiento y seguridad, siendo Da Nang el puerto y base aérea más importantes al norte de Vietnam, había decenas de aviones, cientos de pilotos y personal de la Fuerza Aérea y miles de soldados de tanques e infantería, era más grande e importante que Chu Lai. El tráfico los detuvo medio día, pero pronto se alejaron, pasando por Phu Loc. De ahí comenzaron a cruzar pueblos desconocidos, pero que tendrían importancia para Joe en sus últimos días en la guerra: Phu Bai, Hue, Quang Dien, Phong Dien, y finalmente, Quang Tri.

El viaje había durado ocho días, promediando cuarenta kilómetros diarios; distancia muy grande si se tiene en cuenta el mal estado de los caminos, el tráfico mecanizado y humano, además de los retrasos cuando los francotiradores trataron de detenerlos. Se reabastecían de combustible por las noches, antes de establecer las guardias y cenar, pero en varias ocasiones lo tuvieron que hacer de día, con el retraso que implicaba. Llegaron a Quang Tri el 18 de noviembre, diecisiete días antes de la partida de Joe, supuestamente programada para el 5 de diciembre. Por costumbre, no por reglamento, a los soldados se les retiraba del campo de batalla quince días antes de su salida programada; tiempo suficiente para transportarlos a un lugar seguro y para practicarles todo tipo de exámenes, antes de embarcarlos para los Estados Unidos. En esos días la administración del ejército trataría de camuflarles todas las lacras físicas y mentales que habían adquirido en el tiempo de guerra.

Joe estaba seguro que le darían el trato acostumbrado y lo embarcarían en Quang Tri antes de participar en cualquier otra acción de guerra; con esta seguridad fue a ver al capitán para programar su salida. Ahí se encontraba también Bob Gallose con la misma finalidad. Bob era comandante de uno de los APCs de la Tropa F; la fecha de partida de Gallose era el 3 de diciembre, y ya estaba dentro de los quince días de su proceso de salida. El Capitán Hankel les habló a ambos al mismo tiempo; les explicó que por el desplazamiento de Chu Lai, aún no llegaban los remplazos para liberarlos a ellos, y por ahora no podía prescindir de sus servicios. También les informó que tenían programada

una operación de reconocimiento hacia Con Thien para el 20 de noviembre, dos días después, y añadió: «Si para entonces ya han llegado sus remplazos, no participarán en la operación; en caso contrario, deberán acompañarlos durante los cinco días que calculamos durará la operación». Joe y Bob se miraron el uno al otro, no lo podían creer; furiosos, reclamaron su decisión al capitán, pero éste les dijo: «Lo siento, caballeros, estamos peleando una guerra, y su trasero me pertenece hasta el último día de su partida».

Ambos salieron de la tienda del capitán profiriendo maldiciones, y comentando al mismo tiempo su mala suerte. Se dirigieron a la tienda del sargento mayor, para saber qué posibilidades tenían de ser remplazados antes de la siguiente operación de reconocimiento. El sargento mayor bromeó con ellos y terminó burlándose, al mismo tiempo que los echaba fuera, diciéndoles que ellos serían los primeros en saber, si llegaban sus remplazos.

Joe y Bob se sentían maltratados y desanimados, se despidieron cabizbajos y esperando un milagro. La manera en la que les había hablado el capitán indicaba que los remplazos no llegarían antes del comienzo de la operación. ¡Cinco días más en acción! ¡Qué digo cinco días, un día más en el campo de batalla sería intolerable! —se decía Joe. Ojalá no tengamos contacto con el enemigo antes de mi partida; cada vez que escucho una explosión o un balazo, se me clava un dolor en el estómago. No he sido cobarde pero debo admitir que ahora sí tengo miedo; no de morir porque ya nunca sabría de mí y de mi futuro, pero sí de ser herido gravemente y que me convierta en un inválido a sólo unos días de haber librado el infierno.

Como lo había temido Joe, el 20 de noviembre llegó, y los remplazos no aparecieron. En la reunión de comandantes, en la que se discutieron los planes de la operación, se enteraron de que esa tarde saldrían a Khe Sanh hacia el suroeste, a campo traviesa, y les acompañaría un batallón de infantería. Planeaban llegar a un área muy boscosa, en donde formarían un perímetro, a tan sólo diez kilómetros de su punto de partida; el segundo día seguirían rumbo al este, para luego girar hacia el norte para llegar cerca de la DMZ; luego recorrerían la región alrededor de Gip Linh y, al quinto día, regresarían a la base de Qung Tri. Se trataba de un reconocimiento general del área en donde estarían operando durante varios meses; les había dicho el capitán que a su regreso podían acondicionar sus barracas para su estancia en el norte, como lo habían hecho en Chu Lai. Antes de terminar la reunión, el capitán se dirigió a Joe y a Bob, y les dijo: «Lo siento, hubiera querido prescindir de ustedes y dejarlos para que arreglen su transporte, pero los necesito en ésta,

que será su última misión. A nuestro regreso, podrán partir al Centro de Procesamiento de Cam Ramh Bay, y saldrán a casa, exactamente el día que les corresponde».

Los dos primeros días de la operación transcurrieron tranquilos, sin encontrar mucha resistencia enemiga. Recibían fuego esporádico que los mantenía alertas, pero no representaba un peligro real; el vietcong sólo les estaba avisando que los tenía bajo observación y sabía de su llegada. En su recorrido encontraron varios puestos de avanzada de los infantes de marina. A Joe le impresionó la forma tan precaria y riesgosa en la que sobrevivían, tal vez Joe había olvidado sus días en la infantería, cuando no andaba tan protegido como ahora; se había acostumbrado a traer una coraza de acero a su alrededor.

Cada vez que Joe escuchaba un disparo, removía la tabla en la que iba sentado y se deslizaba por la escotilla dentro del tanque, escudándose con la culata de la ametralladora calibre 50. Estaba consciente de que antes no actuaba de esa manera, y le daba un poco de pena con sus compañeros porque sabía que lo notaban, pero no hacían comentarios. En la antesala de su regreso, prefería el riesgo de que lo pillara una mina dentro del tanque, a recibir un tiro de un francotirador, aunque sabía que era más peligrosa la mina; simple y sencillamente tenía miedo. Todavía no se permitía pensar con optimismo en su regreso a casa, pero se sentía tan cerca del final de su tour, que podía oler la turbosina del jet que lo transportaría a casa.

Las cartas que recibía se habían multiplicado; durante algún tiempo parecía que lo habían olvidado, pero ahora todos sus conocidos recordaban que pronto regresaría a casa, y de nuevo recibía noticias de todos los que lo recordaban. Recibió varias cartas de la familia, como si intuyeran que necesitaban darle ánimos para que sobreviviera; recibió cartas de Rossy, Jan y Verónica. Su prima había sido la más constante, pero últimamente Rossy era la más expresiva y cariñosa... ¡Cuántos deseos tenía de verles a todos!

31. EL ÚLTIMO COMBATE

El tercer día de la operación de reconocimiento comenzó ominoso; había llovido toda la noche y estaba fresco y nublado. Se pusieron en camino a través de un terreno quebrado y salpicado de colinas, más parecía área para trabajo de infantería que para vehículos blindados. Joe iba sentado sobre su tabla favorita, sobre la escotilla del tanque. Traía puesto un poncho de hule para protegerse del rocío de la mañana; llevaba puesto su chaleco blindado bajo el poncho, no asumía riesgos y se mantenía muy alerta.

Delante del tanque de Joe iba el APC M113 de Bob Gallose, cargando el mismo equipo y el mismo miedo; últimamente Joe platicaba mucho con Bob, desde que fueron los únicos *short timers* del pelotón. Anteriormente le había parecido antipático, por su manera extrovertida y ruidosa, típica de los italianos; además hablaba con un acento curioso, que a Joe le parecía «mimado» y difícil de entender. Decía que provenía de «Niu Yoisi» en vez de New Jersey y se oía chistoso, y, por si fuera poco, lanzaba una imprecación en cada frase que decía.

«¡Hey, *Joi babe!* ¿Cómo te sientes?».

«Bien, Bob, muy bien, ¿y tú?».

«Nomás «colgado», esperando por el día que salgamos de esta mierda de lugar. ¡Cuídate, *Joi babe!*».

Bob le había platicado que a su regreso a Nueva Jersey probablemente se hiciera miembro de la Mafia, «Tengo conexiones, muchacho, cuando vengas a visitarme a *Niu Yoisi*, la vas a pasar muy bien conmigo» le decía a Joe, al mismo tiempo que le palmeaba la espalda.

A las diez de la mañana, cuando cruzaban un pequeño valle, al lado de una colina cubierta parcialmente por una fila de árboles, sonó un *TUD* corto y seco, que puso a todos en alerta: había sido el disparo de una bazuca, y el lento proyectil ya venía hacia ellos. Era tan lento, que el sonido viajaba tres

veces más rápido; todos voltearon hacia la línea de árboles, tratando de ver la dirección del proyectil antes de que diera en el blanco, aunque no pudieran hacer nada para librarse del impacto. Joe lo vio venir, y desde ese momento la escena se desarrolló en cámara lenta; se dirigía hacia el blindado de Bob, que estaba frente a Joe. Bob estaba sentado sobre una tabla, en el exterior de su APC, y veía la trayectoria del proyectil que iba directamente hacia él, pero parecía que iba alto y lo iba a sobrepasar, venía haciendo un arco y, en el último momento, se clavó justamente sobre la parte inferior del cuerpo de Bob. Joe trató de gritar y sólo logró abrir la boca, pero no salió sonido alguno, el tiempo se había detenido frente a él. Bob también abrió la boca y alzó el brazo derecho antes de recibir el impacto; su muerte fue instantánea, su cuerpo salió despedido hacia atrás en mil pedazos.

Joe sintió un dolor muy intenso en la parte baja del vientre y se sintió desfallecer; por lo general él hubiera sido el primero en saltar del tanque en auxilio de su compañero, pero en esta ocasión estaba petrificado, apoyando la frente sudorosa sobre el disparador de la ametralladora. Incrédulo, cerró la boca haciendo una mueca, como si masticara algo amargo; era la resequedad que sentía por la impresión que acababa de recibir.

Kit estaba girando el tanque cuarenta y cinco grados, hacia el lugar de donde había salido el proyectil, esperando que Joe comenzara a disparar de inmediato, pero Joe no daba señales de hacerlo. Kit no estaba consciente del sentimiento de pérdida y dolor que Joe estaba experimentando, por lo que le gritó a través de la radio del casco: «¡Vamos, Joe, despierta y comienza a disparar!». Joe estaba paralizado pensando: ‘Si sólo le faltaban diez días para salir de la guerra, ¿por qué tenía que sucederle esto?’

Al escuchar el reclamo de Kit, salió de su shock traumático, y comenzó a disparar furiosamente. El miedo daba paso a la rabia, diciéndose: ‘¡Malditos vietcong! ¡Malditos ojos jalados!, yo les voy a vender cara mi vida; no he sobrevivido para morir en el último momento, voy a regresar a casa y espero no verles la cara el resto de mi vida’. Luego recordó a Bob y todos sus sueños del futuro y gritó: «¡Pobre Bob! ¡Pobre infeliz!».

En quince minutos el combate se había convertido en un furioso tiroteo después del ataque de los blindados, que había desplegado una cortina de fuego. La infantería avanzó poco a poco hacia la cima de la colina, pero el precio sería alto: el campo se estaba cubriendo de muertos o heridos que se iban rezagando, pero otros seguían avanzando y pronto neutralizaron al enemigo. Llegaron los helicópteros barriendo la ladera con cohetes y fuego de

ametralladora, auxiliando a la infantería, luego aterrizaban en donde podían, para comenzar a llevarse a los muertos y heridos. El claro que utilizaban como LZ^[21] estaba a sólo diez metros de donde se encontraba Joe.

Entre el ruido ensordecedor de los disparos y las aspas de los helicópteros, Joe escuchó la voz del capitán que decía: «¡Sargento Rivera! ¡Sargento Rivera! ¡Queda usted relevado de su puesto, y puede regresar a la base en el primer vehículo disponible! ¡Por favor identifíquese, y dese por enterado!».

¡El hijo de puta! — pensó Joe —, ya se enteró de la muerte de Bob, y le remuerde la conciencia. Se repuso y contestó: «Capitán, aquí Rivera, estoy enterado, salgo en helicóptero».

«¡Rivera, en los helicópteros tienen prioridad los muertos y heridos!».

«Enterado, no se preocupe, Capitán, me iré en uno en donde no ocupe el lugar de un herido —y añadió con rencor: ¡Hasta nunca!».

Joe se metió en el tanque, se deshizo de su radio-casco, tomó su casco regular de fibra de vidrio y acero, la subametralladora corta CAR15, dos bandoleras de tela con quince cargadores de veinte balas cada uno y salió del tanque, después de despedirse de Kit y Jim. «¡Cuídense! —les dijo—, Espero verles algún día cuando regresen a EE.UU., ¡hasta pronto!».

Llevando solo su equipo y una mochila, se deslizó por la parte protegida del tanque y caminó agachado detrás de la línea defensiva. Al caminar hacia el LZ, vio cómo recogían el mutilado cuerpo de Bob y se sintió enfermo; suprimió varias arcadas para no vomitar. Siguió su camino y, ya cerca, se protegió detrás de un carro blindado para esperar la oportunidad de un espacio en un helicóptero, y evacuar el área del combate.

Cinco minutos después se le presentó la oportunidad; un helicóptero había sido cargado con varios cuerpos, y cuando ya se disponía a elevarse, Joe corrió y se subió al esquí de aterrizaje, sujetándose del canal por donde generalmente corre la puerta. Este helicóptero carecía de ella.

El aparato se elevaba con dificultad, dio media vuelta y al tomar rumbo, expuso al fuego enemigo el costado en el que Joe colgaba al descubierto. El ametralladorista de la puerta no dejaba de disparar, y Joe sentía cómo algunas balas dirigidas hacia ellos pasaban de largo sin pegarles; cerró los ojos hasta que creyó estar fuera de peligro. Volteó hacia abajo y le flaquearon las piernas, volaban a buena altura y con una velocidad que a Joe se le hizo poca, pero sus puntos de sujeción no eran muy seguros, y el aire trataba de

arrastrarlo hacia el vacío.

Con un esfuerzo sobrehumano logró sostenerse durante los quince o veinte minutos que duró el vuelo a Quang Tri. Al bajar, se fue directo a la tienda del sargento mayor; en el camino cruzó el hospital y vio cómo atendían la carne destrozada de los heridos, traídos de la batalla que acababa de abandonar. La furia lo acicateaba, se rebeló contra el destino, contra la guerra, contra el sargento mayor y su capitán; contra el General Westmoreland y el Presidente Johnson: en fin, se rebeló contra el mundo.

Cuando se encontró frente al sargento mayor lo espetó, con violencia contenida, gritándole: «¿Eso era lo que querían? ¿Chuparnos hasta la última gota de sangre?».

«¡Cállate, Rivera! ¡No me jodas! Yo no tengo la culpa de que haya muerto Gallose; le llegó su día y nadie puede salvarte cuando te toca. Estamos peleando una guerra, y la muerte es común. Dale gracias a Dios que tú estás aquí vivo, y Gallose está allá, muerto». Al ver la cara de furia de Joe, añadió: «¡Y si me sigues jodiendo, no te recomiendo para recibir la medalla de buena conducta!».

«¡Haz un rollo con la recomendación y métetelo por donde te quepa!».

contestó Joe, dando media vuelta para salir.

«¡Oye, espera! ¿Adónde crees que vas? No tienes a dónde ir, aquí tengo tus órdenes listas para que salgas de inmediato a Da Nang; el convoy sale en media hora».

Al escuchar eso, Joe se paró en seco, se dio la vuelta y, sin decir una palabra más, tomó las hojas que el sargento mayor le tendía, y se alejó sintiéndose miserable.

El convoy viajó durante dos días; Joe iba en un camión de carga, que tenía redilas a ambos lados. Se la pasaba tumbado de espaldas, contra el piso del fondo de la caja cubierta de costales de arena. No se atrevía a sacar la cabeza, por miedo de que algún francotirador la usara de blanco. En el largo camino tuvo oportunidad de pensar mucho; repasó sus últimos días en la Tropa F, sobre todo su último combate. En esos dos días lloró varias veces, unas veces rabioso, otras con un sentimiento de desahogo y alivio, luego se tranquilizaba y se dormía; también durmió mucho en ese viaje. Cayó en la cuenta que con la premura de abandonar su último combate, había olvidado su bolsa con recuerdos y artículos personales. No le dio importancia, Kit y Jim se beneficiarían por su olvido. No era importante; lo único que valía la pena

conservar era la vida y él estaba vivo, camino a la libertad.

En Da Nang, según sus órdenes, abordó un transporte C47 de la Fuerza Aérea que lo llevó a Cam Ranh Bay. Ahí se presentó al Centro de Procesamiento en donde entregó sus armas, le dieron uniformes nuevos y una cama en donde dormir los doce días que le quedaban en suelo vietnamita. Se dio un baño largo y caliente, en duchas verdaderas, y se fue a buscar el comedor; no había comido bien o suficiente por mucho tiempo. Sin creerlo, se encontró frente a un bistec encebollado, puré de papas y una cerveza Budweiser. Cuando se recostó en su cama esa noche, limpio y con el estómago lleno, comenzó a creer que sobreviviría la guerra; aún no quería cantar victoria hasta que estuviera lejos en el aire. Había llegado a Vietnam doce meses antes, le parecía que habían transcurrido muchos años, pero muy pronto la guerra de Vietnam quedaría atrás. ¡Saldría vivo de este infierno!

32. ADIÓS AL INFIERNO

El Centro de Procesamiento de Cam Ranh Bay para los soldados que regresaban a los Estados Unidos era muy agradable y eficiente; a Joe le asignaron una cama tubular con colchón, sábanas limpias y una frazada ligera, además de un buró con una lámpara y un casillero vertical. Su dormitorio estaba tan confortable y equipado como cualquiera que hubiera tenido en las barracas en las que lo habían alojado durante su adiestramiento, antes de venir a Vietnam; ahora le parecían lujosas, se había acostumbrado al barro, la lluvia, los bichos, animales y a la suciedad. Aquí se encontró agua corriente y excusados de porcelana. — ¡Qué belleza! — regaderas con mucha agua limpia y cristalina; muy diferente al agua de río, llena de bichos y sanguijuelas, en donde se bañaba en campaña.

En el almacén le entregaron tres mudas de ropa interior, dos uniformes de campaña, un uniforme kaki de gala, guerrera, cinto y zapatos negros, botas nuevas, además de los artículos de baño y aseo personal como jabón, estropajo, talco, loción, peine, estuches de afeitar, pasta y cepillo de dientes; cosas comunes en el mundo, pero que no lo fueron para Joe durante mucho tiempo.

Le informaron a Joe que sus exámenes físicos comenzarían al día siguiente y para entonces debía haberse bañado tres veces, restregándose con estropajo, y haberse lavado los dientes por lo menos cinco veces.

De la cintura para arriba Joe había adquirido un color café achocolatado muy oscuro, que contrastaba notablemente con la piel en su mitad inferior; parte de ese color era mugre, y parte se debía a los efectos del ardiente e implacable sol de Vietnam. Joe era moreno claro cuando llegó al ejercito, ahora era casi negro. La piel percutida era difícil de limpiar, y le tomaría algunas semanas de continuos baños para adquirir un atractivo color bronceado, libre de suciedad.

Antes de su llegada a Vietnam, Joe y los demás soldados habían sido

vacunados contra la tifoidea, paperas, plaga, cólera, catarro y venenos de víbora. Por lo general, después de un año en Vietnam se pudieron haber contraído infecciones en la piel, fiebre amarilla o malaria, y una variedad de enfermedades venéreas. Entre éstas últimas, había una temible: la sífilis negra. Quien la contraía, no podía volver a pisar suelo estadounidense y literalmente equivalía a una sentencia de muerte que se cumpliría antes de un año. Algunos de los más espectaculares actos de heroísmo fueron protagonizados por soldados que contrajeron la enfermedad y, al enterarse de su situación, corrieron riesgos inimaginables; su intención era morir en el campo de batalla antes que pudrirse lentamente en el infierno de Vietnam.

En el segundo día del procesamiento de Joe, le revisaron minuciosamente cada centímetro cuadrado del cuerpo, y le tomaron muestras de sangre, orina y materia fecal; le hicieron también un corte de pelo decente, para que el cabello comenzara a acostumbrarse a ser peinado con regularidad. Le dieron el tercer día libre para que descansara en la playa, o visitara el pueblo, eso sí, sin dejar de bañarse tres veces, y cepillarse los dientes por lo menos cinco veces.

En el cuarto día le programaron entrevistas con los médicos que ya lo habían examinado antes; le informaron los resultados de sus revisiones y análisis, y los tratamientos que debería seguir en los días siguientes. Le encontraron una uña del pie y dos callos infectados, infección de la piel en una pierna, principios de colitis nerviosa, varios tipos de bichos en el estómago, uno de los cuales le provocaba diarreas continuas con evacuaciones de sangre, tenía un riñón dañado, la mandíbula dislocada, y un mezquino en la parte inferior de la cabeza del pene, además de ocho caries y un estado deplorable de la boca en general. En suma, le dijeron a Joe que se encontraba en perfecto estado de salud para regresar a los Estados Unidos. Le darían recetas para medicinas, y tratamientos para eliminar la mayoría de sus taras antes de abandonar Vietnam. Salvo para la colitis y las caries, que necesitaban un tratamiento más prolongado, y que tratarían en EE.UU., le dieron decenas de inyecciones, drogas y medicamentos, con instrucciones precisas de cómo administrárselos durante los días que le faltaban para abordar el avión de regreso.

El quinto día fue de descanso de nuevo, y el sexto se entrevistó con los psiquiatras. El primero que lo entrevistó le hizo infinidad de preguntas relativas a su vida antes de haber entrado al ejército, y las experiencias que había tenido en Vietnam, incluyendo sus reacciones a situaciones específicas.

El médico no hacía ningún comentario a sus respuestas, únicamente tomaba notas; en un momento dado, se levantó y salió sin decir palabra. Supo que el examen había terminado cuando una enfermera entró y le dijo que podía abandonar el consultorio.

Por la tarde le tocó uno más comunicativo; inclusive Joe pensó que podía tratarse de un sacerdote o pastor. Repasaron los mismos temas que había platicado esa mañana, sólo que hubo cuestionamientos específicos sobre estados traumatizantes, uso de drogas, compañerismo, reacciones ante la muerte de sus compañeros y enemigos, su forma de pensar sobre la autoridad y el hecho que lo habían forzado a pelear una guerra; sobre cómo se sentía en ese momento, y si creía estar listo para reintegrarse a su familia y a la sociedad.

Durante el tiempo libre que le permitían entre examen y examen escuchó mucha música nueva; repetían los temas populares de siempre, entre los que le conmovían como «I Want To Go Home» y «I Left My Heart In San Francisco», pero había algunos que no había escuchado: «Brown Eyed Girl» de Van Morrison, «Daydream Believer» con los Monkeys, «To Sir With Love» con Lulu, «Baby I Love You» con Aretha Franklin. «Here Comes My Baby» con los Tremeloes, «I Say A Little Prayer» con Dionne Warwick, «Please Love Me Forever» con Bobby Vinton, «You Are My Everything» con los Temptations, «Here We Go Again» con Ray Charles. Luego vinieron más y mejores canciones, pero las que recordaba de su etapa de Vietnam siempre tendrían un significado especial para Joe.

Por último, el séptimo día Joe se entrevistó con un doctor de más edad que traía en las manos los resultados de los dos primeros exámenes. En pocas palabras le dio a Joe los resultados, que fueron increíbles e inexplicables, le aseguró que estaba mentalmente sano, con un equilibrio mental mayor que el de la generalidad que ellos examinaban. Especificó que sus traumas correspondían más a los de un almacenista, que a los de un soldado expuesto a la acción de guerra durante doce meses. Ellos creían que el resultado se debía a la seguridad en sí mismo que Joe tenía, por provenir de una familia integrada que le había proporcionado amor y seguridad desde una edad temprana. La entrevista terminó dándole a Joe algunos consejos para aminorar los efectos del Síndrome de Guerra cuando regresara a casa.

El octavo día, cuando ya casi se sentía humano de nuevo, lo entrevistó un oficial de reclutamiento:

«Sargento E-5 Joe Rivera, en un mes más se le dará de baja de las fuerzas armadas —le dijo muy pomposamente, y con mucha seriedad— Su record indica que ha servido al ejército como los mejores, por lo que la Nación se lo agradece, y el ejército quiere premiarlo, haciéndole una magnífica oferta que le resolverá su futuro».

En un principio Joe estaba igual de serio que el oficial pero, al ver tanta pomposidad, comenzó a parecerle gracioso. «Sus premios como buen soldado son el otorgamiento de la medalla de buena conducta, la medalla de servicio en Vietnam, y una baja del ejército honrosa». Hizo una pausa para ver el efecto que estaba causando en Joe, y prosiguió: «Además de las medallas ganadas en el campo de batalla, que son tres: la medalla de bronce, la de plata y el Corazón Púrpura... ¡Admirable!». dijo, a la vez que sonreía. A Joe le costaba trabajo reprimir la risa, y se sentía incómodo al no poder mostrar el respeto y seriedad que el acto requería.

«Por todo lo anterior —continuó el oficial de reclutamiento— también se ha decretado que se le dé de baja el día 8 de diciembre de 1967, en vez del 17 de enero de 1968, como le corresponde, o sea, un mes y diez días antes de cumplir sus dos años de servicio militar».

A esto último sí reaccionó con un silbido, y una muestra de aprecio. El oficial sonrió cómicamente al ver la reacción de Joe, y continuó hablando al mismo tiempo que recuperaba la seriedad:

«Como le mencioné, el Ejército de los Estados Unidos de América quiere hacerle un ofrecimiento... —una vez más carraspeó nerviosamente, como si se acercara a la parte más difícil de su discurso, y prosiguió— El ofrecimiento es que si usted firma por otros tres años de servicio...».

La jocosidad de la situación fue demasiada para Joe, y estalló en una carcajada; el oficial trató de calmarlo sin mucho éxito, alzando la voz sobre las risas de Joe, y tratando de recuperar la compostura.

«¡Oiga! ¡Oiga!, es un buen ofrecimiento, ¡escúcheme por favor!».

«Ahórrese la plática, oficial, —le cortó Joe sin parar de reír— no tengo la intención de reenlistarme por nada del mundo, ¡ja! ¡Ja! ¡Ja! Mi deseo es regresar a casa, y olvidarme de Vietnam y del ejército».

«¡Sargento Rivera! Guarde silencio por favor, mi deber es darle esta plática, y dársela completa, por lo que le suplico se comporte y me deje continuar». Reprimiendo la risa, Joe guardó silencio para que prosiguiera el

oficial: «Si usted se reenlista por tres años más, el ejército le ofrece de inmediato un bono por 6,500.00 dólares, un mes y medio de vacaciones y un ascenso a sargento E-6, como comandante de pelotón. Sería usted reasignado, por lo pronto, como instructor en un Centro de Adiestramiento del ejército, en los Estados Unidos, y su preferencia sería tomada en cuenta».

La risa se le cortó de tajo a Joe; lo que acababa de oír no era una mala oferta, no por los beneficios inmediatos, era una propuesta de un futuro en las fuerzas armadas. No tendría que preocuparse por buscar trabajo nunca más en su vida. Con los seis mil quinientos, más lo que había ahorrado de su sueldo y sus ganancias de póker, tendría más de diez mil dólares, cantidad suficiente para comprar un auto, casarse, pagar la luna de miel, y como sargento E-6 tendría buen sueldo y nunca más tendría que preocuparse de techo, vestido y sustento. La propuesta le pareció tan tentadora, porque de golpe podía solucionar todos sus problemas de posguerra. Sin embargo recordó la parte mala de enlistarse de nuevo: diariamente tendría que trabajar físicamente con gente que le odiaría al darles clases, estaría sujeto a las órdenes y malos tratos de todos aquellos que tuvieran más rango que él. En tres años habría suficiente tiempo para que lo enviaran de nuevo a Vietnam... recordó lo que acababa de vivir, y repetirlo era impensable para él. No por tener más rango tendría menos trabajo y peligro; si se terminaba la guerra en Vietnam, seguro habría otra esperando a la vuelta de la esquina, ¿no se acababan de librar de la guerra de Corea? Miró al oficial, que le sonreía más seguro de sí mismo al notar el cambio en la actitud de Joe, y cómo se había quedado pensativo, considerando la oferta.

«No está mal la propuesta, oficial, nunca me imaginé que el Tío Sam fuera tan generoso, pero no, no estoy hecho para ser soldado; he odiado cada minuto que pasé en entrenamiento y, sobre todo, lo que acabo de pasar en Vietnam. No veo cómo su oferta vaya a cambiar lo que en realidad siento».

«Recuerde, Sargento Rivera, que con un grado E-6, siendo veterano de guerra, y con todas las medallas que ha ganado, causaría mucho respeto en el ejército, tanto entre los reclutas, como entre los oficiales».

Joe pensó que el oficial tenía razón, pero su decisión estaba tomada. Se levantó y le respondió antes de salir: «No, señor, no me interesa, pero de todas maneras gracias por su plática».

«Debo advertirle una cosa más, Sargento; la oferta sólo es válida hasta el día que se marche de Vietnam. Una vez que le hayan dado de baja, si quisiera

regresar al ejército lo haría como «private» E-1 y tendría que comenzar de nuevo con el entrenamiento básico. Mi oficina está abierta todos los días por si cambia de opinión; piénselo, aquí estaré esperándole... piénselo».

En efecto Joe salió pensativo, nunca se hubiera imaginado que consideraría seriamente reenlistarse en el ejército, pero la oferta era tentadora, y el oficial tenía razón en varias cosas: un sargento E-6 veterano y condecorado infundía respeto en los demás soldados, él mismo lo había sentido. Le llamaba la atención que después de su terrible experiencia lo vieran con respeto y veneración; ya no estaría en las mismas condiciones en las que le hicieron odiar al ejército. No sería humillado ni maltratado, por el contrario, si él quisiera, humillaría y maltrataría a otros soldados impunemente. Existía la posibilidad de que lo regresaran a Vietnam de nuevo, pero lo haría como sargento mayor de un batallón, y no estaría peleando en el frente; también podrían enviarle a Alemania, España, Turquía o Panamá, en ese caso podría conocer mundo, y tendría una sombrilla de seguridad inmensa. A lo mejor, por su juventud y preparación, le daban oportunidad de asistir a la escuela de oficiales, para hacer carrera militar. Realmente lo más difícil ya lo había pasado. ¿Qué pensaría Verónica de todo esto? ¿Cómo le gustaría platicarlo con alguien cercano! Era una decisión difícil, y su mente debía estar distorsionada por las experiencias que acababa de pasar; tenía tres días para pensarlo.

El día anterior a su salida, pasó a la Oficina de Control a recibir su pase de abordaje para subir al avión que lo llevaría a los Estados Unidos. Le había tocado un vuelo de World Airways, directo a San Francisco, con una escala técnica en Honolulu, Hawai. Se le informó que podía quedarse en Hawai por hasta cinco días, si así lo deseaba, registrándose al bajar del avión en la lista de espacio disponible para el vuelo Honolulu-San Francisco. Sin duda era una buena oportunidad de vacacionar en Hawai en otras circunstancias, pero no en ésta, Joe quería llegar a casa cuanto antes.

Le parecía que dondequiera que fuera en la base, siempre tenía que pasar frente a la Oficina de Reclutamiento; la habían colocado estratégicamente para recordarles a los veteranos que tenían una oferta pendiente, difícil de ignorar. Joe pasaba rápido y sin voltear, como si con ello evitara la atracción de entrar y firmar contrato por otros tres años. Después de todo — pensaba — la vida en el ejército no sería tan mala de ahí en adelante; tenía sólo veintiún años, y si no quería hacer carrera militar saldría a los veinticuatro, muy a tiempo para recomenzar su vida civil, para dedicarse a lo que él quisiera.

Había oído comentar que quien se quedaba en el ejército por más de tres años se convertía en un inadaptado para la vida civil; ése sería el peligro a enfrentar.

Sabía que su estancia en el ejército y en la guerra por dos años le había dañado el cerebro de alguna manera, no sabía cuánto, mucho menos lo que le afectarían cinco. Necesitaba tomar distancia para pensar las cosas mejor, pero no le daban tiempo, era ahora o nunca. Debía guiarse por lo que ahora sentía: ¡Amaba la libertad y odiaba al ejército y a la guerra!

Por fin llegó el tan esperado 8 de diciembre, día de su partida. Desde muy temprano Joe se bañó, se rasuró y empacó su exiguo equipaje y las pocas chácharas que había comprado para llevar como *souvenirs* a su familia y novias, y se marchó al aeropuerto. Le pareció increíble el movimiento de soldados y civiles que había en el inmenso hangar que hacía las veces de sala de documentación y espera; le parecía que habían ordenado la evacuación de todo el país. Se formó en una larga fila frente a la ventanilla en la que había un letrero que anunciaba el vuelo de World Airways a San Francisco; el avión B707 estaba programado para despegar a la una de la tarde.

Al llegar a la ventanilla para documentarse, una chica en uniforme azul de la Fuerza Aérea le recogió el pase de abordar y, después de analizarlo por algunos segundos, se lo entregó a un oficial que estaba parado junto a ella; éste se adelantó y le ordenó a Joe salir de la fila porque quería hablar con él. A Joe le extrañó, porque no le había sucedido a nadie de los que le habían precedido, pero no tuvo opción y abandonó la línea; el oficial salió de una puerta con su pase en la mano.

«¡Buenos días, Sargento! Soy el Teniente Reeves, de la Oficina de Procesamiento, usted tiene el último pase asignado en el próximo vuelo a San Francisco, queremos pedirle un favor». Hizo una pausa para tomar aire y Joe comenzaba a fruncir el ceño, esperando malas noticias, «¿Sabe usted? —continuó el teniente— tenemos a un soldado que debe volver a los Estados Unidos a enterrar a su padre que acaba de morir; si usted fuera tan gentil de cederle su pase, nosotros le daríamos uno para otro vuelo».

«No, señor, no le cedo mi pase —contestó Joe de inmediato— he esperado un año este momento y no pienso retrasarlo; lo siento, pídaselo a otro».

«Mire, Sargento, los vuelos están asignados con semanas de anticipación, si no tenemos su aprobación, el chico llegará a casa cuando su padre ya esté

bajo tierra».

«¿Pero qué culpa tengo yo? —contestó Joe, molesto— ¡Caramba! ¿Me ven cara de monja de la caridad?».

«Sargento, asignarle otro vuelo a usted es menos complicado que hacerlo para él, pero si quiere partir esta misma tarde, le puedo dar un pase abierto para viajar en cualquier transporte de la Fuerza Aérea; se podría ir en el primer vuelo que saliera para los Estados Unidos».

Sin estar muy convencido, pero pensando en el chico con su padre muerto, y su deseo de llegar al funeral, dio su aprobación. El oficial no perdió tiempo, le entregó el pase a un soldado que había seguido la conversación, y estaba sentado en un sillón al lado de la fila. Luego se volvió hacia Joe y le dijo: «Gracias, Sargento, por hacer la buena obra, sígame por favor». En otro mostrador cercano, le extendieron un pase en blanco, debidamente sellado, para ser utilizado en cualquier transporte de la Fuerza Aérea, así como para hacer uso de restaurantes, bares, dormitorios y demás servicios de la USAF. Otro sargento que estaba junto al mostrador le dijo a Joe: «¡ Hey , héroe! Regresa a este mostrador a las cuatro de la tarde, tenemos un C-141 que sale a las cuatro y media».

Joe se fue a la cafetería, desde donde vio despegar el B707 de World Airways en donde debería haber salido él; se deprimió pensando que el hecho de quedarse unas horas más en Vietnam aumentaba las posibilidades de que algo le sucediera. Cam Ramh Bay era un área relativamente segura, pero les podían llover morteros o caer artillería enemiga, como sucedía frecuentemente en las bases aéreas.

A las cuatro de la tarde, Joe estuvo puntual en el mostrador de la USAF, y presentó su pase . Y a había otros dos soldados esperando también la salida del avión; uno era infante de marina, y el otro de la fuerza aérea. «¡Hola! — les saludó Joe— ¿También ustedes perdieron su avión?».

«Yo sí, —dijo el infante de marina— por una borrachera». «Yo no —dijo el enlistado de la Fuerza Aérea— nosotros siempre viajamos en nuestros aviones».

«¿Cómo son los vuelos? —le preguntó al enlistado de la USAF— ¿Traen sobrecargos como en World Airways?».

«A menos que te gusten las petacas del sargento que conociste esta tarde, y que ahí viene» —le contestó sonriendo. «Él nos va a atender durante el

viaje».

Joe volteó y reconoció al sargento que se había referido a él como «héroe» y le había expedido el pase.

«¡Bien, muchachos!, si ustedes están listos, podemos irnos», les dijo el sargento, haciéndoles una seña para que lo siguieran. Subieron a un jet inmenso carguero C-141 de cuatro turbinas; las alas comenzaban en el techo del fuselaje y se curvaban hacia abajo, bajo el peso de los motores, dándole al avión la apariencia de un ganso cansado. Era idéntico al que Joe había volado en su viaje a Vietnam, sólo que aquél estaba equipado para el transporte de tropas, y éste era un carguero común. Todo el fuselaje estaba lleno de cajas de pino, sólo al frente había unos cuantos asientos de tiras de nylon tejido, y ahí se acomodaron, después de tirar sus bolsas de lona sobre las cajas. El interior del fuselaje tenía poca luz y las paredes no estaban cubiertas con ningún panel decorativo, por lo que se podían ver todos los cables y tuberías que corrían expuestos junto al fuselaje; había muchas cajas y despedían un olor raro, entre limpio y nauseabundo.

Se abrocharon los cinturones, las turbinas fueron encendiéndose una a una, y una vez que los cuatro motores estuvieron sonando ruidosamente, el avión se puso en movimiento despacio y se dirigió a la cabecera de la pista. Esto lo intuyó Joe, porque no había ventanas y no podía ver el exterior; casi de inmediato, sintió que su cuerpo se pegaba al respaldo al sentir la brusca aceleración al comenzar la carrera de despegue.

Joe se asió con fuerza al asiento, cerró los ojos y apretó los dientes; durante unos minutos después del despegue, serían muy vulnerables al fuego enemigo y a los cohetes antiaéreos. En tres minutos estarían alejándose de las costas de Vietnam, a una velocidad insuficientemente rápida para Joe. Cuando sintió que el avión se enderezaba y tomaba su actitud de crucero, pensó que ya no estaba al alcance de los vietcong y poco a poco fue aflojando el cuerpo, descansando de la tensión que había sentido durante un año. Se sintió agotado y se adormiló pensando que finalmente abandonaba Vietnam, sus húmedas selvas, su calor extremo, sus bichos, sus olores y sus peligros; atrás quedaba el escenario donde Joe había vivido las experiencias más intensas de su vida. Se llevaba el recuerdo imborrable de vivir junto a la muerte, y apreciar cada minuto más que se le concedía vivir.

¡No lo podía creer! Se congratuló por haber sobrevivido la prueba más dura de su vida y finalmente se durmió profundamente, con un sueño tan

pesado como hacía tiempo no experimentaba.

33. REGRESO A CASA

La primera escala en su vuelo de regreso fue en la isla de Okinawa, junto a Japón, en donde los Estados Unidos tenían una base aérea desde la terminación de la Segunda Guerra Mundial. Su primer segmento de vuelo había durado siete horas y habían recorrido 4,025 millas. Joe no lo sintió, porque había estado dormido casi hasta el momento que aterrizaron. Entonces fue que se enteró de que la ruta que llevarían no era directa y sin escalas a San Francisco; de Okinawa volaría a Anchorage, Alaska, y de ahí a una base aérea, localizada entre Seattle y Tacoma Washington; posteriormente volaría a Los Ángeles desde Seattle. Si hubiese sabido esto antes, — pensó Joe — no hubiese cedido mi pase a Hawai y San Francisco. Sentía que lo habían timado.

Ya en tierra, Joe acompañó a sus dos nuevos amigos al pueblo; él quería quedarse tranquilamente en el aeropuerto esperando a que reabastecieran de combustible al avión y cambiaran de tripulación. Sin embargo, Carl Martin, que había estado varias veces en Okinawa, los convenció de que salieran a tomar unas cervezas frías, y a visitar algunos bares interesantes en donde había estado antes. Les motivó el deseo de conocer a chicas japonesas, para saber si eran muy diferentes a las vietnamitas que habían estado viendo durante un año. Habían aterrizado a las siete de la noche, y el vuelo estaba programado para continuar a las once, cuatro horas después; tendrían suficiente tiempo para divertirse y regresar a tiempo.

Tomaron un taxi en la puerta del aeródromo y en quince minutos estaban en la zona de bares y restaurantes. Entraron al primero que encontraron, que no estaba muy concurrido, pero había música gringa y algunas chicas sirviendo y platicando con los militares. Se sentaron y pidieron una cerveza. Joe recordó su viaje a Manila, y se sintió contento de haber acompañado a Carl; las mujeres eran más bajitas y de cara más redonda, pero su limitado lenguaje y manera de actuar eran los mismos. Después de terminarse la cerveza, salieron a visitar otros bares, en donde descubrieron que no había dos

iguales; cambiaba la atmósfera en general, la música, la decoración, el personal femenino y lo concurrido del lugar. Después de beber varias cervezas, vieron que era muy barato y fácil conseguir una muchacha para un «rapidito», antes de regresar. Pete Norman, el infante de marina, propuso que buscaran una chica cada quien y pasaran la noche ahí, ya habría más vuelos para EE.UU. y, con su pase abierto, tal vez pudieran volar a un lugar más cercano a donde iban cada uno de ellos. Joe no secundó la idea de inmediato, quería llegar a casa a la mayor brevedad posible, pero luego lo hicieron razonar que ya estaba fuera de peligro, lejos de la guerra de Vietnam. Era una oportunidad única que no volvería a repetirse. En ese momento tenía la oportunidad de desfogarse antes de llegar a Los Ángeles; no sabía cómo iba a estar la situación con las chicas a su llegada a casa — pensó Joe — probablemente no pueda acostarme con ninguna de ellas por algún tiempo. Se le avivaron los deseos de probar un acto sexual con una japonesa de Okinawa; recordaron el cuento de que las japonesas tenían la entrada horizontal en vez de vertical y, entre las risas y el alcohol, se olvidaron del avión que salía a las once de la noche y comenzaron la cacería.

La mujer que le tocó a Joe se llamaba Michiko, era un poco rechonchita, pero muy simpática; el mismo bar tenía cuartos pequeños que alquilaban por diez dólares la noche. Michiko le había pedido cuarenta dólares por pasar con ella el tiempo que él quisiera. Acostumbrado a los precios de Vietnam, se le hizo carísimo, pero aceptó. Joe tuvo un coito apresurado, y se durmió profundamente, ayudado por el cansancio y el alcohol; despertó a las cinco de la mañana del día siguiente, y se encontró solo. Reaccionó instintivamente y revisó sus bolsillos: todo estaba ahí. Sólo traía sus órdenes de traslado, su pase abierto, y el poco dinero que le había sobrado después de la farra de la noche anterior. Se vistió y salió al bar, no había nadie y lo encontró muy diferente, las luces, la música y el servicio camuflaban lo sucio y destartado del local. Buscó en los otros cuartos, todos estaban vacíos y no encontró a Pete y Carl en ninguna parte de los alrededores. Caminó un poco por la única polvorienta calle del pueblo hasta encontrar un taxi que lo llevara de regreso al aeropuerto.

Se reportó en el mostrador de la Fuerza Aérea. No habría vuelos a Los Ángeles o a San Francisco en los dos días siguientes, pero a las diez de la mañana saldría un avión hacia Anchorage, Alaska; se apuntó para salir en él, y buscó el comedor para desayunar, ahí se encontró a sus dos compañeros de viaje. Le saludaron muy amablemente y le preguntaron cómo le había ido con Michiko, respondió que bien sin mucha efusividad; le hubiera dado pena

confesar que había dormido en vez de coger toda la noche. Carl y Pete contaban historias fantásticas de la noche anterior; decían que toda la noche habían «servido» sin descanso a sus parejas, y que habían sido «una maravilla». Joe se sintió defraudado al escucharles; él había pagado cuarenta dólares por un triste «polvo» que ni siquiera recordaba, además lo habían abandonado, tal vez de inmediato luego que se durmió. Por el precio que pagó, Michiko podía haberle despertado para hacer el amor una vez más, como despedida, antes de abandonarlo; en fin, ya estaba hecho.

Amoscado, trató de cambiar la conversación pero fue en vano. Mientras desayunaban abundante y despaciosamente, se resignó a escuchar los éxitos eróticos de sus compañeros, luego comentaron la continuación del viaje. Carl y Pete decían que era mejor pasar dos días ahí, para tomar un avión directo a San Francisco. «En Anchorage no hay nada —explicó Carl— hace un frío terrible. Aquí hace frío, pero en Anchorage es puro hielo; además ahí no hay chicas para contratar». Añadió sentencioso: «Las esquimales probablemente te lo den gratis, pero son muy gordas y feas».

Joe no quería permanecer más tiempo en Okinawa, le deprimía el lugar, por lo que les dijo: «Me dio mucho gusto viajar con ustedes, yo me marcho a las diez de la mañana a Anchorage, ya me documenté, y de ahí tomaré el primer avión que salga a Los Ángeles o a San Francisco —y añadió determinante— Estoy hasta la coronilla de asiáticos, quiero pisar suelo americano».

Lo dijo con tanto convencimiento, que sus compañeros se miraron uno al otro y respondieron al unísono: «Tienes razón, Joe. ¡Al diablo con las chicas! Con lo gozado anoche, tenemos para aguantar por algún tiempo, ¡nos vamos contigo!».

Nuevamente subieron a otro carguero C-141, muy parecido en su distribución y carga al que los había llevado a Okinawa. El vuelo a Anchorage tuvo una duración de diez horas, y recorrieron 5,750 millas. Durmieron a ratos, jugaron cartas e intercambiaron anécdotas según las experiencias de cada uno; lo único extraordinario del viaje, además de las continuas y fuertes turbulencias, fue que durmieron sobre cajas que contenían cuarenta y ocho cadáveres, víctimas de la guerra de Vietnam. También en su vuelo anterior habían tenido la misma carga. Ya más tranquilo, Joe estuvo pensando en la suerte que había tenido al regresar vivo, entre cuarenta y ocho que no lograron sobrevivir, y regresaban en una caja de pino. ¡Es incomprensible! — se dijo — unos regresaban muertos y otros vivos, como yo y mis compañeros,

de acuerdo al destino de cada quien, pero ¿quién o qué rige el destino?

Joe pensó en investigar si en ese cargamento venía algún conocido. Probablemente aquí viene Bob Gallose — pensó Joe - ¿no sería extraordinario? Estábamos en el campo de batalla hace quince días, y ahora vamos de vuelta al «mundo», yo vivo, y Bob en una caja de pino. ¿Por qué no fue al revés? Era su destino, Joe estaba convencido que nadie se muere antes de que le toque, sin importar los peligros a los que se enfrente: cuando nos toca, nos toca, y no hay manera de evitarlo — se dijo Joe pensativo.

Desistió de la investigación para saber la identidad de los muertos que viajaban con ellos porque era morbosos, pero le manifestó al sargento su preocupación de que los muertos contaminaran el ambiente a su alrededor. El sargento le contestó:

«¡Imposible, muchacho! Primero los embalsaman, luego los meten en una gruesa bolsa de polietileno que sellan herméticamente; después los colocan en una caja de aluminio también herméticamente sellada y, por último, en la caja de pino. Como ves, muchacho, es improbable que algo se escape para contaminar nuestro ambiente».

Ya cansados y con sueño, buscaron un lugar adecuado para acostarse a dormir, el sargento les proporcionó frazadas para cobijarse y se durmieron sobre las cajas que contenían los cadáveres. Joe notaba un tufo raro que salía de ellas, pero confiado en la explicación del sargento, se durmió. Cuando despertó, le llamó la atención el silencio, ya no escuchaba los motores como de costumbre. La razón era que ya estaba el avión descendiendo, aproximándose rápidamente a la pista de aterrizaje del aeropuerto de Anchorage.

No bromeaba Carl cuando les comentó que iban a encontrar frío extremo y mucho hielo. La pista de aterrizaje estaba helada, y el avión tuvo dificultad para frenar; se deslizaba, sin reducir la velocidad, y cuando sentía que aplicaban los frenos, se ladeaba. Utilizaron hasta el último centímetro de pista, y por poco se salen de ella. El paisaje era blanco, todo nevado, y la temperatura estaba a varios grados bajo cero. Al salir del avión y respirar el aire helado, Joe sintió que le dolía el pecho y tuvo que taparse la boca rápidamente, para respirar sólo con la nariz. Ya dentro de la sala de llegada sintió menos frío, pero mucho más al que Joe estaba acostumbrado.

La vestimenta de Joe era de verano y para climas cálidos, no estaba preparado para el frío que sentía. Llevaba puesto un traje kaki de manga corta,

y no traía chamarra o abrigo. Pete y Carl iban mejor preparados, con el uniforme de casimir reglamentario, con camisa de manga larga y saco, y aun así se quejaron del terrible frío.

Una vez que estuvieron adentro de la sala de llegada, lo primero que hicieron fue dirigirse al mostrador de control para informarse de los vuelos que saldrían ese mismo día hacia San Francisco o Los Ángeles; no había ninguno, les informaron que el único vuelo hacia la costa oeste era un B707 carguero de la USAF, que iba a un aeropuerto junto a la base de Fort Lewis, Washington, entre las ciudades de Tacoma y Seattle, y que el vuelo saldría a las cinco de la mañana del día siguiente. Tendrían que permanecer una noche en Anchorage, y tal vez otra en Seattle, si no había vuelo; iban a llegar a su destino al mismo tiempo que si hubieran permanecido dos noches en Okinawa. Pete les comentó que la habían regado al venir a Anchorage, pero Joe le contestó:

«El primer vuelo lo perdí por culpa de ustedes, justo es que el segundo lo pierdan a instancias mías; además, ¿qué prisa tienen?, ya estamos en los Estados Unidos, ¿o no?».

Eran las seis de la tarde y decidieron hacer una visita al pueblo, aunque ahí mismo tenían cama y comida; pidieron ayuda al comandante del aeropuerto y les proporcionaron gruesas chamarras acolchadas, con capucha de piel y con parches de la USAF, también les dieron veinte dólares a cada uno para comida y bebida en el pueblo.

Un camión de la Fuerza Aérea los llevó al centro de Anchorage; los dejó en una avenida ancha y larga, que parecía terminar en las montañas en donde había algunos hoteles, bares y restaurantes. Al bajar del camión les golpeó el viento helado, les dolía respirar y les comenzaron a castañear los dientes. Estaba haciendo tanto frío, que aun con el abrigo acolchado y forrado de piel, no podían caminar más de media cuadra sin entrar en algún establecimiento con calefacción. Joe sentía que los pantalones kaki se solidificaban y se volvían de hielo, la piel de las piernas que tocaban el pantalón se congelaba; era muy difícil caminar en esas condiciones.

Primero visitaron una cafetería, en donde comieron un platillo que les pareció el más exquisito del mundo: una hamburguesa, como debe de ser una hamburguesa: un gran bollo, calentado en la plancha caliente llena de grasa, con gruesa carne molida fresca de res, cocinada en la misma plancha, sólo lo suficiente para tomar el sabor de la grasa, queso amarillo derretido, gruesos

aros de cebolla morada y la mezcla exacta de mayonesa, mostaza y salsa de tomate; la hamburguesa iba acompañada de un riquísimo y helado vaso de leche fresca. La leche que en contadas ocasiones tomaron en Vietnam era en polvo, y nunca fría; ésta les supo deliciosa.

Luego caminaron media cuadra, casi corriendo, y se metieron a un bar oscuro y casi vacío. El barman les saludó con indiferencia y les señaló una mesa. Cuando se quitaron los abrigo y los colgaron en un perchero, atrajeron la atención de un esquimal gigantesco que estaba borracho en una mesa cercana. Les miraba turbiamente, mascando palabras inteligibles; era muy gordo y debía pesar por lo menos 150 kilos.

Joe, Pete y Carl pidieron una cerveza de barril e hicieron un brindis. El esquimal dio un puñetazo en la mesa y les ordenó que se callaran y luego farfulló, con voz muy fuerte: «No me gusta beber con militares». Cuando ya los tres se disponían a saltar sobre el gigantón, se interpuso el cantinero, y se dirigió al esquimal diciéndole: «Mira, Keo, estos soldados acaban de regresar de Vietnam, de la guerra, fueron a pelear, a defendernos de los comunistas — y añadió convincente— ellos fueron a arriesgar sus vidas para que tú no tuvieras que ir».

«¿Fueron a la guerra para que yo no tuviera que ir?». preguntó el borracho, ya más calmado. «Así es, Keo, son tus amigos».

«Si es así —dijo el esquimal, arrastrando la voz— Si fueron a la guerra para que yo no fuera, sírveles lo que quieran y yo pago».

Desde entonces, y por más de tres horas, bebieron a la salud del esquimal gigantón quien, agradecido porque ellos habían ido a la guerra para que él no tuviera que ir, pagó cada ronda de cerveza que les llevaban. Joe, Pete y Carl estaban seguros de que el esquimal no sabía siquiera a qué guerra habían ido, y dudaban que hubiera estado en peligro de que lo enviaran a Vietnam, pero no podían dejar pasar la oportunidad de beber gratis, y así lo hicieron. Bebieron tanto, que en tres horas estaban más ebrios que el gigantón; se liberaron del miedo y la reserva que habían tenido hasta estar en suelo americano, ya seguros de que no habían muerto en Vietnam y seguros de que regresarían a casa vivos y enteros. Keo, como lo había llamado el barman, estaba muy complacido consigo mismo, y los apuraba a que bebieran más, siempre repitiendo: «¡Otra ronda de cerveza para mis amigos que fueron a la guerra, para que yo no tuviera que ir! ¡Salud, amigos!».

Joe quería ahogarse en licor, ansiaba emborracharse a tal grado que cayera

al suelo sin sentido; deseaba celebrar de esta manera su triunfo sobre la muerte. Mañana sería otro día, hoy quería beber hasta la inconciencia. Sin embargo, no sucedió así, aún no podía bajar la guardia como él quería, lo único que pudo hacer fue marearse, y vomitar copiosamente en el baño. ¡La maldita hamburguesa! — se decía - ¡Me hizo daño! Sin embargo, la cantidad de alcohol ingerida fue lo que le había hecho daño.

A las once de la noche salieron del bar, sosteniéndose entre sí para no caer, y cantando una tonada que todos los militares conocen, y que, más o menos, dice así:

«Ya estás en el ejército, ya no estás detrás de un arado... nunca serás rico, tú, pobre hijo de puta...».

Repitieron la estrofa hasta que su masoquismo aguantó; luego cantaron: «Dejé mi amor en San Francisco...». Hacía tanto frío, que tomaron el primer taxi que encontraron, y regresaron al aeropuerto. La sala de espera estaba vacía, se tendieron en tres bancas y se durmieron.

A las cuatro y media de la mañana los despertaron, para que no perdieran su vuelo a Fort Lewis, Washington. Las dos y media horas que duró el vuelo estuvieron tomando café para que se les asentara el estómago. Cuando llegaron a la base de la USAF les dijeron que no tendrían mucho éxito en llegar a San Francisco o Los Ángeles si continuaban usando transportes de la Fuerza Aérea, por lo que les dieron una dirección en Tacoma, a unos kilómetros de la base, para que les cambiaran su pase abierto por boletos para volar en aerolíneas comerciales; tomaron un camión, y se fueron a Tacoma.

A Pete y a Carl les dieron boletos para salir esa misma tarde a San Francisco, desde el aeropuerto de Seattle, en un vuelo de Western Airlines. A Joe le cambiaron sus órdenes y, en vez de reportarse en Fort Ord, California, le ordenaron que se reportara en Fort Lewis, junto a Tacoma, y ahí le darían su baja del ejército.

Los tres se despidieron afectuosamente, prometiendo hablarse o escribirse, y algún día reunirse para recordar su aventurado regreso de Vietnam. Joe tomó otro autobús de regreso a Fort Lewis, para reportarse. Su baja del ejército se realizó esa misma tarde; le entregaron un uniforme de gala de casimir verde, con guerrera y corbata también verdes, camisa color kaki, zapatos negros de vestir, calcetines negros, ropa interior blanca, y también le entregaron las medallas que había ganado, y que venían listadas en los papeles de baja. Además de las medallas, le dieron las cintas de colores que se

prenden arriba del corazón, y que representan las medallas que recibió. Le dieron también los parches y emblemas de metal que lleva el uniforme de gala, que lo identificaban con su última unidad y rango. Esa tarde y noche se quedó en Fort Lewis; sería la última noche que dormiría en una barraca, como soldado. Cuando se fue a dormir, estuvo pensando en su pasado reciente, y en su futuro próximo, o sea el día de mañana; se sentía contento y preocupado a la vez. Estuvo tentado a llamar a su familia para notificarles su arribo al siguiente día, y para que fueran a esperarlo al aeropuerto de Los Ángeles, pero prefirió llegarles de sorpresa.

Al día siguiente se levantó temprano, se bañó, se rasuró y salió al aeropuerto de Seattle en un camión del ejército, portando orgulloso su uniforme de casimir verde con todas sus insignias, y se reportó en el mostrador de United Airlines para cambiar el pase que le dieron por un boleto y pase de abordaje. El avión era un jet Douglas DC8-52 y el vuelo de Seattle a Los Ángeles duró dos horas y media que a Joe se le hicieron eternas; recorrieron 1450 millas. Hizo las cuentas y, desde su salida de Vietnam, recorrería 12,675 millas para regresar a casa. Le pareció que hacía mucho tiempo que había dejado la guerra atrás, aunque habían sido sólo unos pocos días.

Las sobrecargos del avión le sonreían y atendían con mucha amabilidad, pero él, muy serio, casi ni las miraba. Su mente estaba ocupada, repasando los detalles de su llegada; desde la llegada al aeropuerto, el camión a la estación de Van Nuys y hasta el taxi que lo llevaría a casa por la tarde, a la hora de comer. Estaba muy emocionado, y el corazón se le quería salir del pecho; no podía creer que en unas pocas horas más se estaría reuniendo de nuevo con su mamá, con su papá y sus hermanos. Se le hacía muy lejano aquel día en que, de paso de Guadalajara, se habían despedido en el mismo aeropuerto al que estaba por llegar.

Cuando aterrizaron, y el avión se acomodó para recibir el «gusano» para que los pasajeros pudieran desembarcar, Joe fue de los primeros en salir. Su bolsa semivacia de lona la había llevado consigo dentro del fuselaje, por lo que no tuvo que esperar la entrega del equipaje, además era un vuelo local y no hubo mostradores de inmigración que le detuvieran. Con paso rápido y su costal de lona al hombro, salió a la calle y respiró hondo el aire que conocía tan bien: fresco, con sabor a humo. Ni caliente como en Vietnam, ni helado como en Alaska y el estado de Washington. Era perfecto, y hasta entonces cayó en la cuenta de cuánto echaba de menos el smog de Los Ángeles. Ante sí

tenía los arcos del restaurante del aeropuerto, que era el símbolo de LAX, reconocido en todo el mundo. Luego escuchó una voz grabada que decía: «La zona amarilla es para la inmediata carga y descarga de pasajeros... No es estacionamiento... La zona amarilla es para...». Joe sonrió, ya estaba en Los Ángeles.

Tomó un autobús que tenía un letrero de «Aeropuerto de Van Nuys», de ahí, su casa estaba solo a tres kilómetros; tomaría un taxi y los sorprendería. Su papá y hermano Hernán estarían en el trabajo, y no llegarían a casa hasta las seis de la tarde, pero su mamá y su hermana Claudia estarían en casa. Su emoción se desbordaba, ¿cómo lo verían? ¿Habría cambiado mucho?, y luego pensaba que a lo mejor ellos podrían haber cambiado. ¿Habrían perdido la esperanza de volverle a ver vivo, como él la había perdido en Vietnam? ¡Tendrían tanto de que hablar! Había transcurrido un año de no verlos, pero dos desde que lo reclutaran, ¡dos años de ser un extraño! ¿Qué cambios encontraría? Las preguntas y las respuestas se sucedían en su mente con gran rapidez. En el trayecto, comenzaba a reconocer todo lo que veía a su alrededor, parecía que nada había cambiado. Los autos se movían con lentitud, no se oían ruidos, no reconocía olores; era un fresco y limpio día de invierno. Al fondo, en el horizonte, se recortaban las montañas de San Bernardino, tan familiares para él.

El taxi lo dejó frente a su casa, se paró frente a la puerta, como si temiera entrar. Notó que la pintura de las paredes y marcos de la puerta estaba vieja y descascarada, pero el jardín estaba bien cuidado, con el pasto recortado. Cuando comenzó a avanzar, se abrió la puerta y salió su madre. Le miró un largo segundo, dudando si sería él, luego se abalanzó gritando: «¡Pepe! ¡Mi Pepito! ¡Has vuelto! ¡Ya te esperábamos!». Se abrazaron largamente, y lloraron, lloraban porque no podían hablar, ninguno de los dos podía expresar en ese momento lo que significaba estar reunidos de nuevo. Claudia también había salido, y los miraba llorando. Cuando Joe reparó en ella, la saludó y ella gritó: «¡Pepe! ¡Qué bueno que has vuelto! Te extrañábamos mucho».

Abrazados, los tres entraron en la casa y se sentaron en los sofás de la sala, sin dejar de llorar. Después de haber dado rienda suelta a sus sentimientos, rieron de felicidad, enjugándose las lágrimas. Joe comenzó a bromear: «¿Ya se habían olvidado de mí? ¿Creían que no iba a regresar? ¡Heme aquí, vivito y coleando! —les decía Joe riendo— Madre, me das una cerveza, vengo seco. ¿Cómo están mi papá y Hernán? ¿A qué hora llegan? ¿Cuándo pensaban que llegaría yo?».

Después de darle la cerveza, la madre de Joe se quedó en la cocina, y Claudia le contestó a Joe todas las preguntas que tenía. Su madre prepararía una cena digna del regreso de su hijo Pepito: haría tamales, carne con papas, arroz rojo, tostadas; inclusive hornearía un pastel. La desgracia, por su ausencia de tantos meses, se convirtió de pronto en felicidad; todos los dolores y preocupaciones se borraron de cuajo, y de nuevo estaría reunida toda la familia.

A las seis de la tarde se repitió la escena de bienvenida, cuando llegaron el padre y el hermano. Joe había recobrado su compostura, y el segundo encuentro fue menos emocional. Todos lo bombardeaban con preguntas: «¿Cómo te sientes?». «¿No te han molestado tus heridas?». «¿No tuviste algún otro percance grave que no nos hayas platicado?». A las siete se sentaron a comer, toda la familia estaba reunida alrededor de la mesa por primera vez en mucho tiempo. El padre rezó una larga oración, dando gracias a Dios por el feliz regreso de Joe y haciendo hincapié en que si había vuelto sano y salvo, se debía a la infinita misericordia de Dios, que había escuchado las plegarias de sus papás, hermanos, y tantos otros que le querían y no dejaron de rezar por él.

Con esa cena, en familia, Joe comenzó su readaptación a su nueva vida; rodeado de cariño y apoyo, comenzaría una lucha interna, nada fácil, para poder salir adelante con la ayuda de su familia. Otros que regresaron de la guerra de Vietnam no serían tan afortunados.

34. UN NUEVO INFIERNO

A su regreso de Vietnam, Joe se sintió muy bien en casa, pero sólo los primeros días. Todos sus conocidos, amigos, vecinos y familiares querían verle y oírle; era la novedad del momento en la familia y en el barrio. Todos querían hacerle preguntas de Vietnam y las vivencias que había tenido. Sin embargo, después de escuchar las mismas preguntas muchas veces, comenzó a molestarle a Joe. No se daba cuenta de que no había congruencia en su actuación, por una parte disfrutaba de su popularidad y la atención que recibía, pero pronto no quiso que le tocaran el tema de Vietnam; su actitud le causó problemas con los visitantes, y Joe no comprendía la razón. Claudia lo había reprendido por ser descortés con algunas personas, pero él se sentía en su derecho de negar datos e información que por el momento no le interesaba recordar.

Para los de su alrededor, su conducta se había vuelto antisocial, y poco a poco, la buena voluntad que le habían dispensado en un principio se convirtió en críticas y comentarios negativos. Joe no se daba por enterado, pero pronto los comentarios se filtraron a su familia: «¿Por qué tiene los ojos tan abiertos, como de loco?». había preguntado un amigo a Claudia, y otro «¿Por qué se levanta y se va, sin haber terminado la conversación?». —y otro más— «¿Por qué se queda inmóvil de pronto, sin prestar atención, como si su mente estuviera a miles de kilómetros?». Los comentarios se iban acumulando, algunos más negativos que otros: «¿Por qué aprieta los dientes con violencia cuando alguna persona hace alguna observación sobre Vietnam?». «¿Por qué se mueve y voltea bruscamente, como si aún estuviera en la selva?». Por qué, por qué, las preguntas y críticas se amontonaban, y la familia de Joe no sabía cómo manejarlas, sólo las escuchaban y sufrían. Trataban de justificarlo explicando la dureza de las experiencias recientemente vividas, pero esto era lo mismo que aceptar que Joe, su Pepe, había regresado trastornado de la guerra, y ellos no estaban preparados para aceptarlo.

Había otras muchas reacciones, que sólo eran evidentes para los de la

casa, y era una bendición que no lo supieran los de afuera, porque mostraban que Joe estaba sufriendo por dentro. Para sus padres y hermanos era difícil comprender sus actitudes, pero le tenían paciencia y cariño, esperando que pronto pudiera superar sus problemas. Lo veían pasear en el jardín a medianoche, cabizbajo y triste; casi todas las noches podían escuchar los gritos y gemidos que profería entre sueños. En ocasiones le dirigían la palabra, y él no contestaba, parecía que estuviera en trance; podían ver las luchas internas que estaba atravesando y se le transparentaban en el rostro ceñudo.

Después de varias semanas desde su regreso, la familia comentó que Joe no hablaba de lo que pensaba hacer en su futuro, y nunca se refería a sus planes para reintegrarse a la vida normal; no decía si buscaría empleo, o se matricularía en alguna escuela. Este hecho inquietaba a la familia, ya que parecía no tener ilusiones. Día tras día lo veían despertar tarde, dirigirse al refrigerador para tomar una cerveza, sentarse en la sala inmóvil, sumido en sí mismo, y luego levantarse y, sin decir una palabra, salir de la casa.

Sus desapariciones podían durar horas, o varios días; se ausentaba sin decir a dónde iba, y regresaba sin dar explicaciones, como si acabara de salir.

La familia llegó a la conclusión de que Joe había salido físicamente de la guerra, pero dentro de su cerebro aún se encontraba en Vietnam. Su manera de mirar, escuchar y moverse confirmaban su teoría: salía a caminar por las banquetas y su vista estaba atenta al piso, a los lados y hacia arriba, lo rastreaba todo, esperando encontrar una mina, o descubrir al enemigo agazapado detrás de un árbol o arbusto. Miraba con detenimiento, y a la vez con rapidez, cada ventana, puerta o callejuela. Cuando los vecinos le veían pasar, sabían que estaban siendo observados con desconfianza. Durante estos paseos, Joe no iba preparado para contestar un saludo, estaba listo para repeler una agresión; algunos vecinos le tomaron miedo.

Cierto día, cercano a la Navidad, varios niños jugaban con fuegos artificiales en una acera por donde Joe iba a pasar, uno de ellos le tiró una «paloma» y explotó junto a los pies de Joe. Sin pensarlo siquiera, y con el terror reflejado en la cara, Joe se tiró al suelo cubriéndose la cabeza con las manos. Luego comprendió lo ilógico de su reacción, y se levantó furioso, listo para reprender al culpable. Los niños estaban aterrados, y corrieron para alejarse de él. Joe se quedó parado, sin saber qué hacer, se encogió de hombros y siguió su camino. Los niños no lo olvidaron, le temían y le sacaban la vuelta cuando lo veían venir. No comprendían por qué su antiguo

amigo los trataba de esa manera. Los niños lo comentaron con los mayores y algunos decían al verle: «¡Cuidado con Joe, volvió loco de Vietnam!».

Por las noches Joe soñaba que aún estaba luchando en los arrozales y, cuando una situación se volvía insoportable, despertaba sobresaltado y sudando a chorros. Poco a poco se calmaba al cerciorarse de que estaba en casa, y no en Vietnam, que la guerra había quedado atrás. Luego se dormía de nuevo, lo que él ignoraba era que, antes de despertar había gritado y alarmado a toda la familia. Todos esperaban a que se calmara y volviera a dormirse; luego ellos también se dormían o permanecían despiertos un rato, preguntándose cuáles serían las pesadillas que atormentaban a Joe. En el fondo temían que en vez de mejorar, sus rarezas aumentaran con el tiempo y Joe hiciera algo con lo que su imagen se hundiera ante la sociedad.

Joe no estaba consciente de la preocupación que causaba a su familia. A las dos o tres semanas había notado que ya no era la atracción del momento, y que las mismas personas que lo buscaban al principio ahora le ignoraban; desaparecieron las invitaciones de sus amigas y amigos para ir al cine, al boliche o a bailar. Se sintió apestado, nadie se le acercaba; se daba cuenta de lo que sucedía, pero no acababa de entender la razón de ese cambio. Comenzó a platicar más con Hernán y Claudia, buscando aclarar sus dudas, aunque ellos por lo general querían discutir temas que a él no le interesaban, tal vez porque en el fondo tampoco comprendían, y temían ofenderlo.

La adrenalina es una sustancia que segrega nuestro cuerpo en los momentos de sorpresa, tensión, miedo o peligro inesperado. Desde el momento que la adrenalina entra en la sangre, le infunde al cuerpo una fuerza sobrehumana, capaz de hacer a un hombre indestructible por algunas fracciones de segundo. Sus efectos pasan con la misma rapidez como fue segregada, pero durante esos instantes la fuerza adicional puede salvarle la vida a una persona. En Vietnam, las situaciones de sorpresas y miedos repentinos son muy frecuentes, se podría decir que suceden muchas veces en un día, todos los días. Al cabo de cierto tiempo, el cuerpo se acostumbra a recibir esta droga natural y, como compensación, le proporciona a quien la recibe frecuentemente un bienestar instantáneo, que se traduce en euforia y felicidad. Las reacciones a la adrenalina llegan a ser tan agradables, que el cuerpo se aficiona a ellas y se convierte en adicción; la falta de este estímulo produce ansiedad y desequilibrio mental, que se puede manifestar en la búsqueda de emociones fuertes.

Joe estaba viviendo una situación incomprensible para él; había deseado

por tanto tiempo volver a la tranquilidad de su casa, y ahora no podía soportar esa calma. Salía a dar largos paseos en los que, en ocasiones, encontraba un poco de excitación, suficiente como para seguir aguantando la paz a su alrededor. A veces entraba en bares a tomar una cerveza, y buscaba la oportunidad para buscarle pleito a un parroquiano más corpulento que él. No todos respondían a sus retos y de aquellos que aceptaban, pocos querían una pelea limpia, sólo con los puños, algunos lo amenazaban con pistolas, navajas o cadenas, entonces Joe cedía ante la desventaja y pedía disculpas. Echaba de menos tener un rifle automático, o mejor aún, una ametralladora, para barrer a esos zánganos. En las pocas ocasiones en las que alguien le aceptaba la pelea a golpes, éstas no duraban mucho. Con dos o tres movimientos, Joe los noqueaba; no usaba técnicas callejeras, sino las técnicas de aniquilación que había aprendido en el ejército. En cierta ocasión, le rompió la nariz a un individuo, y estuvo a punto de hundirle el puño en el cerebro, con lo que le hubiera causado una muerte instantánea; rectificó su golpe a tiempo para no matarlo. Sin embargo, el hecho resultó traumático para Joe, y de ahí en adelante evitó meterse en más pleitos.

Desde su regreso, Joe continuaba escribiéndole a Verónica; le enviaba unas misivas largas y amorosas, llenas de aparente cordura y comprensión. En ellas no dejaba entrever ninguno de los traumas que los demás notaban a su alrededor; ésa fue una de las claves para comprender que sus males no eran sólo mentales, sino que probablemente se generaran por sus reacciones fisiológicas, que necesitaba modificar con disciplina. Su amor por Verónica, a quien no podía ver, oír o sentir, floreció; al contrario de todas sus demás relaciones familiares y de amistades, que se deterioraron progresivamente. A los demás les parecía que todos sus actos estaban orientados a herir, dañar o avergonzar a sus seres queridos. Joe no lo hacía a propósito, sabía que su personalidad había cambiado desde su regreso de Vietnam, pero los demás eran los que habían advertido sus rarezas y hábitos antisociales, y no comprendían que eran el resultado lógico de pasar un año en una zona de guerra.

Al día siguiente de su llegada, Rossy lo había visitado en casa; la entrevista había sido exitosa, a Joe le pareció que Rossy lucía magnífica y sumamente deseable. Ella, a su vez, se había prendado del Joe fuerte y moreno, que lucía tan maduro y marcial. Rossy notó que sus músculos se habían acentuado, haciéndole parecer más esbelto. Su piel bronceada y la dureza que su rostro había adquirido le hacían más varonil; notó que se movía con la sinuosidad de un felino. Las cenizas de su pasión se encendieron, y al

día siguiente se escaparon a un motel para reiniciar su relación. El fogoso y maratónico encuentro sexual había sido muy diferente al encuentro tibio que tuvieron un año antes; esta vez había sido glorioso. Ahora Joe se parecía más a Rossy, y por consiguiente, se entendieron mejor. Hace un año Joe era un sentimental y Rossy se había mostrado materialista, fría y calculadora. Sin proponérselo, Joe había regresado de la guerra con una coraza de acero cubriéndole el corazón, y no permitía que nadie le hiriera. La disciplina que había utilizado en Vietnam para conservar su equilibrio emocional le había demostrado que el sentimentalismo debilita a las personas, y hay que esconderlo. La dureza que mostraba Joe atrajo a Rossy, y en poco tiempo volvió a estar enamorada de Joe, inclusive más que antes. Unas semanas antes, Rossy había aceptado casarse con Roy Jenkins, de quien había sido novia durante el año que Joe había estado ausente. Joe desconocía esto, Rossy se lo ocultó y nunca le dijo a Roy que sus sentimientos habían cambiado, sólo dejó de verle. Un buen día, Roy la buscó en su casa, y Rossy le devolvió el anillo de compromiso sin darle mayores explicaciones, pidiéndole cruelmente que se esfumara de su vida. Roy le imploró y lloró, para ablandarla, pero fue inútil; Rossy se había enamorado perdidamente de la dureza y agilidad animal que ahora veía en Joe.

Mientras Joe se divertía con Rossy, había tenido la oportunidad de acostarse con Donna, una vecina muy guapa que conocía de tiempo atrás, pero a la que nunca se había atrevido a invitar a salir, y con Lana, su compañera de clases, con quien llevaba una amistad agradable, y con la que pudo pasar a la cama sin problemas o sin perder el tiempo en conquistarla. Una tarde, al salir de clases, sencillamente la invitó al autocinema y cogieron sin preámbulos. La relación con Lana era peligrosa, estaba casada con un corpulento policía de patrulla. Cada vez que salían juntos, corrían el riesgo de ser reconocidos, ya fuera por el marido directamente, o por algún otro patrullero que recorriera el barrio. Cuando veían venir, o pasaban junto a una patrulla, Lana instintivamente se sumía en el asiento, y Joe reía a carcajadas, lo que la enojaba mucho. Para Joe era una forma de bienestar que le producía el peligro, al sentir fluir la adrenalina en su cuerpo.

Las escapadas con Lana eran esporádicas, debido al miedo que ella le tenía a su marido. Por la misma razón, Joe disfrutaba cuando salían; por lo general terminaban haciendo el amor en el asiento trasero del auto, ya que Lana no aceptaba ser vista en la entrada de un motel. Una noche, el marido de Lana estaría acuartelado desde las ocho de la mañana hasta medianoche, por lo que aprovecharon para verse en la casa del policía. Joe dejó su auto a una

cuadra de la casa, como precaución para no ser reconocido, y entró por la puerta trasera; afortunadamente no tenían perro. Una vez dentro, apagaron todas las luces y se dirigieron a la recámara principal, en donde dormía el matrimonio. Después de dos horas de maratón sexual, tan intenso como nunca lo habían hecho antes por la comodidad de la cama, se quedaron dormidos abrazados uno al otro. La imagen de un policía armado encontrando a Joe copulando con su esposa aterraba a Lana y excitaba a Joe. Se confiaron y planearon dormir un rato, creyendo que uno de los dos se despertaría antes de la hora de llegada del policía, pero no fue así, ambos estaban cansados de sus violentos arrebatos sexuales, y se durmieron profundamente. Entre sueños, ambos escucharon las llantas que pisaban la grava de la cochera y, ya bien despiertos, vieron el reflejo de los faros antes de que se apagaran y volviera la oscuridad. Lana cuchicheaba espantada: «¡Mi marido! ¡Ya llegó mi marido! ¡Nos va a matar!». Joe ya no la escuchaba, su cerebro de soldado se transportó a una patrulla nocturna en la selva, su mente estaba trabajando en otro nivel. Le dio un rápido beso en la boca para callarla, meticulosamente recogió cada una de sus prendas de vestir, y salió de la recámara, al mismo tiempo que escuchaba cerrarse la puerta del auto. Con mucho cuidado abrió la puerta trasera de la casa, y se sentó en los escalones que daban hacia el jardín. No se movió y escuchó atentamente todos los ruidos que venían del interior; oyó cuando la puerta del baño de la recámara se cerró y el agua de la llave del lavabo comenzó a correr. Aprovechó el ruido, se puso los calzones, pantalones y zapatos y, agachado, corrió alrededor de la casa, cruzando el jardín delantero. Abrió la reja con sumo cuidado y, dejándola abierta, corrió como un gamo. Ya en su auto y de camino a casa, no dejó de reír a carcajadas; se sentía alegre y eufórico. A unas cuadras de su casa estacionó el auto y terminó de vestirse correctamente, para que su familia no notara nada fuera de lugar; de cualquier manera no vio a nadie, todos dormían. Se fue a la cama, y esa noche durmió como un bendito, sin pesadillas.

La aventura sexual con la esposa del policía mostraba la necesidad fisiológica que Joe tenía de recibir descargas de adrenalina, que sólo podía obtener en situaciones de peligro. Se quedó preocupado por Lana, y en la primera oportunidad se lo preguntó. Lana le refirió cómo, simulando estar dormida, se rodó en la cama ocupando el lugar en donde Joe había estado dormido, su movimiento lo hizo en el momento en el que su marido estaba a punto de acostarse, y así evitó que pudiera sentir el calor y el olor del cuerpo de Joe. El policía se acostó en el espacio que había dejado su esposa, y se durmió tranquilamente, sin sospechar nada.

Unos días después se encontró con Roy Jenkins, cuando llegaba a casa de Rossy. Al bajar del auto, Roy le cortó el paso y le apuntó a la cabeza con una pistola; se veía furioso, estaba despechado por haber perdido a su novia cuando ya estaban a punto de casarse. En vez de sentir miedo al verse amenazado con el arma, Joe experimentó un calor agradable en el estómago por la descarga de adrenalina, y de alguna manera sintió alivio. Roy no estaba jugando, su resolución de hacerle daño se le veía en los ojos, pero Joe involuntariamente sonrió por el bienestar que sentía. Cuando Roy vio que Joe sonreía, creyó que se estaba burlando de él y estuvo a punto de jalar el gatillo, pero Joe por su experiencia reaccionó a tiempo, convenciéndolo de que tomaba en serio la amenaza, pero no sabía cuál era el problema, y le invitó a tomar una copa en un bar cercano para aclarar el asunto. Roy no estaba muy convencido, creyendo que era una treta para responder el ataque, pero tenía dudas y aceptó. Ya en el bar, al principio ninguno de los dos habló hasta haber tomado varios tragos de cerveza, los dos estaban pensando cuál sería la mejor forma de abordar el asunto. Joe, de una manera tranquila y convincente, le estuvo explicando que la reacción de Roy era legítima, pero él no sabía nada al respecto. Le hizo recordar que, cuando él se fue a Vietnam Rossy era su novia, y él creía que le había sido fiel durante su ausencia. Luego le volteó la tortilla a Roy, acusándolo de deslealtad como amigo, aprovechándose de la soledad de Rossy mientras él estaba ausente.

Después de tres cervezas y una copa de tequila, Joe terminó convenciéndolo de que, en los lances del amor, los hombres no tienen la culpa o el control y deben ser solidarios, las mujeres manipulan al hombre, jugando con sus sentimientos según su conveniencia del momento, y Joe le propuso un acuerdo a cambio de la pistola: Joe se alejaría de Rossy por tres meses, sin explicaciones ni comentarios, dándole la oportunidad a Roy de reconquistar a Rossy y casarse con ella. Roy estuvo de acuerdo, y le dio la pistola a Joe. Así fue como terminó su noviazgo con Rossy.

Joe fue muy afortunado al no meterse en serias dificultades durante ese período. Era tanta su inquietud que deseó por primera vez regresar a Vietnam, y pensó que tal vez había cometido un error al no reenlistarse cuando le hicieron la propuesta tan ventajosa; la realidad era que no se sentía a gusto en la vida de civil que llevaba. Sin embargo, su estrella le acompañaba, como lo había hecho en otras ocasiones; Joe estaba predestinado a sobrevivir, y a superar el síndrome del combatiente.

Después de tres meses de vagabundear y buscar problemas, sus padres se

reunieron con él y hablaron seriamente. El primero que habló fue su padre:

«Mira, Joe, tu madre y yo estamos preocupados, hemos visto que la guerra te ha cambiado mucho, pero no creemos que hayas olvidado los principios que te inculcamos en la familia — tomó un respiro, y prosiguió — Nunca antes te portaste como ahora, y creemos que puedes volver al buen camino, y ser el chico querido y responsable que eras antes de ir a la guerra». Su mamá asintió, dándole a entender que ella pensaba como su padre. Se hizo un silencio para dar oportunidad a Joe de contestar, y lo hizo:

«Papá, mamá, —dijo Joe— siento mucho el causarles tantos problemas. Yo mismo no sé la razón por la que hago lo que hago, no actúo para molestar a nadie. Algo en mí no funciona bien, y aún no puedo encontrar la solución, pero créanme cuando les digo que lo estoy intentando».

«¿Qué te parece si buscas un trabajo? —propuso su padre— tu hermano Hernán puede ayudarte a encontrarlo, y también te puede acompañar en tus salidas —y añadió— Hernán podría ser tu conciencia cuando te encuentres en dificultades». Joe vio la necesidad de poner algo de su parte, aunque no estaba muy convencido de que sería la solución.

«¡Muy bien, papá! Desde mañana comenzaré a buscar trabajo. Y tú, mamá, —dijo Joe conmovido, tomándola del rostro— ¡Perdóname! No ha sido mi intención causarles problemas, por el contrario, quisiera solucionar los míos y, si lo consiguiera, todo cambiaría. Sin embargo, quiero que ustedes comprendan que mi experiencia en Vietnam ha sido terrible, y no creo poder superarla muy rápido... ¡Ténganme paciencia!».

A partir de ese día, con la ayuda de Hernán y de Claudia, Joe comenzó a estar más consciente de su manera de actuar. Entre los tres buscaban posibles soluciones. Todos estos esfuerzos comunes eran muy loables, pero sólo Joe podía comprender la lucha que se libraba en su interior. Había ocasiones en las que no podía aceptar que lo criticaran, o le dijeran que estaba obrando mal cuando él estaba seguro de lo contrario. Tendría que enseñarles a identificar los valores positivos que había ganado, a costa de sangre y sacrificios, sin importar si esos valores iban en contra de las creencias familiares o de las leyes que rigen a la sociedad. Había aprendido a ser emocionalmente autosuficiente en las condiciones más adversas, y ese logro no iba a cederlo.

35. VERÓNICA

Después de una semana de búsqueda de empleo, y antes de decidirse a reanudar su vida en Los Ángeles, Joe sintió la necesidad de suspender temporalmente el plan familiar y viajar a Guadalajara para visitar a Verónica . Tenía mucho miedo de hacerlo, al ver los resultados desastrosos que había tenido en unas semanas en su casa. Su comportamiento actual no concordaba con la impresión que quería causarle a Verónica y la buena relación que llevaba con ella a través de sus cartas.

Cuando lo comentó, su madre no estuvo de acuerdo, le pidió que esperara a resolver la mayoría de sus problemas antes de comenzar una relación amorosa, y así lo haría con bases más firmes, de otra manera tal vez no lograría su objetivo. Joe la escuchó y estuvo pensativo por un buen rato, luego le dijo a su mamá que el resultado de esa relación sería un paso más para la resolución de sus problemas, e impuso su voluntad de hacerlo.

Se comunicó con Verónica y le informó de su plan; ella reaccionó con mucha alegría y, al día siguiente, Joe tomó un vuelo de Mexicana de Aviación a Guadalajara.

El recibimiento que le dieron fue magnífico, y recordó preocupado la primera semana en Los Ángeles, cuando llegó de Seattle. El tío Miguel estaba cariñosísimo, la tía Chata lloraba y daba gracias al cielo por su feliz regreso. El primo Manolo, más retraído, lo miraba con veneración y se mostraba muy agradable, pero el recibimiento que le hizo Verónica, nunca lo olvidaría: también llorando, le abrazó muy fuerte, y durante largo rato estuvieron abrazados. Joe se sintió conmovido.

Sin que él lo supiera, su madre le había estado escribiendo al tío Miguel, poniéndolo al tanto sobre las reacciones y problemas de Joe; lo había hecho previendo un desencanto en sus relaciones con Verónica, y también para pedirle su comprensión y ayuda. No le extrañó al tío Miguel cuando Joe les dijo a Verónica y la familia que no quería socializar o ver a nadie más; les

explicó que estaría solamente con ellos y saldría con Verónica, sin más compañía.

Verónica le expresó su cariño y le hizo saber que se sentía feliz de tenerle de nuevo a su lado. «Se me hace un sueño que estés aquí», le dijo emocionada.

«A mí también me lo parece, Verónica. ¿Sabes cuántas veces soñé con este momento?».

«Tus cartas me lo decían, Pepe, esas cartas son un tesoro para mí». Y añadió: «En tu ausencia las he leído y releído, nunca estuviste fuera de mis pensamientos».

«Verónica, ¿qué sientes por mí? ¿De verdad me quieres?».

«Te adoro, Pepe, y he vivido esperándote». Luego añadió dubitativa: «¿Cuánto tiempo piensas estar en Guadalajara?».

«Sólo unos días, debo volver a Los Ángeles para rehacer mi vida. Vine porque quería verte, y hurgar tu alma; no podía hacer planes sin antes saber lo que sientes por mí, y ver lo que yo siento por ti al tenerte cerca».

«¿Y qué es lo que sientes por mí, Pepe?». le preguntó Verónica con angustia.

«No lo sé aún, —le contestó honestamente— es muy pronto para saberlo». Y explicó: «La vida me ha mostrado que muchas cosas han cambiado durante mi ausencia, y yo también he cambiado, ya no estoy seguro de mí mismo, debo reencontrarme».

«Yo te ayudaré a desentrañar esa incógnita —le ofreció Verónica comprensiva y también un poco triste porque esperaba una declaración de amor— Entiendo que te sientas confuso, hemos sido novios epistolares solamente, y no es ésa la mejor base para tener una relación sentimental seria».

Joe le agradeció la comprensión a Verónica, y ambos se unieron a los demás en el comedor para su primera cena en familia. Durante la cena, los tíos y el primo no se sintieron con la confianza de antes para hacerle preguntas a Joe, temiendo ofenderle o recibir una contestación poco amable. A veces surgían silencios embarazosos para la familia de Verónica, pero no para Joe, que estaba acostumbrado a ellos con su propia familia.

Durante los días que siguieron, Verónica y Joe no se separaron, iban a

todas partes juntos y hablaron durante horas. Poco a poco se fueron dando cuenta de que ninguno de los dos era como el otro se lo había imaginado por la lectura de sus cartas. Al sentirse extraños en muchas áreas de sus respectivas personalidades, se dedicaron a conocerse: Joe encontraba a Verónica infantil, llena de prejuicios, demasiado religiosa para el gusto de Joe, y muy preocupada por el «qué dirán» y los convencionalismos sociales. La mente de Verónica era muy estrecha y se vivía llena de nimiedades del pequeño mundo que le rodeaba; nunca había vivido experiencias tan trascendentales como las que acababa de pasar Joe, y cuando éste quería discutir las, Verónica se declaraba incompetente y se escudaba en las enseñanzas católicas y la «costumbre», lo cual frustraba a Joe, ya que había venido a Guadalajara para ver si podía recibir ayuda con sus traumas de guerra.

Verónica, por su parte, encontró a Joe duro, poco sentimental, descreído, irónico y muy complicado; definitivamente no era el Joe que había tratado antes. La mayoría de las veces no comprendía de lo que le hablaba, y le oía decir cosas que le parecían blasfemias; llegó a creer que se había «echado a perder», en vez de tratar de comprenderle. Sin embargo, a pesar de todo le quería, y sentía que tal vez en el futuro se enderezaría, y ella ayudaría a traerlo de nuevo «al buen camino».

La única persona que parecía entenderle era su tío Miguel; sus pláticas siempre eran agradables y muy centradas. Joe entendió que la comprensión que brota de la experiencia es una virtud que no tienen los jóvenes.

«¡Hola, tío Miguel! ¿Puedo acompañarte? —le dijo Joe, cuando lo vio solo, fumando un cigarrillo y sentado en un equipal de la terraza— ¿No te distraigo?».

«De ninguna manera, Pepe —le contestó de muy buen humor, arrojándole otro equipal para que se sentara junto a él— ¿Deseas un tequila o una cerveza?». «Una cerveza estaría bien, tío, pero no te afanes, yo voy por ella».

Regresaba con la cerveza, se sentaba y comenzaban la plática con generalidades y superficialidades. Pronto, por un comentario o pregunta, se enfrascaban en temas más profundos que, sin ver la buena voluntad de su tío Miguel, Joe no se hubiera atrevido a comenzar:

«¿Por qué el haber estado en una guerra me hace tan diferente a los demás?».

«Es la experiencia, hijo; a ti te ha tocado vivir cosas que vuelven a un muchacho hombre, sin importar su edad».

«¿Y eso es bueno o malo?». —preguntaba Joe, interesado.

«Ni bueno, ni malo, depende de cómo uses esa experiencia» —le contestaba el tío conciliador.

«Sin embargo, los demás me ven como un bicho raro desde que llegué».

«Bueno... eres diferente —le decía sonriendo el tío— Los demás jóvenes a tu alrededor son aún niños, muy simples de pensamiento».

«Según me ha contado mi madre, tú fuiste combatiente en la Guerra Cristera, ¿no es verdad?».

«Así es, Pepe, me tocó sufrir por algo parecido a lo que tú pasaste —y añadía una explicación: Nuestra guerra era sencilla en comparación con la de Vietnam; combatíamos sólo con viejas carabinas 30-30, y nuestras batallas eran muy simples. Además nuestro motivo era muy claro, y nunca cuestionamos la validez de nuestro sacrificio: peleábamos para defender la libertad de culto religioso contra los ateos del Presidente Calles».

«¿Lograste matar a muchos «federales»?». —le preguntó Joe en tono de broma, y el tío contestaba sonriendo— «No a todos los que yo hubiera querido, pero sí me cargué a algunos».

«¿Y qué sentías al matarlos?».

«Satisfacción, Pepe, había jurado defender la causa católica hasta con mi vida, y en un tiempo creímos poder ganar porque luchábamos por algo justo, pero ya sabes: perdimos».

«Yo no tuve una causa por la que pelear, tío, yo sólo luché por sobrevivir».

«Estás equivocado, Pepe, nadie puede pelear en una guerra sin tener una causa; lo que sucede es que tu causa era personal, y no tenía nada que ver con los motivos del ejército y de los Estados Unidos».

«¿Cómo está eso, tío?, explícamelo por favor».

«Sí, Pepe, tu causa no era aniquilar al comunismo, o defender a Vietnam del Sur, como decían pretender los gringos; tu causa era la estabilidad económica de tu familia. Luchabas por ser aceptado en una sociedad extranjera y preparar el camino para que tu familia pudiera establecerse en el

futuro en una patria nueva... ésa era tu causa».

«Y por esa causa que dices... ¿Valió la pena mi sacrificio?».

«Yo creo que sí, Pepe; los ideales personales siempre valen la pena. Posiblemente en el futuro no pienses así, pero hace un año que lo platicamos era una causa muy válida para ti, tan válida que estuviste dispuesto a sacrificar tu vida por ese ideal. De eso se compone la vida: de ideales e ilusiones que van cambiando a medida que maduramos».

«¿Qué me aconsejas?». —preguntó Joe, sabiendo que su tío comprendía a lo que se refería.

«Paciencia, hijo, primero encuéntrate a ti mismo, y supera tus traumas. Mientras tanto, no tomes decisiones importantes; regresa a casa y trata de integrarte, luego sabrás qué hacer».

«Gracias tío, tus consejos me sirven de mucho en este momento». Se levantó y se fue, sabiendo lo que tenía que hacer.

La última platica con Verónica antes de regresar a Los Ángeles fue tranquila y emotiva. Joe le pidió que, sin compromiso, siguiera escribiéndole cuando tuviera voluntad de hacerlo. Le explicó que tenía que encontrarse a sí mismo antes de reanudar su relación. Verónica estuvo de acuerdo, y prometió darle el tiempo que necesitara. Sin embargo, dentro de ella, se sentía confusa y decepcionada; había soñado con un rencuentro idílico que no se materializó. No sabía qué hacer, decir, o cómo actuar, se sintió una niña ignorante e inexperimentada.

36. READAPTACIÓN SOCIAL

A los cuatro meses de su regreso de Vietnam, Joe comenzó a buscar trabajo por la sugerencia de sus padres y la insistencia de su hermano Hernán, aun cuando podía recibir su sueldo durante un año, sin trabajar, desde la fecha de su baja en Fort Lewis, Washington. Los tres primeros meses recibía la paga directamente del ejército, y los otros nueve meses a través de la oficina de desempleo del Seguro Social, era una de las prestaciones a las que tenía derecho por ser veterano de Vietnam.

Cada día, desde temprano, compraba el periódico y se ponía a repasar la lista de ofertas de empleos, seleccionando aquellos que le parecían interesantes y eran probables por su nivel de estudios; analizaba también la lista de sugerencias que le proporcionaba la oficina de empleos del Seguro Social. Escogía los mejores y planeaba su ruta, y el resto del día se dedicaba a llenar solicitudes. Cuando llegaba a la sección del «último empleo» escribía: «Dos años en el ejército, un año en Vietnam, baja en diciembre del 67»; esta anotación la ponía con orgullo, seguro de que en su currículum, la experiencia de Vietnam era lo más valioso. Cuando entregaba las solicitudes, la revisaban e invariablemente le decían: «No nos llames, nosotros te llamaremos si te necesitamos».

Después de dos semanas de búsqueda infructuosa, tuvo que admitir que en sus solicitudes había algo que no gustaba, alguna información que impedía su contratación casi para cualquier puesto. Lo platicó con su familia, pensando que ser inmigrante era su problema, pero todos estuvieron de acuerdo en que probablemente era su referencia a Vietnam lo que le estaba impidiendo conseguir un empleo. A Joe le pareció monstruoso, y le indignó la sugerencia, al grado de que se molestó con su hermano Hernán por sugerirlo. «¡Me parece increíble que un año de sufrimiento en la guerra, para defender a la bola de zánganos que no fueron, me lo paguen despreciándome por haber ido!». Al repasar la expresión de todos los miembros de su familia, tuvo que admitir en su fuero interno lo que ya venía sospechando, y se rindió a la evidencia de

que su servicio en Vietnam no era apreciado; lo que él creía su mérito más lógico se había convertido en una desventaja. Rumió su desilusión por varios días, y tomó la decisión dolorosa de suprimir esa información en sus futuras solicitudes.

En sus primeras solicitudes después de su decisión, en la sección de último empleo puso solamente: «En el ejército dos años». Sorprendentemente, de las cinco solicitudes que había llenado el día anterior, le llamaron de dos al día siguiente, y tomó la oferta de una de ellas. Su treta había funcionado, y ahora estaba seguro de que si quería ser aceptado, debía esconder su participación en Vietnam. Le resultó difícil de asimilar, pero fue un punto de readaptación importante; a la sociedad estadounidense no le agradaban las personas que habían ido a una guerra impopular. La vergüenza de ser veterano se hizo patente en todos los medios y niveles. Fue una revelación dolorosa para Joe: la mayoría de los ciudadanos de los Estados Unidos consideraba vergonzoso participar en esa guerra, y se tomaba la revancha contra los veteranos, que no tenían culpa alguna, y el gobierno no parecía darse cuenta del hecho. La escalada del envío de soldados a Vietnam se había detenido; a finales de 1967 sumaban quinientos cincuenta mil soldados en Vietnam, y ahí se detendría durante algún tiempo, para comenzar a reducir tropas un año después.

Joe comenzó a trabajar en la sección de Manuales Técnicos de una empresa que se dedicaba a fabricar contenedores de aluminio para la industria alimentaria. Desde un principio fue un trabajador responsable, serio y muy reservado. Los otros trabajadores a su alrededor creían que su reserva tenía que ver con sus hábitos y traumas de raza, no sospechaban que su reserva venía de sentirse doblemente marginado: en primera por ser mexicano y en segunda por ser veterano de Vietnam. El carácter de Joe cambió negativamente a causa de su comportamiento, impuesto por el rechazo de la sociedad en la que vivía.

Joe hizo uso de otro de los beneficios que le ofreció el ejército a través de la Administración de Veteranos: se inscribió en la Universidad del Valle de San Fernando, para mejorar sus conocimientos generales y tal vez en el futuro estudiar una carrera profesional. En los meses siguientes, la vida de Joe se convirtió en mucho trabajo y estudio, y poco esparcimiento; se volvió retraído y silencioso, pero finalmente se estaba readaptando a su entorno. Era una autorepresión aceptada, pero no comprendida; no obraba por convicción, sino porque así era aceptable para la sociedad. Su carácter abierto e impulsivo no

lo favorecía, parecía que una voz interna le decía: «Así estás bien, trabaja y estudia, no digas quién eres ni a dónde fuiste, no hables ni hagas preguntas, sólo trabaja, estudia y guarda silencio», y pronto Joe se convirtió en miembro de la silenciosa mayoría de veteranos de Vietnam, que por años esconderían sus frustraciones, llevando vidas tristes, y muchas veces trágicas. Joe comprendía que su guerra interior no terminaba aún, sólo que ahora sabía reprimirse para no exteriorizar sus reacciones. Era como una caldera que iba acumulando presión; aquellos que encontraron escapes, sobrevivieron, los que no, estallaron destruyéndose a sí mismos, dejando feas cicatrices en el rostro de la nación.

Joe siguió teniendo pesadillas en las que se veía de nuevo en Vietnam y despertaba asustado, preguntándose: ¿Hasta cuándo me dejarán tranquilo? ¿Cómo podré superar esos fantasmas? Había un sueño recurrente que solía paralizarlo de terror: se veía en la sala de su casa durante una fiesta, en la que estaban platicando, bebiendo y divirtiéndose todos sus familiares y amigos. Salía de la sala y entraba en su recámara, en donde se desarrollaba una extensión de la tertulia; ahí se encontraban varios primos y amigos, bebiendo y charlando despreocupadamente. De pronto, Joe veía a través de la ventana a un francotirador que, desde el otro lado del jardín apuntaba al grupo con un rifle, y estaba a punto de disparar; muy alarmado y gritando, Joe desalojaba el cuarto, diciéndoles que si se quedaban ahí los matarían. El grupo salía y él los seguía; una vez que todos estaban fuera de la recámara y a salvo en la sala, Joe regresaba a la recámara. Para entonces el francotirador ya no estaba lejos en el jardín: había abierto una de las ventanas y, con una pierna adentro, estaba a punto de introducirse en la habitación, llevando el rifle colgado del hombro en una eslinga. En el sueño Joe se lanzaba contra él, atravesando la habitación y diciéndose: «Ya lo tengo, lo voy a derribar y a sujetar ahora que no trae el rifle en las manos». Se lanzaba contra el atacante con ímpetu pero, a cada paso que daba, disminuían sus fuerzas, al grado que cuando llegaba a la mitad del cuarto sus piernas no le sostenían y caía de rodillas. Mientras tanto, el francotirador libra la ventana, y entra tranquilamente en la habitación; se detiene y se echa el rifle a la cara. Con creciente debilidad, Joe cae al piso y voltea, para ver cómo el cañón del rifle apunta directamente a su cabeza. Suena un disparo y, cuando espera sentir el impacto que lo destrozará, despierta. Despierta temblando y no puede moverse; está realmente paralizado por el miedo. Se levanta, sin importar la hora, y trata de cansarse trabajando, estudiando, leyendo o viendo televisión, hasta que ya no puede sostenerse en pie. Se regresa a la cama agotado, con la esperanza de que

dormirá poco, pero profundamente, y que la pesadilla no volverá.

Poco a poco se forma una rutina: odia el día por sus continuas frustraciones, rechazos y angustias, y la noche porque teme a las pesadillas. No encuentra paz interior, está metido en un círculo vicioso del cual no puede salir. En un impulso, para tratar de resolver su problema, envía una solicitud de empleo a una empresa contratista para Vietnam. No quiere regresar como soldado, pero quizá como civil encuentre la atmósfera adecuada para alcanzar un poco de serenidad, necesita rodearse del peligro suficiente para sentir que vive; sentir que no se está consumiendo en un mundo monótono e ingrato. Añora a sus amigos soldados, la unión y solidaridad de una batalla. Añora sentirse verdugo y víctima: «Vivir muriendo, en vez de morir viviendo».

Al poco tiempo recibe contestación a su carta, lo rechazan para regresar a Vietnam para trabajar como civil por la demanda que tienen de otros veteranos. Entonces comienza a pensar de nuevo en reenlistarse en el ejército, sin importar que comience desde abajo y tenga que pasar por Entrenamiento Básico y AIT; en el ejército no lo discriminarían como mexicano y menos como veterano, por el contrario, lo respetarían y obedecerían. Ahí no lo humillarían. Le da vueltas a esta idea en su cerebro, pero también recuerda el odio que sentía al tener que matar, las arbitrariedades que tenía que sufrir, las disciplinas a las que tendría que sujetarse. No está muy convencido de que regresar a Vietnam como soldado sea la solución, pero no se le abren muchas puertas.

Comienza a buscar otras ayudas, se inscribe en un curso de Control Mental de Silva, después continúa con el método Gelstat, y luego se hace miembro de una sociedad denominada «Terapia Especial en Grupo», en donde se encuentra con otros inadaptados como él que se reúnen los fines de semana, en largas sesiones de autodegradación, autoanálisis y sexo. Es como una gran familia de pensamiento transparente. No dan cabida a la represión de cualquier sentimiento, por extraño que sea. Acostumbran a decir lo que sienten, sin importar lo descortés u ofensivo que parezca. Ahí conoce a Laura, una mujer morena con un cuerpo espectacular; es hija de padre escocés y madre mexicana, divorciada, con dos hijos, exdrogadicta, exalcohólica, buscando, como Joe, un leño de salvación. Joe comienza a visitar a Laura fuera de la terapia de grupo; vive en un departamento muy pobre, en un edificio desvencijado de North Hollywood. La terapia de grupo la practica con Laura durante la semana, conviven por la noche, y Joe comienza a faltar a su casa.

Los padres de Joe ven los signos externos de su conducta como desviaciones peligrosas; no creen que el camino que lleva sea el correcto, y al mismo tiempo saben que no pueden ayudarlo. Se mantienen al margen y administran sus comentarios. Joe los recibe sin mostrar molestia o agradecimiento; los acepta porque vienen de su familia, y los toma en cuenta, como todo lo demás que está aprendiendo. Su cerebro se ha convertido en un selector binario: esto sí, esto otro no, sin descuidar la meta que se ha propuesto, y que apenas puede vislumbrar, pero aún no definir. Sabe ahora con certeza que el éxito que busca no tiene que ver con el dinero, posición, poder o apostura, su éxito consiste en alcanzar la paz interior a través del equilibrio de todos sus actos; es una lucha para nivelar todo lo que la vida le ofrece, sin que el exceso de un sentimiento, don o herramienta le derrumbe el castillo que está construyendo.

Con la relación de Laura disfruta de su primera etapa de relativa tranquilidad desde su regreso de Vietnam; son dos almas caídas con el deseo y el potencial de mejorar que se ayudan una a la otra. En casa de Laura siempre es bien recibido, no tiene que hablar, si no lo desea, y le escuchan cuando quiere decir algo. Laura no le pide, no le exige, no le quita, sólo le da, lo mucho o lo poco que tiene, y lo da con una sinceridad y veracidad que Joe no conocía. Joe trata de ser igual con ella: amable y comprensivo. Por primera vez encuentra un poco de paz, y la aprovecha para sus fines. Se refugia en Laura cada vez que puede, y dentro de esa paz busca las claves y planea su futuro. Poco a poco se disuelve su violencia interior, y empieza a ganar terreno en su guerra interna. En el departamento de Laura puede descansar, y cuando duerme no tiene pesadillas; su cuerpo y su alma restañan sus heridas y, de esta manera, va recuperando su salud física y mental.

Los hijos de Laura son pequeños, muy rubios, de ojos azules; salieron al papá más que a Laura. Tienen un carácter sosegado, un poco tristes, pero amigables, Shawn tiene cinco años y Samantha tres. Su padre les visita frecuentemente, y se han acostumbrado a ver en su casa a amigos de su mamá que en ocasiones se quedan a dormir con ella. A Joe lo recibieron con los brazos abiertos, y Joe los trató como sobrinos. En ocasiones los llevaban al cine, o a los Estudios Universal, y Joe disfrutaba su papel de papá, sin serlo; también los llevaban a comer hamburguesas a McDonald's o a comprar nieve. Todos disfrutaban la compañía de todos, y había gran armonía entre ellos; por un tiempo Joe se sintió feliz, y cuando iba a la casa de sus padres su familia notó el cambio, aunque no aprobaran su amancebamiento.

Verónica no ha sido olvidada, Joe le escribe de vez en cuando y conserva vivo el cariño e interés de siempre, esperando ambos que sus vidas vuelvan a la normalidad para verse de nuevo. Joe no ha querido olvidarla, porque quiere creer que en el futuro pueden ambos ofrecerse algo sólido y duradero. Las virtudes de Verónica son evidentes, al compararla con las chicas promiscuas que conoce en Los Ángeles. Laura le satisface por el momento, pero no es su ideal de esposa o madre de sus hijos.

Su visita a Verónica al volver de Vietnam, aunque no resultó como esperaba, fue benéfica; tuvo miedo de destruir su relación, de la misma manera que había destruido las otras relaciones a su alrededor, pero no fue así, a pesar de que no tenía la estabilidad emocional como para nutrir sentimientos amorosos o de amistad. Con Verónica asida a una de sus manos, Laura sosteniendo la otra, y parado en la estabilidad de su familia, Joe comenzó a caminar hacia la salida del túnel en el que se encontraba, y saldría con ventajas. Había sabido aminorar los traumas que le habían producido heridas profundas; traumas que la sociedad no le había podido ayudar a superar, porque era una sociedad enferma y decadente a la que el orgullo y la prepotencia no le dejaba ver que estaba acabando con la salud de su juventud.

A la sociedad estadounidense la consumía un cáncer por la guerra de Vietnam. Tenía cinco millones de células enfermas que podrían sanar si se les trataba adecuadamente, pero la sociedad prefería ignorar su enfermedad, utilizando el bisturí cada vez que tenía una crisis: llenó sus cárceles, sus hospitales y sus manicomios con veteranos de Vietnam, los atacó como criminales por algo que ella misma los había obligado a hacer. Pasarían muchos años antes de que comprendiera su error, y aceptara de nuevo a esos miembros prostituidos. Joe comprendió todo lo que estaba pasando a su alrededor, y entendió que en la sociedad estadounidense no tenía posibilidades de integración, por lo que comenzó a planear el regreso a su país de origen.

37. EPÍLOGO

Joe estaba sentado detrás del escritorio en su despacho. A través de los cristales biselados de la ventana podía ver el pasto cuidadosamente recortado del jardín. Sobre el pasto estaba su esposa y su pequeña hija jugando con el perro, un labrador color café tabaco. La vista era tranquila y agradable. El sol inundaba los espacios abiertos, dando brillo a las palmeras, árboles y flores. Las buganvillas de vivos colores servían de marco al verdor del pasto y de las plantas. Sobre su escritorio había una vieja y descolorida caja de cartón; de ella Joe había sacado fotos, papeles, recortes de periódicos, algunas medallas oxidadas, y varias cosas más. Eran los recuerdos que Joe había guardado cuando salió de Vietnam, era la primera vez que se había atrevido a mirarlos desde entonces. En las fotografías había personas y paisajes familiares, pero Joe no recordaba quiénes eran o dónde estaban con exactitud. Había olvidado completamente ese capítulo de su vida, y ahora tenía dificultad para precisar los nombres de sus antiguos compañeros de combate.

No se explicaba por qué, precisamente hoy, había sentido la compulsión de desempolvar y abrir esa caja. Durante muchos años había permanecido olvidada en la parte superior de un clóset, y en este día había sentido la inquietud de abrirla, ya no sentía aversión hacia ella, como en el pasado, ni había temido su reacción al abrirla. Habían pasado muchos años desde su experiencia en la guerra de Vietnam; su guerra ya no era noticia, ahora los periódicos tenían ocupados a los lectores con otras guerras del Medio Oriente en donde el comunismo no era la excusa, ahora hablaban del petróleo, los judíos y el mundo árabe. Vietnam había sido olvidado.

Joe también había olvidado. Lo había hecho contra su voluntad, pero convencido de que era el único camino para recuperar su salud mental; hojeó un amarillento periódico «Barras y Estrellas» fechado en noviembre de 1967 y leyó algunas noticias viejas que alguna vez tuvieron significado para él. Acarició entre sus dedos una bala calibre 50, sin casquillo, juguetó con sus medallas, y sonrió. Era una sonrisa de añoranza y satisfacción.

Recordó la época en la que su mundo se desmoronaba y cómo, poco a poco y con grandes trabajos, había recogido cada pieza del rompecabezas y había logrado armarlo de nuevo. La experiencia había sido agotadora, y por mucho tiempo se sintió gastado y como muerto en vida. Después de un tiempo regresaron las ilusiones, como mariposas que revoloteaban en el horizonte, y sintió deseos de atraparlas. Había comenzado a derivar satisfacción de los detalles más sencillos: un bello atardecer, la plática de un amigo, la trama de una película, y sin saber exactamente en qué momento, empezó a disfrutar de la vida sin sentir el rencor y la violencia que antes le consumía.

El tiempo lo cura todo — pensaba Joe — y sentía que lo que antes había sido una maldición se convertía ahora en bienestar. Había adquirido la madurez necesaria para ser más objetivo y alcanzar el equilibrio en su existencia, y eso había sido difícil de conseguir. Había blindado su corazón de acero para no sufrir, y con el amor se comenzaba a derretir la dureza que había adquirido. Encontrar el amor había sido una revelación para Joe; anteriormente solo había utilizado los sentimientos de los demás según su deseo y conveniencia, pero pronto experimentó la angustia de saber que amaba, porque alguien le importaba. Su egoísmo había sido roto, ahora se preocupaba por otros, y no sólo por él mismo.

Se levantó del sillón, dio unos pasos y se acercó a la ventana. Allí, en el jardín, estaba el fruto de su reconciliación con el mundo. Podía disfrutar de la relación menos egoísta que existe: tenía un hijo. Si había dudado alguna vez de su readaptación al mundo, ahora estaba seguro de haberlo superado. En otras palabras: se había salvado.

Despacio, tocando largamente cada objeto, los devolvió a la caja, la selló, y la volvió a guardar en el rincón en donde había estado todos estos años. En el interior de la caja guardaba los únicos vestigios materiales de la etapa que, hasta entonces, había sido la más difícil de su vida. Una vez guardada la caja, abandonó su despacho, y salió al jardín para reunirse con su familia.

FIN

Notas

[1] United States Army Training Center= Centro de Adiestramiento del Ejército de los Estados Unidos de América . <<

[2] Military Occupational Specialty= Especialidad Ocupacional Militar . <<

[3] LAW. Projectil de 60 milímetros que se lanza desde el hombro a través de un tubo tipo bazuca, pero más pequeño. <<

[4] «R&R» significa Rest and Recuperation=Descanso y Recuperación, vacaciones de ocho días que se les concedía a los combatientes a partir del tercer mes en Vietnam. Podían escoger destinos en el Oriente como Bangkok, Manila, Seúl, Hong Kong o Sídney, Australia. Los que querían convivir con sus padres, novias o esposas escogían Hawai, más cercano al continente americano. <<

[5] «Stars & Stripes» <<

[6] Armored Personnel Carrier = Transporte blindado de tropas con desplazamiento sobre orugas. <<

[7] Gook = término despectivo utilizado para designar a los vietcong y a los vietnamitas en general. <<

[8] Bum bum= modismo que los vietnamitas utilizaban para aludir al acto sexual . <<

[9] Charlie: mote impuesto al vietcong, comúnmente llamado cong, siendo Charlie la palabra clave para la C del alfabeto militar. <<

[10] Zippo= marca del encendedor más común y confiable que usaban los soldados del ejercito estadounidense. <<

[11] Goggles = Lentes de protección. <<

[¹²] Piastra= la moneda de Vietnam del Sur; MPCs= Military Paper Currency, moneda militar con la que se pagaba a los soldados en Vietnam, para evitar la fuga de dólares. <<

[13] Minas Claymore= Platos rectangulares cóncavos con espalda sólida, que llevan un explosivo amasado con clavos, tornillos, pedacería de hierro, etc. La granada de fragmentación común, al explotar, causa mayor daño hacia arriba y hacia los lados, las Claymore se pueden dirigir sólo en una dirección específica, pero con mayor efectividad concentrada. <<

[¹⁴] Napalm= sustancia gelatinosa incendiaria que, por su avidez de oxígeno, consumía todo lo que tocaba . <<

[15] DMZ= Zona Desmilitarizada entre Vietnam del Norte y el Sur . <<

[16] Cuando las cosas son difíciles, es cuando te vuelves fuerte. <<

[17] Military Paper Currency = dinero de papel militar . <<

[18] APC = Armored Personnel Carrier, en español: transporte blindado de personal . <<

[19] MEDVAC= Medical Evacuation, en español evacuación médica. <<

[20] R & R = Rest and Recuperation, en español, Descanso y Recuperación .

<<

[21] LZ= Landing Zone , en español, zona de aterrizaje . <<